

PAÍIS NÓMADA

Supervivientes del siglo XXI



Capitán Swing®


JESSICA BRUDER

PAÍS NÓMADA

Supervivientes del siglo XXI

JESSICA BRUDER

Traducción de
Mireia Bofill Abelló

Capitán Swing 

Prefacio [1]

Mientras escribo estas líneas, se hallan dispersos por todo el país.

En Drayton (Dakota del Norte), un extaxista de San Francisco de sesenta y siete años trabaja en la recolección anual de remolacha azucarera. Su jornada comienza al amanecer y acaba tras la caída del sol. Con temperaturas que descienden bajo cero, participa en las tareas de descarga de los camiones que transportan toneladas de remolacha desde los campos de cultivo. Por las noches duerme en la furgoneta que ha sido su hogar desde que Uber lo desalojó del sector del taxi y pagar el alquiler se convirtió en un empeño imposible.

En Campbellsville (Kentucky), una antigua contratista de obras de sesenta y seis años recorre kilómetros sobre el suelo de cemento de una nave industrial de Amazon durante el turno de noche empujando una carretilla mientras va clasificando y almacenando las mercancías. Es una tarea monótona, pero se esfuerza en concentrarse para no confundir los códigos de barras, con la esperanza de eludir el despido. Por la mañana regresa a su minúsculo remolque, aparcado en uno de los parques de caravanas que Amazon alquila para albergar a trabajadoras y trabajadores nómadas como ella.

En New Bern (Carolina del Norte), una mujer que ahora vive en un minirremolque ovoide — tan minúsculo que puede acoplarse a una moto— está acampada en casa de una amiga mientras busca trabajo. Pese a contar con un máster universitario y a los centenares de solicitudes enviadas durante el último mes, esta joven de treinta y ocho años, oriunda de Nebraska, sigue sin conseguir un empleo. Sabe que están contratando gente para la recolección de la remolacha, pero tendría que cruzar medio país y no dispone de dinero suficiente para costearse el viaje. Uno de los motivos por los que ahora vive en un remolque fue la pérdida del puesto de trabajo en una organización sin ánimo de lucro, hace ya varios años. Cuando se agotó la subvención que sufragaba su contrato, no pudo seguir pagando el alquiler junto con la devolución del crédito suscrito para financiar sus estudios.

En San Marcos (California), una pareja en la treintena instalada en una autocaravana GMC Motorhome de 1975 vende calabazas junto a la carretera desde un tenderete anexo a una instalación de feria con animales vivos que han montado en apenas cinco días en un terreno baldío. Dentro de pocas semanas, comenzarán a vender árboles de Navidad.

En Colorado Springs (Colorado), un hombre de setenta y dos años que habitualmente reside en una furgoneta se hospeda con familiares mientras se recupera de la fractura de tres costillas a resultas de un accidente sufrido mientras realizaba tareas de mantenimiento en una zona de acampada.

Siempre ha habido poblaciones itinerantes, trabajadores ambulantes, vagabundos, espíritus inquietos, pero ahora, en el segundo milenio, está surgiendo un nuevo tipo de tribu nómada. Personas que jamás imaginaron que podrían llevar una vida itinerante se han lanzado a la carretera. Han renunciado a vivir en casas y apartamentos tradicionales para instalarse en lo que

algunos llaman «viviendas sobre ruedas» —camionetas, autocaravanas de segunda mano, autobuses escolares, furgonetas adaptadas, remolques o simplemente viejas berlinas—, huyendo de las disyuntivas imposibles a las que debe hacer frente la antigua clase media. Tales como verse en la tesitura de tener que decidir entre:

¿Comer o un tratamiento odontológico? ¿Pagar la hipoteca o la factura de la luz? ¿Pagar los plazos del coche o comprar medicinas? ¿Pagar el alquiler o el crédito suscrito para sufragar los estudios? ¿Comprar ropa de abrigo o pagar la gasolina para desplazarse hasta el lugar de trabajo?

Mucha gente optó por lo que de entrada parecía una solución radical:

Ya que no podían subirse el sueldo, tal vez podrían suprimir el gasto más importante y renunciar a una vivienda de ladrillo para vivir sobre ruedas.

A veces se las califica como «personas sin hogar». Las y los nuevos nómadas rechazan esta etiqueta. Dado que disponen de cobijo y a la vez de un medio de transporte, han acuñado otro calificativo. Se autodenominan simplemente «personas sin casa», «sin una vivienda fija».

Vistas de lejos, en muchos casos sería fácil confundirlas con despreocupadas o despreocupados caravanistas jubilados. Cuando ocasionalmente se regalan una sesión de cine o una cena, no destacan entre el resto de espectadores o comensales. Por su aspecto y sus ideas, son mayoritariamente gente de clase media. Lavan la ropa en lavanderías de autoservicio y se apuntan a gimnasios para poder usar las duchas. En muchos casos, se lanzaron a la carretera cuando la gran recesión consumió sus ahorros. Para llenar el estómago y el depósito de gasolina, trabajan duramente largas jornadas en pesadas tareas manuales. En una época de salarios estancados y aumento del coste de la vivienda, se han liberado de los grilletes del alquiler y las hipotecas como una estrategia para ir tirando. Son supervivientes.

Pero —como todo el mundo— no se conforman con sobrevivir tan solo. Por eso, lo que comenzó como un último intento desesperado se ha convertido en la reivindicación de algo más significativo. Ser humano, ser humana significa anhelar algo más que la mera subsistencia. Además de alimento y cobijo, necesitamos esperanza.

Y la vida en la carretera ofrece esperanzas. Es un subproducto de un impulso de progreso. La intuición de una oportunidad, tan amplia como lo es el país. Una convicción profundamente arraigada de que el futuro deparará algo mejor. Una oportunidad que aguarda a la vuelta de la esquina, en la población siguiente, en el próximo trabajo temporal, en el próximo encuentro casual con una persona desconocida.

De hecho, algunos de esos desconocidos, esas desconocidas, también son nómadas. Y a partir de esos encuentros —en las redes o en un lugar de trabajo o acampando en un sitio apartado— comienzan a formarse tribus. Esas personas comparten un lenguaje común, una afinidad. Cuando a alguien se le avería la furgoneta o la autocaravana, pasan la gorra. Entre ellas circula una percepción contagiosa. Algo grande está ocurriendo. El país está cambiando muy deprisa, las antiguas estructuras se están desmoronando y ellas y ellos se encuentran en el epicentro de algo nuevo. Por la noche, alrededor de una hoguera compartida, parece vislumbrarse el destello de una utopía.

Escribo estas líneas en otoño. Pronto llegará el invierno y comenzarán los despidos habituales en los empleos de temporada. Las y los nómadas desmontarán el campamento y regresarán a su verdadero hogar: la carretera. Volverán a circular como glóbulos sanguíneos por las venas y las arterias del país. Se pondrán en marcha en busca de amistades o familiares, o simplemente de un lugar donde no haga frío. En algunos casos, cruzarán todo el continente. Todas y todos contarán los kilómetros que se irán desplegando como un rollo de película. Cantinas de comida rápida y

centros comerciales. Campos dormidos bajo la escarcha. Concesionarios de automóviles, megaiglesias y cantinas abiertas toda la noche. Llanuras uniformes. Corrales de engorde, fábricas desocupadas, parcelaciones y grandes bloques de almacenes. Montañas nevadas. Los paisajes que flanquean la carretera se van sucediendo a lo largo del día y mien tras cae la noche, hasta que les vence la fatiga. Con ojos soñolientos, buscan un lugar donde detenerse a descansar. En los aparcamientos de los grandes hipermercados Walmart. En las calles tranquilas de los barrios del extrarradio. En las áreas de descanso para camiones, acunados por el ronroneo de motores ociosos. Luego, de madrugada —antes de que nadie advierta su presencia—, vuelven a la carretera. Siguen adelante, reconfortados por una certeza.

Un aparcamiento es el único espacio libre y gratuito que aún queda en Estados Unidos.

[1] Parte del trabajo periodístico reunido en el presente libro apareció publicado inicialmente en mi artículo «The End of Retirement: When You Can't Afford to Stop Working», en *Harper's Magazine*, agosto de 2014.

La edad de las personas citadas como fuentes que se indica corresponde a la cronología de su relato, no a la que tenían en el momento de la publicación. Todas las personas que menciono en el texto aparecen con su verdadero nombre, excepto Don Wheeler y las que conocí cuando estuve trabajando en la cosecha de remolacha azucarera y en el «equipo de campistas» de Amazon.

PAÍS NÓMADA

Supervivientes del siglo XXI

Para Dale

*«Todo tiene alguna grieta.
Por ahí se filtra la luz».*

LEONARD COHEN

*«Los capitalistas no quieren que nadie sobreviva
al margen de su trama económica».*

COMENTARIO ANÓNIMO
EN EL ARIZONA DAILY SUN

PARTE I

Posada Hazte Sitio [2]

Aproximadamente a una hora de Los Ángeles circulando tierra adentro, una cadena montañosa se alza frente a los vehículos que se dirigen hacia el norte por la carretera interestatal 210, la Foothill Freeway, e interrumpe bruscamente la sucesión de barrios residenciales. Esa zona agreste corresponde al extremo meridional de la sierra de San Bernardino, una «alta mole escarpada», en palabras del Servicio Geológico de Estados Unidos, [3] parte de una formación que comenzó a levantarse hace once millones de años, paralela a la falla de San Andrés, y aún sigue creciendo unos pocos milímetros cada año como fruto del roce entre la placa tectónica del Pacífico y la norteamericana. [4] Pero la altura de los picos parece aumentar mucho más deprisa cuando el coche avanza directamente hacia ellos. Es uno de esos panoramas que te obligan a erguirte en el asiento, mientras sientes que se te hincha el pecho, como si un globo de helio capaz de arrastrarte por los aires ocupara toda tu caja torácica.

Linda May se aferra al volante y contempla las montañas cada vez más próximas a través de unas gafas bifocales con montura rosa. Una diadema de plástico mantiene apartada de su cara la melena plateada que le cae por encima de los hombros. Deja la Foothill Freeway para continuar por la carretera 330, conocida también como City Creek Road. La ruta es ancha y llana durante los primeros kilómetros. Luego se transforma en una empinada cuesta serpenteante con solo un carril en cada sentido y comienza el ascenso hasta el Bosque Nacional de San Bernardino.

La abuela de sesenta y cuatro años conduce un todoterreno Grand Cherokee Laredo, adquirido en un desguace y reparado tras un choque que lo había dejado destrozado. La lucecita que indica un posible fallo del motor es quisquillosa —a menudo se enciende cuando en realidad todo está en orden— y una mirada atenta revela que la pintura blanca del capó, que estaba abollado y hubo que cambiar, es de una tonalidad algo más clara que el resto de la carrocería. Pero tras varios meses de reparaciones, el vehículo está por fin en condiciones de circular. Un mecánico le instaló un árbol de levas y alzálvulas nuevos. Linda adecentó como pudo los faros velados restregándolos con una camiseta vieja impregnada de repelente contra insectos, un truco casero. El todoterreno arrastra por primera vez su vivienda: un pequeñísimo remolque de color amarillo pálido que ella ha bautizado *The Squeeze Inn* («Posada Hazte Sitio»). (Cuando una visita no lo capta a la primera, se lo aclara: «¡Hazte sitio, que cabemos de sobra!», y su sonrisa revela una trama de profundas arrugas). La caravana es una reliquia de fibra de vidrio, una Hunter Compact II de 1974 que en su momento se anunció como «un logro espectacular para los viajes de placer» que «te seguirá como un gatito por las carreteras despejadas y trepará como un tigre cuando la ruta se vuelva escarpada». [5] Cuarenta años después, el pequeño refugio tiene la apariencia de una encantadora cápsula de supervivencia retro: un cubículo con los bordes redondeados y las paredes inclinadas, cuya geometría recuerda las cajas de poliespán de los puestos de hamburguesas que se abrían y cerraban como una almeja. Por dentro mide unos tres metros de un extremo al otro, más o menos la misma longitud interior que el carromato entoldado que

transportó a la tatarabuela de Linda a través del país más de un siglo atrás. Contiene algunos toques personales: un forro acolchado de cuero sintético color crema recubre las paredes y el suelo luce un revestimiento de linóleo con un estampado en tonos mostaza y aguacate. El techo tiene la altura justa para que pueda permanecer de pie. Linda la describió así en Facebook después de comprarla en una subasta por mil cuatrocientos dólares: «Mide un metro sesenta de altura interior y yo, uno cincuenta y ocho; como hecha a la medida».



Linda May con Coco, su perrita.

Linda avanza cuesta arriba remolcando su habitáculo rumbo a Hanna Flat, un campamento en medio del pinar que se extiende al noroeste del lago Big Bear. Corre el mes de mayo y su intención es quedarse hasta finales de septiembre. Pero, a diferencia de los miles de visitantes que cada año, durante los meses cálidos, se desplazan por placer hasta el Bosque Nacional de San Bernardino —una franja boscosa más extensa que el estado de Rhode Island—, Linda se dirige allí para trabajar. Será el tercer verano que pasará en el campamento contratada como anfitriona, un empleo de temporada que incluye a partes iguales las funciones de conserje, cajera, encargada de mantenimiento, vigilante y comité de recepción. Está encantada con la perspectiva de empezar a trabajar ya y cobrar el aumento anual en concepto de antigüedad que elevará su sueldo hasta 9,35 dólares la hora, veinte centavos más que el año anterior. (En aquel momento, el salario mínimo estaba fijado en California en 9 dólares la hora). Y aunque su contrato y el del resto del personal de recepción del campamento tiene carácter «discrecional», como reza la política de empleo de la empresa consignada por escrito —lo cual significa que esta puede despedirlos «en cualquier momento sin necesidad de que medie causa justificada ni aviso previo»—, le han asegurado que puede contar con que trabajará la jornada completa de cuarenta horas semanales.

Quienes se incorporan por primera vez a las tareas de recepción del campamento llegan a veces con la expectativa de pasar unas vacaciones pagadas en el paraíso. Y es difícil echárselo en cara. El empleo se anuncia con un gran despliegue de fotos de arroyos resplandecientes y praderas salpicadas de flores silvestres. Un folleto de California Land Management, la concesionaria privada que ha contratado a Linda, presenta un grupo de mujeres de pelo canoso sonrientes a orillas de un lago bañado por el sol, cogidas del brazo cual amigas del alma en un campamento de verano. «¡Ve de camping y cobra un sueldo!», promete la seductora campaña publicitaria de American Land & Leisure, otra empresa que contrata personal anfitrión. Debajo se reproducen algunas declaraciones personales: «Nuestros empleados dicen: “¡Nunca me había divertido tanto desde que me jubilé!”. “Hemos hecho amistades para toda la vida”. “Hacía años que no estábamos tan en forma”». [6]

Las novatas suelen protestar —y a veces se marchan— cuando descubren los aspectos menos atractivos del trabajo: encargarse de campistas ruidosos borrachos, recoger grandes pilas de cenizas y cristales rotos en los espacios reservados para hacer fuego (a veces, campistas con ganas de juerga arrojan botellas a las llamas para verlas explotar) y limpiar los escusados tres veces al día. Aunque limpiar los lavabos sea la tarea menos apreciada por la mayoría de las anfitrionas, a Linda no la amilana e incluso se precia de realizarla a conciencia. «Quiero que estén limpios, porque mis clientes los usan —afirma—. No soy germófoba; basta con ponerse unos guantes de goma y manos a la obra».

Cuando Linda llega a la sierra de San Bernardino, las vistas sobre el valle son sublimes, pero distraen la atención. Los arcones son estrechos, apenas una franja ínfima de tierra. En algunos trechos, más allá de la cinta asfaltada que se aferra a la ladera solo se abre el vacío. Hay señales de aviso: «Riesgo de desprendimiento de rocas» y «Proteja su motor. Apague el aire acondicionado a lo largo de los próximos 20 km». Nada de esto parece amilantar a Linda. La temporada que trabajó como transportista, hace ya casi veinte años, la inmunizó frente a las carreteras difíciles.

Yo la precedo al volante de mi furgoneta camper. Llevo un año y medio conviviendo a temporadas con ella en mi calidad de periodista y hemos mantenido tantas conversaciones telefónicas entre visita y visita que cada vez que la llamo, antes de que responda, ya me parece escuchar su saludo habitual, un melodioso «Hoolaaa» entonado con el mismo sonsonete con que diríamos «¡Aquí estás!» jugando al cucú-tras con un bebé.

Conocí a Linda mientras recopilaba información para un artículo sobre una subcultura en expansión en Estados Unidos formada por ciudadanos nómadas de ambos sexos que viven de manera permanente sobre ruedas. [7] Como Linda, muchos de esos espíritus errantes intentaban escapar de las garras de una paradoja económica: la colisión entre unos alquileres en alza y unos salarios estancados, el choque de una fuerza irrefrenable contra un objeto inmóvil. Se sentían acorralados, sin salida, al ver que apenas ganaban lo suficiente para cubrir el coste del alquiler o los plazos de una hipoteca después de trabajar jornadas agotadoras en empleos sin aliciente que consumían todo su tiempo, sin ninguna perspectiva de mejora a largo plazo ni la esperanza de poder llegar a jubilarse algún día.

Esa sensación tenía un fundamento sólido en la dura realidad de los hechos: la divergencia entre el nivel de los salarios y el coste de la vivienda ha llegado a ser tan espectacular que, para un número creciente de estadounidenses, una vida de clase media ha pasado de ser una aspiración difícil de alcanzar a convertirse en un imposible. En el momento de escribir estas líneas, los perceptores o receptoras del salario mínimo con un empleo a jornada completa solo pueden permitirse pagar el alquiler de un apartamento de una habitación al precio justo de

mercado en doce distritos y una zona metropolitana de Estados Unidos. [8] Una persona, para alquilar un apartamento de esas dimensiones sin dedicar a la vivienda más del 30 por ciento recomendado de los ingresos, tendría que ganar 16,35 dólares por hora como mínimo, más del doble del salario mínimo federal. Las consecuencias son nefastas, sobre todo para la sexta parte de los hogares estadounidenses, que han venido dedicando más de la mitad de sus ingresos a disponer de un cobijo. [9] La consecuencia para muchas familias con ingresos bajos es que les queda muy poco o nada para comprar comida, medicamentos y otros productos básicos.

Muchas de las personas con quienes hablé tenían la impresión de llevar ya demasiado tiempo perdiendo los cuartos en una partida con las cartas marcadas. Y habían encontrado una manera de burlar el sistema. Habían renunciado a las viviendas tradicionales de ladrillo, liberándose así de los grilletes del alquiler o la hipoteca, y se habían instalado en furgonetas, autocaravanas y casas rodantes con las que se desplazaban de un lugar a otro en pos del buen tiempo, trabajando en empleos estacionales para llenar el depósito de gasolina. Linda forma parte de esta tribu y yo la he estado siguiendo en sus migraciones a través del oeste del país.

El arrebato que me había suscitado la visión de las cumbres a una cierta distancia se desvanece en cuanto inicio el ascenso por la cuesta empinada de la sierra y me invade una repentina inquietud. Conducir mi furgoneta traqueteante por una carretera de curvas de horquilla me asusta un poco. La imagen de Linda con su minicaravana a remolque del desvencijado jeep me inquieta enormemente. Hace un rato me indicó que la adelantara y ella ya me seguiría, que prefería ir detrás. Pero ¿por qué motivo? ¿Temía acaso que su remolque se desenganchara y saliera despedido cuesta abajo? Nunca llegué a averiguarlo.

Pasado el cartel indicador del Bosque Nacional de San Bernardino, un reluciente camión cisterna se acerca amenazadoramente por detrás del minirremolque de Linda. El conductor parece impaciente, se ha pegado demasiado a ella cuando comienzan a trazar una serie de curvas cerradas que ocultan su imagen en mi retrovisor. No aparto la mirada del espejo aguardando la aparición del jeep. Entro en una nueva recta y sigue sin aparecer, mientras que el camión cisterna vuelve a asomar enseguida por la pendiente. Ni rastro de Linda.

Me detengo en una zona de adelantamiento y marco el número de su móvil con la esperanza de escuchar el conocido «Hoolaaa». El teléfono suena varias veces, luego salta el buzón de voz. Aparco la furgoneta, salgo fuera e, inquieta, comienzo a dar vueltas al lado del coche, arriba y abajo. Telefono de nuevo. No hay respuesta. Mientras tanto, más vehículos —media docena, tal vez— han salido de las curvas, han entrado en la recta y han dejado atrás la zona de adelantamiento. Intento contener una sensación de náuseas, la adrenalina se acumula y se troca en pánico a medida que van pasando los minutos. La *Posada Hazte Sitio* ha desaparecido.

Linda llevaba meses anhelando volver a la carretera y comenzar a trabajar como anfitriona en el campamento, mientras permanecía varada en Mission Viejo, a setenta kilómetros al sureste de Los Ángeles, hospedada en la casa alquilada de su hija Audra y su yerno Collin, conviviendo con ellos, sus dos nietas y un nieto, adolescentes los tres. A falta de dormitorios para todos, su nieto Julian dormía en la zona sin ventanas adyacente a la cocina destinada a servir como comedor. (Una solución más cómoda, no obstante, que la del anterior apartamento de la familia, donde un cuarto-ropero cumplía a la vez la función de dormitorio para una de las dos nietas).

A Linda le tocó el último rincón disponible: el diván de la entrada. Era una isla. Aunque adoraba a su familia, se sentía varada en esa casa, sobre todo con su jeep inmovilizado en el taller. Cuando algún miembro de la familia organizaba una salida sin ella, todos tenían que pasar junto a su diván para llegar hasta la puerta. La situación comenzó a volverse incómoda. A Linda le preocupaba que pudieran sentirse culpables por pasar ratos a solas sin ella. Además, también

añoraba su autonomía.

—Prefiero ser la reina de mi casa que vivir bajo el amparo de la reina de otra casa, aunque sea mi hija —me confesó.

Además, varios problemas de salud habían drenado los recursos —emocionales y económicos— de la familia, con lo cual aún le resultaba más difícil depender de su apoyo. Su nieta Gabbi estaba muy débil y llevaba tres años guardando cama de manera intermitente a causa de una misteriosa disfunción del sistema nervioso; más adelante, le diagnosticarían el síndrome de Sjogren, una enfermedad autoinmune. Julian, su nieto, estaba aquejado de diabetes de tipo 1. Su hija, Audra, sufría artritis aguda y, por si fuera poco, Collin, la principal fuente de ingresos de la familia, había empezado a sufrir fuertes ataques de migraña y vértigo que lo obligaron a dejar su empleo en una oficina.

Hubo un momento en que Linda contempló la posibilidad de presentar su solicitud para ocupar un puesto de trabajo temporal en un almacén de Amazon a través del programa CamperForce («equipo de campistas»), creado por la distribuidora *online* para contratar personal itinerante. Pero ya había hecho ese mismo trabajo el año anterior y había acabado sufriendo una lesión por esfuerzo repetitivo asociada al uso del lector de código de barras manual, un incidente que le había dejado una huella visible: un bulto del tamaño de un grano de uva en la muñeca derecha. Peor era la parte invisible: un dolor insoportable que se extendía a lo largo de su brazo derecho desde el pulgar hasta la nuca, pasando por la muñeca, el codo y el hombro. Sostener un tazón de café de un cuarto de litro o una cacerola ya le provocaba un espasmo dolorosísimo. Lo atribuía a una tendinitis severa, pero conocer el diagnóstico no mitigaba su sufrimiento. Y mientras no se curara, no podría volver a realizar ese trabajo.

Sin blanca y recluida en la isla de su diván, Linda intentaba concentrar sus pensamientos en el futuro que la aguardaba como propietaria —y única ocupante— de la *Posada Hazte Sitio*. Antes de hospedarse en casa de su familia, había estado viajando de un lugar de trabajo al siguiente en una autocaravana El Dorado de 1994 de ocho metros y medio que tragaba gasolina a espuestas y empezaba a caerse a pedazos, de modo que se alegraba de haberla cambiado por un minúsculo remolque, aunque necesitara algún retoque. Los anteriores propietarios lo habían dejado aparcado a la intemperie bajo el aire salobre de la costa de Oregón, por lo que algunas partes metálicas habían empezado a oxidarse y una mancha anaranjada afeaba el caparazón de fibra de vidrio. Linda comenzó a dedicar las horas libres a la reforma de su casita móvil. Lo primero que hizo fue preparar un abrasivo casero —el ingrediente secreto eran cáscaras de huevo trituradas en una batidora eléctrica— para eliminar la mancha de óxido. También se dedicó a instalar una cama acogedora. En la parte trasera de la caravana había un pequeño espacio con una mesita y un par de bancos. Linda retiró la mesa y luego recortó una plantilla de cartón del tamaño adecuado para apoyarla sobre los bancos. Cuando los vecinos tiraron un colchón almohadillado tamaño *queen size*, lo confiscó, lo abrió en canal y fue retirando uno a uno los muelles, como una pescadera que limpiara una pieza de enorme tamaño. A continuación extrajo las capas de relleno, marcó con un rotulador las líneas de corte para ajustarlas a la plantilla de cartón y cortó el material sobrante con un cúter. Recortó el forro exterior a la medida y luego volvió a coserlo —incluidos los ribetes— y reacomodó el relleno para obtener lo que parecía un minicolchón perfecto de un metro ochenta por noventa centímetros.

—Pensé que no sería agradable dormir con mi compañero de cama en un espacio más estrecho —me dijo señalando a *Coco*, su perrita cavalier king charles spaniel—. Por eso, lo dejé en noventa centímetros para los dos.

El día antes de su partida, le pregunté cómo se sentía. Me miró como si la respuesta fuera

obvia.

—¡Oh, estoy feliz! —me dijo—. He estado sin coche. Sin dinero. Varada en ese diván.

Los 524 dólares del cheque de la Seguridad Social le permitirían sobrevivir hasta cobrar la primera paga en su nuevo empleo. [10] Aguardaba expectante la ampliación de su mundo tras haberlo visto reducido a las dimensiones de un diván. Llevaba demasiado tiempo privada de la libertad a la que ya se había habituado, la efervescencia acelerada de expectativas y posibilidades que emana de la carretera. Había llegado el momento de partir.

La mañana del 6 de mayo, un día cálido y nublado, Linda se despidió con abrazos de toda su familia.

—Os llamaré en cuanto llegue —prometió.

Instaló a *Coco* en el jeep y arrancó rumbo a un taller mecánico, donde infló los neumáticos desaparejados, ya desgastados y con grietas. No llevaba rueda de recambio. Luego paró en una gasolinera Shell, llenó el depósito y entró en la tienda para pedir un recibo y comprar un par de cartones de cien cigarrillos Marlboro rojo. El joven dependiente la escuchó con aire comprensivo mientras ella evocaba sus tiempos de adolescente, cuando con una moneda de veinticinco centavos podía comprar casi cuatro litros, sin comparación posible con el coste actual de un dólar por litro.

—Podías circular un día entero con un dólar —comentó sonriente meneando la cabeza.

Nada parecía capaz de ensombrecer su buen humor, ni siquiera cuando al regresar se encontró las puertas del jeep bloqueadas, con las llaves dentro. *Coco*, de pie sobre las patas traseras, meneaba la cola con las patitas delanteras apoyadas sobre la puerta del conductor. Debía de haber apretado la palanca del cierre de seguridad, conjeturó Linda. Pero el cristal estaba bajado unos centímetros. Cogió un encendedor de barbacoas de mango largo de mi furgoneta, introduje la mano por la rendija y me serví de él para desbloquear la cerradura. Y seguimos viaje.

La minicaravana nos esperaba en un aparcamiento de las afueras de Perris, una ciudad situada en el lugar donde muere la sierra de Santa Ana, una de las cadenas montañosas peninsulares que separan la región costera de California de su interior desértico más árido. Para llegar hasta allí tuvimos que coger la autovía de Ortega, una de las carreteras más peligrosas del estado de California, «un lugar donde —en palabras de *Los Angeles Times* — colisionan frontalmente la expansión urbana, la conducción imprudente y unas técnicas de construcción viaria obsoletas». [11] La sinuosa vía suele estar atestada de conductores que se desplazan entre el condado de Orange —que ocupa el valle de Santa Ana— y el área metropolitana de Riverside-San Bernardino-Ontario, conocida como Inland Empire, pero al mediodía el tráfico, por suerte, era fluido. Linda no tardó en cruzar la ciudad, dejando atrás una parte de la media docena de aparcamientos de caravanas pegados, cual colonias de percebes, a la orilla del lago Elsinore. Tres años antes había estado viviendo allí, en el Shore Acres Mobile Home Park, donde alquilaba, por seiscientos dólares mensuales, una caravana aparcada en una avenida con el asfalto agrietado que comunica la carretera con la orilla del lago.

En un supermercado Target, compró comida para una semana, hasta que recibiera el siguiente cheque de la Seguridad Social: una gran caja de cartón de avena Quaker Oats, una docena y media de huevos, carne picada, salchicha de Bolonia, panecillos para hamburguesas, galletitas saladas Goldfish, galletas Nutter Butter rellenas de crema de cacahuete, tomates, mostaza y un cartón de dos litros y medio de leche. Aunque no tenía que empezar a trabajar hasta al cabo de un par de días, telefoneó a su futuro jefe desde el aparcamiento. Quería demostrarle que era una persona fiable que se tomaba en serio su empleo. Le dijo que ya estaba en camino y que tenía previsto llegar a Hanna Flat antes del anochecer.

La *Posada Hazte Sitio* estaba aparcada en un terreno situado al norte de la carretera 74, tras una verja protectora contra ciclones coronada de alambre de púas y festoneada de banderas estadounidenses. Linda cruzó el portal y el encargado, un tipo flacucho con una barba puntiaguda llamado Rudy, salió a su encuentro. Estuvieron bromeando mientras Linda preparaba el remolque, procurando no olvidar ningún paso de la lista que llevaba escrita.

—Tengo la cabeza como una caja blindada: nada entra y nada sale —comentó Rudy con sorna.

Mientras seguían parlotando, Linda bajó de la caravana dando un salto demasiado brusco y se desequilibró. El carromato osciló sobre su único eje y el extremo posterior chocó estrepitosamente contra el suelo.

—No debería haber comido ese bollo con el desayuno —se burló Rudy.

Linda se reincorporó.

—¡Vaya susto! —exclamó. Por suerte no se había roto nada, ni tampoco la caravana.

A continuación, afianzó en la parte delantera del remolque un soporte para transportar las dos bombonas de propano de nueve kilos destinadas a alimentar la nevera, los fogones y un pequeño horno. Por último, Rudy la ayudó a acoplar la caravana al jeep. Linda accionó el motor de arranque y emprendió la marcha, algo insegura al principio. Saludó con la mano y cruzó la entrada. Tal como prometía el antiguo folleto de propaganda, la caravana la siguió «como un gatito».

Al ver que Linda no reaparecía tras la primera serie de curvas de la sierra de San Bernardino, mi cerebro empezó a barajar una sucesión de posibles desastres. A lo mejor se le había calado el motor. O quizás había tenido un pinchazo —una mala noticia sin rueda de recambio— o, peor aún, un reventón. Las premoniciones eran cada vez más negras. ¿Y si la minicaravana se había soltado y había salido rodando cuesta abajo? ¿Y si, al tomar una curva demasiado abierta, el jeep se había salido de la carretera y se había precipitado en el barranco, como en un *remake* de la escena culminante de *Thelma & Louise* ?

Me disponía a poner en marcha la furgoneta y retroceder en su busca cuando oí sonar el móvil.

—Enseguida llego —me dijo Linda.

Con gran alivio, la vi asomar por la curva, pero mi alegría duró poco. El jeep se detuvo y Linda me señaló su remolque, que había cambiado curiosamente de aspecto: el soporte del propano estaba vacío, las dos bombonas se habían soltado en las curvas cerradas y una, todavía acoplada a su tubo, había rebotado contra la caravana y se había llevado por delante diez centímetros de la carcasa de fibra de vidrio. La otra se había soltado por completo y, cual planta corredera, había rodado por el asfalto. El camión cisterna, que todavía la seguía a corta distancia, había dado un volantazo para esquivarla y luego había adelantado a toda velocidad al jeep de Linda, que por suerte había encontrado un tramo de carretera ligeramente más ancho donde poder detenerse. La bombona fugitiva había quedado varada en el lado opuesto. Después de valorar la situación, Lidia había resistido el impulso de cruzar la vía para recuperarla: su vehículo, aparcado precariamente en el extremo exterior de una curva ciega, era invisible para el tráfico que circulaba en sentido contrario. Recordaba que pensó: «Esa bombona de propano vale veinte dólares, pero ¡mi vida no tiene precio!». Así que desconectó el tubo de la bombona que le quedaba y la cargó en el remolque.

Superado este incidente sin mayores desgracias, seguimos camino cuesta arriba. Cruzamos los vecindarios de Arrowbear Lake y Running Springs, cuyas laderas alpinas atraen esquiadores y practicantes de snowboard en invierno, pero en esa época del año seducían a ciclistas de montaña y senderistas. Dejamos atrás la presa centenaria del lago Big Bear, un embalse que recoge el agua del deshielo, y bordeamos la orilla septentrional, territorio de águilas calvas, hasta llegar a

Grout Bay y la minúscula población de Fawnskin, [12] bautizada así a principios del siglo pasado por promotores inmobiliarios temerosos de que un lugar llamado Grout («argamasa») no atrajera visitantes. [13] La única tienda del pueblo estaba bien provista de todo lo necesario para aventurarse en el monte: aparejos de pesca, fundas aislantes para las latas de cerveza, trineos, cadenas para la nieve, sacos de dormir, sombrillas y botellas de licor de recuerdo en forma de escopeta («cargadas de tequila», nos explicó la cajera). El parque vecino estaba poblado de estatuas de fibra de vidrio de hombres uniformados, entre ellos, un jugador de béisbol, un jefe indio, un cowboy, un bombero, un piloto de combate, un pirata y un policía de tránsito. Parecían a punto de romper a cantar «YMCA». [14]

—¡Tantas estatuas y ninguna mujer! ¿Por qué? —exclamaría más adelante Linda durante una visita posterior a Fawnskin. Dicho esto, divisó otras figuras esculpidas: un par de bueyes que tiraban de una carreta entoldada. Figuras femeninas, seguramente, sugirió, dado que no tenían genitales visibles y eran las únicas que estaban trabajando. A partir de ese día, siempre que pasaba por el parque las saludaba: «¡Holaaa, chicas!».

Siguiendo por Rim of the World Drive —«la avenida del Confín del Mundo»—, dejamos atrás una finca privada tras cuya verja, cerrada con candado y con varias señales de «Prohibido el paso», se divisaba un césped incongruentemente bien cuidado. Luego Linda redujo la velocidad al mínimo antes de adentrarse por Coxey Truck Trail. A partir de ahí, se acababa el asfalto para dar paso a un sendero de tierra lleno de ondulaciones, flanqueado de brotes amarillos de alhelí que se abrían paso entre los peñascos y arbustos de manzanita cubiertos de capullos rosa en forma de urna. También podían verse los restos del incendio forestal de 2007: un paisaje de troncos chamuscados, erizados como las púas de un gigantesco puercoespín. Ese incendio devoró más de 5.600 hectáreas de bosques, incluido el campamento Hanna Flat, que permaneció cerrado por obras hasta 2009. [15]

Linda se fue aproximando al campamento a marcha lenta, concentrada en los accidentes del camino, pendiente de ir sorteando las profundas rodadas que surcaban la tierra endurecida. El minirremolque la seguía traqueteando y dando tumbos. Llegó a la entrada del campamento alrededor de las seis de la tarde, todavía con luz de día.

Hanna Flat está situado a más de 2.000 metros sobre el nivel del mar, 1.500 metros más que Mission Viejo, donde había iniciado su viaje esa mañana. Hacía fresco y el ambiente era seco. Al ver un tablón de anuncios, bajó del jeep para leerlo. Varios avisos alertaban a los visitantes sobre la presencia de serpientes, les instaban a apagar bien el fuego («No dejar ni un ascua») y a no introducir en el campamento leña portadora de parásitos invasores: insectos como el escarabajo moteado, que destruye los robles, y patógenos nefastos causantes de enfermedades con nombres funestos, como el «cancro resinoso» del pino y la «muerte repentina» del roble. Un gran mapa mostraba un camino circular flanqueado por 88 espacios de acampada numerados que se podían alquilar por 26 dólares diarios. También había un espacio no numerado —tan próximo a la entrada que Linda alcanzaba a divisarlo desde donde se encontraba— con algunas instalaciones: una zona de aparcamiento asfaltada, conexiones a las redes de suministro de agua y de electricidad, y una zona de pícnic con una mesa y un espacio acotado para hacer fuego. Y en primera línea, cerca de un tocón en descomposición ocupado por una colonia de hormigas coloradas, un cartel que decía: «Recepción».

Linda había llegado al lugar que sería su hogar durante los cuatro meses siguientes.

Además de aguardar expectante el momento de empezar a trabajar, Linda también contaba los días que faltaban por otro motivo. Una amiga iba a trabajar con ella y ya estaba en camino. Sylvianne Delmars tenía sesenta años y no había trabajado nunca como anfitriona en un

campamento, pero le ilusionaba la idea de probarlo.

—¡Con Linda May a mi lado, sería capaz de enfrentarme a un ejército! —me había dicho unos meses antes.

Silvianne vivía en un monovolumen Ford E350 Econoline Super Club de 1990 que se había utilizado para transportar personas ancianas y cuadrillas de presos antes de que ella lo adquiriera por Internet en Craigslist con las juntas de culata agrietadas, los frenos en mal estado, los cables resquebrajados, los neumáticos desgastados y un motor de arranque que chirriaba de un modo que no presagiaba nada bueno. Según como le diera el sol, bajo la pintura del lado del acompañante se adivinaba el borde de unas letras recubiertas tiempo atrás que decían: «Asociación de la Tercera Edad de Holbrook».

Dos compañeras le habían propuesto sendos nombres para bautizar el vehículo: *Queen Mary* y *Esmeralda*. Para evitar tener que escoger, había decidido llamarlo *Reina María Esmeralda*. Había transformado el interior decorándolo con echarpes de tonalidades luminosas, cojines bordados, lucecitas ornamentales y un altar con un cirio votivo dedicado a la Virgen de Guadalupe y una estatuilla de Sejmet, la diosa egipcia con cabeza de leona.

Silvianne se había echado a la carretera en su furgoneta después de sufrir una serie de percances: el robo del coche, una fractura de muñeca (sin estar asegurada) y la imposibilidad de vender una casa que tenía en Nuevo México. «Cuando duermes por primera vez en tu coche en la calle, sientes que eres una fracasada, una persona sin hogar —me explicó—. Pero lo fantástico del ser humano es que nos habituamos a todo».

Ella y Linda se habían conocido un año y medio atrás, cuando ambas trabajaban como temporeras en el turno de noche en el almacén de Amazon donde Linda se lesionó la muñeca. Silvianne leía el tarot —también había trabajado en el servicio de asistencia sanitaria de grandes empresas y como camarera, vendedora, acupuntora y en el sector del *catering* — y había acabado interpretando la sucesión de incidentes que la habían conducido hasta su furgoneta como fruto de la influencia divina, obra de la diosa que la había encaminado hacia una vida zíngara. En su blog, *Silvianne Wanders* («Las andanzas de Silvianne»), [16] caracterizaba así la transición: «Una mujer de la generación del *babyboom*, sin edad para jubilarse aún, abandona la casita de minero de ladrillo donde vivía, sus tres empleos a tiempo parcial y el apego a cualquier ilusión de seguridad que todavía puedan ser capaces de ofrecer a su espíritu torturado los restos andrajosos del “sueño americano” con el propósito de lanzarse a la carretera para llevar la vida nómada y aventurera como echadora de cartas-astróloga chamánica-agente del cambio cósmico para la que siempre estuvo predestinada».



Silvianne en su monovolumen, el *Reina María Esmeralda*.

Silvianne había escrito una canción, su *Himno de la furgoneta*, como lo llamaba ella. La primera vez que me lo cantó, la *Reina María Esmeralda* estaba aparcada junto a un Burger King en Arizona y yo la había estado entrevistando dentro de la furgoneta mientras íbamos retirando el rebozado de unos *nuggets* de pollo para dárselos a *Layla*, su gata de ojos verdes, que se negaba a comerlos de ninguna otra manera. La versión más reciente, adaptada a la música de *King of the Road* —y mejorada repetidamente por Silvianne desde que empezó a componerla por primera vez mientras recorría un trecho solitario de la carretera 95 en Arizona—, dice así:

Una vieja furgoneta baqueteada de alto techo
es como vivir en una lata gigantesca
sin pagar alquiler, sin normas, sin un hombre,
sin estar atada a una parcela de terreno.

En verano disfruto del frescor de los bosques,
paso los inviernos bajo el sol del desierto.
Soy una antigua alma gitana con nuevas metas,
¡la reina de la carretera!

Mis amigas me toman por loca,
pero su vida es demasiado insulsa para mí.
Si a veces canto penas, es un bajo precio
a cambio de llevar la vida que quiero.

He descubierto que hay espacios santificados por doquier,

si sabemos mirar a nuestro alrededor
mientras proseguimos la búsqueda de la Nueva Tierra.
¡Reinas de la carretera!

Conozco todos los caminos secundarios de cinco estados del oeste.
No vacilo en adentrarme en una de esas rutas poco transitadas.
Descubro todas las anécdotas curiosas de cada pequeña población.
Aunque vaya lenta, llego a muchas partes en mi furgoneta...

de alto techo que devora la gasolina a espuertas.
A veces paso miedo, pero nunca me aburro,
porque por fin he cortado el cordón umbilical
que mantiene atadas a las hordas de la sociedad de consumo.

Tengo una gran felina que me mantiene cuerda,
Adorable Layla es su nombre.
Sin llegar a ser salvaje, tampoco es mansa.
¡Reinas de la carretera! [17]

Cuando Linda llegó a Hanna Flat, Silvianna todavía se encontraba a dos horas de camino hacia el sur, en Escondido, con la *Reina María Esmeralda* aparcada frente al bloque de apartamentos donde vivía una amiga, disfrutando de la posibilidad de tener acceso a una lavadora y agua caliente en la bañera («surfeando de un aparcamiento privado a otro», en la jerga nómada). Con solo cuarenta dólares en la cartera, esperaba recibir pronto por correo una tarjeta de crédito, la primera que tendría desde hacía diez años.

Linda pasó un primer par de días tranquilos en el campamento. Divisó algún coyote y oyó pequeños ruidos producidos por algún puma. Cayeron unos cuantos centímetros de nieve y conectó un calefactor para caldear el remolque. Compró una bombona de propano de recambio. Decoró la nevera con una placa imantada que decía: «Vive cada día como si te estuviera viendo la tía Bee», colocada bajo una foto del ama de casa del *Andy Griffith Show* [18] junto con una oda a la vida nómada titulada *Una selección completa*, de un autor llamado Randy Vining —que también se presentaba como el Viejo sobre Ruedas—, que empezaba así: «Viajo todo el tiempo con una selección completa, / no menos de lo necesario ni más de lo suficiente».

También leyó un par de libros. Una amiga nómada le había recomendado *Woodswoman: Living Alone in the Adirondack Wilderness* («Mujer leñadora: Una vida solitaria en los bosques de los montes Adirondack») y Linda lo devoró, impresionada por la independencia y frugalidad de la autora, la ecologista Anne LaBastille, quien, inspirada por *Walden*, se construyó ella misma una cabaña de troncos con un coste de apenas seiscientos dólares. A continuación inició la lectura de *Making Ideas Happen: Overcoming the Obstacles Between Vision and Reality* («Materializar las ideas. Salvar los obstáculos que se interponen entre la visión y la realidad»), un manual de autoayuda para emprendedores que rastreó en busca de consejos para construirse un futuro satisfactorio. [19]

Y reposó acurrucada junto a *Coco*, que se había instalado en su parte del colchón compartido y de vez en cuando se incorporaba para lamerle hiperactivamente la cara.

—¡Oh, cuántos besos! —rezongaba Linda—. ¡Se te desgastará la lengua! Habrá que recauchutarla y ¿quién tendrá que pagarlo?

Estaba previsto que Silvianna llegara el domingo y ese día Linda fue a ducharse en las instalaciones más próximas, situadas a unos siete kilómetros de distancia, en el Campamento Serrano a orillas del lago Big Bear, en unos fríos galpones construidos con bloques de hormigón. Para economizar agua, los grifos solo permanecían abiertos durante breves intervalos, por lo que

para darse una ducha había que pulsar varias veces el botón cromado. Ya en el aparcamiento, Linda se cepilló la larga melena bajo el sol y en un gesto final la hizo ondear al viento como en un anuncio de champú.

—¿Me ha quedado reluciente el pelo? —preguntó.

Silvianne llegó por la tarde luciendo una camiseta color amarillo mostaza con una impresión de la cara de Frida Kahlo, una ancha falda de retales, *leggings* de color rosa y mocasines de ante. Abrazó a Linda y se asomó al minirremolque para echarle un primer vistazo.

—¡Parecía más grande en las fotos! —exclamó.

Silvianne es alta y delgada e iba peinada con flequillo y el pelo ondulado, ligeramente canoso, recogido con un pasador en forma de banana del que escapaban algunas mechetas rebeldes. Tuvo que agacharse para entrar en la caravana. Linda le explicó lo encantada que estaba de poder vivir allí. Lo único que echaba de menos de su antigua autocaravana era la comodidad de tener váter y ducha. Había reemplazado el primero por un cubo y de momento estaba resultando una buena solución.



La Posada Hazte Sitio nevada en el campamento Hanna Flat.

El lunes a las ocho y media de la mañana comenzó en el Big Bear Discovery Center, un centro de formación gestionado por el Servicio Forestal, el cursillo introductorio de dos días para el personal anfitrión. Como recompensa por su participación, supervisores de California Land Management les repartieron paquetes de galletas Moon Pie. La mayoría del personal acogía con agrado la posibilidad de disfrutar de una comida diaria gratis: perritos calientes el primer día y pollo del Pollo Loco el siguiente. Cada anfitriona o anfitrión recibió, además, una carpeta de color marrón con tres anillas que contenía el manual de actuación de la empresa, junto con una exposición oral detallada de las tareas que deberían realizar. Les animaron a registrar a fondo la

zona de acampada para retirar todos los «microdesperdicios» —restos de envoltorios de celofán y de papel de aluminio, colillas y otros desechos— y mantener las parcelas individuales libres de «obstáculos», como las piñas del tamaño de un pomelo que se desprendían de los gigantes pinos Jeffery. También escucharon algunas anécdotas destinadas a advertirles contra el riesgo de cometer determinados errores. Un trabajador olvidó comprobar que no quedaran ascuas encendidas entre las cenizas que estaba retirando y tuvo la desgracia de incendiar su carrito de golf. Procurad que no os pase lo mismo. En otra ocasión, una anfitriona se fracturó una costilla al encaramarse sobre un contenedor de basura para volver a bloquear la cadena a prueba de osos.

«¡Esa fui yo!», exclamó Linda para disgusto de sus jefes, que habían contado la anécdota sin saber que la víctima estaba presente. Ese accidente había ocurrido el verano anterior, cuando Linda estaba trabajando en Mammoth Lakes, también en California. Hacer cualquier cosa — respirar, barrer, conducir un carrito de golf por caminos accidentados, agacharse, hasta reírse con los clientes— se volvió penoso durante un tiempo. Cuando sus amistades y familiares insistieron para que consultara a un médico, este confirmó que tenía una costilla rota y la instó a no levantar ningún peso de más de cinco kilos hasta que se hubiera soldado.

El miércoles, a las ocho de la mañana, Linda y Sylvianne iniciaron su primera jornada de trabajo vestidas con uniforme: pantalones marrones y anoraks de color caqui con el logotipo con el perfil de una cumbre bordado sobre el pecho izquierdo. Los colores guardaban un cierto parecido con los del uniforme de los guardas forestales federales; un camuflaje que, según les habían dicho, podía serles útil para controlar a los campistas revoltosos. Sylvianne ya llevaba varias horas en pie para cumplir con su ritual matutino: tomar una infusión de hierbas desintoxicantes antes de meditar e ingerir luego un desayuno que, como el resto de su dieta, no incluía nada de azúcar ni tampoco carne ni productos lácteos ni cereales refinados; una rutina curativa que esperaba que pudiera ayudarla a eliminar un carcinoma basocelular que se le había formado bajo el ojo derecho. El carrito de golf iba cargado de herramientas: dos rastrillos, dos escobas, una pala, un cubo metálico para las cenizas y cubos de plástico llenos de productos de limpieza. También transportaba pilas de folletos con ofertas de actividades y excursiones a buen precio, que incluían el uso de parapentes, un helicóptero, *segways*, tirolinas, todoterrenos y un barco con rueda de palas llamado *Miss Liberty*. Sylvianne, que acababa de aprender a conducir el carrito de golf, cogió entusiasmada el volante mientras Linda iba de paquete. Hacía una mañana fresca pero luminosa y el sol se filtraba entre los pinos. En las ramas graznaban los cuervos y los pájaros carboneros entonaban una melodía de tres tonos que rimaba con la canción infantil *Tres ratones ciegos*. Sarcodes de color rojo brillante —brotes en forma de cabezas de espárrago que florecen a finales de primavera y extraen nutrientes de las raíces de las coníferas con la ayuda de un hongo— comenzaban a asomar entre la alfombra de pinaza que se extendía al pie de los árboles. Lagartijas espinosas cruzaban veloces sobre la grava del camino. Las marmotas se refugiaban en sus madrigueras al ver acercarse el carrito de golf.

Saltaba a la vista que Linda ya había hecho ese trabajo antes por la cantidad de trucos que dominaba. Antes de desinfectar los retretes, cubría los rollos de papel higiénico con una toalla para evitar humedecerlos con el producto químico. Comentó que tendrían que comprar spray de aceite antiadherente Pam —o WD-40, pero el Pam era más barato— para rociar las paredes de los inodoros y conseguir así que los residuos no se adhirieran con tanta facilidad. Después de vaciar una papelera, nos enseñó una manera rápida de anudar la nueva bolsa de plástico para evitar que se deslizara por debajo del borde. Al pasar el rastrillo en torno a las mesas de pícnic, acababa cada barrido con un leve movimiento lateral.

—Así no pueden saber hasta dónde has llegado —explicó—. El resultado tiene un aspecto más

natural.

En una zona de acampada muy descuidada —con un saco de dormir abierto y un rollo de papel de váter abandonados en el suelo, junto con varios recipientes vacíos de fideos instantáneos—, encontraron una hoguera todavía encendida. Linda y Sylvianne se fueron turnando para echar cubos de agua, mientras las ascuas siseantes emitían una columna de humo y vapor que les hizo toser. Luego removieron la pasta de cenizas calientes con una pala para asegurarse de que ninguna brasa escondida pudiera reavivarse. Cuando los campistas —un grupo de muchachos veinteañeros— regresaron más tarde de su caminata, encontraron los restos del fuego empapados. A pesar de que el parte meteorológico anunciaba nieve, uno vestía una camiseta de manga corta y no había llevado ningún jersey, mientras que otro había hecho la excursión con un par de zapatillas, el único calzado que tenía, y todos estaban ateridos de frío. Linda los encontró intentando reavivar el fuego sin conseguirlo.

—Antes de marcharos, tenéis que dejar el fuego bien apagado, de manera que sea posible poner la mano encima sin quemarse —les explicó pacientemente—. Suerte que lo hemos encontrado nosotras y no los guardas forestales.

Los guardas les habrían multado.

—¡Lo sentimos mucho! ¡De verdad que lo sentimos, señora! —se excusaron los chicos.

Dos días a la semana, Linda y Sylvianne estaban a cargo de todo el campamento. Los otros tres días, se repartían el territorio con otra anfitriona que conocía bien la zona. (Esa trabajadora solía contar una anécdota ocurrida el año anterior, cuando estaba trabajando en ese mismo bosque y se le apareció un exhibicionista cubierto solo con una bandera de Estados Unidos sobre los hombros, que estuvo deambulando desnudo por todas partes hasta que acudió la policía para llevárselo). La mayor parte de su jornada de trabajo estaba dedicada a limpiar los 18 retretes y 88 zonas de acampada. Aparte de esas tareas de limpieza, también se encargaban de registrar a los nuevos campistas, cobrar los servicios, poner letreros en las zonas de acampada reservadas, ofrecer consejos sobre posibles excursiones, mediar en potenciales altercados, retirar las cenizas de las hogueras y realizar tareas administrativas. Los campistas acudían a ellas para adquirir la leña para el fuego que la empresa vendía en hatos de ocho dólares y que estaba almacenada en el aparcamiento de las anfitrionas, en un contenedor de alambre cerrado. A menudo acababan no comprando nada para seguir el consejo de Linda y Sylvianne, que les recomendaban coger leña del bosque con la condición de que fueran ramas muertas, caídas y ya desprendidas de los árboles. Algunos días, Linda acababa exhausta y tenía que echar una cabezada después de completar su ronda.

No es cómodo vivir junto a un letrero que dice «Recepción», expuesta a tener que responder a las necesidades de los campistas en cualquier momento. ¿Cuál era entonces su tiempo libre? Si la anfitriona estaba allí y había algo que hacer, se esperaba que lo hiciera. Cuando dos camionetas llenas de campistas llegaron un día a las once y media de la noche, llamaron directamente a la puerta de la *Reina María Esmeralda* y despertaron a Sylvianne para que les atendiera. También se esperaba que las anfitrionas se encargaran de hacer respetar el horario de silencio nocturno y que solucionaran las quejas por posibles ruidos. Linda procuraba anticiparse y evitar futuros problemas con amabilidad. Cuando llegaba un grupo que parecía potencialmente juerguista, advertía:

—Queremos que disfruten de su estancia aquí, pero a partir de las diez de la noche esperamos que lo hagan sin ruido.

Cuando veía una zona de acampada sembrada de botellas de cerveza, en vez de pedir a los campistas que las recogieran, les ofrecía amablemente unas cuantas bolsas de basura grandes.

Linda y Sylvianne tenían un contrato a jornada completa por cuarenta horas semanales, pero sin ningún compromiso firme. Al cabo de quince días, su supervisor les comunicó de improviso que tenían pocas reservas y la empresa necesitaba reducir costes. Por consiguiente, trabajarían solo tres cuartas partes de la jornada durante las dos semanas siguientes. Eso redujo la paga semanal de Linda a menos de 290 dólares (la de Sylvianne, que no cobraba el plus de antigüedad, sería aún más baja).

Ninguna de las dos protestó por las condiciones inciertas y el carácter a veces ilimitado de ese trabajo mal pagado, pero otros trabajadores itinerantes lo han hecho. Una queja frecuente entre el personal anfitrión de los campamentos es que se espera que trabajen más allá del número establecido de horas que cobran. Un trabajador en la sesentena, contratado por primera vez por California Land Management en 2016, me envió un mensaje electrónico donde comentaba esta cuestión.

«Trabajar como anfitrión en un campamento es para volverse loco —escribía— con la cantidad de mensajes contradictorios que nos llegan de la “dirección”. En mi campamento, la jornada laboral es de 30 horas semanales, pero algunas semanas he contado 45 y más. Me negué a seguir así y ahora han reducido sus exigencias».

Sin embargo, no le pagaron las horas extra que ya había trabajado.

Eso me recordó algo que expusieron en 2014, en un servicio de información jurídica, una pareja de anfitriones de campamento en la cincuentena, Greg y Cathy Villalobos. Afirmaban que durante el tiempo que habían estado trabajando para California Land Management y para otra empresa concesionaria, Thousand Trails, la dirección esperaba que hicieran más horas de las que se les permitía incluir en la ficha. «Quiero que esto se sepa, sobre todo para ayudar a otros trabajadores mayores y conseguir que cese esta práctica. Es muy indignante, en particular porque la responsabilidad última es del gobierno federal, que contrata a estas empresas», había declarado Greg Villalobos a la periodista. ^[20]

Otra trabajadora itinerante empleada por California Land Management en 2015 publicó en el portal *Yelp* un comentario sobre la empresa, donde la calificaba con una estrella y afirmaba que a menudo ella y su marido trabajaban doce horas o más en un mismo día, pero no les permitían fichar por más de ocho. «No es correcto que traten así a matrimonios ya mayores que necesitan esos ingresos. ¡Es preciso que alguien investigue estas prácticas!», añadía. ^[21]

El Servicio Forestal de Estados Unidos, que subcontrata concesionarios privados para gestionar los campamentos públicos, también ha recibido quejas. Con objeto de poder consultar unas cuantas, presenté una solicitud en la Oficina Regional de la Zona Suroccidental del Pacífico, al amparo de la ley que regula el derecho de acceso a la información. Cuando finalmente recibí los documentos, los nombres, edad y dirección de contacto de las personas denunciantes estaban tachados. En una de las cartas, alguien que había trabajado durante catorce años para California Land Management aseguraba que la empresa no proporcionaba agua al personal que trabajaba al aire libre con tiempo caluroso. «Incluso los peones disponen de sombra y agua fresca para beber. ¿Por qué no ofrecen lo mismo a su propio personal?», preguntaba la carta. Luego describía las dificultades de un anfitrión encargado de atender él solo dos campamentos —Upper y Lower Coffee Camp, al pie de Sierra Nevada—, con temperaturas de hasta 43°, y que ya había tenido que ser «trasladado en ambulancia en dos ocasiones por un golpe de calor». Ese mismo trabajador, añadía la carta, «ha trabajado muchas horas extra, pero el jefe del campamento le dijo que no debía incluirlas en la ficha de control. Sin duda, otros trabajadores y trabajadoras reciben el mismo trato».

En otra denuncia, un antiguo anfitrión que había trabajado para California Land Management

en el Bosque Nacional de Secuoyas escribía:

Recibí un trato muy desconsiderado, al estilo del que se dispensa a los trabajadores migrantes... Tenía un contrato por una jornada de «40 horas semanales» a 8,50 dólares la hora, pero lo habitual era tener que trabajar entre 50 y 60 horas o más por la misma paga, sin cobrar las horas extra, ni siquiera el tiempo adicional trabajado. Es decir, que CLM no paga el salario mínimo. Y cuando digo «trabajar» no me refiero a montar guardia, sino a 8 horas a pleno rendimiento rastrillando, retirando desperdicios y realizando tareas de limpieza en los campamentos Hume, Princess y Stony Creek, y también en los de Ten-Mile y Landslide, incluida la limpieza de numerosos retretes varias veces al día, así como de los espacios reservados para hacer fuego y los caminos, etcétera, además de registrar luego a los nuevos clientes hasta casi las nueve de la noche. La primera semana me hicieron trabajar 11 o 12 horas diarias durante seis días seguidos... Tras una discusión en la que acabé formulando algunas de estas quejas, [mi supervisor] me llamó «vago» y me dijo que «cerrara el pico» y «me largara» de vuelta a Oregón.

Escribí a California Land Management a propósito de esas quejas y el presidente de la empresa, Eric Mart, me respondió: «Puedo asegurarle que nuestra política de personal (de la cual todo el personal recibe una copia), nuestra formación y nuestros procedimientos estándar contradicen todas las alegaciones de esos trabajadores». Y añadía que California Land Management había investigado al menos tres de esas quejas y había llegado a la conclusión de que eran injustificadas. (Sin embargo, un trabajador obtuvo una compensación por las horas no cobradas). El último caso —en el que un supervisor era acusado de estafar a un trabajador y llamarle «vago»— había dado lugar a una investigación independiente del Servicio Forestal. [22]

Los funcionarios federales lo desmintieron. Cuando contacté con el Servicio Forestal para interesarme por las quejas de esos trabajadores concretos, me respondieron que no examinaban directamente ese tipo de reclamaciones, sino que remitían las cartas al contratista objeto de las quejas, que en ese caso era California Land Management. Este es el procedimiento que sigue oficialmente ese organismo, a pesar de que el Servicio Forestal es el que otorga y renueva los permisos de explotación de las empresas concesionarias y, en último término, los terrenos públicos se gestionan en su nombre.

«El Servicio Forestal no es competente para actuar en relación con las denuncias de infracciones de la normativa laboral, discriminación o cualquier otro tipo de reclamación contra empleadores privados, incluida cualquier indagación al respecto», me explicó el responsable de prensa, John C. Heil III, en un mensaje electrónico.

En el curso de una llamada telefónica posterior, le pregunté si en verdad no querían añadir nada a esa respuesta.

—Llama la atención —añadí— que, siendo esas empresas contratistas suyos, sobre las que se supone que ejercen un control, aparentemente no las controlen en absoluto.

Heil me explicó que había estudiado el protocolo de actuación del Servicio Forestal y este establecía que todas las cartas se debían reenviar a las empresas, y no tenía nada más que añadir.

Estuve observando a Linda durante sus primeras dos semanas y media en Hanna Flat, mientras ella le iba cogiendo el tranquillo al trabajo. Pasamos largas horas juntas en su caravana por las noches, durante las cuales me fue narrando su vida por etapas. Linda, que era la mayor de tres hermanos, adoraba a sus progenitores, a pesar de sus deficiencias. Su padre bebía mucho y trabajaba de manera intermitente como maquinista en los astilleros de San Diego, mientras su madre se debatía contra una depresión crónica. Continuamente se estaban mudando y llegaron a cambiar siete veces de apartamento en un solo año; en una ocasión se trasladaron fuera de California para pasar una temporada con unos parientes en las Black Hills, las colinas negras de Dakota del Sur. Linda, sus progenitores y sus dos hermanos viajaron hacia el este del país

apretujados en un camión que también transportaba todas sus pertenencias, junto con un perro salchicha llamado *Peter Jones Perry*. En aquella época, su madre necesitaba hacerse una dentadura postiza.

—Mi padre no tenía dinero para pagar al dentista —recordaba Linda—. Así que ahí nos tienes, en ese enorme camión con todos los muebles detrás, mi madre sin dientes, tres críos y un maldito perro.

Con el tiempo, su padre empezó a comportarse de manera cada vez más violenta. En la mesa, golpeaba a veces al hermano menor con un cucharón. Pegaba a la madre de Linda, la empujó escaleras abajo y «la zarandeaba como si fuera una muñeca de trapo». Durante una de esas peleas, Linda, que entonces debía tener unos siete años, se refugió en su habitación, en el rincón más distante de la litera superior, y allí se hizo una promesa: «Jamás permitiré que me traten así».

Mientras tanto, Linda se debatía contra una dislexia, aunque nadie lo sabía. «Linda está capacitada para estudiar, pero no se esfuerza». Se sentía como un pato: para quienes la observaban desde la orilla, parecía deslizarse sin esfuerzo sobre el agua, pero bajo la superficie no paraba de patlear frenéticamente. Dejó el colegio sin acabar la enseñanza secundaria, aunque más adelante obtuvo el certificado de nivel, y además un título en el campo de la tecnología de la construcción y un diploma universitario. Desempeñó diversos empleos, incluidos los de conductora de camión, camarera de bar, contratista de obras, propietaria de un negocio de instalación de suelos de parqué, ejecutiva en una empresa de seguros, empleada del servicio de atención telefónica de la Agencia Tributaria, cuidadora en un centro de tratamiento de lesiones cerebrales traumáticas, cuidadora de perros y limpiadora de perreras en el marco de un programa gubernamental de empleo para personas mayores —todavía conserva la cicatriz de la mordedura de un perro shin-tzu—, aparte de desplumadora de patos y codornices en un refugio de caza. También crio dos hijas, la mayor parte del tiempo sola.

Yo la escuchaba atentamente, procurando retener la mayor cantidad de información posible. Esperaba que su relato me ayudara a encontrar respuesta para algunos interrogantes que me aguijoneaban: ¿cómo se explica que una mujer de sesenta y cuatro años que ha trabajado duro acabe sin casa u otro lugar de residencia permanente y tenga que recurrir a empleos precarios con salarios bajos para sobrevivir?, ¿obligada a vivir en un bosque alpino a casi 1.500 metros de altitud, en compañía de nevadas intermitentes y tal vez algún puma, en una minúscula caravana, limpiando retretes a merced de los caprichos de una empresa que puede reducir su jornada laboral o incluso despedirla a discreción? ¿Cuáles eran las perspectivas de futuro para una persona como ella?

Aunque no tuve ninguna revelación, acabó por llegar el momento de regresar a casa. Dejé en el campamento las provisiones sobrantes: unos pocos embutidos, tomates, huevos, beicon, queso, kale, sopas, zanahorias y tortillas de maíz. Debido a la estricta dieta de Silvianna, la mayor parte se la quedó Linda.

—Será una gran ayuda —fue su comentario realista—. Me quedan solo diez dólares hasta que cobre la semana.

Mientras yo empaquetaba mis cosas, Linda y Silvianna encendieron una hoguera. Para comenzarla, encendieron una pila de papeles viejos, copias de los informes diarios con la lista de las plazas de acampada reservadas, que, según las instrucciones, se debían quemar o triturar.

—Si el humo de esos informes pudiera transportar un mensaje hasta el cielo, ¿qué diría? —les pregunté.

—¡Hemos estado acampados! ¡Lo hemos pasado en grande! ¡Los retretes estaban im-polutos!

—respondió Linda.

Se estaba poniendo el sol y comenzaba a hacer frío. Linda y Sylvianne, ataviadas ya con sus sudaderas con capucha y chaquetas de trabajo acolchadas, se estremecieron y comentaron que ya iba siendo hora de preparar la cena. Esa noche no esperaban la llegada de más clientes. Ya habían colgado en la entrada un letrero que decía: «Completo».

Me despedí y puse en marcha la furgoneta. De pie a mi espalda, me saludaron con la mano al partir.

—¡Vigilad que los campistas no quemen el bosque! —les grité.

Linda negó con la cabeza.

—¡Me quedaría sin trabajo!

[2] Reuní buena parte de la información para este capítulo en mayo de 2015, cuando acompañé a Linda May al campamento de Hanna Flat, en el Bosque Nacional de San Bernardino, con el fin de documentar su experiencia laboral allí.

[3] https://geomaps.wr.usgs.gov/archive/socal/geology/transverse_ranges/san_ber-nardino_mtns.

[4] Paul W. Bierman-Lytle (2015): «Case Study: San Bernardino and Urban Communities Interface: Historical, Contemporary and Future», en Münir Öztürk et al. (eds.): *Climate Change Impacts on High-Altitude Ecosystems*, pp. 292-293, Cham (Suiza), Springer.

[5] Descargado de un archivo de antiguos folletos de propaganda de autocaravanas: <http://www.fiberglassrv.com/forums/downloads.php>.

[6] Vistos durante mis visitas a la feria anual dedicada al caravanismo Sports, Vacation & RV Show, celebrada en Quartzsite (Arizona) entre 2014 y 2016.

[7] Cuando empecé a trabajar sobre este tema, no sospechaba que llegaría a convertirse en un proyecto más amplio ni que acabaría dedicando tres años a recopilar información y realizar centenares de entrevistas.

[8] Diane Yentel et al. (2016): *Out of Reach 2016: No Refuge for Low Income Renters*, Washington, D.C.: The National Low Income Housing Coalition, http://nlihc.org/sites/default/files/oor/OOR_2016.pdf.

[9] Marcia Fernald (ed.) (2016): *The State of the Nation's Housing 2016*, Cambridge (Massachusetts): Joint Center for Housing Studies of Harvard University, p. 31, https://www.jchs.harvard.edu/sites/default/files/jchs_2016_state_of_the_nations_housing_lowres_0.pdf.

[10] Le faltaban pocas semanas para cumplir sesenta y cinco años, fecha a partir de la cual su ya exigua prestación quedaría reducida a 424 dólares, tras la deducción de la prima del seguro médico federal Medicare.

[11] Dan Weikel (2001): «Driving a Deadly Dinosaur», en *Los Angeles Times*, 11 de agosto, p. A1.

[12] Piel de cervatillo. (*N. de la T.*)

[13] John McKinney (1999): «Grout Bay Trail Leads to History», en *Los Angeles Times*, 25 de julio, p. 8.

[14] Grabada en 1978 por Village People —grupo de música disco famoso por sus canciones de temática homosexual, cuyos cinco integrantes se presentaban caracterizados como «el policía», «el indio», «el albañil», «el militar» y «el cowboy», con la indumentaria y los manierismos asociados a esos estereotipos de homosexualidad masculina—, la canción, todavía muy popular, alcanzó el segundo puesto en la lista de discos más vendidos en Estados Unidos y el primero en Gran Bretaña. El título «YMCA». corresponde a las siglas de la Young Men Christian Association («Asociación de Jóvenes Cristianos»). (*N. de la T.*)

[15] Descripción del incidente del Departamento Forestal y de Protección contra Incendios de California, Cal Fire, 21 de septiembre de 2007.

[16] Sylvianne Wanders: *The Adventures of a Cosmic Change Agent* (<https://silviannewanders.wordpress.com>).

[17] *Old beat-up high-top van, / Like livin' in a large tin can. / No rent, no rules, no man, / I ain't tied to no plot of land. // I've got cool forests for summer fun, / Winterin' in the desert sun. / I'm an old gypsy soul with new goals, / Queen of the Road! // My friends think I'm insane, / But for me their life is way too tame. / If sometimes I*

sing the blues, / Small price for the life I choose. // I've found all space is hallowed ground, / If we will but look around / In our sacred search for the New Earth. / Queens of the Road! // I know every back road in five western states. / If it's a blue highway I don't hesitate. / I learn every strange history of each little town. / I may get there slowly but I get around, in my... // Gas-guzzling high-top Ford / I'm sometimes scared, but never bored, / Because I've finally cut the cord / Unlike society's consumer hordes. // I've got a large feline to keep me sane, / Lovely Layla is her name, / Not really wild, but not too tame / Queens of the Road! (Silvianne K. Delmars es la autora de *Queen of the Road*, la cual reproducimos con su autorización).

[18] Sitcom estadounidense sobre la vida del sheriff Andy Taylor (representado por el actor y cantante Andy Griffith) en una población tranquila y aburrida de Carolina del Sur, en compañía de su hijo y de una tía soltera, la tía Bee, que le lleva la casa y cuyos romances y aventuras insensatas son motivo de constante preocupación para su sobrino. (*N. de la T.*)

[19] Anne LaBastille (1991): *Woodswoman: Living Alone in the Adirondack Wilderness*, Nueva York, Penguin Books y Scott Belsky (2012): *Making Ideas Happen: Overcoming the Obstacles between Vision and Reality* . Nueva York, Portfolio.

[20] Jane Mundy (2014): «California Labor Law Also Applies to Seniors», en *LawyersAndSettlements.com*, 16 de julio (http://www.lawyersandsettlements.com/articles/california_labor_law/interview-california-labor-law-43-19945.html).

Cuando me puse en contacto con él a través de Facebook, Greg Villalobos me confirmó que era el hombre citado en el artículo y añadió en un mensaje privado: «El problema es muy habitual, pero la mayoría de anfitriones o anfitrionas de campamento trabajan las horas adicionales sin quejarse y sin recibir ninguna compensación. He hecho ese trabajo en dos sitios y el modo de funcionar era el mismo en ambos casos. Se trataba de dos empresas distintas. Ya no trabajo como anfitrión de campamento. Los campistas eran encantadores, pero no la dirección».

[21] <https://www.yelp.com/biz/california-land-management-palo-alto>.

[22] Mensaje electrónico del presidente de California Land Management, Eric Mart, de 26 de diciembre de 2016. El mensaje también decía: «Trabajar más allá del horario establecido, por el motivo que sea, es contrario a las normas de la empresa y el personal que incumpla estas normas será objeto de medidas disciplinarias, incluida la rescisión del contrato de trabajo (...). En los treinta y seis años de existencia de la empresa hemos investigado muchas quejas de trabajadores. Y a menudo constatamos que las circunstancias que han motivado la queja no coinciden con lo que alega el trabajador. Sin embargo, si encontramos pruebas de una actuación indebida, desde la dirección adoptamos medidas con la persona responsable. En verano empleamos a más de 450 personas durante el periodo de mayor actividad y un porcentaje muy elevado de nuestro personal estacional regresa año tras año. Lo cual, sin duda, no ocurriría si nuestra política de personal permitiera las actuaciones que usted menciona en su carta».

Final de trayecto

El día de Acción de Gracias de 2010 —antes de comenzar su vida nómada—, Linda May estaba sola en la caravana donde entonces vivía, en Nantes River (Arizona). A sus sesenta años, esta abuela de cabellos plateados no tenía electricidad ni agua corriente, porque no podía pagar las facturas. No conseguía encontrar trabajo y se le había agotado la prestación de desempleo. La familia de su hija mayor, con quienes había estado viviendo muchos años mientras trabajaba en una sucesión de empleos con salarios bajos, acababa de mudarse a un apartamento más pequeño. Con tres dormitorios para seis, no tenían sitio para acogerla de nuevo. Estaba atrapada en una caravana oscura sin ningún lugar adonde ir.

«Voy a beberme todo lo que me queda hasta emborracharme. Luego abriré la llave del propano. Perderé el conocimiento y se habrá acabado todo —pensó—. Y si me despierto, encenderé un cigarrillo y que todo salte por los aires».

Sus dos perritos, *Coco* y *Doodle*, la miraban. (*Doodle*, un caniche miniatura, moriría más adelante, antes de que Linda se mudara a la *Posada Hazte Sitio*). Al mirarlos, dudó. ¿De verdad estaba dispuesta a hacerlos saltar por los aires con ella? Imposible. De modo que acabó aceptando la invitación de una amiga para compartir la cena de Acción de Gracias.

Pero aquel momento —el instante en que sintió que se tambaleaba su decisión— fue algo que no podría olvidar fácilmente. Linda se considera «una persona alegre, jovial». Jamás había considerado seriamente la idea de rendirse. «Estaba tan deprimida que no veía salida», recordaría luego. Esa situación tenía que cambiar.

Un par de años más tarde, Linda volvió a encontrarse al límite. Estaba trabajando como cajera en una tienda de la cadena de tiendas de bricolaje y construcción Home Depot, en Lake Elsinore (California), por 10,50 dólares la hora. Algunas semanas solo trabajaba entre veinte y veinticinco horas, apenas lo suficiente para pagar los seiscientos dólares de alquiler mensual por la caravana que ocupaba en el Shore Acres Mobile Home Park, en la otra punta de la ciudad. Había tardado meses en conseguir ese empleo, a pesar de que su currículum incluía dos titulaciones en el campo de la construcción y un año y medio empleada como facilitadora en una tienda de Home Depot en Las Vegas con un salario de unos 15 dólares la hora, un puesto de trabajo al que había accedido porque una de sus tareas era atender individualmente a los clientes y resolver sus dificultades. Con tanta experiencia, trabajar en la caja registradora le suponía una pérdida de categoría. Sin embargo, procuraba desempeñar su trabajo lo mejor posible.

—Me pusieron a trabajar como cajera, con toda la experiencia que tengo —recordaba—. Así que me dije: «Muy bien, ¡voy a ser la mejor cajera que hayáis tenido jamás!».

Charlaba con los clientes, les preguntaba por sus planes y les asesoraba siempre que podía. A un comprador que llegó a la caja con una madera inadecuada para un techo, le recomendó un material distinto, denominado «tablero de virutas orientadas», que cumpliría mejor esa función (y le suponía un ahorro de 500 dólares). ¿Por qué Home Depot desperdiciaba ese nivel de

conocimientos detrás de una caja registradora?

—Yo diría que tienen prejuicios hacia las personas mayores —sugirió Linda.

Entonces empezó a preguntarse, no por primera vez, cómo podía una persona permitirse llegar a vieja. Ninguno de los múltiples empleos que había tenido a lo largo de su vida le había aportado ni siquiera un mínimo de estabilidad económica a largo plazo.

—Jamás he conseguido costearme una pensión —me confesó.

Sabía que pronto tendría la edad suficiente para solicitar una pensión de la Seguridad Social. Pero nunca había prestado demasiada atención a los resúmenes anuales de cotizaciones y se llevó una sorpresa al leer uno y enterarse de que cada mes podría cobrar unos 500 dólares, ni siquiera lo suficiente para pagar el alquiler. Habiendo criado dos hijas como madre sola, sabía lo que era pasar estrecheces. Su madre también se lo había enseñado cuando conseguía alargar medio kilo de hamburguesas para poner cada día un plato en la mesa para ella y sus hermanos durante una semana entera. Cuando tocaba espaguetis a la boloñesa —pero en el plato no se veía ni un trozo de carne—, los críos bromeaban con que su madre había metido la carne picada en un calcetín y lo había suspendido sobre la sartén para aromatizar el plato. De vez en cuando, la familia acogía a algún otro niño o niña cuyos progenitores tenían problemas y entonces Linda bromeaba con que su madre «pasaría una vez más la hamburguesa por encima de la sartén» para contentar al nuevo comensal.

Quizás por estos antecedentes, Linda simpatizaba con las personas que pasaban por un mal momento. A principios de los años noventa, regentaba una tienda de moquetas y enlosados llamada Cherokee Interiors, en Bullhead City (Arizona). Una vez finalizado el horario comercial, un grupo de indigentes sin hogar se reunía en torno a un grifo situado en la parte posterior del edificio para lavarse y proveerse de agua. «Ningún problema —les dijo Linda—, siempre que se acuerden de cerrar el grifo cuando hayan terminado. Sobre todo, ¡no lo olviden!». La construcción, que imitaba una cabaña de troncos, tenía un porche con postes para atar los caballos debajo de un voladizo. Cuando aquellos hombres empezaron a quedarse a pasar la noche allí, Linda se erigió en su protectora. «Si van a quedarse aquí, les nombro vigilantes nocturnos», les dijo y les sugirió que dijeran eso a la policía si intentaba desalojarlos.

Uno de esos hombres, que anteriormente se había dedicado a podar árboles, le explicó que quería dejar la calle y pensaba que podría ganar algo trabajando para el ayuntamiento, que subcontrataba el desbroce de terrenos baldíos invadidos por la maleza. Linda le ayudó a recoger donativos para poder empezar: rastrillos, una segadora, un poco de dinero para la gasolina. Recorrieron juntos la ciudad en busca de parcelas para cuya limpieza se hubiese convocado un concurso y Linda le consiguió algunos contratos con su licencia comercial.

Después tuvo dos disgustos. La tienda se fue a pique, porque su socio llevaba doble contabilidad y se quedaba una parte de los beneficios. Y el podador de árboles no cumplió los contratos que Linda le había conseguido, porque cuando le ofrecieron pintar una casa en Las Vegas abandonó la ciudad sin desbrozar ninguna de las parcelas.

Linda consideraba, no obstante, que había sido afortunada.

—Gracias a dios, tenía algo de lo que echar mano para salir del paso —recordaba—. No podía ganar nada con la tienda, pero tenía esos contratos.

Pronto se encontró empujando una segadora durante las secas jornadas de verano, con temperaturas que a veces rondaban los 48°. Llegó a conocer bien los síntomas de un golpe de calor. «Si alguna vez sientes que empiezas a tiritar bajo el sol, ¡lárgate rápido!». Los contratos le permitieron ganar unos 150 por cada parcela. A menudo empezaba a trabajar al amanecer y paraba al mediodía, para volver luego más tarde a acabar de pasar el rastrillo y retirar los restos.

—La primera vez, cuando aún no había cobrado, no tenía dinero para llevarlos al vertedero. Así que los llevamos al lago y encendimos una hoguera, pero hacía mucho viento —me contó, recordando la excursión al lago Mead—. El viento levantó la hierba seca y empezó a esparcirla por la orilla del lago. Entonces vino el guarda y me dijo: «No puede hacer fuego aquí». Y yo: «Ya lo veo. Ya lo estoy apagando y cubriéndolo de tierra».

»Después de eso, me dije: “No puedo seguir podando maleza con temperaturas de más de 40°. ¡No estudié para esto!” —recordaba Linda, que había estudiado técnicas de construcción.

Entretanto, su hija mayor y su yerno habían encontrado empleo en el boyante sector de los casinos. Ella trabajaba en un restaurante y él como aparcacoches. Linda no tardó en conseguir un empleo como cigarrera en el casino Riverside de Laughlin, una ciudad de Nevada donde el negocio del juego estaba en pleno auge. (El hombre a quien la ciudad debía su nombre —Don Laughlin, propietario del casino Riverside— quería llamarla inicialmente Casino, pero el Servicio Postal de Estados Unidos rechazó ese nombre). [23] Linda agradeció tanto esa oportunidad que envió al dueño dos docenas de rosas. Don Laughlin la mandó llamar.

—¿Qué significa esto? —le preguntó perplejo.

—Es para darle sinceramente las gracias, Don —respondió ella—. No hay ningún otro motivo. Solo darle las gracias por el empleo. No pretendo conseguir nada más.

En el casino, Linda vendía caramelos, flores y tabaco con una bandeja colgada al cuello, tan pesada que, al principio, tenía que usar una faja para poder sostenerla. Aun así, era todo un esfuerzo acarrearla.

—Vendiendo cigarrillos, adelgacé de una talla 14 a una 10 —recordaba.

Compraba rosas a 96 centavos cada una y las vendía por 4 dólares, a los que habitualmente se sumaba otro dólar de propina. Adquiría los cigarrillos en cartones y los vendía con un beneficio de 50 centavos por cada paquete. Con el tiempo, llegó a conocer a los jugadores habituales, como el tipo que siempre tenía dolor de cabeza y podía contar con que le daría 5 dólares por una cajita de aspirinas de 25 centavos. Una buena noche, podía llegar a ganar entre 200 y 300 dólares limpios. También había conseguido una segunda fuente de ingresos a través de la contratación y supervisión de las personas que se encargaban de mantener limpias las plantas artificiales de seda del casino.

Pero los buenos tiempos se acabaron de golpe para las cigarreras del Riverside con la llegada de las máquinas expendedoras de tabaco. Don hizo subir de nuevo a Linda a su oficina para anunciarle que su trabajo se había quedado desfasado y le sugirió que hablara con Dale, el director general, para que le buscara otra colocación. Linda fue en su busca y le preguntó sin rodeos:

—¿Quién gana más aquí?

—Bueno, los crupieres y las camareras de bar se disputan ese puesto —respondió Dale.

—Creo que preferiría mil veces ser camarera —dijo ella.

El nuevo trabajo incluía un uniforme: una pequeña chaquetilla con una faja de seda roja sobre un maillot de ballet con las caderas escotadas, medias de nailon y zapatos de tacón. No dejaba gran cosa al albur de la imaginación y eso la inquietaba. «¡No sé si seré capaz de vestirme así!», pensó, pero decidió arriesgarse. Cuando se lo puso por primera vez, su supervisora le dijo que estaba guapísima. Linda constató asombrada que tenía razón. En las salas del casino se sentía protegida por los guardas de seguridad, que no toleraban que los jugadores se propasasen con las camareras.

—Vi a un guarda agarrar a una persona por la nuca y abrir la puerta de entrada golpeándola con su cara —me contó.

Linda recuerda con cariño sus años en el Riverside. Todavía conserva una foto vestida con el uniforme completo, con el pelo negro muy corto y sonriente, con el río Colorado detrás. Pero entonces estaba en la cuarentena. Con el paso de los años, sus oportunidades laborales se fueron reduciendo, en lugar de ampliarse y reflejar la experiencia acumulada. Parecía que no había manera de escapar de la rueda de empleos con salarios bajos.

Cumplidos los sesenta, frente a ella comenzó a alzarse un interrogante imponente: ¿podría llegar a jubilarse en algún momento? Había pasado la mayor parte de su existencia viviendo al día, sin ahorrar prácticamente nada. Su única red de seguridad, la prestación de la Seguridad Social, era peligrosamente endeble. ¿Cómo sería su vida de jubilada con quinientos dólares mensuales?

Por otra parte, Linda albergaba desde hacía largo tiempo una aspiración para el futuro. Su sueño no respondía a ninguno de los clichés habituales: no quería vivir en una urbanización con guardias jurados en Florida, ni siquiera cerca de un campo de golf. Sus aspiraciones eran modestas y tenían, literalmente, los pies en la tierra, pues estaban hechas de barro y desechos. Lo que quería era construirse una casa ambiental autosuficiente, una «nave terrestre»; [24] una vivienda solar pasiva construida con materiales de desecho —latas y botellas vacías, por ejemplo— y paredes maestras levantadas con neumáticos rellenos de tierra. Un invento de Michael Reynolds, arquitecto radical de Nuevo México que ha estado experimentando en este tipo de construcción desde los años setenta. Estas edificaciones están pensadas para que sus moradores puedan vivir totalmente desvinculados del sistema. Los neumáticos de las paredes funcionan como baterías que durante el día absorben el calor del sol a través de una serie de ventanas orientadas hacia el sur y luego lo liberan por la noche, para regular así la temperatura interior. El agua de la lluvia y la nieve se acumula en una cisterna conectada al tejado y luego se filtra para beber y se recicla para lavar, regar huertos interiores y para los inodoros. La electricidad se obtiene mediante placas solares o, en algún caso, molinos de viento.



Linda con el uniforme de camarera del casino Riverside.

Pese a su planteamiento pragmático, las casas ambientales también incluyen detalles imaginativos: capiteles y torreones, columnas y arcos, paredes revestidas de adobe de colores vivos o hileras de cascos de botella empotrados a modo de vidrieras. Su construcción no requiere técnicas complicadas y, por lo tanto, está al alcance de constructoras o constructores aficionados, dejando margen para la creatividad. Docenas de estas «naves terrestres» se alzan sobre el desierto en las afueras de Taos (Nuevo México), en una urbanización bautizada como Greater World Earthship Community («Gran Comunidad Mundial de Naves Terrestres»). El conjunto hace pensar en una colonia lunar diseñada conjuntamente por el doctor Seuss, Antoni Gaudí y los creadores de los decorados de *La guerra de las galaxias* .

La idea de construirse una vivienda singular, autosuficiente y ecológicamente sostenible resultaba sumamente atractiva para Linda.

—No se producen en serie —me explicó—. Es como una obra de arte viviente y es algo que podría construir con mis propias manos.

Su fascinación por las «naves terrestres» se inició en 1989 cuando el actor de *Gunsmoke*, Dennis Weaver, se trasladó a Colorado para construirse una. Weaver rodó un documental sobre todo el proceso que se emitió durante años en la televisión pública y difundió esta idea en Estados Unidos. [25] El filme comienza con un plano en el que el actor, de pie sobre un muro bajo, prensa la tierra del interior de un neumático con la ayuda de un mazo. Entonces alza la vista y avanza decidido hacia la cámara.

—¿Les gustaría vivir en una casa sin aire acondicionado ni circuitos de calefacción en la que no tengan que pagar facturas de electricidad y, aun así, puedan disfrutar de una temperatura

perfectamente confortable en el más frío invierno y en el verano más caluroso? —pregunta—. ¿Les parece un disparate?

Después se une jovialmente a la cuadrilla encargada de la obra. Retira la corteza de un tronco que se convertirá en una viga y a continuación recubre con una mezcla de barro, arena y paja los neumáticos y las latas que constituirán la pared de su dormitorio.

No todo el mundo acogió con simpatía el entusiasmo del actor por instalarse a vivir dentro de una pila de neumáticos embellecidos. La gente del lugar bautizó la vivienda como la Mansión Michelin. Jay Leno lo entrevistó en *The Tonight Show* y le preguntó si sus vecinos temían que estuviera ampliando la casa cada vez que sacaba la basura.

—Cuando pasa el camión de la basura, ¿cómo sabe dónde acaba la casa y dónde empiezan los desperdicios? —comentó el cómico con sorna. [26]

Más allá de los humildes materiales utilizados, la construcción costó un millón de dólares y la vivienda, de más de 900 metros cuadrados, constituye un ejemplo extremo de lo que podríamos describir como «naves terrestres para gente rica y famosa». [27] La mayoría de las viviendas ambientales acaban costando aproximadamente lo mismo que una casa convencional, aunque una familia neozelandesa logró construir una por menos de 20.000 dólares. «Estoy a favor del trabajo infantil», escribió en su página web, ya desaparecida (<http://gubbsearthship.com>), Brian Gubb, orgulloso progenitor de una prole de cinco, y a continuación añadió que su esposa le había tachado de «chalado» cuando le planteó construir una casa ambiental. En Seattle, un grupo de entusiastas decidieron construir una versión simplificada de menor tamaño sin coste alguno, empleando materiales de desecho, trabajo voluntario y el terreno de un camino de acceso donado generosamente por un amigo. Su estructura diminuta —el periódico local la describió como un «bote inflable»— es un proyecto en construcción. [28]

En todos los continentes excepto la Antártida hay casas ambientales. Equipos itinerantes de ayuda humanitaria las han construido después de catástrofes como la del tsunami que asoló el océano Índico en 2004, el terremoto de Haití de 2010 o el tifón Haiyan en Filipinas en 2013. Probablemente el caso tristemente más célebre hasta la fecha es el de la secta Heaven's Gate, que construyó una casa de neumáticos en su sede de Nuevo México. Tras el escándalo mediático que suscitó su suicidio colectivo en 1997, el arquitecto Michael Reynolds salió a la palestra para tranquilizar a la opinión pública y asegurar que no existía vinculación alguna entre ese suceso y las «naves terrestres». «Los ocultistas chiflados también necesitan una vivienda, como todo el mundo —declaró a Associated Press—. Nosotros enseñamos a la gente a vincularse con el planeta, no a abandonarlo». [29]

Linda es una ferviente admiradora de Reynolds. Lo respeta por las duras batallas que ha librado para hacer realidad su idea enfrentándose a la burocracia, que intentaba imponerle unas normas arquitectónicas abstrusas, como relata el documental *Garbage Warrior* («El guerrero de la basura»). [30]

—Michael Reynolds. Sería estupendo sumergirse en su cerebro. Lleva luchando por esta causa desde los años setenta —me explicó entusiasmada—. Hubo un momento en que le retiraron la licencia para ejercer como arquitecto, porque las primeras casas que construyó resultaron un fracaso.

Últimamente, Reynolds ha argumentado que sus casas ambientales podrían contribuir a satisfacer necesidades básicas sin estar bajo el yugo de la dependencia del mercado. «Tenemos que ofrecer a la gente unos medios de subsistencia seguros que no dependan del monstruo llamado economía —afirma en su página web—. La economía es un juego que solo se debería practicar con aquellas cosas que no son esenciales (motos, ordenadores, televisores). La

posibilidad de alimentar a una familia, mantenerse con vida, disponer de un cobijo... son cosas que no deberían depender de la economía». [31]

Hace unos diez años, Linda empezó a explorar Internet en busca de planos de casas ambientales, diagramas de sus sistemas y fotografías del interior de las mismas. Ha ido imprimiendo las imágenes de las que más le gustan y las conserva archivadas en una carpeta de tres anillas con un dibujo que reproduce el veteado de una madera sobre la cubierta de vinilo. La imagen de su perfil de Facebook es una «nave terrestre» en medio de un chaparral bajo el cielo rosa de un ocaso en el desierto de Nuevo México. «La casa de mis sueños», ha escrito junto a la imagen. Y añade la siguiente explicación: «Las “naves terrestres” están construidas con neumáticos, botellas y latas reciclados. Son autosuficientes, no necesitan estar conectadas a redes de suministro, obtienen la energía del sol o del viento; el agua, del cielo. El agua se reutiliza y se aprovecha cuatro veces. En su interior se cultivan huertos que proporcionan alimentos. Eso significa poder vivir libremente, sin pagar facturas. ¿Cuántas veces he dicho: “Tengo que hacer esto” para poder pagar la hipoteca?».

Linda confiaba en que podría encontrar un terreno barato en una zona con normas urbanísticas poco exigentes. «Enclaves de libertad», los llama Reynolds. Tenía algún plan para conseguir materiales gratis y la colaboración de personas voluntarias, pero ¿cómo podría emprender un proyecto tan ambicioso mientras siguiera embarrancada, obligada a aceptar empleos con salarios bajos y a dedicar todos sus ingresos a pagar el alquiler, consciente de la escasa ayuda que le aportaría la pensión de la Seguridad Social? Necesitaba vivir de otro modo, encontrar una estrategia que le permitiera seguir obteniendo un ingreso y reducir a la vez su gasto vital mínimo, ya muy exiguo. Un puente que le permitiera acceder a su «nave terrestre».

Sabía que no podía esperar más. Los años empezaban a pesar y la construcción de su nuevo hogar requeriría un grado razonable de fortaleza física. También tardaría un tiempo en reunir los recursos suficientes. Pero, si conseguía sacarlo adelante, su proyecto sería algo más que un lugar de retiro con estilo. La casa ambiental representaba su intento de alcanzar la posteridad, un monumento capaz de perdurar durante un siglo o incluso más.

—Invertiría en ella todos los conocimientos adquiridos a través de mis estudios, toda mi experiencia práctica y todo mi empeño, y dejaría una herencia duradera —me confió—. Me gustaría dejársela a mis hijas, mis nietas y mis nietos.

Linda anhelaba ser autosuficiente. Argumentaba que una casa ambiental, con sus sistemas autónomos de obtención de alimentos, electricidad y agua y de control climático, funcionaría casi como un organismo simbiótico. Si conseguía construir y mantener una vivienda de esas características, la casa también cuidaría de ella. Una estabilidad tranquilizadora. A fin de cuentas, Linda se aproximaba a la vejez en un contexto demográfico precario. Según el censo de población de 2015, más de una de cada seis mujeres mayores solas viven por debajo del umbral de la pobreza y el número de mujeres mayores pobres (2,71 millones) casi duplica el de sus homólogos masculinos (1,49 millones) en Estados Unidos. [32] Y por lo que respecta a las prestaciones de la Seguridad Social, las mujeres, al haber cotizado menos, perciben una media de 341 dólares mensuales menos que los hombres, una consecuencia pocas veces reconocida de la brecha salarial de género. [33] En 2015, las mujeres todavía ganaban algo más de 80 centavos por cada dólar percibido por los hombres, [34] aparte de ser más probable que tuvieran un trabajo no remunerado como cuidadoras de hijas e hijos menores y progenitores ancianos. (Además de criar a sus dos hijas, Linda más adelante fue a vivir con su madre —que a mediados de los años noventa desarrolló un cáncer cerebral muy agresivo— y se dedicó a cuidarla). Las mujeres obtienen menos ingresos a lo largo de su vida y acumulan menos ahorros. Y puesto que son más

longevas —una media de cinco años más de vida que los hombres—, [35] ese dinero tiene que llegar para cubrir un futuro más prolongado.

Linda May cumplió sesenta y dos años el 1 de junio de 2012. El mes siguiente recibió por correo su primer cheque de la Seguridad Social.

—No debería haber empezado a cobrar la pensión hasta los sesenta y cinco años —reflexionaría más adelante—, pero era tan baja que me dije: «Me da igual en qué porcentaje me la aumentarían, porque de todos modos no supondría gran cosa».

En cualquier caso, tenía un problema: «¿Cómo haré para vivir sin verme obligada a trabajar hasta el fin de mis días ni ser una carga para mis hijas?», se preguntaba. Sabía que la solución que deseaba a largo plazo era una casa ambiental, una «nave terrestre». Pero ¿cómo podría dar el salto para conseguirla?

[23] Frank Aleksandrowicz (1990): «Nevada by Day: The Other Attractions Around Las Vegas», en *The Elyria Chronicle-Telegram*, 17 de junio, p. E11.

[24] En inglés, *earthship*. (N. de la T.)

[25] *Dennis Weaver's Earthship*, dirigida por Phil Scarpaci, Robert Weaver Enterprises, 1990.

[26] Associated Press (1989): «Actor Builds Treasure with Other People's Trash», en *Colorado Springs Gazette Telegraph*, 28 de noviembre, p. B8.

[27] Patricia Leigh Brown (1993): «Father Earth», en *The New York Times*, 10 de enero, p. A1.

[28] Sara Bernard (2015): «Earthship!», en *Seattle Weekly*, 12 de agosto, p. 9.

[29] Martha Mendoza/Associated Press (1997): «“Earthships” Meld Future with Past», en *Los Angeles Times*, 18 de mayo, p. 1.

[30] *Garbage Warrior* (2007), dirigida por Oliver Hodge, Open Eye Media.

[31] <http://earthship.com/a-brief-history-of-earthships> y <http://earthship.com/Designs/earthship-village-ecologies>.

[32] Jasmine Tucker y Caitlin Lowell, National Snapshot (2016): *Poverty Among Women & Families, 2015*, Washington, D. C.: National Women's Law Center (<https://nwlc.org/wp-content/uploads/2016/09/Poverty-Snapshot-Factsheet-2016.pdf>).

[33] Joan Entmacher y Katherine Gallagher Robbins (2015): *Fact Sheet: Women & Social Security*, Washington, D. C.: National Women's Law Center (<https://www.nwlc.org/sites/default/files/pdfs/socialsecuritykeyfactsfactsheetfeb2015update.pdf>).

[34] Ariane Hegewisch y Asha DuMonthier (2016): *The Gender Wage Gap: 2015*. Washington, D. C.: Institute for Women's Policy Research (<https://iwpr.org/publications/the-gender-wage-gap-2015-annual-earnings-differences-by-gender-race-and-ethnicity/>).

[35] Jiaquan Xu *et al.*, *Mortality in the United States, 2015*, Centers for Disease Control and Prevention, National Center for Health Statistics, Hyattsville (Maryland), 2016. <https://www.cdc.gov/nchs/data/databriefs/db267.pdf>.

Un país de supervivientes [\[36\]](#)

Justo una semana después del día de Acción de Gracias de 2010, cuando Lidia decidió no hacer saltar por los aires su caravana, Empire —una población fabril de 300 habitantes adherida como una lapa sobre el dorso del desierto de Black Rock, en el noroeste de Nevada— recibió malas noticias. La población —una de las últimas adscritas tradicionalmente a una empresa que aún quedaban en Estados Unidos— pertenecía en su totalidad a United States Gypsum, la empresa fabricante de las placas de yeso laminadas *sheetrock*. Una reminiscencia de los tiempos de esplendor de la industria manufacturera estadounidense —muy idealizados—, cuando el trabajo en las fábricas ofrecía a los obreros un acceso estable a la clase media y la oportunidad de sacar adelante una familia sin temor al desahucio.

Empire estaba situada unos ocho kilómetros al norte de una mina de yeso a cielo abierto, excavada al pie de la sierra Selenita. Allí los mineros arrancaban blancos bloques de mineral de yeso con la ayuda de un explosivo denominado ANFO —una mezcla de nitrato de amonio y combustible derivado del petróleo— en cinco canteras aterrazadas, la mayor con más de medio kilómetro de ancho. Grandes camiones mineros con volquete transportaban cargamentos de 60 toneladas de yeso hasta una planta de producción de cartón yeso situada en las afueras de la población. Allí los obreros lo pulverizaban, lo calentaban en enormes calderas hasta alcanzar una temperatura de 260 grados y lo moldeaban para producir las placas de yeso laminadas de uso habitual en la construcción de viviendas en todo el oeste del país.

Pasada la fábrica, se alineaban las cuatro calles residenciales principales, bordeadas de álamos, olmos y chopos plateados y flanqueadas por sendas hileras de casitas de una sola planta con jardín. La empresa subvencionaba el alquiler, que no superaba los 150 dólares por un apartamento o 250 por una casa entera. (Los mecánicos empleados en la fábrica ganaban 22 dólares la hora y los operarios algo menos, es decir, que podían cubrir el coste del alquiler con un par de jornadas de trabajo). La empresa también sufragaba la televisión, el alcantarillado, el servicio de recogida de basuras y la conexión a Internet. Dado que sus gastos eran reducidos y los ingresos seguros, vivir al día —ese modo de subsistencia precario y estresante tan habitual en el mundo exterior— era algo relativamente desconocido allí. Empire parecía una ciudad anclada en la década de los cincuenta, como si la economía de la posguerra siguiera viva en sus calles.

—Es un lugar magnífico para ahorrar —me explicó Anna Marie Marks, una empleada con quince años de antigüedad que trabajaba en el laboratorio de pruebas de la fábrica.

En el momento de máximo esplendor de la población, esta contaba con 750 residentes, según los datos publicados por *Gypsum News*, la revista de la empresa, en su número de julio de 1961. «La gente que ha establecido su hogar en Empire constituye una gran familia feliz», explicaba la revista. Aunque la población fue menguando con la modernización y en 2010 se había reducido a menos de la mitad, el espíritu seguía siendo el mismo. Dado que todas y todos los ciudadanos de

Empire se conocían, nadie cerraba la puerta de su casa y a menudo dejaban los coches aparcados con las llaves puestas.

—No hay pandillas ni sirenas de la policía, ni violencia —proclamaba satisfecha Tonja Lynch, que residía allí con su marido, empleado como supervisor en la fábrica.

Y al ser un lugar tan aislado —«Bienvenidos a ninguna parte», decía el cartel de dos pisos de altura que durante años anunció la llegada a la localidad por la carretera 447—, la gente no tenía más remedio que entretenerse por sus propios medios y entretener de paso a sus vecinas y vecinos. Lo cual se traducían en una gran cantidad de fiestas, comidas colaborativas en las que cada uno aportaba algo y partidas de *bunco* —un juego de dados—, junto con incursiones en el desierto para cazar gamos, antílopes y *chukar* —una variedad de perdices de color gris y canela con las alas listadas y el pico de un rojo intenso—. Mucha gente cultivaba un césped increíblemente frondoso, que destacaba en medio del paisaje árido como afirmación de un cierto orgullo ciudadano. A partir del punto donde se acababa la hierba que marcaba su territorio, comenzaba el desierto, que se extendía sin interrupción hasta el horizonte. En las fotografías por satélite, Empire destacaba visiblemente como una mancha verde sobre una tierra yerma y despoblada de una tonalidad marrón uniforme.

El aislamiento también tenía sus inconvenientes.

—Aquí seguimos el programa de control vecinal —me comentó con sorna Aaron Constable, el jefe de mantenimiento de la fábrica—. Los vecinos te ven y te observan, te guste o no.

Así habían vivido durante decenios, en estrecha vecindad con los compañeros y compañeras de trabajo. Desde 1923, cuando los trabajadores instalaron un campamento de tiendas de campaña en el lugar donde luego se construiría la población. Según algunas crónicas, Empire podía enorgullecerse de contar con la mina explotada de manera continuada durante el periodo más prolongado de todo el país, desde que la Pacific Portland Cement Company obtuvo la primera concesión en 1910.

Esa historia concluyó bruscamente el 2 de diciembre de 2010. Aquel día, a las siete y media de la mañana, los trabajadores, calzados con sus botas con punteras de acero y tocados con sus cascos, acudieron al centro comunitario convocados por la empresa. Una vez allí, el director de la fábrica, Mike Spihlman, un hombre que hablaba en tono suave, pronunció un funesto veredicto ante la sala llena de rostros anonadados: la empresa cerraba y todo el mundo tenía hasta el 20 de junio de plazo para dejar Empire. Primero se hizo un silencio, luego afloraron las lágrimas.

—Tuve que comparecer ante 92 personas y decirles que no solo se habían quedado sin empleo, sino también sin casa —recordaría más adelante Mike con un suspiro.

El personal tuvo el resto del día libre. Los trabajadores y las trabajadoras salieron a la calle esa mañana fría y nublada de invierno para regresar a las casas que pronto ya no serían suyas, donde tendrían que intentar asimilar la noticia y comunicársela a sus familias.

U. S. Gypsum, valorada en 4.000 millones de dólares, había sufrido fuertes pérdidas en 2010, que al final del tercer cuatrimestre sumaban una hemorragia total de 284 millones. El entonces presidente de la empresa, William C. Foote, atribuyó su declive a una «debilidad continuada del mercado y unos volúmenes de expedición extraordinariamente bajos». El lenguaje técnico ocultaba una realidad más simple: la demanda ya no era suficiente para absorber todo lo que Empire producía. La suerte de los fabricantes de placas de yeso laminadas está ligada a la evolución del sector nacional de la construcción y la crisis provocada por el hundimiento del mercado inmobiliario había durado demasiado. Como resultado, mientras que en otras localidades la recesión solo causó algunos rasguños, Empire acabaría desapareciendo.

Visité la población en enero de 2011 para escribir un reportaje para una revista. Calvin Ryle, antiguo supervisor de control de calidad y anteriormente primer encargado de la fábrica, me contó que había empezado a trabajar allí el 1 de julio de 1971.

—He estado 39 años y 7 meses en la empresa —me dijo, centrándose en los datos objetivos—. No he faltado ni un solo día al trabajo, no he tenido ninguna baja por lesión.

Por ser quien contaba con el historial más largo de servicio continuado en la empresa, le correspondió el honor de detener la cadena de producción. De pie junto a la cinta transportadora de la fábrica, donde también trabajaba como mecánico de mantenimiento su hijo, el empleado de sesenta y dos años alzó la mano derecha bajo la mirada atenta de sus compañeros. Pulsó el botón y rompió a llorar.

—Lo peor que puede ocurrir en una fábrica es escuchar el silencio —me explicó—. Aquí participamos en la construcción del país; no se trata solo de producir placas de yeso laminadas.

Y añadió que Empire había sido un magnífico lugar para criar a los hijos en plena naturaleza mientras se ganaba la vida con un empleo seguro. Tenía previsto arrancar los rosales que había plantado en su jardín para llevárselos, pues daba por sentado que la maleza no tardaría en ocupar toda la población.

—Probablemente ocurrirá como en la película *Las colinas tienen ojos (The Hills Have Eyes)* ; será la ciudad fantasma de Nevada del año 2011 —comentó muy serio.

(Un pueblo abandonado tras una prueba nuclear, lleno de casas decrepitas y con figuras de mutantes caníbales al acecho, ocupa un lugar destacado en el *remake* de 2006 de esa película de terror de culto). [37]

A poca distancia de la fábrica, en la misión católica de San José Obrero estaban celebrando una de sus últimas misas. La iglesia lucía un letrero de madera nuevo, tallado por uno de los feligreses, Tom Anderson, de sesenta y un años y con treinta y uno de servicio en la fábrica como electricista a jornada completa. Igual que Calvin con sus rosales, Tom también me aseguró que retiraría su obra antes de marcharse. Aquel día siguió la misa junto con un par de docenas de vecinos y vecinas. Hacia el final, el sacerdote preguntó si alguien deseaba rezar por una causa especial. Una niña de seis años con un vestido estilo princesa de color lavanda se levantó.

—Yo quiero rezar por algunas personas que necesitan ayuda para encontrar una casa —anunció con voz temblorosa—. Y por alguna gente que no tiene lo necesario para poder vivir.

Se hizo un silencio.

Los caminos que conducían hasta la cantera al sur de la población ya estaban bloqueados con pilas gigantescas de grava para cerrar el paso a los vehículos. Al poco tiempo, comenzaron a aparecer otros indicios de la próxima extinción de Empire. El perímetro de la ciudad quedó circundado por una valla metálica de 2,5 metros de altura coronada con alambre de púas. La gente del lugar comentaba que, con la valla, parecía «un campo de concentración». Quienes acababan de perder su empleo erigieron un monumento improvisado con sus cascos de obra colgados en las ramas del árbol que crecía frente a la estafeta de correos. (Llevar un casco de U. S. Gypsum había sido en otro tiempo motivo de orgullo, el equivalente corporativo de los jerséis con el escudo del equipo. Muchos los habían personalizado con pegatinas con motivos pintados o dibujados con rotuladores de tinta indeleble. Y los trabajadores con más de veinticinco años de servicio en la empresa, como Calvin, disponían de unos cascos especiales de color dorado).

Poco a poco comenzó la diáspora. La misma economía que había quedado arrasada por la crisis inmobiliaria registró una subida espectacular del precio del oro y las minas de Nevada empezaron a contratar gente. Más de una docena de antiguos trabajadores de Empire se marcharon para trabajar en la Barrick Gold Corporation, propietaria de varias explotaciones

próximas. Otros, en cambio, tuvieron más dificultades.

—He enviado algunos currículos, hasta ahora sin resultado —me comentó Dan Moran, exdirector de la cadena de suministros—. Puede que acabe talando leña para ganarme la vida.

Monica Baker, una joven de veintidós años que se crio en Empire, acababa de regresar hacía poco desde Oahu con dos criaturas atraída por la promesa de un empleo en la fábrica y se había encontrado con el chasco del cierre de la empresa.

—Me dio mucha rabia, porque no paraban de repetirme que podría tener un empleo aquí —se quejó.

Aunque ya le habían dicho que en las minas estaban contratando gente, le preocupaba trabajar junto a un estanque de residuos tóxicos y me recordó que ya no se podía consumir pescado capturado en el norte de Nevada a causa de los vertidos industriales de mercurio. Pensaba que tendría que probar suerte en la pequeña población de Fernley, un centenar de kilómetros al sur de allí, donde algunas cadenas de tiendas tenían sucursales. De ese modo seguiría el curso de la corriente de la economía nacional, que progresivamente va abandonando la industria manufacturera en favor del comercio y los servicios.

—Tendré que trabajar en una tienda de Walmart o de Lowe —declaró resignada.

El éxodo de las familias de los trabajadores y trabajadoras prosiguió a lo largo del mes de junio. Tras la partida de los últimos habitantes, el acceso a la localidad quedó cerrado con cadenas y candados, cámaras de seguridad y señales de «Prohibido el paso». Las casitas con jardín quedaron abandonadas junto con la piscina pública, dos iglesias, una estafeta de correos y un campo de golf de nueve hoyos. Incluso el código postal local (89405) quedó anulado. Para controlar la maleza, la empresa introdujo dos docenas de cabras que deambulaban por la nueva población fantasma como una cuadrilla de segadoras orgánicas. Años después, los visitantes comenzaron a comparar la localidad con Chernóbil, un catálogo de vidas truncadas. [38] En las oficinas de la fábrica aún podían verse tazas con restos de café y los calendarios mostrando la fecha del cierre [39].

Pero Empire todavía sobrevive siniestramente en un sitio. En 2017, aún era posible entrar en Street View, de Google Maps, y situar un minúsculo avatar en la carretera de circunvalación para luego recorrerla y contemplar los coches aparcados y las tumbonas en los jardines, y a la gente regando el césped, todo ello congelado en unas imágenes fotográficas que no se han actualizado desde 2009. [40]

Mientras Empire moría, un centenar de kilómetros más al sur florecía un nuevo tipo de población vinculada a una empresa, de características muy distintas. En muchos aspectos parecía la cara opuesta de Empire. En vez de ofrecer una estabilidad de clase media a sus habitantes, sus pobladores, trabajadoras y trabajadores con empleos de corta duración y salarios bajos, formaban parte del «precariado». Más concretamente, estaba habitada por centenares de trabajadores y trabajadoras nómadas instalados en autocaravanas, remolques, furgonetas e incluso unas pocas tiendas de campaña. Cada año, a comienzos de otoño empezaban a ocupar los aparcamientos de caravanas habilitados en los alrededores de Fernley. Linda aún no lo sabía, pero pronto se uniría a ellos. Muchas de esas personas pasaban de los sesenta o los setenta años y estaban cerca de alcanzar o ya habían superado la edad de jubilación. La mayoría habían recorrido centenares de kilómetros —y soportado las indignidades rutinarias del control de antecedentes penales y análisis de detección de la presencia de drogas en la orina recogida en un recipiente— para tener la oportunidad de ganar 11,50 dólares la hora más un complemento por las horas extraordinarias en un puesto de trabajo temporal como auxiliares de almacén. Tenían previsto permanecer allí hasta comienzos de invierno, a pesar de que la mayoría de sus hogares sobre ruedas no estaban

diseñados para sostener la vida con temperaturas bajo cero. La empresa contratante era Amazon.com.

Dicha empresa les había contratado en el marco de un programa denominado CamperForce, «equipo de campistas»: una unidad integrada por nómadas que trabajan como personal temporal en varios de sus almacenes, los llamados «centros de tramitación» o FC, por sus siglas en inglés. Al igual que los millares de trabajadoras y trabajadores temporales tradicionales, se les contrata para que contribuyan a cubrir el fuerte incremento de pedidos durante la «temporada alta», el periodo de expansión del consumo que abarca los tres o cuatro meses previos a la Navidad.

Amazon no revela a la prensa datos exactos sobre la cifra de personal contratado, pero, cuando pregunté informalmente por las dimensiones del programa a la directora de un equipo de campistas en un centro de reclutamiento de Arizona, calculó que debía abarcar a unas dos mil personas. (Esto fue en 2014. En 2016, Amazon concluyó antes de lo habitual la contratación en el marco de dicho programa debido al «récord de solicitudes de empleo recibidas esa temporada», según comentó en Facebook un antiguo administrador).

El personal trabaja en turnos de 10 horas o más, durante las cuales puede llegar a recorrer más de 20 kilómetros sobre suelos de cemento mientras se acuclilla, se agacha, se inclina, alarga el brazo o se encarama para identificar, seleccionar y colocar en cajas las mercancías. [41] Pasadas las navidades, cuando cesa la avalancha de pedidos y Amazon ya no necesita al equipo de campistas, les rescinde sus contratos. Los trabajadores y trabajadoras temporales se marchan, formando lo que los directivos de la empresa describen jovialmente como un «desfile de faros traseros».

Un hombre a quien llamaré Don Wheeler fue el primer miembro del equipo de campistas con quien intercambié una extensa correspondencia a lo largo de varios meses. (No cito su verdadero nombre por los motivos que expondré más adelante). Don había pasado los últimos dos años de su carrera laboral viajando continuamente a Hong Kong, París, Sídney y Tel Aviv como ejecutivo de una empresa informática. Cuando se jubiló en 2002, esperaba poder permanecer por fin en un lugar fijo, la mansión de estilo colonial español de los años treinta que compartía con su esposa en Berkeley (California). También confiaba en que tendría oportunidad de dedicarse a su afición por los coches de carreras. Se compró un Mini Cooper S rojo y blanco, lo tuneó para dotarlo de una potencia de 210 caballos y se entrenó con él hasta conseguir un tercer puesto en el campeonato nacional de coches de turismo.

Los buenos tiempos duraron poco. Cuando intercambiamos los primeros mensajes electrónicos, Don había cumplido sesenta y nueve años, estaba divorciado y vivía en el parque de caravanas Desert Rose, próximo al almacén de Fernley. Su esposa se había quedado con la casa. La crisis de 2008 se había comido sus ahorros y se había visto obligado a vender el Mini Cooper.

Don vivía con *Rizzo*, un terrier Jack Russell de siete kilos, en una caravana Airstream de 1990, a la cual se refería como *Ellie* —por el número del modelo, 300LE—, con una bailarina hawaiana de plástico en el salpicadero y carteles de coches de carreras sobre las cortinas bajadas. En su vida anterior, gastaba unos 100.000 dólares anuales. En la nueva vida, había aprendido a sobrevivir con apenas 75 a la semana.

Don preveía que al finalizar la temporada de 2013 habría estado trabajando en el almacén de Amazon cinco noches a la semana hasta poco antes del amanecer, en turnos extraordinarios de 12 horas con una pausa de 30 minutos para comer y otros dos periodos de descanso de 15 minutos cada uno. La mayor parte del tiempo, de pie, recibiendo y clasificando los cargamentos de mercancías que iban llegando.

—Es un trabajo pesado, pero la paga es buena —me explicó.

Calvo, con gafas con montura fina de alambre y una perilla completamente blanca, Don tenía una prótesis en la cadera, producto de la caída de un camión mientras trabajaba en otro empleo temporal en una zona de acampada de Oregón. No le gustaban los quejicas, pero, aun así, como la mayoría de sus compañeros y compañeras de trabajo, contaba los días que faltaban hasta el 23 de diciembre, cuando finalizaría la temporada laboral para el equipo de campistas.

Me explicó que su caso formaba parte de un fenómeno en aumento. Como la mayoría de integrantes del equipo de campistas —junto con una gama más amplia de trabajadoras y trabajadores itinerantes—, se autodenominaba «labocampista» (*workamper*). Una expresión que yo ya había oído antes, pero que jamás había visto definida con tanta gracia como lo hizo Don. En un mensaje personal a través de Facebook, me escribió:

Los «labocampistas» son viajeros modernos que trabajan en empleos temporales en todo el territorio estadounidense a cambio de un espacio gratuito donde acampar —que habitualmente incluye conexión a la red de suministro de agua, electricidad y vaciado de aguas sucias— y quizás también un estipendio. Tal vez piense que se trata de un fenómeno moderno, pero contamos con una muy larga tradición. Seguimos a las legiones romanas, dedicados a afilar sus espadas y reparar sus armaduras. Recorrimos las nuevas ciudades de América, reparando relojes y maquinaria, remendando ollas, construyendo muros de piedra por tres centavos el metro y un suministro ilimitado de cidra. Seguimos la ruta migratoria hacia el oeste en nuestros carromatos, equipados con nuestras herramientas y pericia, dispuestos a afilar cuchillos, reparar cualquier desperfecto, desbrozar terrenos, instalar techos, arar los campos y recolectar las cosechas a cambio de un plato de comida y un puñado de monedas, para luego seguir viaje hasta encontrar un nuevo bolo. Nuestros antepasados fueron los peones ambulantes.

Hemos pasado del carromato a una cómoda autocaravana o una casa rodante. La mayoría ya jubilados, hemos añadido a nuestro repertorio de habilidades la pericia adquirida durante toda una vida de trabajo. Podemos ayudar en una tienda, reparar la fachada delantera o trasera de una casa, conducir camiones y montacargas, seleccionar y empaquetar mercancías, reparar maquinaria, realizar tareas de mantenimiento de ordenadores y redes informáticas, recolectar remolacha, cuidar jardines y limpiar lavabos. Somos los tecnopeones.

Otros «labocampistas» con quienes hablé se autodefinían de diferentes maneras. Muchos se presentaban como personas «jubiladas», aunque preveían que seguirían trabajando hasta bien entrada la setentena o incluso más allá de los ochenta años. En otros casos se describían como «viajeros», «nómadas», «vagabundos sobre ruedas» o, irónicamente, como «gitanos». Observadores externos los calificaban con otros apelativos, desde «desplazados por la gran recesión» hasta «refugiados autóctonos», «sintecho acomodados» o incluso «vagabundos modernos». [42]

Comoquiera que prefieran llamarlos, las y los «labocampistas» recorren un circuito nacional de empleos temporales que se extiende de costa a costa y hasta Canadá, una economía en la sombra creada por centenares de empleadores que se anuncian en sitios de Internet con nombres como *Workers on Wheels* («trabajadores sobre ruedas») o *Workamper News* («avisos para “labocampistas”»). [43] Según la época del año, se buscan trabajadores y trabajadoras nómadas para la recolección de frambuesas en Vermont, de manzanas en Washington o de arándanos en Kentucky. Recorren las piscifactorías, controlan las entradas en los circuitos de carreras de NASCAR o vigilan el acceso a los campos de petróleo de Texas. [44] («Fue espantoso —decía una campista que estuvo trabajando en González, Texas, como guardiana de una explotación donde ella y su marido cobraban cerca de 125 dólares por una jornada de 24 horas, o sea, unos 5 dólares la hora, y al cabo de poco ya estaban extenuados por la imposibilidad de dormir salvo de manera intermitente—. Hay que registrar los datos de cada persona, el número de matrícula y el de la acreditación, a cualquier hora de la noche. Mi marido y yo acabamos convertidos en

auténticos zombis»). Cocinan hamburguesas en los encuentros de béisbol de la Cactus League, una serie de partidos amistosos y de exhibición que se disputa en Phoenix (Arizona). Los solicitan para atender los puestos de franquicias en los rodeos y en la Super Bowl, el partido final de la liga nacional de fútbol americano, que en 2017 se iba a celebrar en el Estadio NRG de Houston. («Imprescindible tener habilidades para estimular el gasto», destacaba la descripción del puesto de trabajo).

Atienden centenares de zonas de acampada y parques de caravanas desde el Gran Cañón del Colorado hasta las cataratas del Niágara, contratados por concesionarias privadas en colaboración con el Servicio Forestal de Estados Unidos y el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Constituyen el personal de algunas de las atracciones turísticas más destacadas del país, incluidas Wall Drug, en Dakota del Sur, con su brontosaurio de 30 metros de largo y sus *cowboys* animatrónicos cantantes, y The Thing?, un museo de curiosidades situado en Arizona junto a una carretera desolada, donde docenas de enormes anuncios intentan atraer visitantes con frases como «Ver para creer» o «El misterio del desierto».

Personal nómada atiende los puestos de venta situados junto a las carreteras durante los periodos de fiestas, donde expenden calabazas para la celebración de Halloween en noviembre y fuegos de artificio para la fiesta nacional del 4 de julio. (Acampada «durante una semana junto a una tienda de campaña llena de material explosivo... ¿Estoy loca?», escribió una viuda que se disponía a aceptar un empleo atendiendo un puesto de venta de petardos). [45] Otros venden arbolitos de Navidad («¡Celebra la Navidad en un campamento de abetos!», dice un anuncio dirigido a los caravanistas. «No apto para rezongones», aclara otro). Algunos venden dulces y objetos de regalo en tenderetes de See's Candies o Hickory Farms instalados en los centros comerciales durante las fiestas. Otros se encargan de detectar fugas en los gasoductos, para lo cual deben recorrer kilómetros siguiendo el trazado de las conducciones soterradas equipados con detectores que miden los niveles de emisión de hidrocarburos, con objeto de evitar posibles explosiones.

El Departamento de Caza y Pesca del estado de Florida contrata personal nómada para hacerse cargo de una estación de control donde se ocupará de pesar las piezas de jabalí y de venado cazadas y de extraer muestras biológicas —más concretamente, las mandíbulas de los venados—, con vistas al seguimiento de la edad y estado de salud de las manadas de la zona. Un pabellón de caza de faisanes en Dakota del Sur anuncia vacantes en su sección de «procesado de aves». Trabajadores y trabajadoras itinerantes atienden las atracciones en un gran número de parques, desde Dollywood, en Tennessee, hasta Adventureland, en Iowa; Darien Lake, en Nueva York; o Story Land, en New Hampshire. («Junto con la oportunidad de conocer a gente de todo el mundo y trabajar codo a codo con ella, los campistas podrán disfrutar del placer de ver a diario hechas realidad las fantasías infantiles», promete una oferta de empleo de Story Land). [46]

Como contrapartida, algunos empleadores pagan un salario por horas. Una granja de Georgia buscaba campistas para trabajar como «adiestradores de llamas» y ofrecía un aparcamiento para caravanas con acceso a las redes de suministro a cambio de entre 20 y 24 horas de trabajo gratuito a la semana y un salario de 7,50 dólares la hora una vez cubierto ese cupo. [47] Otros solo ofrecen una modalidad de alojamiento y comida consistente en una plaza de aparcamiento, no siempre asfaltada, pero con un poco de suerte en terreno llano y desbrozado, con conexión al suministro de electricidad y agua y vaciado de aguas sucias. (Una oferta sin salario de este tipo en una sección de anuncios por palabras preguntaba: «¿Sabe pilotar una barca y disfruta con ello?», y añadía que se buscaban «voluntarios» para el puesto de capitán de taxi acuático en el distrito de Port San Luis, en California, con una jornada laboral de un máximo de cuarenta horas

semanales a cambio de una plaza de aparcamiento para una caravana, pero sin salario). [48] Y también hay ofertas para trabajar en la campaña anual de recolección de remolacha azucarera. La última semana de septiembre, la American Crystal Sugar Company atrae hasta Montana, Dakota del Norte y Minnesota a centenares de campistas que, si el tiempo lo permite, trabajan día y noche en turnos de 12 horas a cambio de un salario base de 12 dólares por hora más un plus por las horas extra y la plaza de aparcamiento de rigor.

No existen datos exactos sobre el número de personas que llevan una vida nómada en Estados Unidos. La gente que se desplaza continuamente constituye una pesadilla para los demógrafos. Estas personas figuran en las estadísticas confundidas con el resto de la población, dado que, por ley, deben estar empadronadas en un lugar de residencia concreto y, por lo tanto, falso. Por amplios que sean sus vagabundeos, deben estar «domiciliadas» en algún sitio. El estado de residencia es el lugar donde debe estar matriculado su vehículo y donde debe pasar las inspecciones, donde tendrán que renovar su permiso de conducir, pagar impuestos, votar, participar en los jurados populares, suscribir el seguro de salud (excepto en el caso de Medicare) y cumplir otra larga serie de obligaciones. Y el hecho de no vivir en ningún lugar concreto significa que en la práctica esa persona puede residir donde le plazca, al menos sobre el papel. Por consiguiente, muchas optan por domiciliarse donde se les imponen menos obligaciones — Florida, Dakota del Sur y Texas, donde los ingresos no tributan a escala estatal, son sus lugares de empadronamiento favoritos desde hace largo tiempo— y usan los servicios de reenvío de correspondencia para mantener el contacto. Luego basta con presentar los recibos ante el Departamento de Seguridad Pública del estado en cuestión para ser aceptados como residentes.

[49]

A falta de datos estadísticos concretos, algunos hechos anecdóticos parecen indicar que el número de estadounidenses itinerantes comenzó a aumentar espectacularmente tras la crisis de la vivienda y ha seguido creciendo desde entonces. «Desde 2008 ha aumentado mucho el número de personas que se ponen en contacto con nosotros y he tenido que limitar la lista de aspirantes a 25.000 —declaró a una periodista de *Al Jazeera* Warren Meyer, presidente de Recreation Resource Management, una empresa que gestiona 110 zonas de acampada y contrata a unos 300 trabajadores itinerantes—. La mayoría son matrimonios, así que en realidad son 50.000 las personas que aspiran a ocupar alguno de los 50 puestos de trabajo que ofrezco. En 2008 tenía que acudir a los congresos de jubilados y rogarles que vinieran a trabajar con nosotros». [50]

Kampgrounds of America (KOA), uno de los principales empleadores de campistas, contrata cada año a unas 1.500 parejas para sus centros turísticos y franquicias repartidos por todo el país, según comunicó un representante de la empresa a la Asociación Americana de Personas Jubiladas (AARP). [51] El boletín bimensual *Workamper News*, cuya página de Internet incluye una bolsa de trabajo muy popular, afirma que cuenta con 14.000 suscriptores y la lista se amplía continuamente.

Entretanto, el semanario de *The New York Times* proclamaba a finales de 2011 que «vivir en una caravana se ha puesto de moda», al tiempo que añadía que, según las previsiones, 1.200.000 viviendas serían embargadas ese año, mientras que las ventas de caravanas habían aumentado un 24 por ciento. [52]



CamperForce reparte artículos de promoción en las ferias de vehículos de acampada con el fin de reclutar campistas para que trabajen en Amazon.

Entre todos los programas de contratación de campistas, destaca, por la agresividad de sus campañas, CamperForce de Amazon. «Jeff Bezos vaticina que para 2020 uno de cada cuatro campistas empleados en Estados Unidos habrá trabajado para Amazon», decía una presentación destinada a promover nuevas contrataciones. En busca de nuevos aspirantes, la empresa ha instalado casetas de reclutamiento en espacios que suelen acoger a personas de vida nómada — sobre todo, ferias de vehículos de acampada y encuentros de campistas— en más de una docena de estados de todo el país. El personal de estas casetas luce camisetas del programa CamperForce y reparte folletos que anuncian nuevas contrataciones, junto con pegatinas, libretas, abanicos, tubos de crema protectora para los labios, calendarios y fundas de neopreno para mantener frías las latas de cerveza. Todos estos objetos llevan el logo del programa CamperForce, con la silueta negra de una autocaravana en movimiento con la «sonrisa» de Amazon estampada.

Últimamente, ese logo y la dirección de Internet del programa también han empezado a figurar impresos en las grandes pantallas protectoras destinadas a resguardar del sol los parabrisas de las autocaravanas aparcadas. En 2015, la empresa se las regaló a unas cuantas trabajadoras y trabajadores contratadas en el marco del programa y las animó a usarlas dondequiera que fueran. El personal también cobra una prima de 125 dólares por cada nueva persona que recluta; cantidad que se ha incrementado desde 2012, cuando la empresa ofrecía 50 dólares. [53]

CamperForce también publica boletines digitales dirigidos al personal potencial con

recomendaciones de antiguos trabajadores y trabajadoras, como por ejemplo:

Donna Bonnett aconseja: «¡No vayas a trabajar con zapatos nuevos! Asegúrate de llevar unos ya bien usados».

Joyce Cooley recomienda: «Lo más importante es mantener una actitud positiva. No podemos esperar que todo nos venga dado. Tenemos que esforzarnos para conseguirlo».

Carol Petty asegura: «Tener las cosas claras de entrada sin duda ayuda mucho. Esto es un puesto de trabajo, no un lugar para hacer carrera».

George Nelson recomienda: «Sigue la corriente y no te quejes, porque esto no es una profesión, sino solo un empleo de temporada».

Brian Nelson comenta: «Decidí tomármelo como un *ejercicio pagado*. Si tienes que recorrer grandes distancias para recoger las mercancías, camina a paso rápido entre un punto y otro. Quemarás más calorías y de paso mejorarás tu productividad.»

Sharon Scofield señala: «Puedes hacerte pequeños cortes o rozaduras en las manos al manipular las cajas. Amazon proporciona guantes protectores. Compra una *buena crema* de manos y aplícatela a conciencia». [54]

Los boletines también recomiendan atracciones próximas a los almacenes de Amazon que el personal puede visitar en su tiempo libre. «En octubre se celebra en Fernley el Baile de los Tiempos Difíciles, al que la gente acude vestida con ropas de los tiempos de la Depresión», sugería un número. [55] Otro, dirigido al personal empleado en Coffeyville, en el estado de Kansas, decía: «También hay nogales en los parques y se pueden recolectar gratis diferentes variedades de nueces. ¡Una pareja de campistas recolectó y vendió casi 50 kilos el año pasado!».

[56]

Un folleto de reclutamiento de Amazon advierte a las y los aspirantes a ocupar un puesto de trabajo en el marco del programa CamperForce que tendrán que levantar pesos de hasta 25 kilos en locales con temperaturas superiores a los 30°. [57] Los boletines del programa reiteran el lema motivador de la empresa: «Trabajar duro. Disfrutar. Dejar huella». Y destacan las compensaciones intangibles del programa: «Estarás rodeado de campistas como tú en un ambiente que favorece las nuevas amistades y el reencuentro con antiguos amigos, compartiendo buenas comidas, buenos relatos y buenos ratos en torno a una hoguera o una mesa. Algo que, según como se mire, ¡vale más que el dinero!». [58] En un grupo cerrado de Facebook llamado Amazon CamperForce Community, una mujer explicaba que durante sus tres meses en el empleo había perdido más de 12 kilos. Otra terciaba: «Es fácil perder peso cuando caminas media maratón a diario. ¡Con la ventaja adicional de que luego estás demasiado cansada para sentarte a comer!». Y un tercer trabajador alardeaba de haber recorrido más de 750 kilómetros en diez semanas de trabajo, pero luego le superó otro, que reprodujo un registro de Fitbit como prueba de haber recorrido casi 1.200 en doce semanas y media.

Quería poder conocer personalmente una población estrechamente vinculada a una empresa, como era el caso de Fernley. Cuando lo comenté con un antiguo reclutador de CamperForce, me sugirió que la mejor época para visitarla era a finales de otoño, porque «la gente todavía no estaría tan cansada».

Seguí su consejo y llegué a Fernley la última semana de octubre de 2013, justo antes de Halloween. Las trabajadoras y trabajadores ya estaban instalados, apiñados en aparcamientos hasta a 50 kilómetros del almacén de Amazon, incluido el parque de autocaravanas del Grand Sierra Resort & Casino de Reno. (Linda, instalada en la población vecina de Fallon, formaba parte del grupo, pero yo entonces no lo sabía y no tuve mi primer encuentro con ella hasta tres

meses después, en Arizona). Muchos de esos aparcamientos para casas rodantes estaban reservados con meses de antelación y tenían largas listas de espera. El más buscado —era el más próximo al lugar de trabajo— era el Desert Rose, un terreno cubierto de gravilla junto a la carretera 50, bisecado por varios cables de alto voltaje que chasqueaban audiblemente en lo alto. Los miembros del equipo de campistas allí instalados habían colocado alfombritas frente a la entrada y muebles de jardín junto a sus caravanas. Habían colgado campanillas y comederos para pájaros en las ramas de los álamos y pancartas con inscripciones que proclamaban: «América es bella» y «En algún lugar ya son las cinco». Algunos exhibían esculturas artesanales de creación propia, entre ellas un globo ocular del tamaño de un melón montado sobre la columna de dirección de un vehículo, con varios tenedores soldados a ambos lados a modo de alas. Otros habían decorado su zona con motivos asociados a la celebración de Halloween: pacas de heno, mazorcas de maíz, una calabaza pintada con purpurina rosa. Y los ratos que no estaban ocupados decorando su espacio los dedicaban a pequeñas interacciones sociales, que ya estaban empezando a convertir el lugar en una comunidad, con la creación de grupos para compartir coche y reducir el gasto en gasolina o el intercambio de recomendaciones sobre restaurantes baratos para darse un gusto de vez en cuando. (El plato favorito era el *gold pan special* del casino Pioneer Crossing, de Fernley: dos huevos y dos panqueques de suero de leche con beicon, salchichas o jamón, acompañados de patatas a lo pobre o patatas fritas caseras, todo por solo 2,70 dólares, incluido el 10 por ciento de descuento para clientes sénior).

Había dado por sentado durante mucho tiempo que la mayoría de quienes se desplazaban en autocaravanas eran personas jubiladas que recorrían despreocupadamente Estados Unidos como turistas disfrutando de un tiempo de descanso bien ganado tras varias décadas dedicadas al trabajo remunerado. Al fin y al cabo, las autocaravanas también se definen como «vehículos recreativos». Esos pensionistas felices y despreocupados todavía existen, pero se les ha sumado una nueva clase de nómadas. La mayoría de los moradores de Desert Rose, por ejemplo, no buscaban pasar un buen rato. Las y los recién llegados estaban concentrados en el «endurecimiento», un periodo de aclimatación durante el cual trabajaban en turnos de media jornada, mientras quienes habían llegado antes ya estaban sufriendo para mantener el ritmo habitual exigido en el almacén.

—Es la primera vez que tengo un empleo manual y este trabajo me inspira ahora un respeto que antes no sentía —me confesó Linda Chesser, en otro tiempo asesora académica en la Washington State University. Estaba tendiendo unas camisetas en la lavandería de Desert Rose, donde un par de estantes albergaban una modesta biblioteca de préstamo junto a un tablero sobre el que un puzzle de 1.000 piezas a medio hacer comenzaba a mostrar una pradera cubierta de flores silvestres. Tenía sesenta y ocho años y me dijo que estaba agradecida al ibuprofeno.

—Me tomo cuatro por la mañana antes de salir para el trabajo y otros cuatro cuando regreso por la noche.



Angela y Kenny Harper, empleados en el equipo de campistas, en el parque de caravanas Big Chief, de Coffeyville (Kansas).

Para otras y otros campistas, el ibuprofeno resultaba insuficiente. Karren Chamberlen, una antigua conductora de autobús de sesenta y ocho años con dos prótesis de cadera, me contó que había dejado el trabajo al cabo de cinco semanas porque sus rodillas no soportaban las largas horas de caminata sobre suelos de cemento. Durante una visita a otro campamento de Amazon —Big Chief, en Coffeyville—, conocí a Kenny Harper, que al poco tiempo dejó el trabajo. Luego me lo explicaría en un mensaje electrónico: «Mi rótula izquierda no soporta ese esfuerzo». Otros mencionaron el síndrome del «dedo en el gatillo», una tendinitis provocada por la reiteración de movimientos repetitivos, como, por ejemplo, accionar un escáner manual. Y muchas de las autocaravanas que visité parecían farmacias móviles, con una reserva de tubos de gel para aliviar los dolores musculares, palanganas para baños de pies, sal de frutas y frascos de Aleve (naproxeno) y Advil (ibuprofeno), dos antiinflamatorios no esteroideos. Si se les agotaban las reservas, el problema tenía fácil solución: Amazon tenía dispensadores automáticos adosados a las paredes del almacén, donde podían obtener gratuitamente analgésicos de venta libre sin receta.

—¡Son una panda de refugiados de la crisis de la vivienda! —recuerda Bob que le comentó a su esposa, Anita, cuando llegaron a Fernley para incorporarse al equipo de campistas.

Los Apperley tenían pensado vivir en un velero tras su jubilación, un sueño que esperaban poder financiar con el producto de la venta de la casa de tres dormitorios que tenían en Beaverton (Oregón). La habían comprado por 340.000 dólares en un momento de auge del mercado y habían invertido otros 20.000 en reformas. Luego estalló la burbuja inmobiliaria y su valor se desplomó de tal modo que se redujo a 260.000 dólares. Antes de la crisis, no les iba mal

económicamente. Bob trabajaba como contable en una empresa fabricante de productos derivados de la madera —un trabajo que detestaba, pero que le permitía pagar las facturas— y Anita era decoradora y cuidadora a tiempo parcial. Incapaces de aceptar la perspectiva de pasarse el resto de su vida pagando los intereses de un crédito por un montante superior al valor de la casa, decidieron comprar una casa rodante Cardinal del 2003 y se echaron a la carretera.

—Simplemente, lo dejamos todo —me explicó Anita—. Nos dijimos que no estábamos dispuestos a seguir jugando a ese juego.

Bob culpaba a los malvados de Wall Street. Se refirió en un tono casi defensivo a la decisión de abandonar la casa y se apresuró a añadir que siempre había pagado puntualmente sus facturas y su saldo crediticio era favorable. Su desgracia había sido creer en el dogma del aumento permanente de los precios de la vivienda.

—Jamás había visto que una casa perdiera valor —comentó meneando la cabeza.

Y comparó la «lenta toma de conciencia» de la realidad de su nueva vida con un despertar en *Matrix*: el descubrimiento de que el mundo predecible y placentero en el que solía vivir era un espejismo, una mentira destinada a ocultar una brutal distopía.

—Dudo que la seguridad en la que busca consuelo la mayoría de la gente no sea una ilusión —añadió—. Cuando descubres que todo aquello en lo que creías no era cierto, te sientes desorientado. Son convicciones tan arraigadas que se requiere un golpe radical para que nos desprendamos de ellas.

Cuando conocí a los Apperley, a ambos les faltaban todavía algunos años para empezar a cobrar la pensión de la Seguridad Social. Bob tenía previsto seguir trabajando de manera estacional en el marco del programa CamperForce hasta cumplir los sesenta y cinco años y Anita, que no podía aspirar a un puesto en el almacén porque no tenía el certificado de estudios secundarios, realizaba pequeños trabajos para sus vecinos. En su campamento, al igual que otros habitados por personal del equipo de campistas, se habían empezado a desarrollar algunas actividades económicas a pequeña escala a cargo de las parejas no ocupadas. Estas personas ofrecían sus servicios —pasear perros, cocinar, realizar tareas de costura, reparar muebles, dar clases de pintura para principiantes— en tableros de anuncios colgados en el espacio común de la lavandería.

Los Apperley no eran las únicas víctimas de la ejecución hipotecaria entre las filas del equipo de campistas de Amazon. Entrevisté a docenas de trabajadores y trabajadoras en Nevada, Kansas y Kentucky. Abundaban las historias de problemas económicos. A veces me parecía estar visitando una sucesión de campos de refugiados de la posrecesión, lugares de último recurso a los que iban a parar las y los estadounidenses expulsados de la fuerza de trabajo tradicional por lo que se ha descrito como una «recuperación sin creación de empleo». En otros momentos, tenía la impresión de estar hablando con personas recluidas en una cárcel y sentía la tentación de dejar de lado las palabras de cortesía y preguntarles por el motivo de su condena.

Entre las personas con quienes hablé, algunas habían perdido sus ahorros a causa de malas inversiones o habían visto evaporarse sus fondos de pensiones en la crisis bursátil de 2008. Otras no habían conseguido crearse una red de seguridad suficiente para resistir traumas que de lo contrario habrían sido superables, como un divorcio, una enfermedad o un accidente. Otras habían sido despedidas o eran propietarias de pequeños negocios que se habían ido a pique con la crisis. Y aunque los menores de cincuenta años eran minoría, también conocí algunos trabajadores y trabajadoras de esa edad. Estos me hablaron de los empleos que habían perdido —o jamás habían conseguido ya de entrada— y de sus problemas agravados por la deuda contraída para pagarse los estudios y unas titulaciones con escaso valor práctico. Muchas y muchos de

ellos esperaban encontrar en la vida en la carretera una escapatoria a un futuro sin ninguna perspectiva.

El programa CamperForce de Amazon se puso en marcha como un experimento que casualmente coincidió con la crisis inmobiliaria. Hacía años que los vastos almacenes de la empresa tenían dificultades para ampliar su personal en la medida suficiente para cubrir la demanda durante la temporada navideña y habían ensayado diversos programas de contratación, incluido el traslado desde lugares situados a entre tres y cinco horas de distancia. [59] Entonces, en 2008, una agencia de trabajo temporal, Express Employment Professionals, llevó a un grupo de campistas para trabajar en el almacén de Amazon de Coffeyville (Kansas) durante el periodo prenavideño de máxima actividad. Satisfecha con los resultados, la empresa bautizó el programa como CamperForce («equipo de campistas»), lo identificó con un logo y lo amplió a los almacenes de Fernley y Campbellsville (Kentucky), a la vez que empezaba a contratar directamente al personal, prescindiendo de subcontratistas. Posteriormente, la dirección formó pequeñas cuadrillas de veteranos del programa —a los que llamó «equipos desplazados»— para que se encargaran de formar al nuevo personal en las instalaciones que acababa de inaugurar en Tracy (California), Murfreesboro (Tennessee) y Robbinsville (Nueva Jersey). A principios de 2017, Amazon ofrecía vacantes a campistas en sus almacenes de Campbellsville, Murfreesboro, y Haslet y San Marcos —estos últimos en Texas—. (El almacén de Fernley, en Nevada, había cerrado y lo había sustituido un nuevo emplazamiento en Reno, que no contrataba campistas).

Las y los campistas constituyen una fuerza de trabajo de quita y pon, el paradigma de la conveniencia para las empresas que buscan personal estacional. Acuden en el momento oportuno al lugar donde se les necesita. Con sus viviendas a cuestas, transforman un parque de caravanas en una población industrial efímera, que vuelve a quedar desocupada cuando concluye el trabajo. No permanecen el tiempo suficiente para organizarse sindicalmente. Empleados para realizar tareas físicamente arduas, a menudo están demasiado cansados hasta para relacionarse entre ellos una vez finalizado su turno.

Tampoco plantean grandes exigencias en materia de prestaciones ni de protección laboral. Al contrario, entre las más de 50 personas empleadas en esas condiciones que entrevisté, la mayoría manifestaron estar agradecidas por la mínima estabilidad que les ofrecían sus empleos temporales. Como en el caso de Joanne Johnson, de cincuenta y siete años, que tropezó cuando subía corriendo por una escalera en las instalaciones de Amazon de Campbellsville y al caer se golpeó la cabeza con la barra de una cinta transportadora. Le vendaron la herida en la enfermería de la empresa y luego la trasladaron a una sala de urgencias. [60] El accidente se saldó con dos ojos a la funerals y nueve puntos de sutura junto al nacimiento del pelo.

—Me permitieron seguir trabajando. No me despidieron —recordaba agradecida.

Y un representante del departamento de recursos humanos la visitó el día después del accidente en la autocaravana que compartía con su marido, de sesenta y siete años, quien anteriormente también había estado empleado en el equipo de campistas. Johnson, que había prometido a sus jefes que nunca más subiría corriendo una escalera, se quedó patidifusa.

—Nos pareció asombroso que se tomara la molestia de venir a vernos para interesarse por nosotros.

Por mi parte, no acababa de entender los motivos por los que una empresa como Amazon aceptaba con agrado personas ya mayores para ocupar unos puestos de trabajo que parecían más idóneos para cuerpos más jóvenes.

—Es porque somos muy fiables —apuntó Johnson—. Sabemos que, cuando te comprometes a algo, debes hacer todo lo posible por cumplir. No nos tomamos días libres a menos que sea

imprescindible.

(Johnson solo perdió una jornada de trabajo mientras se recuperaba de la herida en la cabeza. No se la pagaron).

Las personas que están al mando del equipo de campistas reiteran su convicción de que las trabajadoras y trabajadores mayores aportan una buena ética laboral.

«Hemos tenido gente de más de ochenta años que ha hecho un magnífico trabajo —manifestó Kelly Calmes, una directiva del programa en Campbellsville en el curso de un seminario *online* dirigido al personal que organizaba *Workamper News*—. La ventaja que nos aporta que nuestros equipos de campistas estén formados por personas un poquitín mayores en la mayoría de los casos es que ustedes han dedicado toda una vida al trabajo. Saben lo que significa trabajar. Trabajan a conciencia y ya sabemos que esto es una carrera de fondo, no un esprint. Es un poco como la fábula de la liebre y la tortuga. Algunos de nuestros jóvenes hacen el trabajo a la carrera. Ustedes, en cambio, son más bien metódicos y, al final del día, aunque parezca imposible, unos y otros cruzan la meta prácticamente al mismo tiempo». [61]

Además, Amazon consigue desgravaciones federales —equivalentes a entre un 25 y un 40 por ciento de los salarios— por la contratación de personas desfavorecidas por diferentes conceptos, incluidos los perceptores ya mayores del «ingreso suplementario de seguridad» (*supplemental security income*) [62] y cualquier persona beneficiaria del programa de cupones para alimentos. El personal del equipo de campistas más avisado está al corriente de estos incentivos.

«Amazon puede permitirse contratar una fuerza de trabajo tan lenta e ineficiente gracias a las desgravaciones que obtiene por ofrecer oportunidades laborales —comentó una trabajadora itinerante en su blog *Tales from the Rampage* («Relatos de la devastación»)—. Como durante casi tres meses al año dejamos de percibir ayudas del gobierno, contratarnos les permite pagar menos impuestos». [63]

Esta actitud favorable a la contratación de personal ya mayor no es un rasgo exclusivo de Amazon. Durante un seminario *online* con vistas a la contratación de personal para la recolección anual de remolacha azucarera, Scott Lindgren, socio y directivo de la empresa de trabajo temporal Express Employment Professionals, elogió la fiabilidad de los campistas ya mayores. «También hemos constatado que nuestros trabajadores itinerantes tienen una magnífica ética laboral y les felicitamos por ello —manifestó—. Sabemos que han trabajado duro toda su vida y que podemos confiar en que harán su trabajo. Y se cuentan entre nuestros mejores trabajadores».

David Roderick, un trabajador itinerante de setenta y siete años, compartía esta opinión.

—Les encantan los trabajadores jubilados, porque somos fiables. No faltamos al trabajo, nos esforzamos y somos básicamente mano de obra esclava —me explicó recordando el invierno de 2012.

Él y su esposa, también en la setentena, habían estado vendiendo árboles de Navidad en el Centro Recreativo de San Mateo (California), instalados en una autocaravana Lazy Daze de quince años de antigüedad. Su trabajo incluía acarrear coníferas de hasta tres metros de altura y cargarlas en los coches y camionetas de los compradores entre ocho y diez horas seguidas, seis días a la semana.

—Me gusta la parte de la venta, pero el trabajo entre bastidores de talar y transportar los árboles es una tarea para personas muy muy jóvenes. Sin embargo, muchos éramos jubilados —comentó a propósito de sus compañeros de trabajo.

A no ser por la camiseta de CamperForce color turquesa que vestía, ese abuelo de pelo y barba blanca no me habría parecido un candidato probable a formar parte del colectivo de trabajadores nómadas. David, después de iniciar su carrera profesional como profesor de química y

oceanografía en institutos municipales de California, había puesto en marcha una empresa de ecoturismo pionera y posteriormente había trabajado como profesor de inglés en Jordania contratado por el Departamento de Estado. Luego recibió también ofertas para realizar tareas docentes en Arabia Saudí y Kuwait, anuladas en ambos casos cuando la dirección constató que ya había cumplido los setenta y superaba el límite de edad para ejercer en la región.

Pero entretanto se habían esfumado las reservas económicas que le habrían permitido jubilarse. Muchos años antes, a resultas de un divorcio, se había visto obligado a retirar la cantidad depositada en un fondo de pensiones durante los dieciséis años trabajados como profesor en institutos municipales de California. Si no lo hubiera tocado, el fondo se habría incrementado hasta alcanzar un montante de 500.000 dólares, actualizado según el índice de precios del estado; en aquel momento, sumaba 22.000 dólares, que tuvo que compartir con su primera esposa. Posteriormente, se casó por segunda vez con una mujer que también había sufrido problemas económicos y había perdido el fondo de inversión que le reportaba una renta vitalicia de 650 dólares, fruto de su primer matrimonio, a consecuencia del colapso financiero de Executive Life, la quiebra más importante registrada hasta entonces en toda la historia del sector de los seguros.

David me mostró los movimientos que tenía que realizar centenares de veces al día en el almacén de Amazon, agachándose y alargando los brazos para coger las mercancías. Añadió que, por suerte, no tenía dolores ni agujetas, a diferencia de lo que le ocurría a su esposa. Calculaba que en Amazon ganaba una quinta parte del salario máximo que había llegado a cobrar en sus mejores momentos.

—Es decir, que nunca he tenido problemas para encontrar trabajo, pero con sueldos de esclavo —concluyó—. Hemos entrado en una nueva era para las personas jubiladas.

A medida que trabajadores como David me iban contando su caso, empecé a ver progresivamente los campamentos de Amazon como un microcosmos de una catástrofe nacional. En los parques de caravanas abundaban las personas que habían caído muy por debajo de su nivel de vida de clase media, con todas las comodidades que siempre habían dado por sentadas. Esos trabajadores y trabajadoras ofrecían una muestra de todos los desastres económicos que han afectado a la población estadounidense en los últimos decenios. Cada una, cada uno tenían su historia.

Entre ellos estaba Chuck Stout, de setenta años, que según sus cálculos recorría a diario unos 18 kilómetros como «preparador de pedidos», encargado de retirar productos de los estantes del almacén.

—Lo describen como una cárcel porque caminamos en fila india, fichamos a la entrada y hacemos lo que nos mandan —me comentó.

En su vida anterior, Chuck había estado empleado durante cuarenta y cinco años en McDonald's, trabajando en las oficinas. A finales de los años setenta, había llegado a ser director de desarrollo de productos en la sede central mundial de la empresa. Pero en 2011 tuvo que declararse insolvente tras la pérdida de los 410.000 dólares que él y su esposa, Barbara, profesora de música de cincuenta y siete años, tenían invertidos en bolsa. Perdieron su casa junto al campo de golf de Heron Pointe —una urbanización privada en Myrtle Beach (Carolina del Sur)— y se mudaron a una autocaravana National Seabreeze de 1966 que han apodado *TC*. (Como me explicaron, cuando se sienten optimistas *TC* significa «totalmente cómoda»; los días malos son las siglas de *tin can*, «lata de conservas»). Dentro tienen colgado un tapete bordado a punto de cruz que dice: «Donde hay un abrazo hay un hogar». Después de Amazon, tenían previsto trabajar vendiendo cerveza y hamburguesas en los partidos amistosos de primavera del Oakland Athletics.

Otro trabajador que entrevisté fue Phil DePeal, un veterano de la operación Tormenta del Desierto de cuarenta y ocho años.

—Me repito continuamente que solo son dos meses —me dijo—. Si pude salir adelante en el ejército, también puedo hacerlo en Amazon.

Phil y su esposa, Robin, de cuarenta y seis años, empezaron a trabajar en el equipo de campistas cuando el banco les embargó su casa tras la crisis inmobiliaria de 2008. La intensa competencia estimulada por la subida de los precios había arruinado el negocio de recogida de chatarra, We-R-Junk, que tenía en Míchigan.

—El precio de la chatarra aumentó de manera espectacular —me explicó— y cualquiera con un portaequipajes donde cargarla podía recogerla.

En ese momento vivían en una casa rodante que remolcaban con una camioneta Dodge P350 de 1993 de color marrón y dorado, decorada en uno de los laterales con una pegatina que decía: «Dinero fácil».

—Ya estaba ahí cuando la compramos —me aclaró Phil.

Muchos de los trabajadores que conocí en los campamentos de Amazon formaban parte de un sector demográfico que ha aumentado a un ritmo alarmante en los últimos años: el de los ciudadanos y ciudadanas estadounidenses de la tercera edad que han descendido en la escala social. Su situación actual habría sido prácticamente inimaginable en los tiempos de apogeo de lugares como Empire, en la era de una sólida clase media con empleos y pensiones estables.

Monique Morrissey, economista del Economic Policy Institute, me comentó las características sin precedentes de este cambio.

—Nos encontramos ante el primer cambio de tendencia en materia de seguridad tras la jubilación que se ha registrado en la historia estadounidense moderna —me explicó—. La situación de cada generación en lo que respecta a sus posibilidades de jubilarse sin un deterioro de su nivel de vida es cada vez más desfavorable comparada con la de generaciones anteriores, empezando por los miembros más jóvenes de la generación del *babyboom*.

Esto implica la imposibilidad de retirarse y descansar en la vejez. En 2016, casi 9 millones de estadounidenses de sesenta y cinco años o más seguían realizando un trabajo remunerado, un 60 por ciento más que diez años antes. [64] Los economistas prevén que esta cifra seguirá creciendo, al igual que el porcentaje de trabajadores mayores dentro de la fuerza de trabajo. Una encuesta reciente indica que los y las estadounidenses temen más la pérdida de sus bienes que la muerte. [65] Según los resultados de otro estudio, aunque la mayoría de estadounidenses de más edad siguen considerando la jubilación un «periodo de ocio», solo un 17 por ciento prevé dejar de trabajar por completo durante sus últimos años. [66]

El concepto mismo de la jubilación es un invento relativamente nuevo. A lo largo de la mayor parte de la historia de la humanidad, la gente ha trabajado hasta que ha muerto o hasta que no ha podido levantar un dedo, momento en el cual, en cualquier caso, la muerte ya estaba cerca. En 1795, Thomas Paine —uno de los padres fundadores de Estados Unidos de ideas progresistas— redactó un panfleto titulado *Justicia agraria*, donde proponía introducir una pensión anual de diez libras esterlinas que se cobrarían a partir de los cincuenta años, edad en la que situaba la esperanza media de vida. Nadie le escuchó y tuvo que transcurrir casi un siglo hasta que el estadista alemán Otto von Bismarck instituyó el primer seguro para la vejez que ha existido en el mundo. El plan de Bismarck, aprobado en 1889, otorgaba una pensión a los trabajadores al cumplir setenta años. Una medida destinada a frenar la agitación marxista, además con un bajo coste, dado que muy pocos alemanes sobrevivían hasta una edad tan avanzada. Esto situó a Bismarck, un imperialista de derechas con el sobrenombre de Canciller de Hierro, en el punto de

mira de los críticos conservadores, que le acusaron de haberse vuelto blando. Pero él ya llevaba años ignorando sus quejas. «Llámenlo socialismo o lo que les plazca, para mí es indiferente», había declarado en 1881 en el Reichstag, en un debate anterior sobre la creación de un seguro gestionado por el Estado.

En Estados Unidos, William Osler, un médico famoso sin pelos en la lengua que contribuyó a la fundación de la Escuela de Medicina Johns Hopkins, hizo proselitismo a favor de la idea de la jubilación a principios del siglo xx . En un discurso pronunciado en 1905, argumentó que los trabajadores alcanzaban su máximo rendimiento a los cuarenta años y luego se iniciaba un declive hasta los sesenta, edad a partir de la cual —sugería con un guiño— nada cambiaría si estuvieran anestesiados. Estas observaciones, conocidas como *el discurso del cloroformo*, provocaron un escándalo nacional. El consejo de redacción de *The New York Times* comparó su posición con la de «aquellas tribus salvajes que tienen por costumbre liquidar a sus mayores con un golpe en la nuca cuando los jóvenes ven que se interponen en su camino». [67] Y el verbo *oslerize* se popularizó brevemente como sinónimo de exterminar a los viejos —si bien de manera algo injusta, dado que la propuesta de una eutanasia forzosa estaba tomada del relato distópico de Anthony Trollope *The Fixed Period* («El plazo fijo»), probablemente la obra menos popular de este autor, de la cual se vendieron solo 877 ejemplares. [68]

Lee Welling Squier, promotor de las pensiones, expresó en 1912 una percepción parecida de forma bastante menos humorística:

Una vez alcanzados los sesenta años, el tránsito de la no dependencia a la dependencia se produce fácilmente —sin bienes propios, con los amigos muertos o distanciados, una familia cada vez más reducida, las ambiciones perdidas, solo unos pocos años de vida por delante y la muerte como bienvenido desenlace final —, todo ello inevitablemente transforma al asalariado de ciudadano autónomo lleno de expectativas en un ser pobre y desamparado. [69]

Muchos países industrializados siguieron el ejemplo de Alemania e introdujeron algún tipo de seguro de vejez. Estados Unidos, tierra de duros individualistas, quedó, sin embargo, a la zaga. A principios del siglo xx , los ciudadanos estadounidenses demasiado viejos para trabajar tenían dos alternativas. Podían irse a vivir con los hijos o hijas, si los tenían, o podían ingresar en un asilo para pobres, una funesta institución importada de Gran Bretaña donde la vida era tan espantosa que los residentes —a los que se llama «reclusos»— podían llegar a preferir la eutanasia. Un observador describió como sigue uno de esos centros situado en Sandusky (Ohio): «Un edificio muy viejo y ruinoso; paredes en muy mal estado; sin mosquiteras; con nubes de moscas por todas partes; sin ningún asiento cómodo; habitaciones muy sucias; los reclusos hacen todo el trabajo; la comida es de muy baja calidad. El autodenominado hospital es un lugar horrible, más bien parece una cárcel». Otra institución igualmente lamentable aparece descrita en un informe de 1920 dirigido al Comité de Acción Benéfica del estado de Colorado: «El edificio es una antigua iglesia que hace cinco años fue declarada en ruinas y no habitable; las paredes, inseguras, comienzan a desmoronarse; escasa protección contra el frío; suelos viejos agrietados y sucios; camas y catres desvencijados; un recluso obligado a guardar cama con las caderas afectadas por la tuberculosis no se ha levantado ni se ha bañado desde el mes de septiembre... En otro cuarto en ruinas, una mujer vestida de harapos intenta entrar en calor sentada junto a una vieja estufa». [70]

El asilo para pobres llegó a ser un lugar tan simbólico —y temido— que en la primera versión del Monopoly se le asignó una casilla. Según las reglas del juego de 1904, esta institución, situada en una esquina del tablero, era el último refugio para cualquier jugador que ya no tuviera

«dinero suficiente para pagar sus gastos» y no pudiera «pedir un préstamo ni tampoco vender o hipotecar ninguna de sus propiedades». En versiones posteriores del juego, los diseñadores taparon el asilo para pobres con una capa de cemento y situaron un «aparcamiento gratuito» en esa casilla. [71]

Fue necesario que se produjera la Gran Depresión para que la jubilación llegara a instaurarse en Estados Unidos. Con un exceso de trabajadores para demasiados pocos puestos de trabajo, comenzó a imponerse la conclusión de que era preciso empujar a los mayores fuera del mercado laboral. Por otro lado, la situación de las y los estadounidenses de más edad no era demasiado buena: en 1934, más de la mitad carecían de recursos para mantenerse. Algunos estados habían introducido una diversidad de sistemas de pensiones para la vejez, pero estos solo llegaban a cubrir a una pequeña parte de la población anciana indigente. Francis Townsend, un médico californiano que también había cultivado heno y había sido gerente de una fábrica de hielo en bancarrota, comenzó a hacer campaña a favor de un plan que acabó recibiendo su nombre; su propuesta era que el gobierno federal compensase con una pensión mensual de hasta 200 dólares a los trabajadores que se jubilaran a los sesenta años. Al poco tiempo, se empezaron a crear en todo el país millares de «clubes Townsend», organizados desde la base a escala local. En parte como respuesta a esta iniciativa populista, el presidente Franklin D. Roosevelt y el Congreso de mayoría demócrata aprobaron en 1935 la Ley de la Seguridad Social, que, a diferencia del Plan Townsend, exigía que los futuros jubilados contribuyeran a un fondo común a lo largo de toda su vida laboral. Cinco años después, Ida Mae Fuller, una secretaria jurídica jubilada de sesenta y cinco años de Vermont, sería la primera en cobrar un cheque de la Seguridad Social. Su importe era de 22,54 dólares. [72]

Después del New Deal, los economistas empezaron a describir el modelo estadounidense de financiación de la jubilación como un «taburete de tres patas». La Seguridad Social pública, unas pensiones privadas y la suma de las inversiones y el ahorro particulares eran las piezas del sólido trípode. Pero, obviamente, en los últimos años dos de esas patas han desaparecido. La Gran Recesión destruyó los activos de muchas personas y, en muchos casos, la gente había ido reduciendo progresivamente su nivel de ahorro ya antes de la crisis. Además, desde la década de los ochenta las empresas han venido sustituyendo los planes de pensiones financiados por el empleador, que garantizan el cobro a perpetuidad de una cantidad mensual, por planes de ahorro patrocinados por las empresas exentos del pago de impuestos hasta el momento en que se retiran los fondos, a menudo basados en las aportaciones de los trabajadores y que pueden agotarse mucho antes de su muerte. Publicitados como instrumentos liberadores que ofrecen a los trabajadores la posibilidad de adoptar sus propias decisiones en materia de inversión, estos planes forman parte de un cambio cultural más amplio caracterizado por el abandono de la responsabilidad compartida en favor de un individualismo más precario. Traducido al lenguaje corriente: a las empresas estos planes de ahorro les resultan muchísimo más baratos que los planes de pensiones.

«Durante la vida de la última generación, hemos asistido a una transferencia masiva del riesgo económico desde las grandes estructuras de seguros, incluidas las patrocinadas por el sector empresarial y también por el gobierno, hacia los frágiles balances bancarios de las familias estadounidenses», escribe el politólogo de Yale Jacob S. Hacker en su libro *The Great Risk Shift* («El gran desplazamiento del riesgo»). El mensaje general es: «Solo puedes contar con tus propios recursos». [73]

Todo lo cual se traduce en que la Seguridad Social es actualmente la fuente de ingresos principal para la mayor parte de la población estadounidense de sesenta y cinco años o más. [74]

Pero resulta terriblemente inadecuada como tal. «En vez de un taburete de tres patas, ahora tenemos un palo saltarín», comentó sarcásticamente el economista Peter Brady, del Investment Company Institute. [75]

Es decir, apenas lo suficiente para cubrir las necesidades básicas. Según afirma Teresa Ghilarducci, economista y profesora de la New School en la ciudad de Nueva York, casi la mitad de los trabajadores y trabajadoras de clase media pueden verse obligados a subsistir con un presupuesto de apenas cinco dólares diarios para alimentos tras su jubilación. «Yo digo que este es el “fin de la jubilación”», declaró en una entrevista. Muchas personas jubiladas simplemente no pueden sobrevivir sin algún tipo de trabajo remunerado. Y añadió que, mientras tanto, los puestos de trabajo a los que pueden acceder los estadounidenses de más edad están cada vez peor pagados y físicamente son más extenuantes. A la profesora Ghilarducci le preocupa ver que estamos volviendo al mundo que describió Lee Welling Squier hace más de un siglo. Y un estigma cultural dificulta cualquier debate serio sobre la cuestión. «Cuando hablo de este tema, nunca lo asocio a la idea de “dejar de trabajar”», aclaró. En Estados Unidos, está tradicionalmente mal visto «vivir de gorra o no ser una persona productiva». [76]

A fin de cuentas, la mera mención de la palabra «jubilación» corre el riesgo de evocar el estereotipo del «viejo codicioso», un espantajo invocado a principios de este siglo por críticos de la Seguridad Social, entre los que destacó el exsenador por Wyoming Alan Simpson. El «viejo codicioso» vive una vejez dorada ociosamente opulenta mientras va dejando exangües a las generaciones más jóvenes. Es un vampiro geriátrico, una versión septuagenaria de la «reina de las ayudas sociales» de Ronald Reagan. Salvo que ella conducía un Cadillac y la caricatura que describió Alan Simpson iba al volante de un Lexus. También fueron famosos los ataques de Simpson contra las Panteras Rosas, un grupo de presión a favor de la Seguridad Social que en realidad no existe y que él se inventó como hombre de paja —¿o mujer de paja?— para justificar sus alegaciones. Cuando un auténtico grupo de defensa, la Older Women’s League («Liga de Mujeres Mayores»), le acusó de envenenar el debate con sus comentarios sexistas y edadistas, redobló sus ataques y les envió un mensaje electrónico donde decía que la Seguridad Social se ha convertido en «una vaca con ¡310 millones de ubres!». [77]

El mensaje acababa con una despedida sarcástica que parecía indicar que el legislador no había pisado jamás los nuevos asentamientos que rodean los almacenes de Amazon ni había conocido a ninguno de los numerosos estadounidenses de ambos sexos ya mayores que tienen que trabajar largas jornadas para complementar sus escasas prestaciones.

Decía: «¡Llámenme cuando tengan un trabajo honrado!».

[36] La mayor parte de la información sobre Empire (Nevada) incluida en este capítulo figuraba originariamente en mi artículo (2011): «The Last Company Town», en *The Christian Science Monitor*, edición en papel, 13 de junio, p. 33.

[37] Versión original de culto: *The Hills Have Eyes* (1977), dirigida por Wes Craven, Vanguard, y *Remake: The Hills Have Eyes* (2006), dirigida por Alexandre Aja, Fox Searchlight Pictures.

[38] Jenny Kane (2016): «Gypsum Mine, Town of Empire Sold», en *The Reno Gazette-Journal*, 4 de junio, p. A5.

[39] Jenny Kane (2016): «Empire Mining Co. Will Only Restore Part of Ghost Town», en *The Reno Gazette-Journal*, 24 de agosto, p. A4.

[40]

<https://www.google.com/maps/@40.572901,-119.34298,3a,75y,340.84h,74.5t/data=!3m6!1e1!3m4!1sNxq0MbTKC>

[41] *Amazon CamperForce Program*, vídeo promocional, publicado por Amazon Fulfillment el 19 de julio de 2013. El vídeo se encontraba en esta dirección: <https://www.youtube.com/watch?v=jT1D1RsW1bQ>, pero ya no se encuentra disponible.

[42] «Desplazados por la gran recesión» (*Okies of the Great Recession*) : <http://lovable-liberal.blogspot.com/2013/08/grapes-of-workamping.html> ; «refugiados autóctonos» (*American Refugees*) : <http://unlawflcombatnt.proboards.com/thread/9293> ; «sintecho acomodados» (*Affluent Homeless*) : <http://earlystart.blogs.cnn.com/2012/12/12/workampers-filling-temporary-jobs-for-amazon-com-cnns-casey-wian-reports-onthese-affluent-homeless> ; «vagabundos modernos» (*Modern-Day Fruit Tramps*) : <http://unionperspectives.blogspot.com/2012/02/workampers-are-new-iww-wobblies.html> .

[43] *Workamper News* (<http://workamper.com>), *Workers on Wheels* (<http://www.work-for-rvers-and-campers.com>).

[44] Algunos de estos trabajadores y trabajadoras nómadas fueron objeto de titulares en la prensa nacional en 2010, cuando el Ministerio de Trabajo denunció que la empresa contratante, Gate Guard Services LP, de Corpus Christi, les había subcontratado fraudulentamente como autónomos y, por lo tanto, les debía más de 6,2 millones de dólares en concepto de sueldos atrasados que les habrían correspondido como personal contratado. Un juez federal desestimó posteriormente la demanda.

[45] *Workamper News* , julio/agosto de 2013, p. 33.

[46] *Workamper News* , noviembre/diciembre de 2015, p. 36.

[47] *Workamper News* , septiembre/octubre de 2013, p. 20.

[48] *Workamper News* , septiembre/octubre de 2013, p. 17.

[49] Requisitos que deben cumplir «las personas que se desplazan de manera permanente» para ser reconocidas como residentes en el estado de Dakota del Sur: <https://dps.sd.gov/driver-licensing/renew-and-duplicate/full-time-travelers>.

[50] Kristyn Martin (2014): «Working into Their 70s: the New Normal for Boomers», en *Al-Jazeera America*, 17 de octubre de 2014 (<http://america.aljazeera.com/watch/shows/real-money-with-alivelshi/2014/10/Workampers-retirement-babyboomers.html>).

[51] Melissa Preddy (2014): «Work Camping: Seasonal Jobs on the Road», en *AARP Bulletin* , diciembre.

[52] Eric Spitznagel (2011): «What the Kids Are Doing These Days», en *The New York Times Magazine* , 6 de noviembre, p. 9.

[53] Amazon CamperForce, formulario para la presentación de nuevos aspirantes, 2015, en *Amazon CamperForce Newsletter* , mayo de 2012, p. 5.

[54] *Amazon CamperForce Newsletter* , julio de 2012, pp. 2-5.

[55] *Amazon CamperForce Newsletter* , abril de 2012, p. 3.

[56] *Amazon CamperForce Newsletter* , marzo de 2013, p. 3.

[57] <https://www.scribd.com/document/133679509/CamperForce-Recruiting-Handout>.

[58] Sin embargo, no todo el mundo parece priorizar los incentivos sensibleros. «La principal motivación para los campistas empleados en Amazon.com es el dinero», se titulaba el artículo central de un número de 2014 de *Workamper News* que incluía entrevistas con algunos de ellos. («Bottom Line at Amazon.com: Money», en *Workamper News*, julio/agosto de 2014, pp. 31-34).

[59] *Amazon CamperForce Newsletter* , julio de 2013, p. 1.

[60] Personal descontento con el servicio de atención médica interno de la empresa (AmCare) lo calificaría más adelante, en un foro de Facebook, como Shamcare («atención farsante»).

[61] «Workamper NewsJobinar with Amazon CamperForce» (<http://www.youtube.com/watch?v=STC3funa1Gg> , descargado el 21 de marzo de 2013; en el momento de la publicación de este libro, este vídeo ya no está disponible).

[62] Programa federal financiado con cargo a los ingresos tributarios generales (no a las cotizaciones a la Seguridad Social) que ofrece una ayuda monetaria a las personas mayores de sesenta y cinco años, ciegas o discapacitadas con ingresos inferiores a un cierto límite, que varía según los estados, con el fin de que puedan

cubrir sus necesidades básicas de alimentos, vivienda y vestido (<https://www.ssa.gov/ssi/>). (N. de la T.)

[63] <http://talesfromtherampage.com/amazon>.

[64] Bureau of Labor Statistics, U. S. Department of Labor, *Labor Force Statistics from the Current Population Survey*, Unemployment Level 65 years and over (<https://data.bls.gov/timeseries/LNU02000097>).

[65] «Reclaiming the Future: Challenging Retirement Income Perceptions», Allianz Life Insurance Company of North America, 2010.

[66] S. Kathi Brown (2013): «Retirement Attitudes Segmentation Survey 2013», AARP Research, Washington D. C.

[67] «Old Men at Forty», en *The New York Times*, 24 de febrero de 1905.

[68] David Lodge (2012): «Rereading Anthony Trollope», en *The Guardian*, 15 de diciembre, p. 16.

[69] Lee Welling Squier (1912): *Old Age Dependency in the United States: A Complete Survey of the Pension Movement*, Nueva York, The Macmillan Company, pp. 28-29.

[70] Harry C. Evans (1926): *The American Poorfarm and Its Inmates*, Des Moines (Iowa), The Loyal Order of the Moose, pp. 13, 29.

[71] Nancy Altman (2015): «Social Security at 80: Lessons Learned», en *The Huffington Post*, 18 de agosto.

[72] U. S. Social Security Administration: «Historical Background and Development of Social Security: Pre Social Security Period» (<https://www.ssa.gov/history/briefhistory3.html>).

[73] Jacob S. Hacker (2006): *The Great Risk Shift: The Assault on American Jobs, Families, Health Care, and Retirement and How You Can Fight Back*, Oxford, Oxford University Press, pp. X, 5-6.

[74] U. S. Social Security Administration: «Fact Sheet: Social Security» (<https://www.ssa.gov/news/press/factsheets/basicfact-alt.pdf>).

[75] Emily Brandon (2009): «The Retirement Pogo Stick», en *U. S. News & World Report*, 5 de febrero (disponible únicamente en Internet: <http://money.usnews.com/money/blogs/planning-to-retire/2009/02/05/the-retirement-pogo-stick>).

[76] Teresa Ghilarducci (2012): «Our Ridiculous Approach to Retirement», en *The New York Times*, 22 de julio, p. SR5.

[77] Jeanne Sahadi (2010): «Co-Chair of Obama Debt Panel under Fire for Remarks», en *CNNMoney.com*, 25 de agosto (http://money.cnn.com/2010/08/25/news/economy/alan_simpson_fiscal_commission).

Plan de salvación

Ante el problema insoluble que se le planteaba —la escasa pensión que recibiría de la Seguridad Social—, Linda hizo lo que haría cualquiera: consultó Internet. Y allí encontró una página que decía:

¿Fuiste gitana, vagabundo o trashumante en otra vida pero ahora piensas que jamás podrás permitirte vivir con la libertad que anhelas?

¿Ya no soportas la continua competencia consumista y querrías llevar una vida más sencilla?

La respuesta es que esa vida está a tu alcance y desde esta página vamos a indicarte cómo puedes alcanzarla. [78]

Acababa de descubrir *CheapRVLiving.com* («Vivir barato en una autocaravana»), el sitio de Internet de un antiguo reponedor de la cadena de supermercados Safeway, en Alaska, llamado Bob Wells. [79] Bob predicaba una doctrina anticonsumista con el mismo fervor con que otros predicaban el evangelio de la prosperidad. Su mensaje ensalzaba la posibilidad de vivir felizmente con menos. Un principio básico inspiraba todos sus escritos: la mejor manera de liberarse era convertirse en lo que la sociedad consideraría una persona sin hogar.

«La clave es suprimir el gasto más importante para la mayoría: los costes de la vivienda», decía e instaba a sus lectores a prescindir de las casas y apartamentos tradicionales en favor de lo que algunos nómadas llaman una «finca sobre ruedas», una furgoneta, un coche o una autocaravana. Señalaba que había personas que habían adoptado ese modo de vida y lograban subsistir con 500 dólares al mes o incluso menos —una cantidad que enseguida le pareció razonable a Linda— y presentaba un presupuesto de muestra que permitía cubrir con esa cantidad las necesidades básicas, incluida la comida, el seguro del vehículo, la gasolina, el teléfono móvil y una pequeña reserva para emergencias.

Él mismo había iniciado su odisea como «furgorresidente» [80] casi veinte años antes, con mucho menos entusiasmo. En 1995, se enfrentó a un difícil proceso de divorcio tras trece años de matrimonio y con dos hijos de corta edad. «Adicto al endeudamiento», según su propia descripción, había exprimido sus tarjetas de crédito hasta acumular una deuda de 130.000 dólares y estaba a punto de declararse insolvente.

Cuando tuvo que abandonar la casa rodante que compartía con su familia en Anchorage, se trasladó a Wasilla, donde unos años antes había comprado un terreno con el propósito de construirse una vivienda allí. Aunque de momento solo tenía los cimientos y el suelo, se instaló en una tienda de campaña, desde donde podría desplazarse hasta Anchorage, a unos 80 kilómetros de distancia, para acudir al trabajo.

Al poco tiempo, comenzó a añorar la posibilidad de estar más cerca de sus hijos y también del supermercado Safeway, donde tenía un empleo fijo. (Su padre había sido encargado en la empresa y Bob había empezado a trabajar allí a los dieciséis años como empaquetador). Pero los apartamentos eran caros en Anchorage y le habría sido prácticamente imposible mantener dos

hogares. De los 2.400 dólares mensuales que ganaba, tenía que entregar la mitad a su ex.

—Mil doscientos eran para ella y a mí me quedaba otro tanto, y en Anchorage no es posible alquilar un apartamento por esa cantidad —me dijo—. En la mayoría de los sitios se puede, pero allí, desde luego, no.

Mientras tanto, consumía a diario gran cantidad de tiempo —y también de dinero para pagar la gasolina— en los desplazamientos entre Wasilla y Anchorage, y empezaba a estar desesperado.

Ante esa situación, decidió hacer un experimento. Con objeto de reducir el gasto en combustible, comenzó a dormir entre semana en la ciudad en una vieja camioneta Ford Courier con una caja adaptada para acampada y los fines de semana regresaba a Wasilla. Eso le alivió un poco. Cuando estaba en Anchorage, aparcaba justo enfrente del supermercado. A sus jefes no les importaba. Cuando alguien no se presentaba, le ofrecían a Bob —que en cualquier caso ya estaba allí— la posibilidad de cubrir su turno y eso le permitía cobrar algunas horas extra. Visto lo cual, empezó a preguntarse si no sería posible vivir de ese modo de manera permanente.

Residir todo el tiempo en su minúsculo habitáculo le parecía insostenible, pero empezó a considerar otras alternativas. En sus desplazamientos para acudir al trabajo, solía pasar junto a un desvencijado camión Chevrolet con caja cerrada que estaba aparcado frente al taller de un electricista con un letrero que decía: «En venta». Un día entró a preguntar. Le dijeron que el vehículo no tenía ningún problema mecánico, pero estaba tan baqueteado y tenía tan mal aspecto que al dueño le daba vergüenza usarlo para atender a los clientes. Pedían 1.500 dólares por él, justo el remanente que aún le quedaba a Bob de sus ahorros. No se lo pensó dos veces.

La caja del camión medía algo más de 2 metros de alto y tenía una puerta trasera enrollable. El suelo medía 2,5 por 3,5 metros. El tamaño de un pequeño dormitorio, de hecho —se dijo Bob cuando extendió su colchoneta y sus mantas para echarse a dormir—. Sin embargo, esa primera noche, cuando se vio ahí acostado, se le saltaron las lágrimas. Por mucho que intentara razonar, la inmersión en esa nueva vida fue una experiencia desmoralizadora. Con el agravante de que, durante sus cuarenta años de vida, jamás había sido una persona particularmente alegre ni optimista. Desde niño había recibido duras lecciones sobre la inestabilidad de las cosas y había visto tambalearse, a veces literalmente, el suelo bajo sus pies. Cuando tenía pocos años, sus padres, que no se llevaban bien, vivían a caballo entre Flagstaff y Prescott, en Arizona, y Ponca City, en Oklahoma. En 1961, cuando cumplió seis años, su familia se trasladó a Anchorage, donde al cabo de tres años el mundo se vino abajo. O eso parecía. El 27 de marzo de 1964, el segundo terremoto de mayor intensidad registrado a lo largo de su historia sacudió el centro y el sur de Alaska a las 5:36 de la tarde, tras el hundimiento de una falla entre la placa tectónica del Pacífico y la norteamericana. El gran terremoto de Alaska, también llamado «terremoto del Viernes Santo», alcanzó una intensidad de 9,2 en la escala de Richter y duró cuatro minutos y medio aterradores, con numerosas réplicas. [81] Los tsunamis asolaron las ciudades costeras y Anchorage quedó devastada por los corrimientos de tierra que derribaron manzanas enteras de edificios. La torre de control del aeropuerto internacional, de 20 metros de altura, se desplomó. De la fachada del edificio J. C. Penney, de cinco pisos, se desprendieron placas de hormigón que cayeron sobre los peatones y los coches y los aplastaron. Los cimientos de la escuela Denali, donde estudiaba Bob, quedaron surcados de grietas, una chimenea de ladrillo cayó sobre el tejado y el edificio tuvo que permanecer clausurado durante un año. [82]

Bob recuerda el miedo que pasaron encerrados en casa sin luz ni calefacción, con temperaturas bajo cero en el exterior y el suelo cubierto de nieve.

—La tierra se abre a tu alrededor —me dijo— y tuvimos réplicas toda la noche. Oíamos como explotaban casas. Estabas ahí acostado y de pronto oías la explosión de una casa. Se produjeron

fugas de gas natural que se inflamaban.

Su casa no saltó por los aires esa noche. Pero algo parecido le ocurriría al cabo de siete años a su familia, cuando él tenía dieciséis años y sus padres por fin se separaron. Su hermana decidió quedarse con su madre y Bob se compadeció de su padre y se fue con él. Al poco tiempo, se encontró compartiendo el mismo techo con una madrastra que detestaba. Durante el tránsito de la adolescencia a la edad adulta, tuvo que luchar para mantener a raya la sensación de vacío. Un vacío que intentó llenar con lo que tuviera a mano: deudas, comida, sexo, religión.

Nunca se había sentido particularmente orgulloso de la vida que se había forjado, pero cuando a los cuarenta años se instaló en la caja de ese camión, la poca autoestima que le quedaba se esfumó. Temía haber tocado fondo. Se veía con ojos críticos como un padre de dos criaturas incapaz de mantener a flote su matrimonio, reducido a tener que vivir en un vehículo. Se dijo que era un sintecho, una persona sin hogar, un perdedor.

—Por las noches solía llorar hasta caer dormido—me confesó.

Ese camión, al que se refería a menudo como su *furgo*, sería su hogar durante los seis años siguientes. Sin embargo, vivir allí no supuso la caída en el abismo que temía. La situación comenzó a cambiar a medida que fue reformando el espacio para volverlo más habitable. Construyó unas literas con tableros de madera contrachapada y pilares de 2 por 6 pulgadas. Dormía en la litera de abajo y usaba la de arriba para guardar sus cosas. Consiguió un cómodo sillón reclinable. Acopló baldas de plástico a las paredes. Montó una cocina improvisada con una heladera y un hornillo Coleman de dos fogones. Se abastecía de agua con una garrafa de cinco litros que llenaba en los lavabos de las tiendas. Sus hijos le visitaban cuando tenía un día libre y, entonces, uno dormía en la litera y el otro en el sillón.

Al cabo de poco, empezó a constatar que, cuando rememoraba su vida pasada, no echaba de menos gran cosa. Al contrario, le daba vértigo pensar en algunas de las cosas que ya no tenía, sobre todo los recibos del alquiler y las facturas de electricidad y de agua. Con el dinero que ahorraba, seguía reformando su camión. Recubrió con material aislante las paredes y el techo. Cuando llegó el invierno y la temperatura descendió bajo cero, compró una estufa catalítica con un depósito de propano de 150 litros; también instaló un ventilador en el techo con una abertura para mantener el ambiente fresco en verano. Cuando lo hubo completado todo con un generador, una batería y un inversor de corriente, pudo disponer de luz por las noches sin problemas. No tardaría en tener incluso un microondas y un televisor de 27 pulgadas.

Se encariñó tanto con ese nuevo estilo de vida que, cuando empezó a fallar el motor del camión, no se amilanó. Vendió el terreno de Wasilla, junto con el esqueleto de la casa que había seguido construyendo con cargo a sus tarjetas de crédito, y dedicó una parte del producto de la venta a reparar el motor. «Sinceramente, no sé si hubiera tenido valor para venderlo todo si no me hubiera visto obligado a ello», reconoce Bob en su sitio de Internet, pero retrospectivamente está satisfecho con el cambio. [83]

—Cuando me instalé en el camión, comprendí que todo lo que la sociedad me había dicho era mentira —me contó en una entrevista—, que tenía que casarme y vivir en una casa con una valla pintada de blanco y trabajar para luego vivir felizmente mis últimos años, pero ser un desgraciado hasta entonces. En mi camión fui feliz por primera vez en la vida.

Bob inauguró su sitio web, *CheapRVLiving.com*, en 2005. Empezó publicando una modesta recopilación de artículos con recomendaciones prácticas para los lectores que desearan vivir en un vehículo con un presupuesto reducido. La clave era el *boondocking*: acampar por libre sin depender de las conexiones a la red de suministro de electricidad y agua y para el vaciado de aguas sucias, que van incluidas en la contratación de una plaza en un parque de caravanas.

(Aunque ahora se usa informalmente en un sentido más amplio, el *boondocking* o acampada salvaje también significa —como se apresuran a señalar los puristas— acampar en medio de la naturaleza en lugares despoblados. Quienes residen en vehículos aparcados en la ciudad son técnicamente «campistas furtivos». Comoquiera que sea, Bob compartía en su sitio web estrategias para ambas formas de vida).

Las visitas a *CheapRVLiving.com* aumentaron exponencialmente tras la crisis financiera de 2008. «Empecé a recibir casi a diario mensajes electrónicos de gente que había perdido el empleo, se estaba quedando sin ahorros y corría el riesgo de un desahucio», escribiría luego Bob. Expulsadas de la clase media, esas personas intentaban encontrar la manera de sobrevivir. Una búsqueda a partir de expresiones como «vivir con un presupuesto limitado» o «vivir en un vehículo o en una furgoneta» les conducía hasta el sitio de Bob. Y en una cultura que culpa en gran parte a las víctimas de sus desventuras, él les ofrecía palabras de aliento en vez de oprobio. «Hubo un tiempo —decía a sus lectores— en que teníamos un contrato social que establecía que, si una persona cumplía las normas (estudiaba, conseguía un empleo y trabajaba duro), todo iría bien. Ya no es así. Uno puede hacerlo todo bien, cumplir exactamente con lo que espera la sociedad y, aun así, acabar arruinado, solo y sin casa». Y sugería que instalarse en una caravana u otro tipo de vehículo era una forma de objeción de conciencia contra el sistema que les había fallado. Podían renacer para llevar una nueva vida libre y aventurera. [84]

La propuesta tenía un precedente. La producción en serie de casas rodantes se inició a mediados de los años treinta del siglo pasado, cuando la Gran Depresión asolaba Estados Unidos. Esos curiosos artilugios, que pequeños fabricantes y constructores aficionados venían construyendo desde años antes, se hicieron de repente increíblemente populares [85]. «Al principio [...] una caravana era simplemente una forma distinta de hacer camping [...] Luego la gente descubrió que también podía vivir allí», relataba la revista *Fortune* dos años después. [86]

Millones de estadounidenses que lo habían perdido todo compartían en aquel momento la percepción que Bob evocaría años más tarde. A pesar de haber cumplido con su parte del contrato social, el sistema les había dejado abandonados. Algunas de esas personas tuvieron una revelación: comprendieron que instalarse en una casa rodante les permitiría escapar a la condena del pago de un alquiler. Llevarían una vida nómada y serían libres. ¡Mucho mejor que acabar en una barraca! «Poder ir adonde quieras y detenerte donde quieras, sin pagar impuestos ni alquiler... es una perspectiva irresistible. Nada excepto la muerte había ofrecido hasta ahora un cambio tan grande de un solo golpe», decía un artículo publicado en *Automotive Industries* en 1936. [87]

«Nos estamos convirtiendo rápidamente en un país sobre ruedas —escribió un destacado sociólogo en *The New York Times* ese mismo año—. Centenares de familias han cargado sus posesiones en una casa rodante, se han despedido de sus amistades y se han lanzado a la carretera... [Pronto] muchas más familias se pondrán en camino y una proporción importante de nuestra población pasará a ser nómada». [88] Roger Ward Babson, un oráculo financiero que había vaticinado el crac bursátil de 1929, causó furor cuando anunció que para 1950 la mitad de la población estadounidense viviría en casas rodantes. *Harper's Magazine* proclamó que las «casas sobre ruedas» representaban «un nuevo modo de vida que con el tiempo acabará modificando nuestra arquitectura y transformando nuestros valores morales, nuestras leyes, nuestro sistema industrial y nuestras normas tributarias». [89]

En el curso del siguiente cuarto de siglo, en Estados Unidos se compraron —o se construyeron en garajes y patios particulares— entre un millón y medio y dos millones de caravanas, según

algunas estimaciones. [90] Luego, a partir de los años sesenta, quedaron desplazadas por las llamadas «casas prefabricadas»: casas modulares baratas, más espaciosas que sus parientes sobre ruedas pero que ofrecían menos movilidad, ya que, una vez trasladadas a un campamento, solían permanecer allí.

Las opiniones de la crítica social sobre los caravanistas se mostraban divididas entre quienes los presentaban como pioneros amantes de la libertad y quienes los veían como heraldos de una desintegración social. David A. Thornburg, cuyos padres vivieron durante quince años en una caravana, describió su afán de autonomía como una revolución silenciosa. En un relato poético titulado *Galloping Bungalows* («Bungalós en estampida»), [91] escribió:

Y así, en el corazón de la Gran Depresión, nació un nuevo anhelo: el sueño de escapar. Huir de la escarcha y la nieve, de los impuestos y los alquileres excesivos, de un sistema económico en el que nadie confiaba ya. ¡Escapar de todo ello! Durante el invierno, durante el fin de semana, hasta el fin de sus días. Solo se requería un poco de valor y una caravana que costaba 600 dólares.

A continuación explicaba con mayor detalle:

La Gran Depresión dejó a millones de estadounidenses de todas las edades y categorías sociales reducidos a la impotencia propia de la adolescencia [...] Pero, en medio de ese caos, algunas personas vislumbraron una oportunidad. La oportunidad de reconstruir su mundo y sus valores según criterios más personales y quizás también menos vulnerables. Entre esos reconstructores se contaban los caravanistas pioneros de los años treinta, más de un millón de desertores idealistas e iconoclastas, con firme y meditada determinación. Personas que decidieron no esperar a que el gobierno o las grandes empresas los rescataran, sino que optaron por coger en sus propias manos las riendas de su destino. Personas que eligieron zafarse del nudo corredizo de la clase media y forjarse una subcultura completamente nueva: una vida un poco más libre, más autónoma y menos angustiada que se aproximara un poco más a sus anhelos.

Incluso después de que el mercado bursátil empezara a recuperarse, Bob siguió teniendo noticia de nuevos refugiados económicos a quienes no había ayudado gran cosa la «recuperación sin empleo». Y a diferencia de los caravanistas de los años treinta —la mayoría de los cuales acabaron volviendo a residir en casas de cemento y ladrillo—, los nómadas de la nueva ola se estaban preparando para efectuar una transición más permanente.

«El dinero es un problema importante para nosotros, sobre todo en la pésima situación económica actual —escribió Bob en 2012 en un post sobre gestión de gastos—. Casi cada semana recibo un mensaje electrónico de alguna persona que me dice que se ha quedado sin empleo hace un tiempo y ahora la van a desahuciar. Entre otras cosas, esas personas me preguntan si podrían permitirse residir en una caravana. Después de responder a sus demás preguntas, yo les pregunto a mi vez: “¿Podría permitirse residir en otro sitio que no sea una caravana?”. Estoy convencido de que vivir en un coche, una furgoneta o una caravana es, con mucha diferencia, el modo de vida más barato posible a largo plazo». [92]

En aquel momento, el sitio web de Bob ya incluía información sobre la experiencia de residentes en vehículos de todas dimensiones, desde un Ford Festiva de dos puertas y un Honda Prius hasta furgonetas de la más diversa antigüedad e incluso un autobús de la Fuerza Aérea fuera de servicio. También presentaba a algunos de sus habitantes, como, entre otros, Charlene Swankie (*Swankie Wheels*), que se instaló en una furgoneta a los sesenta y cuatro años cuando, aquejada de asma y dolores en las rodillas, no pudo seguir alquilando un apartamento decente. El nuevo estilo de vida le sentó bien; adelgazó más de 30 kilos e inició un periplo para explorar a remo los 50 estados de la Unión en un kayak amarillo que transportaba en la bodega de su furgoneta. (A los setenta años, completó su propósito y se propuso un nuevo reto: recorrer a pie

los más de 1.000 kilómetros del Gran Sendero de Arizona). [93] En otro artículo, un nómada llamado Trooper Dan contaba que, después de perder su empleo en Ohio, se había instalado en una camioneta Toyota blanca equipada con un habitáculo rojo, que había conducido hasta Florida y había bautizado como su «vehículo de escapada». Ferviente entusiasta de las técnicas de supervivencia, se venía preparando desde hacía tiempo para cuando las cosas se pusieran feas. «Soy solo un tipo corriente que ha sido víctima de la actual crisis económica. Básicamente, me siento como si estuviera de excursión y no me considero una persona sin hogar —escribía en Internet—. Creo que este es el futuro que nos espera y pronto veremos en todas partes gente que vivirá en tiendas de campaña y vehículos (¿recuerdan los barrios de barracas de los años treinta?). Los “sintechos motorizados” ya somos tantos que la policía ha dejado de intentar impedir esta práctica». [94]



Swankie Wheels guarda un mapa en su furgoneta que recuerda su exploración en kayak por los cincuenta estados de la Unión.

CheapRVLiving.com trataba una gran diversidad de temas, desde la elección y equipamiento de un vehículo hasta consejos para encontrar un trabajo de temporada o comer de manera saludable en la carretera. Incluía tutoriales que explicaban cómo instalar placas solares en el techo del vehículo, que con la fuerte reducción de precio registrada en los últimos diez años ponían al alcance de los nómadas con un presupuesto ajustado una tecnología que en otro tiempo solo se podían permitir las personas relativamente ricas.

Para no llamar la atención —y evitar el posible acoso de algún viandante o, peor aún, ser expulsados y tal vez multados por la policía—, se recomendaba ocultar las placas solares bajo las barras del portaequipajes o de la escalera de mano.

Si bien muchos de los artículos que publicaba eran exclusivamente pragmáticos, Bob también

hacía alguna incursión en la filosofía y reproducía citas inspiradoras de una selección variopinta de pensadores, desde Braveheart y Dale Carnegie hasta Jalil Gibran, Hellen Keller, Henry David Thoreau y J. R. R. Tolkien. Acompañaba estos préstamos retóricos con sus propias reflexiones existenciales, en las que sugería que un estilo de vida austero e itinerante podía ampliarse más allá de la satisfacción de las necesidades básicas y convertirse en una vía para alcanzar aspiraciones más elevadas, como la libertad, la autorrealización y la aventura.

Es posible que este tipo de trascendencia le suene a una o un estadounidense convencional como una versión actualizada de *Las uvas de la ira*. Pero merece la pena señalar una distinción fundamental. Los refugiados nómadas de la gran sequía de los años treinta, designados despectivamente como *okies*, preservaban su autoestima manteniendo encendidos los rescoldos de una preciada esperanza en que algún día las cosas volverían a ser como antes y podrían residir de nuevo en viviendas tradicionales y recuperar una mínima estabilidad.

Bob, al igual que muchos compañeros de viaje a quienes inspiró, veía las cosas de otro modo. Esperaba un futuro en el que las crisis económicas y medioambientales se habrían normalizado en Estados Unidos. Por eso no presentaba la vida nómada como un recurso fácil, una solución para salir del paso hasta que la sociedad volviera a estabilizarse y poder reincorporarse a la vida convencional, sino que más bien aspiraba a crear una tribu nómada cuyos miembros pudieran actuar al margen del orden social en descomposición o incluso trascenderlo: un mundo paralelo sobre ruedas.

A finales de 2013, un foro de debate del sitio web de Bob contaba ya con más de 4.500 suscriptores y al cabo de menos de tres años la cifra había superado los 6.500. Gente de vida nómada intercambiaba allí consejos sobre cualquier cosa, desde cómo seguir recibiendo correspondencia por correo ordinario hasta cómo hacer frente a la soledad y al hostigamiento policial. En ese entorno de apoyo, hasta una pregunta tan básica como «¿Cómo podré ducharme?» generaba un torrente de soluciones ingeniosas. Por ejemplo, había quien recomendaba inscribirse en una cadena de gimnasios sin florituras —Planet Fitness era una propuesta popular— y considerar el carnet de socio o de socia como un pase de acceso a instalaciones higiénicas en todo el país. Otros propugnaban con entusiasmo lavarse con una esponja y un uso generoso de toallitas higiénicas para bebés. Algunas preferían las duchas solares —que tienen el aspecto de gigantescas bolsas para transfusiones—, con una cara pintada de negro para retener el calor. Otros se lavaban con mangueras de jardín con aspersion. Había quien se sabía los horarios de lavanderías de autoservicio que tenían instaladas duchas de pago en la trastienda. Otros acudían a las áreas de descanso para camiones, como Flying J, Love's o Pilot, que ofrecen a los conductores bonos para las duchas cuando repostan. Los transportistas de largo recorrido a menudo acumulan más de los que necesitan y se los regalan a otros viajeros con quienes coinciden en la cola de la caja. [95]

Las conversaciones adquirían un tono apasionado y no se limitaban solo al foro de *CheapRVLiving.com*. El sitio de Bob era solo un nudo de una red en rápida expansión de lugares de encuentro en Internet donde nómadas con un presupuesto bajo podían recibir consejo y apoyo mutuos desde lugares distantes. Los orígenes de esta comunidad *online* se remontan, como mínimo, al mes de noviembre de 2000, cuando un personaje misterioso que se presentaba bajo el apodo *lance5g* inició *Live in Your Van* («Vive en tu furgoneta»), un foro de discusión de Yahoo, con esta sencilla presentación:

Bienvenidos. Me ofrezco para enseñar a quien lo desee la técnica de vivir en una furgoneta y ahorrar dólares (¿qué otra cosa podía ser?).

Ciertamente, es una materia más adecuada para hombres solos, pero las mujeres también pueden

aprenderla...

Campos temáticos: bañarse, dormir, aparcar, ir al váter, seguridad, evitar ser visto, organización del interior, noches de invierno. [96]

Luego no volvió a escribir nunca más. Como en una versión de bajo coste de la «analogía del relojero» utilizada por los teólogos de los tiempos de la Ilustración, lance5g construyó un mundo, lo puso en movimiento y se desentendió de él. Su creación se expandió, sin embargo, sin su ayuda, poblada por lo que acabaría siendo un grupo de estrechas amistades que publicaba mensajes bajo apodos como vangypsy («furgogitano») o vwtankgirl. Entonces de pronto se les planteó un problema: Yahoo decidió trasladar todos sus foros a una nueva plataforma. Parecía difícil que los grupos con titulares ausentes pudieran sobrevivir a esa transición.

Uno de los miembros más activos del foro era un trotamundos gregario llamado Ghost Dancer («bailarán fantasma»). El 1 de enero de 2002, Ghost Dancer estaba aparcado frente a un McDonald's en la carretera 41, en Vincennes (Indiana), en la furgoneta Ford F150 de 1989 de color marrón donde residía. Había tenido noticia de que el plazo para realizar el traslado de los foros de discusión finalizaba ese día a medianoche. Le preocupaba la posibilidad de que sus nuevas amistades, ya dispersas por todo el país, perdieran su lugar de encuentro en Internet. Le carcomía la duda sobre cómo se las compondrían en adelante, como una versión en pequeña escala del problema del cambio de milenio. Sin embargo, no había hecho nada para estar preparado.

La solución que por fin se le ocurrió parecía obvia: ¿por qué no crear un nuevo lugar de encuentro antes de que desapareciera el antiguo? Pero no podía entrar simplemente en el McDonald's con un ordenador portátil y ponerse manos a la obra. Para empezar, no tenía un portátil y los locales con conexión wifi aún tardarían unos años en generalizarse. Por lo tanto, se las ingenió para establecer una conexión improvisada a Internet desde la cabina telefónica hasta el limitado equipo informático que llevaba en su camioneta. «Al estilo *Freejack* », [97] según su propia descripción. La instalación utilizaba un acoplador acústico Konexx, un artilugio que se puede acoplar al teléfono de pago de una cabina para recibir y transmitir datos analógicos acercando un micrófono al auricular y un altavoz al micrófono del teléfono. El otro extremo del acoplador estaba conectado a una TV Box con un módem incorporado que permitía navegar por Internet; estos aparatos se empezaron a comercializar a mediados de los años noventa, cuando los ordenadores eran más caros y de más difícil manejo. Para ahorrar espacio, Ghost Dancer había conectado la TV Box a su radio de banda ciudadana, que a su vez estaba acoplada a un televisor Philips de 13 pulgadas instalado en el suelo frente al asiento del copiloto. [98] Después de dedicar varias horas a ajustar la instalación, Ghost Dancer introdujo 35 centavos en el teléfono de pago para acceder a Internet, luego conectó con Yahoo e inició un foro de discusión con el nombre *Vandwellers: Live in Your Van 2* («Furgorresidentes: Vive en tu furgoneta 2»). [99] Se sentía muy orgulloso del resultado logrado, una pequeña gesta cibernética a lo McGyver que acabó siendo legendaria y dio pie a que un bloguero muy popular le apodara el «padre fundador de la furgorresidencia». [100]



Ghost Dancer sentado en la furgoneta que ahora es su hogar.

Solo más adelante descubriría que todo había sido un fiasco y había sobrepasado en un par de horas el límite establecido, al operar desde un huso horario distinto. Esto no tuvo, sin embargo, mayores consecuencias y los miembros del antiguo foro le siguieron al nuevo. Y aunque Yahoo no llegó a clausurar nunca el foro originario, este se convirtió en una ciudad fantasma virtual, ocupada por *spambots* dedicados a promocionar ofertas para adultos de «citas sin compromiso» y «cibersolteras depravadas» dirigidas a un público inexistente. Mientras tanto *Live in Your Van 2* atrajo a millares de nuevos participantes, entre ellos Bob Wells, y siguió creciendo a buen ritmo. Durante los cuatro años posteriores al crac de 2008, duplicó con creces el número de seguidores hasta un total de 8.560. Una descripción del grupo rezaba así:

VanDwellers es el lugar de encuentro de una extensa tribu. Es el Círculo de Ancianos, el Espacio de Acogida para las y los recién llegados a este mundo cultural, por libre decisión o empujados por las circunstancias, el lugar donde celebramos los Ritos de Iniciación de los neófitos y neófitas y donde los cazadores y recolectores de información comparten su botín con la tribu.

Su conversación se ha extendido a otras plataformas. En 2010, un miembro de la tribu de Yahoo inauguró un grupo de Facebook llamado *VanDwellers: Live in Your Van* («Furgorresidentes: Vive en tu furgoneta») [101] con una finalidad parecida, tal como se expresa en un dossier de respuestas a preguntas frecuentes:

El objetivo es siempre acoger, compartir, ofrecer conocimientos, forjar amistades y cuidarnos mutuamente.

El mismo documento también planteaba el problema más peliagudo derivado de la participación

en una red de apoyo mutuo cuyos integrantes a menudo andan escasos de dinero:

La mayoría de integrantes del grupo somos pobres. Cuando sufrimos un percance, no es raro que nos quedemos sin nada o sin dinero y tengamos que depender de la generosidad de nuestros familiares o nuestras amistades y a veces de personas desconocidas. No queremos que el grupo se convierta en un antro de cibermendicidad, pero de vez en cuando puede ocurrir que alguien en un momento de apuro pida ayuda. Esperamos que cada cual juzgue por sí mismo o por sí misma qué puede y qué desea hacer en esos casos.

En Reddit, se inició en 2010 una conversación titulada «furgorresidentes» que llegó a tener más de 26.000 lectores y lectoras. [102] En YouTube, docenas de entusiastas del bricolaje competían para llegar a ser el Bob Vila de la «furgorresidencia», con la demostración práctica de posibles trucos para transformar vehículos de pasajeros comunes y corrientes en casitas sobre ruedas bien acondicionadas. Algunos sitios de Internet comenzaron a reunir consejos y noticias actualizadas remitidas desde todas partes del país, que presentan vinculadas a mapas de lugares acogedores para gente nómada como un apoyo para facilitar su búsqueda. Uno de estos sitios, *FreeCampsites.net*, presenta espacios naturales idílicos donde los visitantes pueden acampar gratis, desde pequeños parques urbanos hasta vastos bosques nacionales. Otro de ellos, *AllStays.com*, está dedicado a la localización de negocios —desde áreas de descanso para camiones hasta casinos, tiendas de artículos deportivos y restaurantes de la cadena Cracker Barrel— que permiten pasar la noche en sus aparcamientos. También vende una aplicación para móviles dedicada al *wallydocking* o acampada libre en los aparcamientos de Walmart.

Esta cadena de hipermercados se ha granjeado desde hace tiempo las simpatías de los caravanistas, a quienes permite pasar la noche en sus zonas de aparcamiento. Hay quien piensa que el fundador de la empresa, Sam Walton, ávido cazador, inició esta tradición como un gesto de solidaridad con los amantes de la vida al aire libre. Otros creen que es una astuta estrategia para captar más clientela. Comoquiera que sea, los nómadas agradecen la invitación, que en cambio desagrada a los campings y parques de caravanas, molestos por la merma que supone para sus negocios. No se trata, sin embargo, de una norma universal. Algunos hipermercados Walmart están situados en ciudades que prohíben esta práctica. Otros han empezado a suprimir este privilegio, porque los visitantes comenzaron a tomarse demasiadas libertades instalando barbacoas y muebles de jardín para ocupar el espacio de manera semipermanente. En marzo de 2015, un enfrentamiento entre la policía y las ocho personas de una familia de músicos cristianos de Idaho, que habían estado viviendo en su Chevrolet Suburban en el aparcamiento del Supercentro Walmart de Cottonwood (Arizona), acabó con un forcejeo para apropiarse de la pistola de un agente que se saldó con la muerte de uno de los viajeros. Después de ese incidente, el centro comercial empezó a desalojar a quienes pretendían pasar allí la noche. [103] («Es una lástima que por culpa de un puñado de imbéciles se haya ido al garete una ganga beneficiosa para todos», escribió el redactor jefe del sitio web *RV Daily Report*). [104] Algunos Walmart mantienen una posición ambigua a la vez que intentan frenar la avalancha de visitantes nocturnos —muchos instalados en automóviles— que está generando la precariedad económica. Camiones de reparto de alimentos de un grupo comunitario de apoyo llamado Mobile Loaves and Fishes («Panes y peces en movimiento») visitan periódicamente los aparcamientos de los grandes almacenes de esta cadena situados en los alrededores de Austin, en el estado de Texas.

—A los clientes de Walmart probablemente les irrita un poco que haya gente durmiendo en sus coches en el aparcamiento del hipermercado —declaró a una radio local Alan Graham, fundador de dicha asociación—, pero bendita sea [la dirección de la empresa] por permitir que se mantenga esta práctica. [105]

Con miles de hipermercados Walmart repartidos por todo el país, ¿cómo puede estar al

corriente de cuáles son hospitalarios un viajero que se cae de sueño? Una aplicación de AllStays ofrece un localizador de aparcamientos Walmart que autorizan la pernocta [106] . Todos los hipermercados Walmart de Estados Unidos y Canadá aparecen identificados con un pequeño icono con una «W». Si el icono es rojo, indica que quien aparque allí corre el riesgo de ser expulsado o, peor aún, que una grúa se lleve su vehículo. La mayoría son amarillos y clicando sobre ellos se puede acceder a opiniones de usuarios que describen su experiencia allí, como esta página dedicada a un Walmart de Pahrump (Nevada):

Supercentro #5101

Julio de 2015: Aparqué sin problemas con mi furgoneta. Había otras dos furgonetas adaptadas.

Mayo de 2015: Había otra caravana. El jefe del servicio nocturno de atención al cliente nos dio permiso. Aparcamos cerca de una zona de descarga de camiones, junto a la primera isleta asfaltada con árboles. Muchos camiones entregan mercancías a primera hora; por lo tanto, conviene dejar espacio suficiente para que puedan maniobrar.

Septiembre de 2010: El gerente acepta caravanistas. Aparca en el extremo sur del parking y procura no obstaculizar el paso a los camiones de reparto.

Los pequeños iconos con la «W» y los comentarios parecen una versión actualizada de las señales que solían dejar los vagabundos, inscripciones con las que compartían información sobre el lugar en lo que venía a ser un sistema abierto de colaboración a finales del siglo XIX y principios del XX . Esos signos trazados con tiza o carbón sobre las paredes o las puertas, a veces grabados en los árboles, advertían de posibles riesgos —policía estricta, perros peligrosos, agua en mal estado— o indicaban recursos útiles: un lugar seguro donde acampar, un ama de casa amable, oportunidades para realizar algún trabajo.

La proliferación de blogs a partir de mediados de la década del 2000 animó a viajeros habitualmente solitarios a relatar sus aventuras para un público amplio y convirtió a algunos en microcelebridades. Entre los primeros y más prolíficos estaba George Lehrer, alias *Tioga George* , superviviente de un cáncer que empezó a publicar mensajes en 2003, cuando, mediada ya la sesentena y sin ingresos suficientes para mantener su apartamento y alimentarse a la vez, se instaló en una autocaravana Fleetwood Tioga Arrow de 8 metros equipada con placas solares e Internet por satélite. En su blog, *The Adventures of Tioga and George* («Las aventuras de Tioga y George», [107] se presentaba, en compañía de su fiel vehículo, como «los vagabundos más extraordinarios de la historia mundial» y se lanzaba a la aventura con un lema estimulante: «¡No pagar alquiler jamás!». George publicaba noticias jocosas sobre sus viajes con *Ms. Tioga* (su autocaravana) y su equipo de compañeros de viaje igualmente antropomorfizados: *Mr. Sony Mavica* (una cámara fotográfica), *Mr. Chips* (un ordenador), *Mr. Sunny* (un sistema generador de energía solar), *Mr. DataStorm* (una antena de comunicaciones por satélite), *Mr. Dometic* (un refrigerador), *Mr. DeLorme* (un sistema de GPS), etcétera. A menudo actualizaba sus escritos varias veces a lo largo del día para incluir desde relatos sobre otros viajeros que acababa de conocer hasta el combate contra una invasión de minúsculas hormigas o el sablazo de unos policías corruptos en México, un lugar que le gustaba especialmente visitar. Publicaba informes detallados sobre sus gastos e ingresos, incluidos los de los anuncios de Google. (En agosto de 2010, alcanzó su cifra récord de 1.300 dólares). Escribió una nota conmovedora sobre el suicidio de su hijo David y recordó la temporada que había estado durmiendo en el suelo en el comedor de la pequeña vivienda de David, cuando la empresa donde George estaba empleado como vendedor de programas de AutoCAD quebró con la recesión de los años noventa. En menos de diez años, desde que empezó a escribir su blog, George consiguió atraer unos 7 millones de

visitantes.

Tioga George influyó a toda una generación de autores de blogs practicantes de la acampada libre. Entre ellos Tara Burns, una trabajadora sexual de veintipocos años que viajaba en un Chevrolet Astro de 1998. Su blog, *Hobo Stripper* («Stripper vagabunda»), [108] relataba la experiencia de «vivir en una caravana y viajar por todo el país desnudándome para ganar algún dinero». Entre sus desplazamientos de un club de *striptease* a otro en compañía de *Bro*, su perro border collie, se sentaba frente al teclado del ordenador para ofrecer instrucciones a sus lectoras y lectores sobre cómo vender baile erótico personalizado o cómo cambiar la bomba del sistema de refrigeración de un motor. Otro favorito con multitud de seguidores era *RV Sue & Her Canine Crew* («La caravanista Sue y su tripulación canina»), [109] el blog de Susan Rogers, una profesora de matemáticas jubilada sesentona de Georgia que reconocía haber recibido de Tioga George la inspiración que la indujo a lanzarse a la carretera. Con sus mensajes diarios desde una camioneta Chevrolet Express de 2005 con un remolque Casita de 5 metros, consiguió un animado grupo de seguidores y en 2012 fue noticia a escala nacional cuando su blog consiguió reunir en Arizona a Rusty Reed, un veterano del ejército residente en una furgoneta camper pintada con colores de camuflaje, con su perro pastor de raza cruzada, *Timber*, que se había extraviado. Su empeño por llevar lo que ella describía como «una vida rica en experiencias con un presupuesto reducido» y «vivir con menos, pero disfrutar más de la vida» la convirtió en un modelo para muchas lectoras y lectores. «RV Sue es para mí como mi hada madrina sobre ruedas —escribió un bloguero que vive en un camión camper y firma como ZenOnWheels, y añadía—: Gracias al humor y humildad con que escribe, fui leyendo sus relatos sobre la vida cotidiana en la carretera y poco a poco, al cabo de muchos meses, comprendí que sí, que sin duda yo también podría vivir de ese modo». Acababa agradeciéndole «su sinceridad, su bondad y sus endiabladas dotes narrativas».

Al igual que Tioga George, Sue también compartía información sobre sus finanzas, que, a partir de 2013, incluían los ingresos procedentes de los anuncios publicados en su sitio web. Hacia finales de ese primer año, no eran raros los meses en que ganaba más de 1.000 dólares. A veces esto provocaba críticas de otros blogueros menos populares que intentaban monetizar sus propios textos con escaso éxito. (Aunque a la mayor parte de quienes les siguen no parece incomodarles que los blogueros viajeros obtengan una compensación por su trabajo, resulta fácil comprender que algunos anuncios publicados en sitios minimalistas y anticonsumistas a veces chirrien. Por ejemplo, desconcierta un poco ver un mensaje publicado en *On Cheap RV Living* con el título «Desprenderse de cosas inútiles» y una cita de Bertrand Russell —«La preocupación por las posesiones es el mayor impedimento para vivir libre y noblemente»— junto a una columna de enlaces de Amazon que publicita productos como un fogón portátil de doce voltios o un asiento para inodoros portátiles).

Las conversaciones *online* entre trotamundos con ideas afines inevitablemente continuaron en sus encuentros en el mundo real. Los nómadas reunidos en torno a una hoguera en los bosques y desiertos de todo el país empezaron a constituir clanes improvisados, que el novelista Armistead Maupin designó como familias «lógicas», por contraposición a las «biológicas». Algunos incluso las llamaron *vanilies*, «familias sobre ruedas». [110] Para algunos de ellos, pasar las fiestas juntos llegó a ser un plan más atractivo que reunirse con su verdadera familia. Una escena típica podría ser la siguiente: una cena navideña en una zona desértica que recuerda un paisaje lunar junto a la carretera interestatal 10 en California donde se concentran más de una docena de vehículos, la edad de cuyos moradores oscila desde los veintipocos años hasta los setenta y pico. Entre todos comparten un pavo de casi siete kilos, deshuesado y partido en dos mitades para asarlo sobre un

par de parrillas portátiles, acompañado de puré de patatas, salsa y confitura de arándanos y dos clases de pasteles, que dejarán saciados hasta a los perros cuando lamen los restos de los platos.



Bob Wells muestra un mapa de los parques nacionales en una conferencia sobre la acampada libre en el Rubber Tramp Rendezvous.

La mayor parte de esta actividad se desarrollaba en el oeste del país, pero también se celebraban reuniones en el este, desde Ohio hasta Alabama, Georgia y Tennessee. Cuando los vehículos se desplazaban en grupo de un lugar a otro, como las caravanas de carretas de antaño, con paradas para acampar a lo largo del camino, se hablaba de un «encuentro itinerante». En 2011, Bob organizó por primera vez el encuentro que llegaría a ser la reunión más esperada del año. El Rubber Tramp Rendezvous («encuentro de vagabundos sobre ruedas») o RTR ^[111] estaba inspirado en parte en los encuentros anuales que celebraban los montañeros del siglo XIX, que durante la mayor parte del año llevaban una vida solitaria en duras condiciones, dedicados a la captura de animales en lugares remotos, pero una vez al año se reunían para vender las pieles obtenidas. Celebrado en un espacio desértico de propiedad pública cerca de la población de Quartzsite (Arizona), durante dos semanas de enero, el Rubber Tramp Rendezvous ofrecía a la población nómada una oportunidad para compartir habilidades y anécdotas, hacer amistades e introducir a las y los neófitos en su estilo de vida. A veces acudían aspirantes a residir en una caravana con tiendas de campaña o furgonetas prestadas con objeto de obtener toda la información posible antes de lanzarse también a la carretera. El encuentro era gratuito y los conocimientos se difundían la mayoría de las veces de boca en boca.

Hacer un esfuerzo para reunirse de manera presencial no era una minucia para esa colectividad, cuyos miembros están dispersos por todo el país durante la mayor parte del año. A menudo no disponen de dinero suficiente para pagar la gasolina necesaria para recorrer grandes distancias de

una tirada. Y muchos se consideran personas solitarias. Entre estos ermitaños y ermitañas, RV Sue ha cultivado la fama de ser alguien que valora especialmente la soledad y ha rogado a quienes leen su blog que no se presenten en su lugar de acampada sin avisar, con la aclaración de que «me gusta el blog porque puedo relacionarme con toda clase de personas interesantes sin tener que verme personalmente con ellas». Algunos de sus fans han contado que en sus viajes se han cruzado alguna vez con una caravana Casita de 5 metros cuyo aspecto les resultaba familiar y, al caer en la cuenta de quién era su propietaria, habían dado media vuelta para seguirla.

Algunas de las personas que acuden al Rubber Tramp Rendezvous aparcan deliberadamente en la zona más apartada y hay otras que solo toleran la compañía humana en pequeñas dosis y se quedan poco tiempo en vez de las dos semanas seguidas. Cuando Swankie llegó a una edición del encuentro luciendo una camiseta con el lema «Introvertidos uníos: estamos aquí, estamos incómodos y queremos volver a casa», fue acogida con sonrisas y gestos de asentimiento durante todo el día.

Bob Wells se acabó convirtiendo progresivamente en el coordinador social *de facto* de esa tribu creciente de tipos solitarios. Y cuando la gente se dispersaba tras el encuentro anual, algunos empezaron a acompañarle hasta su siguiente lugar de acampada. (Muchas zonas públicas de acampada gratuitas, incluido el lugar donde se celebra el Rubber Tramp Rendezvous, limitan las estancias a un máximo de catorce días, transcurridos los cuales es preciso desplazarse hasta un nuevo emplazamiento situado a 40 kilómetros de distancia como mínimo). Bob acogía con agrado su compañía y ellos aparcaban a una distancia prudencial para que no se sintiera agobiado. Cuando un lector del blog observó que alguna gente había empezado a seguir a Bob en sus desplazamientos y se refirió irónicamente a ellos como sus «discípulos», él replicó con sorna: «A pesar de mis esfuerzos por dominar las técnicas de control del pensamiento, lavado de cerebro y manipulación, ¡todavía no he conseguido tener ningún discípulo!».

No obstante, su tono no era siempre tan optimista. En un intercambio más serio con un lector, escribió: «Creo que tienes razón, muchas, muchísimas más personas se van a ver obligadas a simplificar mucho su vida. Mi objetivo es ayudarlas a efectuar la transición de la manera más llevadera posible y a que, con suerte, acaben disfrutando de su nueva vida, como nos ha ocurrido a muchas y muchos de nosotros».

Navegando por *CheapRVLiving.com* y viendo cómo se había transformado la vida de otra gente, Linda tuvo una revelación. «¡Qué diantres! —pensó—. Si ellos han podido, seguro que yo también podré». Bob presentaba la frugalidad extrema como un camino hacia la libertad: una liberación en vez de un sacrificio. En palabras de Linda: «Vivir una vida plena con lo que se tiene». Además, saltaba a la vista que, aunque viajara sin compañía, nunca estaría realmente sola: en la carretera había toda una colectividad de trotamundos por conocer, incluidas muchas mujeres aproximadamente de su misma edad que también viajaban solas. En conjunto constituían una subcultura, estaban desarrollando sus propios usos, experimentando estrategias de supervivencia y compartiendo las mejores, elaborando un manual para la vida en el lado oscuro de la economía. Ese tipo de compañerismo era importante para Linda.

—Soy una persona verdaderamente sociable —me explicó—. Y tuve la impresión de que ahí fuera no me sentiría sola y deprimida ni me limitaría a sobrevivir, sino que podría tener una vida interesante, satisfactoria y creativa.

Linda empezó a pensar cuál sería el vehículo que mejor le vendría y para ello consultaba el portal de anuncios por palabras Craigslist. Leyó docenas de anuncios y encontró una oferta muy interesante, pero todavía no disponía de dinero suficiente para comprar nada. De modo que su nieto mayor, que es autista, acabó adquiriendo el vehículo, atraído por la promesa de un alquiler

barato: 500 dólares mensuales más la electricidad por una plaza en un parque de caravanas no muy distante del lugar donde vivían sus padres y sus tres hermanos. Linda se alegró con la compra, ya que el chico no tenía muchas más opciones para independizarse.

—Un empleo a tiempo parcial en un Burger King no permite ganar lo suficiente para vivir —comentó secamente.

Luego la familia tuvo un golpe de suerte. Collin, el yerno de Linda, trabajaba en la sección de ventas de una empresa que instalaba —a menudo con contratos gubernamentales— mobiliario comercial para el almacenamiento de artículos de todo tipo, desde una caja fuerte donde guardar armas o pruebas judiciales hasta un mueble para colocar una pieza de museo. Collin advirtió que en los planes de un proyecto de reforma de un hospital del Departamento de Asuntos de los Veteranos habían olvidado algo. Iban a renovar la señalización de todas las instalaciones, pero no habían previsto el trabajo previo de retirar los antiguos rótulos y remozar y pintar las paredes donde estaban instalados. De manera que la hija de Linda, Audra, se encargó de esa tarea y compartió el trabajo con ella.

—Cobrar 50 dólares a la hora por pintar y remozar las paredes del hospital fue una bendición para mí —recordaba Linda, que en un par de meses consiguió reunir 10.000 dólares.

En abril de 2013, repasando los anuncios de Craigslist, Linda encontró una autocaravana El Dorado de 1994 con franjas negras y verdeazuladas. Con solo 46.600 kilómetros en el marcador, la autocaravana de 8,5 metros de largo valía sobre los 17.000 dólares. Sin embargo, solo pedían 4.000.

Entusiasmada, Linda concertó una cita y acudió acompañada de una amiga como apoyo moral. Entre las dos examinaron el vehículo. Por fuera se encontraba en razonablemente buen estado, excepto por los neumáticos en vías de descomposición y un cráter del tamaño de una pelota de fútbol en el altillo de la cabina, encima del acompañante. Lo habían tapado con un producto sellador que parecía pasta de dientes reseca. («Esa selladora no sirve de nada —pensó Linda—. No sé cómo se les ocurrió. Es lo que en el gremio de la construcción llamamos “uso innecesario de materiales”»). El dueño les explicó que iba por una carretera abombada —alta en el centro y con los laterales más bajos, de manera que el vehículo quedaba escorado hacia fuera— y de repente se topó con un poste de teléfonos inclinado hacia dentro.

Un olor rancio a humedad le golpeó la cara al abrir la puerta. El suelo estaba cubierto con planchas de madera contrachapada y un revestimiento para piscinas. Las paredes también estaban tapizadas con un plástico similar al de las bolsas de basura. «Filtraciones de agua», pensó Lidia y sus expectativas se desinflaron. Pero, tras una inspección más meticulosa del interior, constató que el mal olor emanaba de la ducha, que tenía un boquete que no sería difícil de reparar. Por lo demás, el interior estaba inmaculado, desde un coqueto dormitorio situado en la parte trasera hasta una zona de comedor instalada junto a la cocina. La tapicería, las cortinas y la moqueta tenían todas muy buen aspecto; Linda clasificó al dueño como una personalidad de tipo A, alguien que no entraría jamás en la caravana sin descalzarse primero. Comparado con las descripciones de algunas de las furgonetas que había leído, ese vehículo era el Ritz Carlton. El generador estaba averiado, pero prácticamente todo el resto funcionaba, incluido el váter, lo cual la alegró. (Aunque había leído que algunos campistas forraban de plástico cubos de unos 20 litros y los usaban como inodoros portátiles, ya había decidido que eso, desde luego, no era una solución para ella).

Ya volvía a sentirse optimista, cuando una voz conocida se interpuso:

—Oh, no. Es imposible. No podrás arreglarla —le dijo su amiga.

Pero ya era demasiado tarde. Linda ya había tomado una decisión.

—Oh, venga ya, «señora No Se Puede» —replicó—. Mi lema es «Yo sí puedo».

Linda compró la autocaravana. Arregló la ducha y eliminó el olor apestoso. No tocó el cráter relleno de selladora sobre el techo de la cabina, porque, pese a su aspecto poco atractivo, parecía que de momento podía aguantar bien. Como los neumáticos no podían esperar, invirtió 1.200 dólares en adquirir recambios. Un gasto importante, pero Linda estaba invirtiendo en su futuro —en su libertad— y ya tenía pensadas algunas posibilidades para seguir ingresando dinero cuando se pusiera en camino.

Bob había escrito en su blog sobre las tres temporadas que había estado trabajando para California Land Management como anfitrión en un campamento en el Bosque Nacional de la Sierra. Siguiendo su ejemplo, Linda escribió a la misma empresa solicitando un empleo y consiguió un pequeño trabajo cerca de Yosemite.

—Es increíble la facilidad con la que se puede conseguir un empleo cuando viajas en una autocaravana —reflexionaría más adelante.

Una vez había tenido que esperar seis meses hasta que surgió una vacante en la tienda de Home Depot en San Clemente y solo gracias a un traslado. Sabía que con los años podía resultar terriblemente difícil encontrar un nuevo empleo a causa del edadismo, de los prejuicios contra las personas mayores, pero las empresas que contrataban trabajadores itinerantes para tareas estacionales no parecían seguir el mismo guion que el resto de empleadores.

—Si tienes un vehículo de acampada, basta con entrar en Internet para conseguir un trabajo en seis segundos —me comentaba admirada.

También se había convertido en una entusiasta seguidora de *Jimbo's Journeys* («Los viajes de Jim trotamundos»), [112] el blog de Jim Melvin, exvendedor de electrodomésticos en la cadena Lowe que ya rondaba la setentena con un bigote blanco estilo cepillo. Cuando comprendió que jamás podría vivir como jubilado en California, su estado natal, Jim se lanzó a la carretera en una autocaravana *Lazy Daze* de 1992 de color blanco y azul cielo, inspirado por Tioga George, según afirmaba. Comenzó a viajar de un empleo estacional a otro, primero solo y luego en compañía de *Chica*, una perrita chihuahua abandonada y hambrienta que un día se acercó a su autocaravana en un campamento y a partir de entonces se convirtió en su «alma gemela». Jim había realizado una gran diversidad de tareas: encargado del parque de caravanas Piney Ridge RV Estates en Texas, con temperaturas que rondaban los 40° en el mes de julio; anfitrión de campamento en los montes Ochoco, en el centro del estado de Oregón; encargado de un puesto de hamburguesas del equipo de béisbol Los Ángeles de Los Ángeles en el estadio Diablo de Tempe (Arizona) durante los entrenamientos de primavera; y miembro del equipo de campistas en el almacén de Amazon en Fernley. Jim describía este último trabajo como el más duro que había realizado en su vida. Para soportarlo tenía que tomar dos pastillas de Aleve diarias. Los dolores y molestias le duraron meses. Pero pagaban más que en otros sitios y le gustaba relacionarse con los demás campistas que trabajaban allí. «He conocido a un montón de gente muy simpática y divertida —escribió en su blog—. Y ¿volvería el año próximo? ¡Sin duda alguna!».

Linda decidió solicitar también un empleo en Amazon e indicó que lo hacía por recomendación de Jim, dado que la empresa ofrecía una gratificación de 50 dólares por presentar nuevos candidatos o candidatas.

—Tenemos que dar gracias a dios por los blogueros —me dijo—. ¿Sabes lo que significan? Cuando yo era joven, no teníamos nada de eso. Si necesitabas algo, ¿dónde podías conseguir la información? ¿Sabría algo tu vecina? No te habrías enterado de que existía esta colectividad a menos que hubieras conocido a alguien que ya formara parte de ella.

Linda calculó que, si lograba encadenar empleos estacionales como anfitriona de campamento

y en el almacén de Amazon como miembro del equipo de campistas y sobrevivir, seguramente podría tomarse un descanso luego y cobrar el paro durante un tiempo. También podría pagarse el viaje para acudir al Rubber Tramp Rendezvous y conocer a su nueva tribu, la familia a la que se había unido pero con la que aún no se había visto.

Su verdadera familia, por su parte, la apoyó cuando les anunció sus planes.

—¡Es una idea fascinante! —exclamó Audra, que se empeñó en que Linda necesitaba un teléfono móvil para mantenerse en contacto y se ofreció a incluir las facturas en el presupuesto familiar.

—Nos aseguraremos de que dispongas de un cupo de datos suficiente —añadió Collin.

¿Saldría bien el proyecto? Era imposible predecirlo, pero en cualquier caso algo ya era cierto: la vida de Linda cambiaría muy pronto y, por el momento, con eso le bastaba.

[78] <https://web.archive.org/web/20130114225344/http://cheaprvliving.com>.

[79] La información biográfica sobre Bob Wells incluida en este capítulo procede de entrevistas personales con él, de sus seminarios en el Rubber Tramp Rendezvous (a los que asistí tres años seguidos) y de su sitio de Internet, <http://CheapRVLiving.com>. (También he consultado versiones anteriores del sitio a través de The Wayback Machine, <http://archive.org/web/>).

[80] En inglés, *vandweller*, de *van* («furgoneta») y *to dwell* («morar, residir»). (*N. de la T.*)

[81] «The Great M9.2 Alaska Earthquake and Tsunami of March 27, 1964» (<http://earthquake.usgs.gov/earthquakes/events/alaska1964>).

[82] «The Great Alaska Earthquake of 1964: Engineering», National Research Council, 1973, pp. 310, 416-418, 823; Wallace R. Hansen *et al.* (1966): «The Alaska Earthquake: March 27, 1964: Field Investigations and Reconstruction Effort». U. S. Geological Survey, p. 83.

[83] «What's Your Vision for Your Life?» (<https://web.archive.org/web/20120728075840/http://cheaprvlivingblog.com/2012/07/whats-your-vision-for-your-life>).

[84] «Thriving in a Bad Economy» (<https://web.archive.org/web/20121223110050/http://cheaprvlivingblog.com/2012/09/thriving-in-a-bad-economy>).

[85] David A. Thornburg (1991): *Galloping Bungalows: The Rise and Demise of the American House Trailer*, Hamden (Connecticut), Archon Books.

[86] «Two Hundred Thousand Trailers», en *Fortune*, marzo de 1937, p. 220.

[87] Philip H. Smith (1936): «House Trailers: Where Do They Go From Here?» en *Automotive Industries*, 14 de noviembre de 1936, p. 680.

[88] Clyde R. Miller (1936): «Trailer Life Seen as Good for Nation, Aiding Instead of Displacing Homes», en *The New York Times*, 20 de diciembre, p. N2.

[89] Konrad Bercovici (1937): «Gypsy in a Trailer [Part I]», en *Harper's Magazine*, mayo, p. 621.

[90] David A. Thornburg (1991): *Galloping Bungalows: The Rise and Demise of the American House Trailer*, Hamden (Connecticut), Archon Books, p. 181.

[91] *Ibidem*, pp. 2, 60-61.

[92] «Where Does My Money Go?» (<http://www.cheaprvliving.com/blog/where-does-my-money-go>).

[93] <http://www.cheaprvliving.com/inspiring-vandweller-charlenes-story>

[94] <http://www.cheaprvliving.com/survivalist-truck-dweller>.

[95] « Conseguí mi primera ducha gratis en una zona de descanso para camiones durante el invierno de 2014-2015 en el Pilot de Quartzsite (Arizona). Bajé de mi furgoneta con una bolsa de plástico donde llevaba jabón,

champú y unas chancletas, me dirigí a la caja para pagar y seguramente hice una mueca cuando supe que una ducha me costaría 12 dólares. Un camionero que hacía cola a mi derecha le entregó su cartilla de bonificaciones a la cajera y le dijo que descontara mi ducha. "Tenga en cuenta que, si usa ahora la cartilla, ya no podrá volver a usarla hasta dentro de 24 horas", le recordó ella. El conductor levantó el codo, se olisqueó ambos sobacos — primero el izquierdo, luego el derecho— y, encogiéndose de hombros, exclamó: "Ufff, ya llevo esperando más de una semana"».

[96] <https://groups.yahoo.com/neo/groups/liveinyourvan/conversations/messages/2>.

[97] En castellano, *Sin identidad*, película de ciencia ficción y acción de 1992, dirigida por Geoff Murphy y protagonizada por Emilio Estévez, Mick Jagger, Rene Russo y Anthony Hopkins. (N. de la T.)

[98] <https://groups.yahoo.com/neo/groups/vandwellers/conversations/messages/156516>.

[99] <https://groups.yahoo.com/neo/groups/VanDwellers>.

[100] <http://swankiewheels.blogspot.com/2012/01/ghost-dance-arrived-at-rtr-today.html>.

[101] <https://www.facebook.com/groups/Vandwellers/files>.

[102] <https://www.reddit.com/r/vandwellers/>.

[103] Jim Walsh (2015): «Family in Walmart Melee Performed», en *The Arizona Republic*, 25 de marzo, p. A8. Jon Hutchinson (2015): «Camping Ban Now Enforced at Cottonwood Walmart Store», en *The Verde Independent*, 27 de marzo, (<http://www.verdenews.com/news/2015/mar/27/camping-ban-now-enforced-at-cottonwood-walmart-st>).

[104] <http://rvdailyreport.com/opinion/opinion-will-walmart-camping-become-thing-of-the-past>. En cualquier caso, este foro independiente de acceso público en el momento de la publicación de esta traducción ya no existe. El editor, Greg Gerber, publicó su comentario el 21 de junio de 2019. (N. de la T.)

[105] Jimmy Maas (2016): «Meet Austin's "Real People of Walmart"», KUT 90.5 FM, 26 de mayo (<http://kut.org/post/meet-austins-real-people-walmart>).

[106] <http://www.allstays.com/apps/walmart.htm>.

[107] <http://blog.vagabonderssupreme.net>.

[108] <https://rvsueandcrew.com>.

[109] Posts antiguos: <https://rvsueandcrew.com/> y posts nuevos: <http://rvsueandcrew.net>.

[110] Contracción de *van* («furgoneta») y *family* («familia»). (N. de la T.)

[111] La primera vez que asistí a este encuentro, en 2013, había unas 60 viviendas móviles congregadas. Cuatro años más tarde, en 2017, se calculaba que debían ser unas 500.

[112] <https://jimbojourneys.com>.

PARTE II

El poblado de Amazon [\[113\]](#)

En junio de 2013, Linda cumplió sesenta y tres años y se dirigió con la autocaravana El Dorado que había comprado a través de Craigslist al Junction Campground, un campamento situado a unos 5 kilómetros de la entrada este del Parque Nacional de Yosemite. Allí inició su nueva vida como trabajadora nómada, rodeada de praderas cubiertas de flores silvestres, arroyos resplandecientes y extensas formaciones de pinos, con vistas panorámicas de los picos de la sierra coronados de nieve y una tonificante brisa serrana. Al ser la primera vez que trabajaba para California Land Management, su jornada sería de 30 horas semanales con un sueldo de 8,50 dólares por hora. (Con esa tarifa, aunque lograra convencer a la empresa para que la contrataran a jornada completa, 40 horas semanales, durante todo el año y no cogiera vacaciones ni se tomara ningún día libre, cobraría 17.680 dólares anuales, sin ninguna prestación adicional).

Linda estaba a solo medio día de viaje en coche de la tienda de Home Depot, junto al lago Elsinore, donde había trabajado como cajera; pero allí en el bosque tenía la sensación de estar lejísimos. Este nuevo trabajo como anfitriona de campamento era la antítesis de gestionar una cola de clientes bajo las luces amarillentas de una inmensa tienda especializada en ofertas de una gran variedad de productos. Tampoco se parecía nada a los bolos que había hecho en restaurantes, obras de construcción, casinos u oficinas de grandes empresas, los otros lugares donde había intercambiado su tiempo por dinero. Y lo mejor de todo era recibir una paga y a la vez poder vivir sin tener que pagar alquiler. Aunque la zona de acampada no contaba con conexiones a la red de suministro eléctrico ni de agua, el supervisor le había prestado un generador y cada jueves enviaba un camión cisterna para que le llenara el depósito de 200 litros de la autocaravana. Sus gastos corrientes habían quedado reducidos a la alimentación, diésel para el generador y gas propano para la cocina. Linda estaba entusiasmada.

El trabajo en el campamento no era muy exigente. Los 13 espacios acotados se asignaban por orden de llegada —sin el agobio de tener que gestionar las reservas y dedicar horas al consiguiente papeleo— y solo había dos retretes que limpiar. Visto lo cual, Linda aceptó encargarse de otro pequeño campamento cercano, junto al lago Tioga, durante parte de su estancia.

A Linda le encantaba la vertiente social de su trabajo, cuando entablaba conversación con los visitantes. Uno de sus clientes favoritos era un escalador solitario de sesenta y nueve años, a quien conocía como «señor Brown», que recorría las rutas más frecuentadas de Yosemite examinando las paredes de roca en busca de señales de corrosión en los anclajes clavados hacía decenios. Como los escaladores los utilizan para enganchar las cuerdas de seguridad, las consecuencias pueden ser mortales cuando están en mal estado. [\[114\]](#) Cuando el señor Brown encontraba un soporte defectuoso, lo arrancaba e instalaba otro nuevo. Le explicó a Linda que lo venía haciendo desde hacía quince años.

—Vaya mochila llevaba —me comentó impresionada—. ¡Oh, dios mío! Era de un tamaño

monstruoso.

Aunque admiraba su generosidad y su energía, también se preocupaba por él.

—¿No le asusta la posibilidad de caer y matarse? —le preguntó.

—Ooooh, noooo —respondió el señor Brown con un brusco gruñido de montañero bregado—. Controlo muy bien lo que hago.

También conoció a otra pareja de caravanistas septuagenarios, Billy y Helene Outlaw, que realmente era su verdadero apellido. [115] Cuando le comentaron que estaban buscando trabajo como anfitriones en algún campamento, Linda se los presentó a sus jefes y al cabo de poco la sustituyeron en el campamento del lago Tioga. Más o menos por la misma época, pudo constatar que ese trabajo no era adecuado para cualquiera. Uno de sus compañeros de trabajo, un antiguo agente de la guardia de fronteras, se empeñó en hacer sus rondas con un arma de fuego.

—Había decidido que no podía vivir sin una pistola al cinto —me explicó Linda—. Pero la persona encargada de un campamento no puede ir armada. El Departamento Forestal no puede aceptar que un anfitrión vaya armado. O sea que tuvieron que despedirlo.

La estancia veraniega de Linda junto al Parque Nacional de Yosemite transcurrió sin incidentes hasta mediados de agosto, cuando —según la investigación— un cazador con arco solitario encendió un pequeño fuego con ramitas de pino y pinaza —algo prohibido en aquella época del año— para calentarse una sopa y quemar los desperdicios que llevaba en la mochila. Había estado persiguiendo ciervos en el remoto cañón del río Clavey, en el Bosque Nacional Stanislaus, situado a apenas 80 kilómetros del campamento donde se encontraba Linda. El viento hizo saltar ascuas sobre la maleza seca y se desencadenó el tercer incendio forestal más grande de la historia de California. Durante los dos meses siguientes, las llamas calcinaron una superficie más de 17 veces la de la isla de Manhattan. [116]

En septiembre, con el ambiente del campamento cargado de humo, llegó para Linda el momento de partir. Se despidió de todo el mundo y luego puso rumbo al norte con destino a Fernley para incorporarse al equipo de campistas de Amazon, el segundo de los empleos de ese tipo a los que se había presentado como candidata. Los aparcamientos para caravanas próximos al almacén ya estaban llenos de vida, con todas las plazas ocupadas por trabajadoras y trabajadores nómadas; la escasez de plazas era tal que en las sesiones de orientación los formadores de Amazon les comentaron que la empresa estaba considerando la posibilidad de comprar algún terreno cercano para instalar su propio parque de caravanas. Linda no había reservado (había pasado la mayor parte del verano sin cobertura de telefonía móvil ni Internet). A 37 kilómetros del almacén en dirección sureste encontró en Fallon (Nevada) el Sage Valley RV Park, un terreno vallado cubierto de gravilla situado a corta distancia de la carretera 50, salpicado de álamos y perfumado con el hedor de los prados vecinos donde pastaban las vacas. También estaba totalmente ocupado por miembros del equipo de campistas, pero consiguió que un encargado comprensivo le facilitara una plaza.

Amazon había enviado la última remesa de su boletín digital dirigida a potenciales futuros empleados y empleadas antes del inicio de la temporada de mayor actividad de ese año, el 2013. La portada de la edición de junio se titulaba «Equipo de campistas. El valor de la amistad». [117] Imitando el tono desenfadado de los prospectos que publicitaban el puesto de anfitriona o anfitrión de campamento, presentaba la realización de un trabajo físicamente pesado como una estancia en un campamento de verano. «Una ventaja que vale su peso en oro es la oportunidad de hacer amistades duraderas —proclamaba con entusiasmo—. Aunque la remuneración económica ocupa un lugar importante entre las motivaciones [para trabajar], la amistad también figura entre las más destacadas. Cada año tenemos noticia de amistades y relaciones que continuarán cuando

el “desfile de faros traseros” abandone Amazon».

Un texto que contrastaba con el número de marzo, que en una sección titulada «¡Preparados para triunfar en 2013!» [118] recomendaba un programa de preparación física y comentaba algunas de las dificultades asociadas a la edad:

Estar preparados física y mentalmente será fundamental para completar con éxito la temporada de máxima actividad en Amazon. Nunca insistiremos suficientemente en la importancia de llegar a Amazon con una buena preparación física. Si no ha hecho ejercicio de manera habitual, consulte a su médico sobre la conveniencia de realizar un programa preparatorio y ¡póngase manos a la obra! Una propuesta de bajo coste: ¡salga a caminar! Caminar es un magnífico ejercicio. No cuesta nada y castiga menos las articulaciones que otras formas de ejercicio. Antes de ponerse en marcha, haga unos cuantos estiramientos para calentar la musculatura. Los expertos dicen que la estructura del colágeno cambia con la edad y perdemos flexibilidad y amplitud de movimientos.

El número de abril exponía algunos de los retos psicológicos del trabajo. Un texto titulado «¿Qué esperar durante las primeras semanas de trabajo en el equipo de campistas de Amazon?» decía:

Las primeras semanas de trabajo en Amazon pueden resultar un poco intimidantes. El tamaño de las instalaciones, los acrónimos que suenan como una lengua extranjera, los escáneres manuales que parecen actuar por su cuenta, todo contribuye a que podamos sentirnos desbordados... [119]

Mientras tanto, el trato que dispensa Amazon al personal empleado en sus almacenes viene siendo noticia de primera página desde 2011, cuando una investigación del periódico *Morning Call*, de Allentown, reveló unas condiciones de explotación similares a las de los talleres clandestinos. [120] Se pudo constatar que en verano, con temperaturas en el interior por encima de los 37°, los encargados del almacén de la empresa en Breinigsville (Pensilvania) se negaban a abrir las puertas de las plataformas de descarga por temor a posibles robos y habían optado, en cambio, por apostar ambulancias con personal paramédico preparado para evacuar en camillas y sillas de ruedas a quienes sufrieran un golpe de calor. Los trabajadores y trabajadoras también manifestaron que les presionaban para que cumplieran objetivos cada vez más exigentes, una estrategia designada coloquialmente como «gestión basada en el estrés». Amazon realiza un seguimiento de la productividad en tiempo real mediante el análisis de los datos que transmiten los lectores de códigos de barras manuales conectados en red que utiliza el personal para localizar y clasificar las mercancías. [121] Laura Graham, miembro del equipo de campistas que había trabajado como «preparadora de pedidos» en el almacén de Coffeyville (Kansas), me explicó que cada vez que escaneaba un producto en su pantalla se iniciaba una cuenta descendente que le indicaba cuántos segundos le quedaban para localizar el siguiente producto, como si hubiera pasado a un nuevo nivel en un videojuego. También monitorizaban de hora en hora sus progresos en el cumplimiento de los objetivos fijados. Una vez que se retrasó cinco minutos adentrándose por error en un pasillo equivocado, un supervisor acudió a reñirla. Además de la presión mental, el cuerpo de Laura también se rebeló contra las exigencias de ese artilugio que controlaba el ritmo al que debía recorrer entre 15 y 30 kilómetros diarios sobre un suelo de cemento en unas instalaciones que ocupaban 85.000 metros cuadrados a cambio de 11,25 dólares por hora.

—El sufrimiento físico es indescriptible —me confió—. Empecé a sentir unas punzadas dolorosísimas en el arco de los pies, que acabaron convirtiéndose en una fascitis plantar.

Unas plantillas nuevas no la aliviaron. Para aguantar, se tomaba dos ibuprofenos a mitad del turno de noche, que duraba desde las 17:30 hasta las 3:30 de la madrugada, y otros dos al acabar. Los días libres procuraba no usar los pies y se quedaba en la cama sin levantarse, salvo para ir al

baño o a ducharse.

A pesar de todo lo que había oído contar sobre el trabajo en los almacenes, Linda no se intimidó. El trabajo físico duro no era desconocido para ella.

—He trabajado en la construcción y como camarera de bar —recordaba—. ¿Por qué iba a preocuparme?

Además, acababa de completar una temporada como anfitriona de campamento a 2.700 metros de altitud. Imaginaba que eso la habría ayudado a ponerse en forma.

La primera semana, Linda asistió a talleres de orientación y de seguridad. Le comunicaron que le habían asignado un puesto de «almacenadora», encargada de colocar en el lugar asignado los productos que llegaban. Para aprender los pormenores de ese trabajo, asistió a clases de lo que la empresa denomina «formación sobre el proceso».

Las almacenadoras y almacenadores empujan carritos cargados con unos tubos o «bolsas» de plástico amarillo llenos de productos recién recibidos por los pasillos con estantes dispuestos como los de una librería donde Amazon almacena sus mercancías. (En el argot de la empresa, cada zona de estanterías se designa como «módulo de recogida»). Cada estante está dividido mediante separadores de plástico en compartimientos llamados «contenedores» y los almacenadores no paran de buscar contenedores con espacio libre para poder depositar las mercancías. Una vez depositado un producto, el almacenador tiene que registrar con el escáner que lleva en la mano el código de barras que figura en la parte frontal de cada contenedor y a continuación escanear también el producto que quedará depositado en él. Es un procedimiento lento, porque el personal tiene instrucciones de repartir en diferentes contenedores los productos idénticos recibidos en un mismo cargamento en vez de mantenerlos agrupados. Esto mejora la eficiencia de los «preparadores de pedidos», que recorren a toda prisa los pasillos del almacén para ir cogiendo los productos incluidos en el pedido de cada cliente.

—¡Es curioso! —me comentó Linda, recordando la mezcla de productos variopintos que podían compartir un mismo contenedor—. Líquido para frenos, leche maternizada, sombra de ojos, un libro, un casete..., todo junto.

Tras la formación inicial en las tareas de almacenaje, Linda acabó su primera semana de trabajo en Amazon con lo que la empresa designa como «periodo de endurecimiento»: una serie de medias jornadas para que el personal recién llegado se habitúe a los suelos de cemento y pueda caminar sobre ellos durante diez horas o más una vez concluida la etapa de orientación. Linda había solicitado el turno de noche, porque le pagaban la hora 75 centavos más, con lo cual ganaría 12,25 dólares las horas extra.

—Quería ganar el máximo posible —me confesó.

Cuando empezó a trabajar a jornada completa, su turno duraba desde las 18:00 hasta las 4:30, con dos descansos de 15 minutos y una pausa de media hora para una comida rápida.

—Me pasaba el día durmiendo —añadió—. Eso te cambia la vida.

Se levantaba a primera hora de la tarde para disponer de unas tres horas, que dedicaba a las tareas domésticas, a prepararse una comida para llevar y a pasear a sus perros por el parque de caravanas. Luego recorría en 25 minutos el trayecto hasta el almacén.

Al comenzar cada turno de trabajo, se ponía un chaleco reflectante de color naranja y se colgaba al cuello su chapa identificativa suspendida de un cordón, cogía una batería cargada para su escáner manual y se dirigía al punto de encuentro donde todos realizaban estiramientos mientras los supervisores peroraban sobre los objetivos de productividad. Luego se ponía en marcha y empezaba a escanear códigos de barras mientras iba almacenando millares de productos.

—Tienes un carro con 14 tubos llenos de productos chinos baratos —me explicó—. Uno de los aspectos deprimentes del trabajo era que sabía que todas esas cosas acabarían en un vertedero.

Eso la desmoralizaba.

—Piensas en la cantidad de recursos utilizados para traer todo eso hasta aquí —comentó pesarosa—. Y luego todo es usar y tirar.

Era un trabajo fatigoso. Además de recorrer arriba y abajo unos pasillos infinitos, tenía que agacharse, coger los productos, ponerse en cuclillas, alargar los brazos para alcanzar los estantes más altos y subir y bajar escaleras mientras atravesaba una nave del tamaño de 13 campos de fútbol. El almacén era tan inmenso que, para orientarse, los trabajadores llamaban a la mitad oeste Nevada y a la mitad este Utah.

A principios de octubre, cuando llevaba dos semanas trabajando, Linda escribió en Facebook: «Si resisto hasta el final, estaré en excelente forma. No paro de pensar en *The Biggest Loser* —el concurso televisado de pérdida de peso— y, si ellos son capaces de hacerlo, yo también podré». También se repetía un mantra que había aprendido en Alcohólicos Anónimos: «No abandones antes de que se produzca el milagro».

En aquel momento Linda llevaba más de veinte años sin beber. En una época anterior de su vida había tenido que luchar contra algo que le parecía casi inevitable: la afición al alcohol estaba inscrita en los genes familiares y, aunque no hubiera sido así, su padre alcohólico parecía decidido a transmitirle esa herencia. Hacia el final de sus estudios secundarios, la inició en el consumo de *gin fizz*, que él preparaba cada noche con limones recién exprimidos y azúcar en polvo. Los dos se quedaban levantados hasta tarde, bebiendo y charlando. Él había empezado a invertir en bolsa e intentaba darle lecciones sobre finanzas; a Linda le parecía un genio. Habían desarrollado un ritual matutino. Él abría la puerta del dormitorio de su hija.

—¿No vas al instituto? —le preguntaba.

—Tengo resaca —gimoteaba ella.

—¡Oh, pobrecita! —respondía él y cerraba suavemente la puerta.

Ya de mayor, Linda se convirtió en una persona muy activa, con una capacidad de trabajo impresionante y cada vez más enganchada al alcohol. Durante un breve tiempo también tomó metanfetaminas, no tanto como estimulante, sino porque le permitía consumir las dosis cada vez mayores de bebidas alcohólicas que necesitaba para emborracharse.

Ya había intentado dejarlo y había recaído un par de veces, pero, después de una borrachera que duró toda la noche, comprendió que no podía seguir así. Cuando regresó a casa a las seis de la mañana, sus hijas se quedaron mirándola sin decir palabra.

—Pero sus caras lo decían todo..., su decepción —recordaba Linda—. Es horrible estar esperando que alguien regrese a casa. Esperas que esa persona llegue pronto y no llega. Es feo hacerles eso a las personas que quieres.

Después de aquel día, Linda redobló sus esfuerzos para dejarlo y esa vez lo consiguió. Cuando temía recaer entre una y otra reunión de Alcohólicos Anónimos, telefoneaba a su mentora. Curiosamente, con ella aprendió algunas de las técnicas que luego la ayudarían a resistir los largos turnos en Amazon. Se convirtió en una experta en concentrarse en lo inmediato y dividir los grandes problemas en fracciones manejables, hasta que acabó sintiéndose capaz de afrontar cualquier dificultad.

—¿Has fregado los platos? Muy bien. Pues hazlo ahora y, cuando acabes, me llamas —solía decirle su mentora.

Linda fregaba los platos y lavaba los vasos hasta dejarlos relucientes, luego volvía a llamarla.

—¿Has hecho la cama? —era la siguiente pregunta.

Y Linda cumplía también esa tarea. Y así sucesivamente, hasta que conseguía superar el momento difícil.

Linda no era la única que lo estaba pasando mal en el almacén. El 1 de octubre, la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional (OSHA) de Nevada recibió una denuncia por las lesiones dorsales sufridas por el personal a causa del peso de las cajas que tenían que levantar. La semana siguiente, dos inspectores acudieron a las instalaciones de Fernley, donde revisaron los partes de lesiones de la empresa y recorrieron la nave, acompañados por directivos de Amazon. La visita no duró ni cuatro horas. El caso se declaró cerrado ese mismo día, con un informe oficial que llegaba a la siguiente conclusión: «En el centro se han registrado numerosos esguinces y distensiones, también en la zona lumbar y dorsal, pero dentro de los límites de lo que puede considerarse habitual en un entorno de trabajo de ese tipo». [122]

Aparte del esfuerzo, Linda decía que lo que más la agobiaba era la monotonía. Para matar las horas, practicaba el autoengaño.

—Me quedaré solo cinco minutos más y luego me largo. Lo dejo. ¡Ya está! —se repetía una y otra vez.

Y así conseguía resistir hasta el final de su turno, dos horas antes de que amaneciera. Entonces, junto con los demás compañeros y compañeras de trabajo, fichaba a la salida y abandonaba el edificio a través de un puesto de control equipado con detectores de metal y guardias de seguridad como parte de la estrategia antirrobo de la empresa. (Mark Thierman, un abogado de Reno, representó a un grupo de empleados temporales de los almacenes de Amazon de Fernley y Las Vegas que reclamaban el pago de las horas dedicadas a hacer cola para cruzar los puestos de control de la empresa, que llegaban a sumar hasta 30 minutos diarios. El Tribunal de Apelaciones del Noveno Circuito dictaminó en su favor en 2013, pero el Tribunal Supremo revocó esa decisión el año siguiente). [123]

A pesar de lo tedioso que resultaba, Linda agradecía un aspecto de su trabajo.

—Lo mejor era el compañerismo —me contó—. Hice amistades allí.

En Amazon, conoció a Sylvianne, la astróloga que más adelante trabajaría con ella como anfitriona de campamento en la sierra de San Bernardino. Antes de llegar a Fernley para incorporarse al equipo de campistas, Sylvianne había escrito en su blog:

Cuadro 1: Dejo atrás el norte de Nuevo México, rumbo al norte de Nevada para un trabajo estacional como colaboradora en los almacenes del pivote *online* del perverso Imperio del Consumo, dispuesta a emprender una aventura temporal en el vientre de la bestia. Un paso drástico, pero necesario para financiar las primeras etapas del viaje...

Sylvianne fue una de las vecinas de Linda en el parque de caravanas de Sage Valley. Allí solía sacar a pasear a su gata *Layla* sujeta con una correa enganchada a un arnés de color rosa. Esa costumbre la había hecho famosa en el lugar. Incluso en el almacén, de vez en cuando alguien se acercaba a preguntarle:

—Tú eres la que pasea a la gata, ¿verdad?

Al igual que Linda, Sylvianne también trabajaba como almacenadora en el turno de noche. Una tarea que le atacaba los nervios, siendo como era una personalidad de tipo A, según su propia descripción. A menudo, todos los contenedores ya estaban llenos y no había sitio para dejar las cosas, era imposible hacer bien el trabajo y el almacén se convertía en una versión del castillo de Kafka especialmente diseñada para torturar a las y los perfeccionistas. Sylvianne, que había seguido la serie *Orange Is the New Black*, comenzó a comparar la vida de las presas con la suya. Al principio, lloraba dos o tres veces por semana. («Soy una persona que exterioriza sus

sentimientos —me explicó—. Era muy embarazoso. Es porque me lo tomo todo muy a pecho»). Le dolía continuamente la espalda, una experiencia desconocida para ella, que, salvo alguna punzada cuando trabajaba como camarera, nunca había tenido molestias. Y formaba parte del numeroso grupo que se veía afectado por las descargas estáticas. Como me explicaría luego, empujar un carrito lleno de depósitos de plástico por los pasillos del almacén al parecer generaba electricidad estática. Un día, al acercarse a un panel de estanterías metálicas para depositar un libro en el estante superior, su mano rozó el metal y una descarga le sacudió el brazo, que se encogió en un gesto reflejo y le lanzó el libro a la cara. El incidente se saldó con una hinchazón en el labio y una herida sangrante en las encías. El libro cayó boca abajo y cuando lo miró vio la fotografía de un monje tibetano que le sonreía desde la contracubierta.

—Una muestra del sentido del humor de mi diosa —comentaría luego.

(El problema con la electricidad estática no era nuevo. Cuando Silviante se incorporó al equipo de campistas, el personal de Fernley llevaba dos años denunciando formalmente las descargas que sufrían al rozar los estantes. En el curso de las inspecciones estatales para comprobar las condiciones de seguridad en el lugar de trabajo, los responsables de Amazon manifestaron que estaban al corriente del problema y habían conectado tomas de tierra a las estanterías, además de forrar los carritos con papel de estaño para facilitar la descarga de electricidad. Como las descargas persistían, aplicaron en el suelo un producto denominado «estaticida». Un responsable de la empresa declaró que eso había «reducido la incidencia de las descargas de electricidad estática sufridas por el personal». La inspección no reclamó ningún tipo de medidas). [124]



Jen Derge y Ash Haag posan junto a su monovolumen, el *Manatí*

Linda también trabó amistad con Jen Derge y Ash Haag, una pareja que rondaba la treintena y que llegó a Sage Valley a principios de octubre. Vivían en el *Manatí*, un monovolumen camper azul y blanco con techo alto, de General Motors de 1995, que habían comprado por 4.500 dólares camino de Nevada. El vendedor les había rebajado 1.000 dólares del precio inicial, deseoso de

deshacerse de él después de tenerlo aparcado seis meses.

Jen recordaba la primera vez que Linda las había invitado a salir de su caravana para saludarlas y que solía gritar junto a su ventana: «Panqueques, panqueques», cuando quería anunciar que había preparado una cantidad suficiente para compartir el desayuno.

—Tú ya la conoces —me comentó Jen—. ¡Linda es un núcleo social!

Cuando Ash esperaba una carta especial de su sobrina —que la había dirigido a «Mi tía, la señorita Jen y su furgoneta»—, Linda fue la primera en enterarse de que la misiva había llegado a la recepción del aparcamiento.

—De modo que se fue directamente a los baños —recordaba Ash— y va y dice: «¿Estás ahí?», y cuando le dije que sí, va y me pregunta: «¿Qué estás haciendo?», y yo que le contesto: «¡Estoy ocupada en un asunto privado!». Y ella: «Ha llegado una carta para ti». Cómo la adoro.

Antes de volverse nómadas, Jen y Ash compartían una casa alquilada en Colorado Springs, donde ambas sufrieron crisis de depresión y estaban cada vez más desilusionadas con sus perspectivas laborales.

De niña, Jen había visto trabajar a sus padres en King Soopers —una tienda de comestibles propiedad de la cadena Kroger—, un trabajo que su padre detestaba. «Queremos algo mejor para vosotros», repetían siempre mientras la instaban a seguir estudiando. Ser independiente económicamente era importante para Jen. Cuando iba al instituto, había empezado a trabajar en la tienda como empaquetadora por unos seis dólares a la hora. Más adelante obtuvo un diploma universitario estudiando como becaria, pero no le veía sentido a seguir estudiando.

—Continuamente ves que ocurre lo mismo —afirmaba—. Todas tus amigas tienen un título universitario o de posgrado y no logran encontrar un empleo. Por lo tanto, no encuentro ningún motivo para volver a la universidad, aunque me encanta estudiar. Pero solo de pensar en la parte monetaria, tener que endeudarme..., eso me aterra de tal modo que no quiero continuar.

Jen trabajó en una tienda de manualidades y en un par de librerías de segunda mano, y después entró como ayudante en una biblioteca escolar. Allí acabó trabajando bajo las órdenes de la encargada de una biblioteca de software para el distrito más extenso de Colorado Springs. Ese trabajo le encantaba.

—Era muy interesante estar en contacto con todas esas bibliotecas, acceder a sus ordenadores y presentarles unas novedades tan geniales —me comentó.

Pero pronto se dio cuenta de que a su jefa, que tenía un máster, la estaban presionando para que se jubilara, mientras Jen iba asumiendo su trabajo, pero con un salario mucho más bajo.

—Están apartando a la generación de más edad, la que tiene títulos de nivel superior, para sustituirla por técnicos. Es muy triste para la gente que tiene esas titulaciones y se ha esforzado tanto para conseguirlas —comentaba Jen—. Me parecía que traicionaba a mi jefa ocupando su puesto, porque era una mujer extraordinaria.

Al mismo tiempo, comprendió que, aunque regresara a la universidad, jamás conseguiría un puesto de trabajo como el que tenía su jefa, que iba a quedar reclasificado en un nivel inferior.

—¿Para qué seguir estudiando si el mercado de trabajo solo ofrece puestos del nivel más bajo?

Mientras tanto, Ash había presenciado la expulsión de sus progenitores de la clase media tras el despido, el 2001, de su padre, un ingeniero eléctrico con un salario de seis dígitos. Este, por orgullo, se resistió a aceptar un empleo peor remunerado, por lo menos hasta que se agotaron los ahorros de la familia. Entonces acabó conduciendo un autobús escolar por las mañanas y trabajando en un hipermercado Walmart por las noches.

—En resumidas cuentas, ahora veo a mis padres con sesenta y cinco años cumplidos y sin jubilación, mientras que todo lo que habían conseguido a lo largo de su vida se ha esfumado. Y

con la crisis, esto le ocurre cada vez a más gente —se lamentaba Ash.

A pesar de que siempre se había considerado una persona «cumplidora», empezó a temer que, aunque siguiera todas las normas de la sociedad para aspirar a una vida correcta de clase media, no tendría ninguna garantía de estabilidad. Dudaba que la Seguridad Social aún existiera para prestar apoyo a las personas de su generación en la vejez. Y aunque contaba con un par de fondos de inversión y un plan de jubilación individual de Goldman Sachs que sus padres habían suscrito para ella cuando era niña, le preocupaba que en el momento en que los necesitara hubieran perdido todo su valor.

Además, Ash también estaba luchando para saldar el crédito con el que se había pagado los estudios. Los 30.000 dólares iniciales se habían elevado hasta 37.000 una vez sumados los intereses, todo para obtener un título que, finalmente, tras seis años de clases, no había conseguido. Se había sentido obligada a entrar en la universidad una vez acabado el bachillerato —aunque ahora piensa que a esa edad «no sabes lo que quieres, no sabes qué es lo que necesitas y no sabes quién eres»— y acabó estudiando desde historia del arte hasta física.

Durante sus años universitarios y también después, Ash había estado trabajando en una farmacia familiar, donde se sentía como en casa. Pero un cambio en la dirección modificó la actitud de sus supervisores y pudo observar cómo personas leales con muchos años de antigüedad se veían presionadas a dejar el puesto.

—Nuestra sociedad está recurriendo mucho a esto —me comentó—. No quieren que el personal permanezca mucho tiempo, porque eso implica pagar pensiones e incrementos salariales en función del aumento del coste de la vida y, si llevan mucho tiempo en la empresa, pedirán una prima por méritos. La nueva dirección —añadió— quería personal desechable, literalmente. Y para poder desechar a la gente es preciso que el puesto de trabajo también sea desechable. Y todo se empezó a automatizar.

Mientras tanto, Jen había estado explorando Internet en busca de modos alternativos de vida. Había estudiado el minimalismo y el movimiento a favor de las viviendas de tamaño reducido. También había descubierto el sitio *CheapRVLiving.com*. Poco a poco, se fue convenciendo de que había encontrado una salida. Entonces recordó el famoso *sketch* de *Saturday Night Live* en el que Chris Farley representa el papel de un caravanista y orador, llamado Matt Foley, que insta a los críos a portarse bien si no quieren acabar viviendo en una caravana. ^[125]

—Lo primero que pensé fue que acabaríamos como ese tipo que decía: «Vivo en una caravana junto al río» —recordó Ash.

A pesar de ello, acabó acogiendo gustosamente la idea. Su plan era alternar periodos de trabajo y de aventura, instaladas en un Subaru Impreza de cinco puertas heredado de la madre de Jen. Pero no resultó sencillo convertir ese coche en un hogar. Aunque los asientos traseros eran abatibles, no había espacio suficiente para dormir a menos que llenaran el hueco que quedaba detrás de los asientos delanteros y apoyaran ahí la cabeza. Aun así, lo arreglaron lo mejor posible. Jen cortó recuadros de lana negra que podían sujetarse con velcro en las ventanillas para resguardarse de miradas indiscretas. Para desprenderse de sus posesiones, pusieron un anuncio en Craigslist («Trastos viejos gratis en la acera») y depositaron sobre el césped delantero todo lo que ya no necesitaban. El anuncio indicaba que se podía acudir a partir de las 9 de la mañana, pero a las 8:30 ya había desaparecido todo.

—Si dices que algo es gratis, la gente es capaz de sacarle partido a lo que sea —comentó Ash—. ¡Incluso una persona se llevó el cubo de la basura! —Ash suponía que se lo había llevado por error.

Su primera aventura fue recorrer andando el Colorado Trail (el gran sendero de Colorado), casi

800 kilómetros desde Denver hasta Durango, de una sola tirada durante 52 días. Luego se dirigieron al almacén de Amazon en Fernley. Su proyecto inicial era trabajar en el equipo de campistas y vivir en el Subaru. («No habría sido posible —comentó con sensatez Jen—. Habríamos tenido que dejar el trabajo»). Por suerte, habían encontrado la furgoneta, aunque para comprarla se habían quedado prácticamente arruinadas.

Una vez instaladas en el parque de caravanas de Sage Valley, la pareja decidió pedalear en bicicleta hasta el almacén para iniciar su primera jornada completa de trabajo. Pensaron que sería agradable, pues la mayor parte del trayecto era llano, y también les ayudaría a reducir el gasto en gasolina. Pero una de las ruedas de Jen empezó a perder aire lentamente. Y tuvieron que ir parando cada 15 minutos para inflarla. Tardaron 3 horas, pero aun así llegaron a tiempo para comenzar su turno de 10 horas. Cuando salieron, a las 5 de la madrugada, todavía era de noche y el frío les hizo castañetear los dientes. Pararon en un Walmart a comprar ropa de abrigo y luego pedalearon rodeadas de tráfico en hora punta con los cegadores rayos del sol naciente en la cara.

—Todo el mundo se refería a nosotras como las chicas que fueron a trabajar en bicicleta —me comentó riendo Jen.

Después de esa experiencia, decidieron quedarse cerca del almacén entre semana para ahorrar en gasolina. Aparcaban el *Manatí* frente al Walmart o junto a una gasolinera y solo regresaban al parque de caravanas de Sage Valley cuando tenían un día libre.

Constataron que su reciente excursión les había servido como entrenamiento para la tarea de almacenadoras. Aun así, Jen aseguró que le había costado un poco acostumbrarse a estar agachándose continuamente, pero en un par de semanas ya se le fortalecieron los músculos.

—Ves a todas esas personas mayores y te dices: «Hala, si pueden hacerlo, ¿de qué me quejo?».

Ash encontraba «monótono y solitario» el trabajo. Para mitigar el aburrimiento, a veces se entretenía emparejando de manera creativa los productos que almacenaba, colocando, por ejemplo, una caja de condones junto a una de pruebas de embarazo. Usaba la *Lista de deseos* de la web de Amazon para registrar «todos los objetos increíbles y asombrosos que depositamos en los estantes». La lista incluía orugas de la cera vivas, un oso Gummi de más de 2 kilos, un fusil de pesca submarina, un libro titulado *Venus con bíceps. Historia ilustrada de las mujeres musculosas*, un tapón anal con una cola de zorro afelpada, medio kilo de monedas estadounidenses retiradas de la circulación, un juego de bragas de algodón con cuatro aberturas para las piernas con la descripción «Braguitas para dos» y un consolador con la figura de Batman. [126]

A finales de octubre, Fernley empezó a registrar temperaturas bajo cero. Ligeras nevadas espolvorearon los aparcamientos a principios de noviembre. Una semana antes del día de Acción de Gracias empezó a nevar en serio. El tiempo más frío llegó en diciembre, con temperaturas por debajo de -10° y una noche espantosa a menos de -20° . Para dormir con ese frío, Jen y Ash empezaron a ponerse toda la ropa que tenían, luego se sepultaban bajo una serie de colchas y sacos de dormir, además de un edredón y una manta militar afelpada. Las noches que trabajaban, cuando acampaban por libre cerca del almacén, encendían un pequeño calefactor de butano durante 10 minutos antes de acostarse; cuando acercaban los pies a la estufa, veían elevarse en volutas de vapor el sudor acumulado tras las horas de caminata. Aunque el turno de noche las dejaba convertidas en «amazombies», se alegraban de haber escogido ese horario de trabajo.

—Durante la parte más fría del ciclo de 24 horas, estábamos resguardadas en un interior con calefacción y eso es una gran ventaja —comentó Ash.

Linda tenía un vecino, Carl, otro miembro del equipo de campistas, que vivía en una tienda de campaña y trabajaba en el turno de día. Cuando el tiempo invernal comenzó a castigar el parque

de caravanas de Sage Valley, Linda le insistió para que durmiera en su autocaravana, donde estaría caliente —usaba un calefactor eléctrico enchufado a la toma del aparcamiento para economizar propano—, puesto que ella estaba en el almacén toda la noche, pero él siempre respondía: «No, no, no. Estoy cómodo. Estoy bien aquí». Sin embargo, incluso los campistas más curtidos lo estaban pasando mal. Algunos tenían trucos para estar más cómodos, como recubrir las mangueras con cinta aislante térmica y tapar las ventanas con film alveolar reflectante. (Unos años más tarde, Amazon creó una página web para los solicitantes de empleo en el equipo de campistas titulada *Cómo preparar tu vehículo para el invierno*, donde recomendaba cubrir las ventanas con film transparente e instalar coberturas aislantes reflectantes sobre los respiraderos, con enlaces para que los lectores pudieran adquirir ambos materiales en... Amazon.com, como no podía ser de otro modo). Pero todo tenía un límite. Linda ya había desconectado las tuberías de agua. Pero, para cuando intentó desconectar el tubo de vaciado de aguas sucias, los residuos que había dentro ya se habían congelado.

—Se había formado un enorme carámbano de mierda. «Esto empieza a ponerse feo», me dije.

Phil y Robin DePeal, la pareja que tenía un negocio de chatarra en Míchigan, también estaban librando una batalla parecida. Compraron un reflector potente e intentaron usarlo para descongelar el tubo del desagüe, sin resultado. Mientras tanto, uno de los héroes de Linda —Jim Melvin, autor del blog *Jimbo's Journeys*, que la había puesto sobre la pista de los empleos de temporada en Amazon— corrió a comprar una esterilla eléctrica para mascotas y una estufa para *Chica*, su chihuahua de menos de 1 kilo.

Linda comenzó a soñar en su siguiente destino, que sería más cálido y menos extenuante. Como muchas de sus vecinas y vecinos, tenía previsto acampar en los terrenos públicos de los alrededores de Quartzsite (Arizona). Esa región, un Shangri-la para los nómadas en el desierto de Sonora, atraía a miles de visitantes en invierno y era sede de diversos eventos a lo largo de la temporada, desde vastos mercados de trueque hasta exhibiciones dedicadas a los coleccionistas de minerales y amantes del caravanismo, además de centenares de encuentros sociales más informales. Linda esperaba ansiosa la oportunidad de conocer de primera mano uno de esos encuentros, el Rubber Tramp Rendezvous («cita de vagabundos sobre ruedas»), que se celebraría allí en enero. Cuando se lo comentó a Jen y Ash, que habían oído hablar de ese acontecimiento pero aún no tenían claro qué harían después de Amazon, decidieron acompañarla.

—No tenía planes concretos para asistir a ese encuentro, pero cuando Linda lo mencionó, enseguida me dije: «De acuerdo, tenemos que ir» —recordaba Jen.

Silvianne también tenía previsto asistir.

Pero el invierno no aflojaba las tuercas. Era obligatorio trabajar horas extra hasta las 50 semanales. Con la Navidad cada vez más próxima, los contenedores de todos los estantes estaban repletos de productos, una pesadilla para las almacenadoras.

—Durante el último mes y medio, el espacio estaba ocupado al 120 por ciento y, cada vez que escaneabas un contenedor para intentar depositar un objeto, el lector de códigos de barras se quejaba: *¡Iii-nu! ¡Iii-nu! ¡Iii-nu!* y tenías que esperar e intentar dejarlo en el contenedor siguiente —explicaba Ash—. Todos dábamos vueltas como locos. No quedaba sitio para dejar nada, era desesperante, como darse de bruces contra una pared.

Los almacenadores tenían que seguir buscando, frustrados, hasta que encontraban alguno de los escasos contenedores con algún espacio libre, mientras que, al mismo tiempo, los supervisores les azuzaban para que aceleraran el ritmo y cumplieran el cupo, que «tienen que salirnos los números». Amazon declararía luego que ese periodo había sido su mejor temporada navideña hasta la fecha. Los pedidos recibidos el 2 de diciembre (el Ciberlunes o Cyber Monday,

el primer lunes después del día de Acción de Gracias) sumaron ese solo día 36,8 millones de productos —unos 426 por segundo— y contribuyeron a elevar la cifra total de ventas de la empresa en 2013 hasta un récord máximo de 74.450 millones de dólares. [127]

En medio de ese ajeteo, Linda se llevó un susto. Hasta aquel momento había aguantado bien, pese a la tensión muscular en la muñeca derecha provocada por el uso del escáner manual. Pero el 15 de diciembre, dos semanas antes de finalizar su trabajo en el almacén, empezó a sufrir episodios de vértigo. No sabía cuál era la causa. A otras y otros trabajadores también les ocurría lo mismo y algunos pensaban que era debido a la mala calidad del aire que respiraban en el almacén. Linda procuró aguantar durante una hora, pero, al ver que los intentos de inspirar profundamente no la aliviaban, una compañera la acompañó a la enfermería. Allí le tomaron la presión: 60 de máxima y 48 de mínima, un nivel lo suficientemente bajo para requerir un traslado en ambulancia.

En el hospital de Reno, a media hora de distancia hacia el oeste, le hicieron una radiografía y un TAC, pero no le dieron ningún diagnóstico concluyente.

—En el hospital, la enfermera me dijo que podía haber sufrido una compresión del nervio vago —recordaba Linda—. Que eso provoca una pérdida de conocimiento. Puede ocurrir al hacer un esfuerzo.

Linda acogió ese diagnóstico con escepticismo, pues no creía haber hecho un esfuerzo excesivo. En cualquier caso, le recomendaron que acudiera a su médico de cabecera para que le hiciera el seguimiento.

—Sí, claro, si lo tuviera... —comentaba riendo ella.

Como la mayoría de los trabajadores nómadas que conocí antes de que entrara en vigor la Ley de Protección del Paciente y Atención de Salud Asequible (*Affordable Care Act*), Linda no estaba asegurada. Y como no le facilitaron el traslado de regreso hasta Sage Valley, tuvo que gastarse 172 dólares en un taxi. Después siguió sintiéndose débil durante algunos días y estuvo de baja sin cobrar.

El equipo de campistas empezaba a dispersarse. La mayoría de sus integrantes se marcharon justo antes de Navidad para poder celebrarla con sus familias distantes. Linda se ofreció para trabajar hasta el 30 de diciembre. Quería ganar la mayor cantidad de dinero posible. Además, su estado de ánimo no era festivo. Tras más de cuatro meses de trabajo en el turno de noche, la monotonía la había reducido a un estado de disociación psíquica interrumpido solo por los dolores que irradiaban de su muñeca derecha, la mano que sostenía el escáner. Su trabajo era mecánico y repetitivo: colocar mercancías en los estantes, apuntar el escáner manual hacia un producto tras otro, apretar el disparador y retenerlo, esperar hasta que el pitido le indicara que el rayo láser rojo había dado en el blanco —el código de barras— antes de pasar al producto siguiente. ¿Qué sentido tenía todo eso, aparte de la paga? Cada producto que escaneaba era un píxel de un cuadro deprimente. Algunos trabajadores del equipo de campistas se describían como los «gnomos de Santa Claus», una manera de sentirse orgullosos de su trabajo al pensar que expedían regalos y difundían felicidad. Pero a Linda no le apetecía ese ponche navideño; más que como un gnomo, se sentía como un engranaje de la máquina dispensadora más grande del mundo y esa experiencia la había insensibilizado.

—Después de ver tanta porquería inútil, quería desconectar de la Navidad —me dijo.

Aparte de enviar unos regalos a sus nietas y nietos, pasó por completo de las fiestas. Cuando el almacén cerró el día de Navidad, ella también cerró su puerta y pasó el día a solas, descansando en su autocaravana.

Bajo la fatiga empezaba a aflorar, no obstante, un secreto sentimiento de orgullo. Había

alcanzado un objetivo tras superar su primer semestre como trabajadora nómada y encadenar dos empleos temporales —como anfitriona de campamento y en el equipo de campistas— a la vez que se aclimataba a un estilo de vida itinerante y frugal en su autocaravana. Se sentía autosuficiente y libre. Pero ese era solo el primer paso. El segundo sería encontrar una tribu, una comunidad, lo que algunos nómadas llamaban una «familia sobre ruedas». El mejor lugar para ese fin era el Rubber Tramp Rendezvous, el encuentro invernal anual de vagabundos sobre ruedas que se iba a celebrar muy pronto en Quartzsite.

«¡Ya es hora de largarme de aquí! —pensó—. Pisar el acelerador y ¡en marcha!».

Dispuesta a tomarse un descanso en un clima más cálido, partió rumbo a Arizona.

Mientras el resto del equipo de campistas se apresuraba a alejarse de Fernley para adentrarse en el nuevo año, uno de ellos permanecía allí. Era Don Wheeler, el antiguo ejecutivo de una empresa de software acostumbrado a viajar por todo el mundo que me había enviado un orgulloso panegírico del trabajo itinerante y que aparece citado con un seudónimo en este libro. Él fue el primer miembro del equipo de campistas que conocí, un ameno e incisivo narrador de historias que me entretuvo durante largas horas con sus relatos sobre la vida en la carretera. Inicialmente, tenía previsto realizar su último turno en Amazon el 21 de diciembre y sus planes posteriores incluían pasar por Quartzsite —él describía el encuentro como «la versión para vejesterios del festival Burning Man» [128] — y visitar luego a unos amigos en las Montañas Rocosas, en Colorado. Pero entonces ocurrió algo sumamente inusitado. En los tres años que estuve siguiendo como reportera a los miembros del equipo de campistas de Amazon, no volví a tener noticia de ningún otro caso como el suyo: Amazon le ofreció un empleo indefinido a jornada completa. «Tengo setenta años, ¿qué otra empresa querría contratarme?», escribía bromeando en su mensaje electrónico. En el argot de la empresa, Don iba a convertirse en un «trabajador asociado». En el almacén sería lo que los miembros del equipo de campistas y otros trabajadores temporales denominaban —con envidia y a veces con sorna— «un chapa azul», una alusión a la insignia identificativa de ese color que lucían los empleados fijos.

En otro mensaje electrónico, me pidió que no citara su nombre en mis escritos y me explicó el motivo:

En nuestra calidad de *apparatchiks* neófitos, no nos está permitido dirigir ni siquiera una palabra a la prensa bajo pena de muerte, descuartizamiento o algo peor. Y esto ahora me preocupa. Antes mi situación era distinta, como trabajador nómada podía permitirme una despreocupada indiferencia con respecto a las tediosas maquinaciones del mundo de las grandes empresas estadounidenses, pero ahora formo parte de este mundo. Necesito este trabajo...

No puedo permitirme el lujo de ser famoso. Si aparezco en los medios de comunicación nacionales, aunque solo sea en una columna lateral, recursos humanos no tendrá contemplaciones conmigo y un día, cuando llegue al almacén, mi placa identificativa no me dejará entrar. Es lo que llaman la «ley de hielo de Amazon» y no podré quejarme, puesto que estoy empleado aquí por mi propia voluntad.

Siento parecer paranoico, pero en recursos humanos NO son amigos míos, por mucho que repitan que lo son. Apartar las manzanas podridas y a los alborotadores ratifica la importancia de su función. No soy tan valiente como Nadezhda Tolokonnikova (ni tampoco una belleza como ella). [129]

Al cabo de pocos meses, Don había saldado todas sus deudas, había completado un tratamiento odontológico largo tiempo aplazado, se había comprado unas gafas nuevas, había hecho una aportación a su plan individual de pensiones y estaba empezando a ahorrar para comprarse una Harley.

[113] Según la información de que dispongo, esta expresión para designar los asentamientos efímeros del equipo de campistas fue acuñada por primera vez en el título de este artículo: Stu Woo (2011): «Welcome to Amazon Town», en *The Wall Street Journal*, 20 de diciembre, p. B1.

[114] Shelby Carpenter (2015): «What Happens When Climbing Bolts Go Bad?», en *Outside*, 4 de noviembre (<https://www.outsideonline.com/2031641/what-happens-whenclimbing-bolts-go-bad>).

[115] En inglés, *outlaw* significa «forajido», persona que vive fuera de la ley. (*N. de la T.*)

[116] «Man Charged with Starting Massive California Blaze», *The Associated Press*, 8 de agosto de 2015.

[117] *Amazon CamperForce Newsletter*, junio de 2013, p. 1.

[118] *Amazon CamperForce Newsletter*, marzo de 2013, p. 1.

[119] *Amazon CamperForce Newsletter*, abril de 2013, p. 1.

[120] Parte del material sobre la inspección de los almacenes de Amazon procede de mi columna «With 6,000 Jobs, What Is Amazon Really Delivering?», *Reuters*, 17 de junio de 2015 (<https://www.reuters.com/article/bruder-amazon/column-with-6000-new-warehouse-jobs-what-is-amazon-really-delivering-idUSL1N0Z32LS20150617>).

[121] Parte del material sobre el sistema de seguimiento del personal de Amazon procede de mi artículo «We're Watching You Work», en *The Nation* (edición en papel), 15 de junio de 2015, p. 28.

[122] Nevada Occupational Safety and Health Administration Inspection Report Number 317326056 (7 de octubre de 2013). La OSHA de Nevada me proporcionó este y otros informes respondiendo a mi solicitud de mayo de 2016, presentada acogiéndome a la ley de transparencia de Nevada.

[123] Richard Wolf (2014): «Justices Say Security Screening After Work Isn't Paid Time», en *USA Today*, 9 de diciembre (<http://www.usatoday.com/story/news/nation/2014/12/09/supreme-courtamazon-workers-security-screening/20113221>).

[124] Nevada Occupational Safety and Health Administration Inspection Report Number 315282491 (24 de marzo de 2011) y Number 316230739 (7 de febrero de 2012).

[125] «Matt Foley, Motivational Speaker», en *Saturday Night Live*, NBC, 8 de mayo de 1993.

[126] La afición que existe en Estados Unidos a los juguetes sexuales —como indica el enorme número y variedad de consoladores y tapones anales que pasan por los almacenes de Amazon— es motivo de admiración para muchas trabajadoras y trabajadores. Y aunque la mayor parte de las «novedades para adultos» se envuelven en plástico negro en cuanto salen de las plataformas de descarga, algunas pasan inadvertidas. Una almacenadora del equipo de campistas recordaba con regodeo la ocasión en que había tenido que almacenar una caja con sesenta consoladores con una ventosa acoplada. Los había repartido por los estantes de pie en la parte delantera de cada contenedor apoyados sobre la ventosa. «Al doblar la esquina, veías la hilera de pitos a lo largo de todo el pasillo —comentó riendo—. Y naturalmente empezamos a decirle a todo el mundo: “¡Échale un vistazo a la C23!”». En otro momento le habría preocupado que los jefes pudieran molestarse, pero «eran las dos últimas semanas de trabajo allí. ¿Qué iban a decir?».

[127] «Record-Setting Holiday Season for Amazon Prime», en *BusinessWire*, 26 de diciembre de 2013.

[128] Evento anual de siete días de duración que se celebra en Black Rock City (Nevada), población construida por los participantes y que solo existe durante esa semana. Su nombre, Burning Man («hombre en llamas»), evoca el ritual consistente en quemar una gigantesca escultura de madera con forma humana, que se realiza la noche del sábado. El festival promueve la desmercantilización (no se acepta la participación de empresas comerciales) y beca a centenares de artistas que animan el lugar del encuentro con sus creaciones, incluidos los Art Cars, vehículos decorados y disfrazados. (*N. de la T.*)

[129] Cuando Don escribió este mensaje electrónico, Tolokonnikova, miembro del grupo punk de protesta Pussy Riot, acababa de ser liberada de una cárcel siberiana.

El lugar de encuentro

«Ese campamento era un lugar apacible —un jardín del edén sobre ruedas capaz de desplazarse a su aire y moverse en pos del clima cálido a lo largo de todo el año, un refugio donde cada ocupante había centrado su vida acomodándola a un espacio mínimo, una suma milagrosa de organización interna y movilidad».

E. B. WHITE [130]

Un curioso panorama aparece en medio del desierto ante los ojos de la viajera o el viajero que avanza en dirección oeste rumbo al ocaso por la carretera interestatal 10. Millares de motitas de oro relucen en la base de las montañas Dome Rock, como si los picos circundaran un vasto estanque reflectante. Vistos de cerca, los puntos relucientes se descomponen en una extensa agrupación de autocaravanas sobre cuyos parabrisas se proyectan los últimos rayos de luz. Es la población de Quartzsite, en Arizona. La mayor parte del año, un remoto y solitario lugar dormido a mitad de camino entre Los Ángeles y Phoenix con dos áreas de descanso para camiones y temperaturas que alcanzan niveles capaces de provocar alucinaciones. Durante el infierno estival tiene menos de 4.000 habitantes. [131] Las plantas correderas abundan más que los visitantes. Pero cada invierno, cuando las temperaturas diurnas se vuelven suaves y agradables, centenares de miles de nómadas llegan hasta allí procedentes de todo el territorio de Estados Unidos y de Canadá y transforman el lugar en una metrópolis improvisada, bautizada como «el lugar de encuentro». Entre quienes llegan, hay turistas amantes del ocio en busca de climas cálidos, las llamadas «aves migratorias» —gente con pensiones generosas o jubilados afortunados que lograron conservar sus ahorros durante la crisis financiera de 2008—, y también supervivientes aferrados a los jirones del contrato social. La variedad de habitáculos que desfilan por la calle principal es un reflejo de sus circunstancias.

Llegan coches y camionetas con toda clase de habitáculos a remolque, desde relucientes Airstream de aluminio hasta vehículos a cuya caja se han añadido puertas y ventanas, y minicaravanas del tamaño de una tienda de campaña para mascotas. Se puede ver una casita con ventanas con gablete en el tejado, decorada con adornos que recuerdan las galletas de jengibre, montada sobre un remolque de dos ejes o también un camión que remolca un velero con cabina que permanecerá varado para ejercer la función de improvisado apartamento. Hay docenas de autobuses escolares retirados del servicio. Algunos todavía pintados de amarillo, como lápices número 2; otros decorados con escenas de paisajes naturales o volutas psicodélicas pintadas con espray. Algunos han sido transformados en sofisticadas viviendas con sofás y estufas de leña. Unos pocos combinan su función de vivienda y negocio, incluidos una heladería cafetería —una instalación retro pintada con los colores del arcoíris que por su aspecto podría pertenecer a un Ken Kesey redivivo adicto al café expreso— y un taller de forja con un yunque como divisa y el eslogan «Reciclamos los desechos de la sociedad a mano y martillo». [132] También hay camionetas desvencijadas con cabañas montadas sobre la plataforma de carga, lujosas autocaravanas con antenas parabólicas y viejos cacharros tan cargados de bultos que el chasis roza el asfalto. Otros están carcomidos por el orín y escupen volutas de humo por el tupo de

escape. Unos pocos exhiben carteles en los que solicitan donativos. Una furgoneta con un bidón vacío de gasolina atado al techo lleva pintada la frase «Ayuden a nuestra familia a iniciar su negocio» con la dirección en Internet de una campaña de micromecenazgo. En la parte trasera de una vieja camioneta camper aparece escrito con nítidas letras de molde negras: «Refugio para los sintechos» y «Dios les bendiga», con una lista de deseos debajo: «Necesitamos gasolina, dinero y una caravana más grande».



Una camioneta camper con inscripciones religiosas y peticiones de ayuda aparcada en un McDonald's, en Quartzsite.

Vale la pena señalar que no siempre se puede juzgar la situación económica de la gente solo por el aspecto de su vehículo de acampada. Por ejemplo, algunas de las caravanas aparcadas cerca de los lugares que contratan personal nómada recuerdan el tipo de vehículos turísticos que solemos asociar con veraneantes acomodados. Cuando empecé a visitar los parques de caravanas donde se hospedan los miembros del equipo de campistas de Amazon, me preguntaba: «¿Qué hacen aquí estos magníficos yates terrestres con antenas parabólicas?». Y descubrí dos cosas: la primera es que algunos de esos aparcamientos también albergan de manera transitoria a trabajadores bien pagados de las explotaciones petroleras, con dinero suficiente para comprarse esos lujosos juguetes. Y la segunda, que muchas personas no son propietarias de pleno derecho de sus autocaravanas. Igual que sucede en el mercado inmobiliario, es posible gastar por encima de las propias posibilidades y quedar atrapado en un ciclo de endeudamiento, con dificultades para pagar los plazos del crédito suscrito. Lamentablemente, como ocurre con los hogares tradicionales, los campistas también pueden arruinarse.

El tráfico avanza a marcha lenta. De todos modos, nadie parece tener prisa. Junto a las casas rodantes circulan vehículos todoterreno cubiertos de polvo que regresan de una excursión por el

desierto; los pasajeros llevan pañuelos en la cabeza y gafas protectoras, y parece que los hayan espolvoreado con azúcar glas. Tractores con remolque avanzan lentamente hacia las áreas de descanso para camiones y obstruyen los laterales. En los cruces, personas mayores con sillas de ruedas motorizadas y miembros de la generación del *babyboom* que transportan perritos en cochecitos para bebés esperan a que se despeje un paso de peatones. Adolescentes con rastas y veinteañeros con mochilas desgastadas están sentados en los arcones. Su tribu tiene muchos nombres: *crust punk*, *dirty kids*, trotamundos o arcoíris —una alusión a los *rainbow gatherings* («encuentros arcoíris»), a los que muchos de ellos asisten—. Algunos hacen autoestop para dirigirse a otros lugares, a Yuma, a Phoenix, adonde sea. Otros exhiben carteles de cartón en los que piden unas monedas, pero no lo consideran mendigar. Hablan de «colgar un cartel», «pasar el vaso» (*jugging*) o «recoger calderilla» (*spare-changing*), que es lo que uno hace cuando se queda sin dinero para gasolina. Muchas personas mayores los miran mal, pero otras les siguen la corriente. Una cajera canosa de la tienda Dollar General marca el precio de dos paquetes de seis latas de cerveza Miller Genuine a un tipo rubio con rastas y una sudadera con capucha marrón y se ríe cuando él le ofrece bromeando un puñado de piedrecitas de colores en vez de dólares. En la cola de la oficina de correos se inicia un animado debate entre un turista en busca de climas cálidos y un joven vagabundo con un ancho bigote retorcido. ¿*Los humanos son seres espirituales que trascienden la vida en este planeta o son solo unos inútiles que están destruyendo la Tierra?* Cuando anochece, los críos se retiran a sus campamentos en el desierto. Se pasan botellas de whisky alrededor de una hoguera, rasgúan sus guitarras, asan salchichas, lían canutos y matan el tiempo.

La mayoría de restaurantes del lugar están repletos a la hora de la cena, que comienzan a servir a última hora de la tarde. En *Silly Al's*, una pizzería popular, clientes ya mayores bailan el *Electric Boogie* y escuchan tocar a una orquesta cuyo repertorio incluye una canción de Barenaked Ladies que comienza así: «Si tuviera un millón de dólares, te compraría una casa». Otras noches cantan karaoke. Una mujer de cara arrugada con un sombrero de paja rojo se planta en la pista de baile con su *scooter* para personas con movilidad reducida y canta *Lookin' out My Back Door*, de Creedence Clearwater Revival, con un intenso vibrato. Durante el solo de guitarra, se desplaza con su *scooter* por el centro de la sala describiendo ochos y el público la vitorea.

El bar-lavandería de la calle principal está a tope, repleto de clientes que acuden a comer algo mientras lavan la ropa e incluso a asearse personalmente. Las duchas de la parte trasera cuestan siete dólares y van acompañadas de una larga lista de normas inscritas en distintos carteles: «Máximo: veinte minutos», «No fumar», «No teñirse ni usar tintes para el pelo», «Descalzarse antes de entrar en la cabina». La policía interpela a un grupo de arcoíris que merodean junto a la puerta lateral. Un cliente de la lavandería suelta una perorata sobre un cometa que destruirá el universo (y afirma que Obama no podrá evitarlo). En el aparcamiento, un viejo canoso sentado en el suelo, recostado sobre una valla metálica, lanza una y otra vez una piedra a un terrier Jack Russell, que la recoge obedientemente.

—¡Es un cazador de piedras! —exclama con una carcajada cuando se da cuenta de que lo estoy mirando.

(Buscar —o cazar, como dicen por aquí— piedras semipreciosas en el desierto es uno de los pasatiempos favoritos entre la gente de la zona).

Los dueños de los restaurantes no son los únicos que se afanan en ganar unos cuartos. Numerosos comerciantes acuden cada año a Quartzsite, instalan casetas provisionales o reabren las tiendas que han permanecido cerradas durante la temporada baja y llenan la población de

anuncios. «Mr. Motorhome tiene las caravanas más limpias de Quartzsite», afirma un vendedor agresivo cuya foto aparece en una serie de carteles con una sonrisa inquietantemente blanca. «No es un espejismo, las ofertas son auténticas», proclaman los anuncios de un competidor, RV for Less, que ofrece «Caravanas al mejor precio». «Desayuno con panqueques gratis», proclama una banderola colgada frente a Caravanas la Mesa, otra franquicia. Seis mañanas a la semana se forma una fila de personas mayores para acceder al Silver Buckle Customer Corral, una sala donde podrán tomar una comida caliente rodeados de pantallas de televisor en las que se proyectan anuncios de autocaravanas demasiado caras para la mayoría de ellos. (Reaccionan ante los anuncios como lo harían ante los sermones de un comedor social: un ruido de fondo obligado que procuran ignorar). Hay docenas de servicios dedicados a los vehículos de acampada, desde vertederos de residuos hasta franquicias de placas solares y talleres móviles de reparación de parabrisas. Algunos se anuncian con juegos de palabras facilones: Passmore Gas, A Toe Truck, [133] Proctólogo para autocaravanas. Otros apelan a sentimientos más nobles. Scharrel Pinstriping Services, que ofrece trabajos de decoración con pincel de punta fina, tiene una tienda de campaña coronada por una cruz gigante con un letrero que dice: «Confiad en América. América está con Jesús».

Todo el mundo intenta ganar un jornal en poco tiempo con la promesa de precios de saldo. «Tenemos una oferta más amplia y vendemos más barato», promete un anuncio. «¡Liquidación to tal!», anuncia otro. En los puestos de venta de alimentos recuperados —descritos como productos «abollados o con rozaduras»—, los compradores pueden conseguir con grandes descuentos artículos que han superado su fecha de caducidad en paquetes arrugados y latas manchadas. Detrás de la fachada pintada de rosa chillón de una tienda de ocasión llamada Adictos a las Rebajas, compran DVD —3 por 10 dólares— y vitaminas caducadas. «Este lugar es alucinante —escribió una compradora en Internet—. Como si un dormitorio universitario y un gran almacén Kmart hubieran engendrado una criatura fruto de un amor clandestino, la hubieran pintado de rosa chicle y la hubieran bautizado con una frase hecha». [134]

Quartzsite no dispone de una gran oferta cultural tal como la entienden en las ciudades, pero prácticamente todo el mundo visita el Oasis de la Lectura, en el extremo este de la calle principal. El propietario de esta librería es un septuagenario nudista, Paul Winer, que tiene la piel curtida como cuero bruñido y se pasea entre las estanterías vestido solo con una bragueta de punto. Cuando hace frío, se pone un jersey. Puede mantener en pie el negocio porque técnicamente no es una construcción permanente y eso reduce los impuestos. No tiene paredes propiamente dichas, solo un techo de caña sobre un suelo de hormigón, con lonas extendidas entre ambos. Contenedores marítimos y un tráiler anexos completan la instalación. La revista *Trailer Life* lo describió como «lo último en diseño arquitectónico estilo Quartzsite». [135] En un momento anterior de su trayectoria profesional, Paul viajaba con el nombre artístico Sweet Pie, un pianista que tocaba boogie-woogie desnudo famoso por su himno («*Que se jodan si no son capaces de aceptar una broma*»), que invitaba a corear al público y todavía ejecuta de vez en cuando en un piano de cola pequeño cerca de la entrada de la tienda, a poca distancia de una sección de libros para adultos discretamente disimulada. También hay una sección de cristianismo, pero está al fondo y Paul generalmente tiene que ayudar a la gente a localizarla.

—Siguen mi culo desnudo hasta la Biblia —declara.

Quienes buscan una experiencia religiosa más tradicional se dirigen al otro extremo de la calle principal, al oeste del Oasis de la Lectura, donde una carpa blanca y morada alberga los Servicios de la Última Oportunidad. En las sesiones de reavivamiento, un predicador itinerante rasga una guitarra eléctrica dorada que irradia la luz de Jesús.

—¡El mundo entero verá esta luz! —exclama—. No está solo en esta carpa. No está solo en Quartzsite. No está solo en Arizona. ¡Es una luz inmensa! ¡Más amplia y mejor! [136]

Al final de cada servicio, los feligreses se acercan al púlpito, donde serán ungidos con aceite. El predicador «habla lenguas» y los agarra por los hombros mientras insta a los creyentes —incluida una mujer con muletas— a dejarse caer entre los brazos de los acólitos, que los aguardan.

Decenas de miles de nómadas comparten cada año el espectáculo invernal que representa Quartzsite. La población tiene solo tres pequeños moteles, pero en cambio cuenta con más de setenta aparcamientos para caravanas con nombres que prometen relajamiento: Sol de Arizona, Oasis en el Desierto, Palmeras Ociosas, El Espejismo, Paraíso, Refugio Invernal, Ruta con Vistas. (El lema de este último —«Gozar de la vida en el carril lento»— resume el argumento propagandístico general). Cobran una tarifa media de 30 dólares diarios por una plaza de aparcamiento en un terreno asfaltado o cubierto de grava con derecho a conexión al suministro eléctrico y de agua, vaciado de aguas sucias, acceso a duchas y lavandería, y a veces también wifi y televisión por cable. Muchos no admiten huéspedes menores de cierta edad —que en este caso significa «nacidos antes de la presidencia de Eisenhower»— y exhiben carteles que indican: «55+». Un periodista de *The Scotsman* tituló un artículo sobre este ambiente «Parque de Caravanas Jurásico».

Sin embargo, la mayoría de la gente que se hospeda en Quartzsite no se toma la molestia de instalarse en un aparcamiento de caravanas. Prefieren acudir al equivalente local de un barrio de viviendas baratas —los terrenos públicos situados en las afueras de la ciudad—, cual pioneros atraídos por una moderna fiebre del oro. («La fiebre de los viejos», decía el mismo periodista escocés con un juego de palabras). [137] Allí acampan sobre una mezcla compacta de polvo y grava que llaman «cemento del desierto». Prefieren acampar por libre y no pagar por ningún servicio, usan placas solares y generadores para disponer de electricidad y transportan sus propias reservas de agua en bidones y depósitos. El paisaje compensa las comodidades materiales que sacrifican. Aparcan junto a saguaros gigantes con los brazos extendidos y el tronco alto y grueso como un poste de teléfonos; desde lejos, las autocaravanas parecen estar enganchadas a los cactus cual gigantescos postes. Se agrupan junto a las ramblas secas, buscando las escasas zonas de sombra entre gobernadoras, mezquites, olneyas y paloverdes. Como compañía tendrán ratas canguro, codornices desérticas, lagartos, escorpiones y manadas de coyotes, cuyos ladridos nocturnos compiten con el ronroneo de sus generadores. (También hay serpientes de cascabel, pero están hibernando y no se moverán hasta la primavera, cuando centelleantes oleadas de calor barran el desierto y expulsan a la mayoría de visitantes humanos). Una vez instalados, colocan alfombrillas frente a la puerta, sacan barbacoas y tumbonas de jardín; despliegan toldos, céspedes artificiales y alfombras impermeabilizadas; izan banderolas de colores y montan pequeños cercados para los perros. Parece una enorme fiesta campestre, un espectáculo que el *National Geographic* describió una vez como «el mayor aparcamiento de América». También ha recibido otros nombres, entre ellos «receso de primavera para séniores» [138] y «Palm Springs de los pobres». [139]

Ese desierto abierto es territorio federal, dependiente de la Agencia de Administración de Tierras, y comprende zonas de acampada gratuitas que acogen a viajeros nómadas durante un máximo de dos semanas seguidas. Transcurrido ese tiempo, tienen que trasladarse a otro tramo de desierto federal situado a 40 kilómetros de distancia como mínimo o a la Zona de Larga Estancia de La Posa, que se extiende justo al sur de Quartzsite sobre un terreno de casi 4.500 hectáreas. Acampar allí cuesta 40 dólares por 2 semanas o 180 dólares por hasta un máximo de 7

meses. [140] Las autorizaciones para acampar son adhesivos de vivos colores con la figura de un correcaminos y un gigantesco copo de nieve, que suelen permanecer adheridos a los parabrisas cual insignias de una sociedad secreta y permiten que los nómadas procedentes de lugares distantes que han acampado en Quartzsite se reconozcan fuera de temporada.

Se calcula que más de 40.000 campistas se instalan en el desierto en los alrededores de Quartzsite desde diciembre hasta finales de febrero. Bill Alexander los ha visto llegar y partir durante toda su vida o eso le parece. En su calidad de planificador de actividades recreativas al aire libre y primer guarda forestal empleado en la oficina de Yuma de la Agencia de Administración de Tierras, ha trabajado 17 años en esta zona. Y después de tanto tiempo, aún le impresiona el espíritu de buena vecindad que reina entre los campistas.

—Podemos tener un tipo que llega montado en su bicicleta con el perro atado con una correa y planta su tienda junto a otro que ocupa una autocaravana de 500.000 dólares hecha a la medida y los dos se llevan de maravilla —me contó Bill—. Esa capacidad de coexistencia nace simplemente del deseo de disfrutar de unos espacios públicos y del hecho de que estos pertenecen por igual al tipo de la bicicleta y al de la autocaravana.

Su observación me recordó las reflexiones de Iris Goldenberg, una trabajadora del equipo de campistas de Amazon que conocí en Fernley. A sus sesenta y dos años, Iris vivía en un remolque deportivo Carson Kalispell de poco más de tres metros de largo, que compartía con *Madison* —un shih-tzu—, *Pancho* —un periquito— y *Kaspar* —un locuaz loro gris africano bautizado así en memoria de un teólogo del siglo XVI—. Habíamos conseguido acomodarnos todos dentro del remolque y en el curso de la conversación ella mencionó Quartzsite. Yo no había oído hablar nunca de ese lugar. Al igual que Bill, ella también se admiraba de cómo se difuminaban las divisiones de clase allí. Un hecho nada desdeñable en el contexto de barrios segregados según el nivel de ingresos que están proliferando actualmente en Estados Unidos, donde los ricos viven separados —y aislados— de los pobres. Quartzsite no es así.

—Es el espacio de todos —me explicó Iris—. Tengas lo que tengas, eres bienvenida.

La primera vez que me habló de Quartzsite, Iris elogió con entusiasmo lo bien que le sentaba el clima seco y con qué poco podía vivir allí. Aparte del bajo coste del lugar de acampada, era fácil encontrar algún trabajo transitorio —las poblaciones de temporada necesitan personal temporal— en un periodo del año en que los bolos para trabajadores nómadas escasean en todo el país. Uno de sus trabajos había sido como lavaplatos por ocho dólares a la hora en la pastelería y restaurante Sweet Darlene (su lema: «Comida sabrosa, precios razonables»), donde los comensales comienzan a hacer cola a las cuatro de la tarde los viernes para aprovechar la oferta de pescado frito para quienes acuden a primera hora y, en la cocina, las pilas de platos sucios se acumulan tambaleantes hasta el techo. También ha trabajado en el Rockin' Wok, un remolque que vende comida china para llevar; cuando la visité allí, salió corriendo a mi encuentro para ofrecerme un puñado de galletitas de la suerte.



Iris Goldenberg con *Kaspar* , su loro.

Aunque el desierto hace aflorar el espíritu cívico, la gente es como es y sigue marcando territorio y dividiéndose en tribus. Trazar falsos límites marcando el terreno con piedras es una costumbre bien arraigada. También se dibujan figuras e iniciales con piedras, como tatuajes sobre el terreno. Los campistas crean barrios con nombres como Coyote Flat («llano de los coyotes») o Rogers ½ Acre Lazy Daze Homeless Camp («Roger y su campamento de 2.000 metros cuadrados para gente sintecho») y colocan indicadores improvisados, desde cuidadas señales de madera que parecen realizadas en una clase de trabajos manuales hasta letreros de papel escritos a toda prisa sujetos con cinta adhesiva a una estaca. [141]

Por lo que respecta a las tribus, en el desierto se celebran docenas de «encuentros»: reuniones de clubes de campistas que comparten alguna característica. Algunos están basados en criterios de edad. Uno de ellos, llamado Boomers, está reservado para socios de la generación de la posguerra, aunque tantos campistas entran dentro de esta franja que casi parece innecesario organizar un club. Otros grupos, incluidos los Xscapers [142] y NuRVers [143] , tienen como destinataria una franja demográfica ligeramente más joven, como revelan la ortografía errática y el uso de las mayúsculas, señal subliminar de la era punto.com. También existen otras sectas: para pescadores (Roving Rods), voluntarios de servicios de asistencia en catástrofes naturales (DOVES), y gais y lesbianas (Rainbow RV, sin ninguna relación con los jóvenes trotamundos llamados *rainbows* o arcoíris). Hay clubes para personas sin pareja, incluida la red de individuos nómadas (Wandering Individuals Network) SOLOS y Loners on Wheels («solitarios sobre ruedas»), este último con normas muy estrictas. «Nada de ñaca-ñaca bajo amenaza de expulsión», declaró un socio a un periódico de Texas, *The Victoria Advocate* . [144] El código de conducta de The Loners señala que todo el mundo debe «actuar como una persona sola sociable»

y establece que «personas de género distinto sin vínculos familiares no deben ocupar la misma instalación de acampada». En el desierto existe incluso un grupo dedicado al nudismo. Una zona de unas 30 hectáreas en el extremo sur del espacio dedicado a largas estancias, llamada The Magic Circle («el círculo mágico»), rodeada de carteles que anuncian: «Atención: nudistas tomando el sol pasado este punto». (Los vecinos de Quartzsite lo han calificado burlescamente en Internet como «tierra de las pieles marchitas» o «de las carnes flácidas»). [145]

Otros campamentos se componen de vehículos gemelos. Docenas de autocaravanas La-Z-Days, tráileres Casita o casas rodantes Montana aparcen en grupo para formar rebaños de una sola especie entre la dispersión anárquica de vehículos que ocupa el desierto. Topar con uno de esos grupos es como aterrizar de pronto en un sector de las afueras de casitas pareadas, cortadas con el mismo molde, en medio de la nada.

El *Financial Times* de Londres describió Quartzsite como «uno de los lugares más extravagantes y seriamente desquiciados de Estados Unidos». [146] Pero Quartzsite no es una aberración nacional. Sería difícil encontrar una población más quintaesencialmente estadounidense, hiperamericana hasta rozar la caricatura. La población autóctona prácticamente ha desaparecido y los visitantes que ocupan su lugar compran como *recuerdo* amuletos contra las pesadillas fabricados en Paquistán y mocasines con cuentas de colores hechos en China. El invierno no existe. Adivinos, personas en busca de experiencias espirituales y cazadores de ofertas confluyen aquí impulsados por la convicción compartida de que la mejor manera de esquivar los problemas vitales es llenar el depósito de gasolina y lanzarse a la carretera. Quartzsite ha sido siempre un refugio de viajeros, marginados, gente que intenta reinventarse. Y ha perfeccionado el arte de sortear los ciclos de bonanza y penuria.

Los orígenes de la población se remontan a 1856, cuando colonos blancos construyeron el fuerte Tyson, de propiedad privada, para repeler los ataques de los indios mojaves. [147] El fuerte se convirtió más tarde en una parada de diligencias, Tyson's Wells, cuyas ruinas albergan ahora un diminuto museo junto a la pizzería Silly Al. (La población cuenta con otros dos museos — uno que exhibe una colección de chicles procedentes del mundo entero y otro con recuerdos de la vida militar—, pero parecen gozar de menor popularidad). La memorialista Martha Summerhayes pasó una noche en Tyson's Wells en 1875 y lo describió como un lugar «sumamente melancólico y poco atractivo, impregnado del hedor a todas las pestilencias, morales y físicas». [148] Cuando se interrumpió el servicio de diligencias, se convirtió en un pueblo fantasma. En 1897, cobró nueva vida con el auge de la minería, la estafeta de correos volvió a funcionar y el municipio recibió un nuevo nombre: Quartzsite. (Debería haber sido Quartzite, «cuarcita», en honor al mineral. La «s» fue un error ortográfico que luego permaneció).

El personaje histórico más importante de Quartzsite fue un conductor de camellos nacido en Siria, llamado Hadji Ali. Tras su muerte, en 1902, fue enterrado en la localidad y se le conoce sobre todo por su apodo Hi Jolly, una deformación americanizada de su nombre. El ejército estadounidense lo había reclutado en 1856 para el cuerpo de camellos, un experimento de corta duración que utilizó esos animales, famosos por su mal carácter, para el transporte de mercancías en el suroeste del país. (Durante un tiempo los camellos incluso transportaron el correo entre Tucson y Los Ángeles. El programa se suspendió en 1861, cuando estalló la guerra civil). [149] La tumba de Hadji Ali exhibe a modo de lápida una pirámide de cuarzo y madera petrificada con un dromedario de acero en la cúspide; el conjunto mide más de tres metros de altura. En la parte frontal hay una placa con una inscripción que dice: «Aquí acampó por última vez Hi Jolly,

nacido ca. 1828 en algún lugar de Siria» y «Fiel colaborador del gobierno de Estados Unidos durante más de 30 años». Dicen que las cenizas de *Topsy*, uno de sus camellos, están enterradas con él.

Hadji Ali es el ciudadano más famoso de Quartzsite, con la posible excepción del librero desnudo. Los visitantes que llegan a la población pasan junto a unos letreros de bienvenida de tamaño gigantesco decorados con camellos de metal como el que puede verse sobre la tumba de Ali. Uno de los parques de caravanas locales se llama Camello Disecado. Cerca del extremo oeste de la calle principal, se alza una gran escultura de un camello construida con llantas de automóvil y otros restos de chatarra soldados. Y Quartzsite celebra un desfile anual dedicado a Hi Jolly; en tiempos más prósperos, era un festival en toda regla que llegó a incluir, en años distintos, carreras de destrucción y carreras de camellos. Y en el Club de Yates de Quartzsite — un bar y restaurante que funciona como casa de apuestas y tiene como lema *Long Time No Sea* («mucho tiempo sin mar») —, [150] el hijo del propietario solía vestir un disfraz completo de camello y desmelenarse en la pista de baile cuando la orquesta tocaba *Hi Jolly*, una canción folk de éxito de los New Christy Minstrels que describe al conductor de camellos como un trabajador incansable y también un buen vividor mujeriego.

Pero la estrafalaria historia de Quartzsite no fue suficiente para evitar su declive. A mediados de los años cincuenta su población se había reducido a apenas 11 familias. [151] Luego, según reza la leyenda, resucitó gracias a un montón de chatarra y bonitas piedras. En los años sesenta comenzaron a instalarse grandes mercadillos de segunda mano, después de que una furgoneta sufriera una avería en la carretera interestatal 10. La conductora, una madre que viajaba hacia el oeste con cuatro hijas de corta edad, sin dinero para pagar la reparación, vendió los juguetes de las niñas. Otras personas siguieron su ejemplo y comenzaron a vender objetos desde la puerta trasera de sus vehículos. La práctica dio lugar a un extenso bazar. Para aprovechar la afluencia de compradores, en 1967 un grupo dedicado a promover la recuperación de la zona organizó una exposición de piedras semipreciosas y minerales llamada Pow Wow. Este acontecimiento llegó a ser tan popular que muchos le atribuyen la recuperación de Quartzsite cuando ya estaba al borde de la extinción. Con el tiempo, se le sumaron numerosos mercadillos de segunda mano y de trueque. En invierno, estos ocupan varias hectáreas de desierto asfaltado y cubierto de grava que permanecen desocupadas el resto del año. Parece la subasta de los bienes de un coleccionista compulsivo, con mostradores que ofrecen calaveras de vacuno, utensilios de cocina de hierro colado y bolsos de mujer con compartimentos ocultos para la pistola. [152]

En uno de esos mercados, el Hi Ali Swap Meet, en la calle principal, conocí a Sharen Peterson, de setenta años. Todo el mundo la llamaba Cheri. Había desplegado sobre dos viejas puertas de madera que le servían de mesa la colección variopinta de objetos que tenía en venta. Entre ellos una catana, una piel de ciervo, camisas hawaianas y artículos domésticos que ya no necesitaba, dado que vivía en una furgoneta Ford E350. Entre sus mercancías, había recortes de papel dispersos sobre los que había escrito frases ingeniosas como las que se leen en las pegatinas que decoran algunos coches: «Dado el coste de la munición, no esperen un primer disparo al aire» y «No somos aves migratorias, somos copos de nieve». Algunas personas se acercaban a curiosear. Uno compró cuatro camisas por diecisiete dólares.

—¡El mundo sería un lugar mejor si todos vistieran camisas hawaianas! —exclamó Cheri.

Otro pagó 25 dólares por una vajilla marrón y turquesa que Cheri había comprado en Santa Bárbara por 20.

—Es la única adicción que te permite recuperar tu dinero —comentó a propósito de la compra en tiendas de objetos usados.

Cheri se cubría la cabeza con una gorra de béisbol adornada con pins dorados y plateados de un caballito de mar y otros seres marinos, bajo la cual asomaban dos trenzas rubias. Tenía numerosas arruguitas en el ángulo de los ojos y un bronceado permanente, posiblemente resultado de sus tiempos de surfista en Manhattan Beach, al sur de Los Ángeles, en los años sesenta. (Aún conserva una serie de fotos de carnet y tamaño póster en las que aparece en bikini con una media melena con las puntas peinadas hacia arriba, junto a una tabla amarilla). Recordaba que en aquel tiempo era más fácil sobrevivir. Ella se guiaba por la norma de los 25 centavos:

—Las hamburguesas, los cigarrillos y la gasolina costaban 25 centavos el galón, el paquete o el medio kilo.

Cheri vivía en la furgoneta desde que se había visto obligada a vender su casa en Minnesota. La había comprado en 1989 y durante 23 años había vivido allí como casera, alquilando las habitaciones que no necesitaba para cubrir los gastos. Hasta que descubrieron que carecía del permiso necesario y tuvo que suspender esa actividad, lo cual la obligó a vender la casa.

—Los burócratas se están poniendo muy quisquillosos —se lamentaba.

Inicialmente tenía previsto invertir el producto de la venta en acciones y vivir de eso. Pero la casa, valorada en 300.000 dólares en 2002, se vendió por solo 140.000 tras la crisis inmobiliaria. Una vez pagada la hipoteca y la comisión del intermediario, no le quedó gran cosa, pero procuraba salir adelante con optimismo. Su furgoneta era originariamente un minibús de quince plazas. Me contó que era como vivir en una mansión móvil con ventanas panorámicas por todos lados, con la diferencia de que el paisaje variaba continuamente. Su pensión de la Seguridad Social era de 600 dólares mensuales, una vez descontados los 100 del seguro médico Medicare.

—Habitualmente, me llega para pagar la gasolina —comentó riendo—. Y cuando no me alcanza, no me muevo del sitio.

Embutió toda su ropa en tres contenedores de plástico que llevaba en la furgoneta y alquiló un trastero por 600 dólares anuales. Me dijo que pagaba 300 dólares mensuales por su espacio en el mercadillo de trueque, más otros 50 por una licencia para vender en la localidad. Cuando no estaba en el mercadillo de Quartzsite, vendía bisutería en la costa de Santa Bárbara, donde un permiso para toda la temporada costaba solo 100 dólares, pero no incluía el periodo comprendido entre las 2 y las 6 de la mañana, cuando las playas estaban cerradas. ¿Adónde iba durante esas horas?

—Me escondo —me respondió sin darle mayor importancia y me explicó que había muchos sitios donde podía aparcar sin llamar la atención y que, a diferencia de la furgoneta hippy cubierta de pegatinas que tenía en otro tiempo, su refugio actual era blanco, sin nada que atrajera la atención.

Un par de días después de conocernos, nos reunimos para cenar en el Club de Yates. Cheri pidió una hamburguesa doble y se comió solo la mitad. La otra la envolvió con cuidado en una servilleta de papel para llevársela a *Skittles*, un perro que había dejado a su cuidado otro vendedor ambulante mientras hacía un corto viaje a Phoenix. Se preparó aparte una ensalada con el acompañamiento de la hamburguesa —lechuga, tomate y cebolla— y la alió con una mezcla de kétchup y mayonesa que recordaba una salsa rosa. Bebió dos cervezas O'Doul's sin alcohol y un vaso de agua con hielo y limón que saboreó a pequeños sorbos. Cuando acabamos de comer, no me dejó pagar su parte y luego vertió con cuidado el resto del agua en un recipiente de poliestireno para llevar. Era una bebida refrescante y el hielo era un pequeño lujo para ella, ya que no podía producirlo en su furgoneta.

Regresamos juntas al mercado de trueque Hi Ali y, cuando le pregunté dónde dormía por la

noche, me respondió que lo más sencillo era quedarse en su furgoneta, que tenía aparcada justo enfrente de las mesas donde exhibía sus productos. Nadie la molestaba allí. Me dijo que vivir en Nueva York, como yo, era una insensatez y que daba gracias por no encontrarse varada en una «jungla de asfalto», dondequiera que fuese.

—Si los pájaros pueden vivir en un parque y en la ciudad, ¿por qué no iba a poder yo? —me planteó—. No estamos obligadas a vivir donde se supone que debe vivir la gente, ¿ese es el quid de la cuestión!

Como muchas pequeñas poblaciones de Estados Unidos, Quartzsite está pasando momentos difíciles. En medio del ajetreo comercial de la calle principal, también se pueden ver negocios que no han salido adelante. Un restaurante con la puerta y las ventanas tapadas con tablones. En una gasolinera con la pintura desconchada y descolorida, las bombas dispensadoras parecen llevar décadas abandonadas.

Los visitantes habituales dicen que, durante la temporada alta, Quartzsite atraía a tantos caravanistas que era posible cruzar el desierto saltando de un techo a otro. Pero la afluencia parece haber disminuido fuertemente en los últimos años. Nadie parece saber exactamente por qué, pero cada cual tiene su teoría favorita, desde los conflictos políticos locales hasta la subida del impuesto sobre los bienes inmuebles y el aumento de la tarifa que deben pagar los vendedores ambulantes de artículos de segunda mano, pasando por el tipo de cambio entre el dólar estadounidense y el canadiense y la fluctuación del precio de la gasolina. Algunos creen que los millares de buscadores de piedras semipreciosas que visitan las exposiciones de minerales de Quartzsite se están desplazando a otros acontecimientos similares que se celebran en Tucson. Y otros piensan que se trata de un síntoma de un malestar económico más general, debido al cual ha disminuido el número de personas que pueden permitirse pagar largos desplazamientos en una autocaravana que traga gasolina a espuestas, sin hablar del lujo que les supone tomarse un tiempo libre.

«He nacido en Quartzsite y recuerdo que a principios de los años ochenta teníamos más de 1 millón de visitantes durante el pico de la temporada alta. Ahora la cifra se aproxima más bien a los 300.000 —me dijo Philip Cushman, el presidente de la cámara de comercio local, en un mensaje electrónico—. Irónicamente, cuando no había aire acondicionado, la gente acampaba gustosa en el desierto durante seis meses. Ahora, en cuanto el termómetro alcanza los 37° todo el mundo sale en estampida hacia otros lugares».

Y añadía: «La composición demográfica de los visitantes invernales está cambiando. La generación de la Segunda Guerra Mundial se contentaba con jugar al bingo, ir a bailar, buscar minerales y hacer voluntariado en varias de nuestras organizaciones comunitarias. Ahora que la va reemplazando la generación del *babyboom*, observamos que quieren poder hacer más cosas o de lo contrario se aburren».

Se resiste a pensar que los mejores tiempos de Quartzsite se han acabado. En los últimos años, el municipio ha experimentado con la oferta de nuevos acontecimientos, como el Gran Encuentro de la Gente Mayor, una celebración de 4 días en honor de los abuelos durante la cual 631 asistentes, sentados y de pie, formaron una «Q» gigante con objeto de establecer un récord mundial Guinness como la letra humana de mayor tamaño. [153]

A pesar de estos esfuerzos, muchas de las personas que visitan Quartzsite están pasando dificultades y no son el tipo de turistas dispuestos a gastar que se requeriría para reanimar el lugar. En la Iglesia del Proyecto Isaías 58, situada en la avenida South Moon Mountain, Mike Hobby, un antiguo motorista convertido en pastor, y su esposa, Linda, pusieron en marcha un comedor social estacional para ayudar a esas personas. Después de haber vivido en persona la

experiencia de carecer de techo —una crisis de salud sepultó a la pareja, que carecía de seguro médico, bajo una oleada de facturas que era imposible pagar—, en 2003 fundaron su congregación religiosa con la misión de ayudar a los desposeídos. El programa se ha ido ampliando y ahora sirve miles de comidas cada año a personas ancianas y sintechos entre los meses de noviembre y marzo. A diferencia de muchas misiones religiosas, que no sirven la comida hasta que quienes acuden a ellas han escuchado un sermón —«dejarse acariciar los oídos», lo llaman los iniciados—, ellos no imponen ningún requisito.

Mike me dijo que muchos transeúntes ya mayores acuden a Quartzsite porque es «un lugar de retiro para gente con ingresos bajos» y «un escondrijo barato». ¿Para esconderse de qué?, le pregunté. Su respuesta: del descrédito, la vergüenza, la pobreza, el frío.

—En el desierto —me explicó— no temen morir de frío. Les dicen a sus hijos que aquí están muy bien.

Una noche que les visité, una hilera de comensales hacían cola con bandejas de plástico para recibir una ración de espaguetis con pollo a la cazadora, acompañada de ensalada, panecillos untados con ajo y tarta crujiente de manzanas. Se acomodaron en largas mesas en un galpón situado detrás de la iglesia, con una puerta que daba al aparcamiento. El ambiente era sociable. Personas jubiladas intercambiaban anécdotas con vagabundos que viajaban como polizones en los trenes de carga y ciclistas trotamundos. En una pancarta pintada a mano colgada del techo, una figura delgada se acercaba a una puerta flanqueada por llamas rojas, a la izquierda, y una nube dorada, a la derecha. «¡El tiempo se acaba! —proclamaba—. ¿Qué camino has elegido? Si no eliges a Jesús, habrás elegido el infierno».

Aquel día, cenando allí, conocí a Leonard Scott, antiguo propietario de una gasolinera, apodado Scottie, que llevaba el pelo gris recogido en una cola de caballo deshilachada bajo una gorra con visera con la inscripción «Jesús es el Señor». A sus sesenta y tres años, estaba viviendo en una autocaravana Winnebago de 1995.

—Cuando se hundió la economía, perdí mi imperio: dos casas y un dúplex que había comprado como inversión inmobiliaria.

Scottie había estado trabajando en unas termas en Tonopah (Arizona) para complementar su pensión de la Seguridad Social de 590 dólares mensuales y tenía previsto reunirse con unos amigos para recolectar colmenillas en la costa noroeste del Pacífico, que le habían dicho que se pagaban a 10 dólares la onza. Añadió que, algún día, esperaba trasladarse a una playa de Kauai y alimentarse con la fruta de los árboles. [154]

La iglesia está cerca del centro de distribución de alimentos para personas necesitadas. Pasé un rato allí con Carol Kelley, una viuda de ochenta años que gestionaba incansablemente el local tras un mostrador abarrotado frente a una pared cubierta de carteles con recomendaciones sobre nutrición.

—Me moriré en esta silla —bromeó.

Un camión articulado había volcado y les había llegado un inesperado regalo —cajas de guisantes dulces, pepinos, judías verdes y mangos—, y ella estaba atareada endosando los despojos a sus visitantes con el entusiasmo de un tendero obligado a saldar sus mercancías por incendio. Entró una pareja de Oregón que estaba viviendo en una furgoneta. La mujer me dijo que su cafetería se había ido a pique y estaban empezando de nuevo a partir de cero. Se le daban bien los retratos de perros y se dirigían a un mercadillo próximo con la esperanza de vender algunos de sus cuadros.

Carol les dio una caja de verduras. Cuando se marcharon, se la veía agobiada. Ya era difícil atender las necesidades de los residentes fijos de Quartzsite, me explicó, sin tener que ocuparse

además de los visitantes.

—Nuestra pequeña población tiene que alimentar a toda esta gente que viene a pasar el invierno aquí. No es justo —exclamó.

Uno de los voluntarios habituales intervino, como si quisiera tranquilizarla.

—Los alimentaremos a todos —afirmó en tono apacible—. Aquí tratamos a todo el mundo por igual.

Durante tres inviernos seguidos, estuve acampada en el desierto en las afueras de Quartzsite — primero en una tienda de campaña, luego en una furgoneta— para establecer contacto con los nómadas que residen allí durante tres meses seguidos. En algunos casos, tuve ocasión de entrevistar a las mismas personas y seguir su historia en el curso de los tres viajes. Entre ellas estaban Barb y Chuck Stout, la profesora de música y el antiguo vicepresidente de McDonald's a quienes ya había entrevistado antes en Nevada.

Cuando Barb y Chuck llegaron a Quartzsite por primera vez, todavía se estaban recuperando de sus tres meses de trabajo en el equipo de campistas. Al igual que sus demás compañeros y compañeras de trabajo, allí se habían visto sometidos a una triple prueba. En primer lugar, el esfuerzo físico extenuante («Músculos que hasta entonces no sabía que existieran se quejaban a gritos tras 10 horas de levantar pesos, hacer contorsiones, agacharme y alargar los brazos», comentaba Barb). Luego, el ambiente kafkiano. (Después de pasarse 45 minutos intentando encontrar un contenedor con espacio suficiente para depositar un producto, Barb tenía que repetirse: «Respira, respira» para no enloquecer en ese almacén que había bautizado como «Amazoo»). Y por último, el mero esfuerzo de supervivencia: el estrés de tener que soportar temperaturas bajo cero en un vehículo de acampada diseñado para climas más cálidos. (El suministro de agua quedó interrumpido cuando un filtro se congeló y reventó. Después se estropeó la bomba y Chuck perdió una jornada de trabajo para reparar los desperfectos).

Después de pasar por todo eso, estaban deseosos de un poco de sol de Arizona. Pero, como eran novatos en Q, no sabían dónde acampar por libre en medio de la gran extensión desértica. Otra pareja les había invitado a un encuentro anual llamado Birds of a Feather («aves de una misma pluma») y decidieron echar un vistazo. Entonces se encontraron con más de 85 autocaravanas Bluebird Wanderlodge de lujo aparcadas una junto a otra formando un círculo gigante, como los rayos de un sol dibujado por un niño, en una zona que los propietarios de los vehículos llamaban «el nido». Los parachoques delanteros apuntaban hacia el centro, alineados frente a unas «X» trazadas en el suelo a intervalos regulares de 7,5 metros exactamente. Una vez iniciado el encuentro, una pizarra que decía: «Bienvenidos a Q», actualizada a diario, fue anunciando el programa de actividades, desde un «Paseo para las señoras» (el subtítulo decía «Camina, zorra, camina...») hasta un «Circuito técnico masculino», una sesión con armas de fuego llamada «Tiro táctico» y la «Cena de Ray, con chuletones de primera». (Una nota advertía irónicamente del riesgo de que quien no hubiera pagado previamente su ración se encontrara con la sorpresa de que «Ray había donado su manjar divino a los sintechos de la zona»). [155]

Los Stout no tardaron en descubrir que su autocaravana National Seabreeze de 1996 era una «S. O. B.» (*Some Other Brand*, «de alguna otra marca») [156] y no le estaba permitido unirse al círculo de los miembros del club. Tuvieron que aparcar a una cierta distancia y algunas noches encendieron un fuego aparte.

Aunque se sentían desplazados en ese encuentro, los Stout no tardaron en restablecer contacto con una tribu más acogedora, unida por vínculos forjados trabajando duro. En un rincón del desierto llamado Scaddan Wash, se reunió extraoficialmente un grupo de miembros del equipo de campistas. Nueve amazonianos y amazonianas y un oficial de policía jubilado, que se unió al

grupo en busca de diversión, sentados en sillas de camping rememoraban su trabajo en el almacén mientras mordisqueaban chicharrones, nachos, zanahorias *baby* y sándwiches caseros de lechuga y huevo preparados por Barb. Cantaron *Los doce días de Amazon*, una parodia ideada por los trabajadores del clásico *The twelve days of Christmas*, [157] donde sustituían «diez señores saltando» por «diez trompetas sonando» —una referencia al ruido que reinaba en el almacén— y añadían otros regalos, como «una chapa identificativa», «dos pares de guantes», «tres chalecos color naranja» y, para acabar, «doce músculos doloridos». Después pusieron papeletas con sus nombres en un sombrero y las fueron sacando para repartirse como premio un botín de objetos con la marca de Amazon, incluidos llaveros, abridores de botellas, lápices de memoria y cordones para colgarlos al cuello. (Me ofrecieron un cúter, que rechacé educadamente alegando que tendría que tomar un avión para regresar a casa). Alguien lanzó un frisbi de plástico azul y *Sídney* —el perro pastor australiano mestizo de los Stout— salió corriendo en su busca. Comentaron que cuando estaban en Amazon contaban los días que les faltaban para que se acabara la temporada navideña y, en cambio, en Quartzsite era fácil perder la cuenta del paso del tiempo.

Barb y Chuck acabaron disfrutando de su estancia allí y lo convirtieron en un lugar de peregrinaje anual. Como Iris, encontraron pequeños trabajos en la población, incluido algún bolo en una exposición de vehículos de acampada, recogiendo desperdicios, vigilando una entrada reservada a los profesionales y como encargados de una caseta que vendía material de pesca, recipientes de bebidas para deportistas y otras novedades. Lo que más le gustaba a Barb era estar a cargo de la caseta; llegó a convertirse en un cruce entre una animadora de circo y la presentadora de una teletienda. Repartía muestras de ingredientes para elaborar un Bloody Mary y demostraba con destreza el manejo de un artilugio para anudar sedales de pesca. A su jefe le gustaba el espectáculo. Un día, una mujer montada en un *scooter* para personas con movilidad reducida se acercó al mostrador a curiosear y ella cogió una taza de café térmica transportable y la sujetó con el velcro a la pierna protésica de la mujer.

—¡Se adapta a cualquier soporte, en todo momento y en cualquier situación! —exclamó Barb y luego señaló a su jefe—. ¡No es una broma! ¡No le está tomando el pelo! [158]

La última vez que vi a los Stout en Quartzsite era el tercer invierno que pasaban allí. Para entonces ya eran nómadas veteranos. Sentados junto al fuego, ejecutaron un jubiloso ritual catártico: quemaron los documentos relativos a su antigua suspensión de pagos.

[130] E. B. White (1941): «One Man's Meat», en *Harper's Magazine*, mayo, p. 665.

[131] Exactamente 3.665 habitantes (+-10), según la estimación del censo de población de 2015 (https://data.census.gov/cedsci/all?g=1600000US0458010&tid=ACSDP5Y2015.DP05&y=2015&hidePreview=false&vintage=2015&layer=VT_201).

[132] <http://www.fulltime.hitchhitch.com/dec2010-1.html> y el sitio web del herrero Joe Vachon: <http://joetheblacksmith.com>.

[133] *Pass more gas* («pasa más gasolina») para una gasolinera, *a toe truck* («camión con un dedo en el pie»; de *toe*, «dedo del pie» y *to tow*, «remolcar») para un camión grúa. (*N. de la T.*)

[134] <https://www.yelp.com/biz/addicted-to-deals-quartzsite>.

[135] Bill Graves (1999): «Inside the Desert Bazaar (Quartzsite)», en *Trailer Life*, noviembre, p. 118.

[136] De una grabación del servicio religioso realizada el 4 de enero de 2014.

[137] *Gold rush* («fiebre del oro») y *old rush* («fiebre de los viejos»). (*N. de la T.*)

[138] «Like Spring Break for Seniors» (<http://obsirius.blogspot.com/2009/01/like-spring-break-for-seniors.html>).

[139] *Poor Man's Palm Springs*: Mark Shaffer (2004): «Snowbirds Walk on the Wild Side», en *The Arizona Republic* , 22 de febrero, p. 1.

[140] Dennis Godfrey (2015): «Where Friends Are Like Family», en *My Public Lands: The Bureau of Land Management Magazine* , primavera, p. 26.

[141] <http://rogersramblings41.blogspot.com/> o <http://www.misadventureranch.com/winter07.htm>.

[142] En su sitio de Internet (<https://www.escapees.com/community/xscapers/>) se describen así: «Trabajar mientras te desplazas de un lugar a otro o criar una familia mientras llevas una vida nómada ya no es un hecho fuera de lo común, sino que constituye un segmento rápidamente creciente del caravanismo. La tecnología moderna ofrece nuevos instrumentos que facilitan la vida en la carretera y ponen esta aspiración al alcance de muchos. Xscapers apoya este cambio y lo compartirá con gusto con quienes lo deseen. Para nosotros no es solo un modo de vida, sino un ideal consciente». (*N. de la T.*)

[143] Estos novísimos caravanistas (*nü* se pronuncia como *new*, «nuevo») se definen así en su sitio de Internet (<http://www.nurvers.com>): «El NürVer es un viajero o viajera de espíritu libre que busca pasar un buen rato y vivir aventuras de un modo ligeramente distinto. En vez de esperar que llegue “ese” día que tal vez nunca llegará, hemos decidido lanzarnos a la carrera ya, antes de que sea demasiado tarde. Muchos de nosotros hemos encontrado nuevas maneras imaginativas de ganarnos la vida mientras desarrollamos nuestra pasión por la aventura». (*N. de la T.*)

[144] Henry Wolff Jr. (1988): «Loners, But Not Alone!», en *The Victoria Advocate* , 17 de abril, p. 2, y el sitio web del grupo: <http://www.lonersonwheels.com/membership-form.html>.

[145] Comentarios en el grupo de Facebook, Quartzsite Chatter, 8 de diciembre de 2016.

[146] Nicholas Woodsworth (1997): «Flight of the Polyester-Clad Snowbirds», en *The Financial Times* , 8 de marzo, p. 19.

[147] Federal Writers' Project (2013): *The WPA Guide to Arizona: The Grand Canyon State*, San Antonio (Texas), Trinity University Press, p. 361.

[148] Martha Summerhayes (1908): *Vanished Arizona: Recollections of the Army Life of a New England Woman* , Filadelfia, J. B. Lippincott, pp. 138-139.

[149] Kenneth Weisbrode (2012): «The Short Life of the Camel Corps», en *The New York Times* , 27 de diciembre (<https://opinionator.blogs.nytimes.com/2012/12/27/the-short-life-of-the-camel-corps>).

[150] Juego de palabras con la expresión *Long time no see*, «mucho tiempo sin verte». (*N. de la T.*)

[151] Peter T. Kilborn (2003): «Where Scorpions Roam and Snowbirds Flock», en *The New York Times* , 10 de febrero, p. A1.

[152] Kate Linthicum (2011): «Keeping It Quirky», en *Los Angeles Times* , 16 de abril, p. 1.

[153] <http://www.qiaarizona.org/Grand-Gathering.html>.

[154] No es la primera persona caída en desgracia que tiene esa idea. El principal administrador de albergues para personas sin hogar en Hawái, el Instituto de Servicios Humanos, recibe cada año entre 100 y 150 llamadas y mensajes electrónicos de «personas que, de hecho, aspiran a vivir como vagabundos sintecho aquí en Hawái», declaró un representante de dicha organización a un periodista de la televisión local. La población que carece de vivienda se ha incrementado en más de un tercio en los últimos años y actualmente la proporción por habitante es superior a la de ningún otro lugar del país, hecho que ha motivado la declaración de una situación de emergencia por parte del gobernador y que el alcalde de Honolulu declarara «la guerra contra los sintecho». Entretanto, el sector turístico hawaiano ha comenzado a financiar una iniciativa para fletar aviones con el fin de devolver a las personas sin hogar al continente.

[155] <http://www.wanderlodgeownersgroup.com/forums/showpost.php?p=193151&postcount=126>.

[156] Juego de palabras con el significado de las siglas «S. O. B.», que en argot se interpreta como *son of a bitch* («hijo de puta»). (*N. de la T.*)

[157] *Los doce días de Navidad*, canción de Navidad en inglés antiguo, muy popular en los países anglófonos, en

la que se van enumerando doce regalos que una persona dice haber recibido de su enamorado o enamorada durante los doce días del periodo navideño, entre la Navidad y la Epifanía. (*N. de la T.*)

[158] En inglés, *Doesn't pull your leg* , con el sentido de «No le está tomando el pelo», pero literalmente «No le está tirando de la pierna». (*N. de la T.*)

La «cita de los vagabundos sobre ruedas»

La población de Needles (California) debe su nombre a un conjunto de escarpadas agujas de granito que se alzan como dientes afilados. John Steinbeck, en *Las uvas de la ira*, [159] la presenta como un lugar tan hostil como sugiere su geografía. La familia Joad decide descansar allí y acampa a orillas del río Colorado. Inmediatamente, aparece un ayudante del sheriff y los expulsa. Despectivamente, los llama *okies* [160] y les advierte con un gruñido:

—No queremos que vengáis a instalaros a aquí.

Ma Joad lo amenaza con una sartén de hierro.

—Señor, usted tiene una placa de latón y una pistola —replica—, pero en el lugar de donde yo vengo a la gente no se le grita.

Linda se detuvo en Needles camino del Rubber Tramp Rendezvous, la «cita de los vagabundos sobre ruedas». Había recorrido de una tirada el trayecto desde el almacén de Amazon en Fernley, a ocho horas de distancia. Igual que los Joad, estaba exhausta y esperaba dormir allí; a diferencia de lo que le ocurrió a la familia Joad, Linda tenía previsto evitar que la policía la obligara a marcharse. Para conseguirlo, tendría que encontrar un lugar donde aparcar gratis y sin llamar la atención una autocaravana de 8,5 metros hasta la mañana siguiente. Puesto que en Needles no había ningún Walmart, la opción más favorable podría ser algún establecimiento que permaneciera abierto toda la noche con un aparcamiento concurrido enfrente. Linda dejó la histórica Ruta 66 para consultar el horario de un supermercado Basha en la zona comercial del centro de la población. Cerraba temprano, pero a un centenar de metros había un gimnasio que permanecía abierto las 24 horas. No parecía que tuviera demasiada actividad, pero eso era lo que había. Linda aparcó frente a la entrada y se acostó.

Durmió toda la noche del tirón y por la mañana se despertó con la idea de que tenía que hacer una gestión. Por un descuido, el permiso de circulación de su autocaravana había caducado mientras estaba trabajando en Amazon —«¡Soy muy despistada!»— y tenía que renovarlo antes de seguir viaje. Con ese propósito, buscó la dirección de la oficina local del Departamento de Vehículos de Motor. El GPS de su móvil la condujo hasta el final de la calle, donde le indicó que diera media vuelta y recorriera un trecho en dirección contraria, para acabar llegando al punto de partida. Después de intentarlo de nuevo con el mismo resultado, acabó parando en una gasolinera para preguntar. El encargado le señaló una oficina situada cerca de la esquina del pasaje comercial.

—Había estado aparcada justo enfrente toda la noche y no la había visto —recordaba luego riendo.

Al poco rato, ya había renovado la inscripción de su autocaravana y avanzaba rumbo al sur a velocidad de cruce por la carretera interestatal 95. Quartzsite estaba a menos de dos horas de viaje. «Ven al Rubber Tramp Rendezvous y podrás tomar lecciones y aprender, además de hacer

muchísimas buenas amistades —prometía una invitación publicada en el sitio web de Bob Wells—. Los “furgorresidentes” modernos nos parecemos en muchos aspectos a los cazadores y tramperos que en otro tiempo se buscaban la vida en las montañas: necesitamos estar solos y necesitamos movernos, pero también necesitamos poder reunirnos de vez en cuando y establecer contacto con personas con ideas afines que sepan comprendernos». [161]

A Linda le pareció una propuesta fantástica, estaba hambrienta de compañía. Cuando, siete meses antes, se puso en camino con su autocaravana, la supervivencia económica no era su único objetivo; también anhelaba unirse a una comunidad más amplia de personas dispuestas a replantearse radicalmente la vida en busca de libertad y una existencia satisfactoria. Pero los turnos de noche en Amazon eran agotadores y solitarios. Los días que tenía libres los dedicaba a recuperarse más que a hacer vida social, de manera que las oportunidades de entablar relación con otros nómadas eran escasas. En cuanto el crudo invierno llegó a Nevada —con temperaturas de casi -20° bajo cero—, sus vecinos del parque de caravanas Desert Rose pasaban la mayor parte del tiempo arrebujados en sus vehículos, sin asomarse siquiera a los espacios comunes al aire libre. Linda ya estaba harta de todo eso y quería disfrutar el clima más suave de Quartzsite, donde por las tardes la temperatura se elevaba hasta los 21° .

Evidentemente, no estaba garantizado que la estancia fuera agradable. Linda no había estado nunca en Q, no sabía orientarse en la inmensidad del desierto que rodeaba la población y ni siquiera tenía las coordenadas del campamento. A diferencia de muchos neófitos, que previamente ya habían hecho amistad virtual con otros asistentes al encuentro a través de las conversaciones que se desarrollaban en el sitio de Bob, ella no había participado en ese diálogo. La única persona conocida que estaría allí era Silvianna. (Jen y Ash habían emprendido otras aventuras y no llegarían hasta mediada la quincena del encuentro). En consecuencia, Linda se sentía como una cría recién llegada a un colegio nuevo el primer día de clase. Quería conocer gente. Quería aprender cosas. Pero ¿y si no encajaba en ese ambiente? Al fin y al cabo, la mayoría del grupo serían nómadas minimalistas. ¿Acogerían bien su enorme autocaravana, que tragaba gasolina a espuestas?

Sin embargo, no perdió mucho tiempo dándole vueltas, sino que optó por pedir instrucciones a través de Internet. «Hola, es la primera vez que voy a ir al Rendezvous. ¿Es posible conseguir un mapa y un programa? Cualquier indicación será bienvenida. Gracias», escribió en una página de Facebook del encuentro. Alguien le envió un programa. Swankie Wheels respondió con un enlace a lo que parecía un mapa del tesoro prediseñado, con el trayecto para llegar al encuentro resaltado en amarillo. Una «X» roja y las palabras «Estamos aquí» señalaban el destino final.

Y con esa información salió en busca de la que esperaba que pudiera llegar a ser su tribu. La autocaravana avanzó traqueteando por Dome Rock Road East sobre un pavimento de aspecto cada vez más posapocalíptico a medida que se iba alejando de la población. En algunos trechos estaba tan castigado y agrietado que los conductores preferían seguir por el arcén. A su derecha se extendía Scaddan Wash, un terreno público que ofrece espacios de acampada gratuitos para estancias de 14 días. Con varias hileras de autocaravanas gigantescas apiñadas, parecía más el escenario de un botellón que un espacio natural. Más adelante, los últimos restos de camino asfaltado acababan frente a una barrera listada blanca y naranja. Allí, Linda describió un giro cerrado a la derecha para enfilarse por Mitchell Mine Road, un camino de grava que subía y bajaba a través del chaparral en dirección sur, dejando atrás las aglomeraciones para adentrarse en el descampado. Al cabo de unos dos kilómetros y medio, apareció un letrero amarillo que decía: «Rubber Tramp Rendezvous», con una flecha que apuntaba hacia la derecha. (El letrero ayudaba a localizar el campamento durante el día, pero llegar allí por la noche resultaba difícil para los no

iniciados. El primer invierno que estuve en Quartzsite, intenté visitarlo una noche y enseguida me perdí. Divisé una hoguera a lo lejos y me dirigí hacia ella esperando encontrar a «los vagabundos sobre ruedas», pero fui a dar con una tribu de arcoíris y *crust punkies* en plena juerga entre tragos de whisky y canutos de hierba. Me senté con ellos y escuché una canción irónica de Kimya Dawson entonada a viva voz por un guitarrista: «¡He desayunado una botella de cerveza Mad Dog! ¡Y he perdido un 50 por ciento de visión!»).

Linda avanzó a marcha lenta por la zona de acampada. Unas cinco docenas de vehículos dispersos ocupaban el paraje desértico, cual minúsculas casitas con un inmenso patio común. Había furgonetas de todo tipo: mini, de carga y de pasajeros, camper adaptadas con altos techos, otras con rampas para sillas de ruedas, camionetas de transporte cerradas. Una era un vehículo de alquiler con letreros a ambos lados que anunciaban su uso para mudanzas. (Linda se enteraría luego de que era la residencia temporal de un nómada en prácticas que había volado desde Chicago a Phoenix, donde la había recogido para trasladarse al encuentro y usarla como refugio mientras durase). Entre las furgonetas también había alguna caravana, camionetas camper y autocaravanas, junto con unos pocos coches deportivos y turismos —incluso un Prius— equipados para un uso prolongado como residencias móviles. También había un puñado de vehículos más exóticos, como un carromato de gitanos de madera hecho a mano y pintado de color verde mar. Construido siguiendo el modelo de los carromatos romanís tradicionales del siglo XIX, tirados por caballos, lo remolcaba una camioneta y era la residencia de un constructor naval de Oregón que había sobrevivido a un carcinoma renal y subsistía con una pensión de la Seguridad Social de 471 dólares mensuales.



Cartel indicando el camino de acceso al Rubber Tramp Rendezvous.

En medio de ese poblado anárquico había un gran círculo reservado para encender una hoguera, como lugar central de reunión. Linda encontró un espacio para aparcar su autocaravana no muy lejos de allí, junto a un pequeño grupo de árboles esqueléticos, y se dispuso a instalar su campamento.

La flotilla de viviendas móviles formaba un cuadro llamativo. Cuando, más adelante, Bob colgó varias fotos en su sitio de Internet, un lector comentó asombrado: «Si hubiera visto por casualidad las fotos sin ninguna explicación (...), habría dicho que estaba ante un reportaje sobre un futuro de crisis económica habitado por guerreros nómadas (...) en el que todo el mundo había optado por vivir en vehículos». [162]

Era el cuarto invierno que Bob convocaba un Rubber Tramp Rendezvous. Desempeñar el papel de gurú no era tarea fácil. Se había pasado meses planificando y difundiendo la convocatoria. Tras la inauguración, su tarea se volvió más tangible. Clavó el letrero que anunciaba el encuentro sobre unos postes sólidos que plantó firmemente junto al camino con ayuda de un mazo para que resistieran el viento del desierto. Fotocopió un calendario con todos los acontecimientos sociales y un programa de los seminarios que tenía previsto impartir. Montó una tienda estilo tipi con una cuba de 20 litros, bolsas de basura, toallitas húmedas y papel higiénico, como muestra de cortesía hacia los recién llegados. Apiló madera junto al círculo reservado para la hoguera y, a poca distancia, extendió en el suelo, como una alfombra, una lona azul que sujetó en las esquinas con piedras. Allí se depositarían los objetos que se ofrecerían gratuitamente a quien quisiera

llevárselos. Los nómadas se desprenden continuamente de objetos, en un intento por maximizar un espacio limitado. Cada día aparecía algo nuevo: mantas, libros, un gran sombrero de paja, piezas de automóvil, chancletas, una cámara digital, estacas para la tienda de campaña, vasos de plástico, un ejemplar de la revista *Backpacker* sobre Yosemite, camisetas, pantalones y un gran jarrón de terracota que el nuevo propietario llenó de ramitas secas, cubrió con una rejilla y luego lo usó para hervir una sopa. Linda hurgó en busca de libros y acabó llevándose todos los que despertaban su curiosidad; me mostró uno de sus hallazgos: un libro de bolsillo titulado *Los símbolos secretos del billete de un dólar. La magia y el significado ocultos del dinero que usas a diario vistos de cerca*.



Lou Brochetti de pie en su carramato de madera hecho a mano.

Bob no hacía negocio con el encuentro. Su hospitalidad le confería una impronta de generosidad que atraía a personas deseosas de compartir sus habilidades, recursos y experiencias sin más. Una cosmetóloga autorizada ofrecía cortes de pelo a cambio de la voluntad junto a la furgoneta Chevrolet Astro donde vivía con su marido y dos perros. Un caravanista había montado un bar tiki con un letrero de neón, estatuillas de flamencos y una palmera luminosa, y celebraba eventos. Swankie exhibía cómo funcionaba su horno solar —básicamente, una caja con espejos reflectores— y cocía brownies, pan de nueces y plátano y bollos rellenos de arándanos para todo el mundo. Algunos mecánicos enseñaban técnicas básicas de reparación de automóviles. Había carpinteros que montaban bases de cama y estantes para instalarlos en furgonetas recién destripadas. Gente que disponía de grandes placas solares cedía la energía excedente y dejaba enchufes con alargadores al alcance de quienes pasaban por allí para que pudieran recargar sus dispositivos. Una mujer sordomuda dio una clase improvisada de lenguaje de signos. Un chico mostraba cómo reparar neumáticos; había comprado un neumático radial

reforzado con bandas de cables de acero para que quien quisiera pudiera practicar y le dejaba perforarlo y a continuación sellarlo una y otra vez, para acabar recomendando un compresor de aire portátil de 12 voltios. Linda se interesó especialmente por estas últimas habilidades, que más adelante pudo aplicar durante otro periodo de trabajo como anfitriona de un campamento, donde sacó de un apuro a un grupo de guardas forestales cuyo vehículo contra incendios había sufrido un pinchazo.

Una caravanista, Lesa NeSmith, se levantaba cada mañana al salir el sol a encender el primer fuego del campamento y preparar una olla de café al estilo *cowboy* para ofrecer a cualquiera que se acercara con su taza. Era una antigua tradición que ya había iniciado cuando vivía en un edificio en Richmond (Virginia), donde los domingos por la mañana se levantaba temprano, preparaba el café en una cafetera eléctrica y dejaba abierta la puerta de su apartamento para indicar a sus vecinos que el café ya estaba hecho y listo para ser compartido.

Se organizaban comidas colaborativas: una velada dedicada a las patatas asadas con el acompañamiento que cada cual aportara, ollas comunes de sopa con chile cocinadas en calderos colosales a los que todo el mundo iba añadiendo ingredientes, una tradición que se remonta a los años treinta y recuerda las sopas que compartían los indigentes durante la Gran Depresión. Cada noche, tras la caída del sol, alguien encendía una gran hoguera, aunque a menudo se quedaba abandonada a partir de las nueve o las diez, cuando el sueño comenzaba a pesar en los párpados y empezaba a calar el relente.

También prevalecía un sentimiento generalizado de orgullo. Casi todas las personas con quienes hablé compartían la actitud de Al Christensen, antiguo director artístico de una agencia publicitaria, de sesenta y dos años, que prefería considerarse una persona «sin casa» más que «sin hogar». [163] Como es muy propio de su anterior profesión, Al maneja el lenguaje con destreza. Me describió cómo había asistido a la progresiva desaparición de puestos de trabajo en el sector publicitario en el curso de varios años y cómo las pocas oportunidades que quedaban iban a parar a los creativos más jóvenes. Había pasado de trabajar en una «agencia virtual» a estar «virtualmente en paro», me contó. Él mismo se describía como una persona solitaria y solo soportaba estar con gente durante un tiempo limitado. Tuvo que abandonar a la mitad un seminario sobre control de gastos para recuperar su soledad, aunque regresó al cabo de unos días. Le gustaba la gente que asistía al encuentro y pensaba que este daba una buena imagen del estilo de vida nómada, «lo presenta como algo perfectamente posible y respetable, no como quien dice que vive debajo de un puente en una furgoneta».



Bob se pone en manos de la cosmetóloga Kyndal Dimon para su corte de pelo anual.

Linda también estaba encantada con la cordialidad reinante. Quería aprender todo lo posible y asistía a los seminarios que se impartían casi todas las mañanas a partir de las diez. Muchos habituales del Rendezvous ya estaban familiarizados con las enseñanzas de Bob, ya fuera por haber extraído lecciones de su propia vida, ya fuera porque habían asistido a seminarios casi idénticos el año anterior o bien porque habían leído su libro —*How to Live in a Car, Van or RV... and Get Out of Debt, Travel & Find True Freedom* («Cómo vivir en un coche, una furgoneta o una autocaravana... y saldar tus deudas, viajar y gozar de auténtica libertad»)—. [164] Aunque el contenido del libro era principalmente de tipo práctico, también incluía algunos ejercicios para aspirantes a residir en una furgoneta que recordaban ciertas técnicas del arte dramático. «Practica en tu apartamento —recomendaba el texto—. El primer paso es instalarte en tu dormitorio y dejar de usar el resto de la vivienda». El paso siguiente, continuaba diciendo, era decidir las dimensiones de la futura residencia sobre ruedas. Si la persona en cuestión preveía que dispondría de seis metros cuadrados, por ejemplo, podía construirse un modelo de ese tamaño. «Consigue unas cuantas cajas grandes de cartón y delimita con ellas un espacio de 3 x 2 metros en un rincón de tu dormitorio —explicaba—. Ahora, múdate a tu “furgoneta” de cartón. En vez de vivir en el dormitorio, en adelante vivirás ahí». (Resulta difícil imaginar que estas prácticas con cajas de cartón de embalar frigoríficos puedan levantar el ánimo a alguien ya angustiado ante la perspectiva de trasladarse a vivir en una furgoneta).

Aun así, casi todo el mundo, antiguas y antiguos participantes incluidos, acudía con sus sillas plegables a escuchar. Algunos tomaban notas, otros estaban demasiado ocupados intentando resguardarse del aire frío de la mañana con las manos en los bolsillos de las sudaderas con capucha o bebiendo pequeños sorbos de café humeante. Algunos intentaban poner orden entre

las legiones de perros, propiedad de los nómadas, que merodeaban por el lugar. Los había de todas clases —desde chihuahuas hasta cazadores de mapaches, pasando por algún semilobo de modales amables— y deambulaban durante el seminario, saludándose entre ellos, mendigando bocados, olfateando las cenizas de la hoguera, orinando en los arbustos y matorrales (y una vez sobre mi grabadora) y enzarzándose en ocasionales escaramuzas.

Uno de los seminarios más animados estaba dedicado al arte de aparcar furtivamente. Las lecciones estaban dirigidas a las y los nómadas urbanos, que a menudo infringen las normas que prohíben aparcar, y versaban sobre los diferentes recursos para confundirse con el entorno y evitar la temida «llamada a la puerta» de un policía, los golpes de un borracho sobre la carrocería o que un viandante se asome a la ventana para preguntar: «¿Hay alguien ahí?». Era el enemigo común. Swankie incluso tenía pesadillas con este tema. «Tengo ese extraño sueño surrealista en el que alguien llama a la puerta de la furgoneta —escribió una vez—. En general ocurre cuando no me siento del todo cómoda con el lugar donde he aparcado o donde me he instalado por libre. Es una verdadera lata. Nunca hay nadie. Bueno, a veces sí, pero, si es la policía o un vigilante privado, normalmente *te dice algo* ». [165]

La primera recomendación de Bob fue buscar una zona segura. Su trabajo en el sector de las tiendas de alimentación y su experiencia al comienzo como campista en el aparcamiento de su centro de trabajo lo habían convertido en claro partidario de los supermercados abiertos 24 horas. Añadió que, en algunas ciudades en las que estaba prohibido aparcar en los hipermercados Walmart, los nómadas podían encontrar refugio junto a las tiendas de otras grandes cadenas, por ejemplo Kmart, Sam's Club, Costco, Home Depot o Lowe. Establecimientos dedicados a los entusiastas de la vida al aire libre, como Bass Pro y Cabela's, también eran una buena opción. Cracker Barrel era conocida por su tolerancia con los caravanistas. Los establecimientos de stripteis y las cafeterías abiertas toda la noche también podían ser útiles. A veces el mejor plan era aparcar el vehículo entre dos establecimientos, de manera que ambos den por supuesto que es un cliente del otro. Dondequiera que aparcasen, era prudente hacerlo marcha atrás, de modo que el vehículo quedara mirando hacia la carretera, listo para salir deprisa en caso de apuro. Y si permanecían un tiempo en el mismo sitio —sobre todo en la proximidad de zonas residenciales—, era bueno disponer de un aparcamiento diurno y otro nocturno. Durante el día, convenía aparcar en un lugar donde pudieran realizar las actividades habituales, incluido todo lo que fuera necesario hacer por la noche para dejar el vehículo listo para acostarse. El aparcamiento nocturno era el lugar al cual se trasladarían ya de noche, con la sola finalidad de dormir allí, para marcharse de inmediato por la mañana. Si necesitaban disponer de luz una vez instalados en el campamento nocturno, era aconsejable usar un foco con el cristal rojo, que proyecta una luz menos intensa.

Bob también destacó la importancia de tener preparada una buena excusa. Si has aparcado cerca de un hospital, puedes decir que has ido a visitar a un paciente. Si estás frente a un taller mecánico, puedes decir que te están reparando el motor. No obstante, recomendó a sus pupilos que a la hora de idear coartadas fueran conscientes de sus limitaciones y no exageraran.

—Si no eres buen narrador, no intentes contar cuentos —les aconsejó.

Otro factor era el camuflaje. Este incluía mantener limpio el vehículo, no dejar ropa sucia ni otros objetos sobre el asiento del acompañante y evitar los adornos que pudieran llamar la atención, desde muñequitos sobre la antena hasta adhesivos en las ventanas o pegatinas sobre el parachoques. (Este último detalle provocó protestas burlonas. «Y una pegatina que diga “¿Quieres saber quién fue Jesús?” ¿Acaso no serviría para ahuyentar a la gente?». Uno de los nómadas, que no era creyente, había puesto una de esas pegatinas en su camper como

experimento y guiño burlón para los informados). Bob sugirió a la gente que vivía en furgonetas de carga que podía adoptar una apariencia profesional y dejar un chaleco reflectante donde pudiera verse a través del parabrisas o quizás llevar una escalera plegable sobre el techo. Quienes vivían en vehículos de color blanco podían instalarse frente a empresas locales —como servicios de fontanería o de comida preparada—, que tienen flotillas de vehículos de ese tipo, e intentar fundirse con el rebaño. El camuflaje también incluía no cerrar demasiado a menudo las escotillas; si las ventanas siempre están tapadas, la gente se preguntará qué ocurre ahí dentro. Y requería asimismo aguzar el ingenio para no llamar la atención cuando acudieran a lavabos públicos para asearse; por ejemplo, se podían poner un chaleco de caza o de estilo deportivo con muchos bolsillitos para transportar discretamente los artículos de aseo.

Bob también hizo hincapié en que la policía no siempre es el enemigo. Algunos «furgorresidentes» y usuarios de autocaravanas contaban que habían recibido la «llamada a la puerta» de agentes que solo querían saber si estaban bien. Una explicaba que, en Ohio, un policía simpático a veces le ofrecía un café. Informarse de antemano sobre el lugar y hablar con otros caravanistas proporcionaba datos sobre la respuesta que cabía esperar en cada lugar. Donde la disposición era buena, la mejor opción a veces era acudir directamente a la comisaría, explicarles algún apuro y preguntarles por un lugar seguro donde poder aparcar para pasar la noche. Debían tener siempre presente que, por muy sigilosos que fueran, la policía municipal muy probablemente estaría al tanto de su presencia.

—Los polis son bastante listos y se darán cuenta de que hay gato encerrado si simplemente estáis «de paso» durante seis meses.

Aun así, todo el mundo reconocía que a menudo era preferible evitar todo contacto con la policía. Algunos recurrían a ardidés ingeniosos. Un caravanista explicaba en Internet que había instalado en su móvil una aplicación que le permitía sintonizar los canales de comunicación de la policía local. De ese modo podía escuchar sus conversaciones y saber si alguien le había denunciado por acampar ilegalmente, a fin de largarse antes de que apareciera la bofia. Además, también cumplía otra finalidad. Si se acercaba un grupo de gamberros, podía asustarlos conectando la radio de la policía y amplificando el sonido bien alto con todos sus chasquidos, de modo que hacía pasar su vehículo por un coche policial camuflado.

Otro seminario con gran aceptación era el que impartía sobre control de gastos, incluido un enérgico mensaje a favor del minimalismo y contra la cultura consumista. Informó a los asistentes de que, si bien todos eran esclavos de la economía de mercado, reducir sus necesidades materiales y gastar menos les permitiría maximizar su libertad.

—Según los criterios de la sociedad, yo soy pobre, pero como nómada puedo considerar que vivo bastante bien —explicó.

Recomendó economizar gasolina compartiendo siempre que fuera posible un vehículo entre varios para ir al pueblo, evitando desplazamientos innecesarios y consultando aplicaciones como Gas Buddy para localizar las gasolineras más baratas. También les instó a tener un fondo de reserva —de unos 2.000 dólares— para emergencias, aunque tuvieran que ahorrarlo poco a poco destinando un sobre a este fin y metiendo 3 dólares diarios. Dijo que conocía una persona que vivía con 250 dólares al mes.

—¿Cuántos de vosotros vivís con 500 dólares mensuales o menos? —preguntó. Se levantaron unas cuantas manos.

—¿Cuántos no tenéis deudas? —Una oleada de manos alzadas sepultó el goteo anterior, entre risas y aplausos.

Un chico se levantó para hacer una foto.

—Una imagen como esta sería impensable en ningún otro lugar del país —comentó admirado.

Cuando alguien planteó el tema de cómo ganar dinero en ruta, un nómada reveló que era crupier profesional de póquer. En todo el país hay casinos que contratan crupieres por cortos periodos de tiempo con motivo de algún torneo y se pueden ganar fácilmente 30 dólares a la hora, con las comidas incluidas. En su primer bolo, dentro de la Serie Mundial de Póquer (en Las Vegas), había ganado 11.000 dólares en siete semanas. El proceso de selección no parecía tener en cuenta la edad; había conocido crupieres de más de setenta y más de ochenta años. Solo le puso dos pegos. La primera, que los o las aspirantes tenían que seguir cursillos de formación y, aunque algunos casinos los ofrecían gratuitamente, otros podían costar unos cientos de dólares. La segunda pega era la necesidad de ducharse a diario.

Después de la charla sobre gestión del presupuesto, Linda me confesó que, a pesar de que no tenía claro si volvería a trabajar para Amazon, ser crupier profesional de póquer le sonaba como una posibilidad fantástica. Le recordaba los tiempos en que había trabajado como cigarrera y camarera de bar en el casino Riverside.

—¡Lo haría sin pensármelo! —me dijo—. Me encantaría trabajar de crupier profesional.

Otros seminarios aconsejaban sobre la instalación de placas solares, las posibilidades de empleo para campistas, cómo cocinar en un espacio reducido con material limitado y cómo acampar por libre en terrenos públicos. En una sesión dedicada a responder preguntas anónimas, los participantes plantearon asuntos peliagudos en unas pequeñas hojas de papel que depositaron en una lata. Un moderador las fue leyendo en voz alta: «¿Qué puedo hacer si mi familia no acepta mi modo de vida?», «¿Cómo podré encontrar a alguien que quiera salir conmigo?». También había algunas en tono bromista: «¿Cómo te las arreglas para echar un polvo en una furgoneta?».

Bob también explicó que era posible conseguir tratamientos dentales a bajo precio en Los Algodones, una población del estado mexicano de Baja California apodada la Ciudad Molar, porque unos 350 profesionales se apiñan en unas cuantas manzanas. Linda esperaba desplazarse algún día allí a que le arreglaran la dentadura superior, que había pisado sin querer un día que se le cayó del bolsillo de la camisa al alargar la mano para acariciar a *Coco*. Bob había ido por primera vez a Los Algodones cuando un dentista de Nevada le presentó un presupuesto de 2.500 dólares, muy por encima de sus posibilidades. Acabó consiguiendo el mismo tratamiento por 600 dólares. Aunque la diferencia no es siempre tan espectacular, los tratamientos dentales suelen costar menos de la mitad que en Estados Unidos.

Bob comenzó a viajar cada año a Los Algodones para una profilaxis dental que le costaba 25 dólares y, dado que la ciudad también está llena de ópticas y farmacias, aprovechaba para proveerse de medicamentos para la hipertensión —sin necesidad de receta—, además de pagar unos 100 dólares por una revisión de la vista y unas gafas nuevas. Tuve oportunidad de acompañarle una vez en su excursión anual. Un grupo nos trasladamos en un par de vehículos compartidos desde Scaddan Wash, cerca de Quartzsite, hasta Yuma y luego continuamos un trecho en dirección oeste hasta la pequeña población fronteriza de Andrade. Aparcamos cerca de un casino propiedad de la tribu yuma local y cruzamos la frontera a pie, junto a un letrero que decía en grandes letras: «Bienvenidos», con una advertencia en letra más pequeña debajo dirigida a los visitantes estadounidenses: «Portar armas es ilegal en México».

Bob nos condujo hasta un edificio que parecía de reciente construcción con la fachada de cristal y mármol. En el lado derecho colgaba una pancarta con fotos de pacientes sonrientes —la mayoría de piel blanca— superpuestas sobre una ilustración de un implante dental. Cruzamos la puerta de entrada forrada de espejos. Una vez dentro, el personal de recepción, vestido con batas

almidonadas de color gris azulado, nos invitó a sentarnos en una sala de espera con las paredes cubiertas de diplomas. Bob se avino a que le acompañara hasta un consultorio immaculado donde proyectaron en un monitor sus radiografías anteriores. Cuando me separé de él para explorar la ciudad, lo dejé tumbado en el sillón bajo la luz intensa de un foco, con la boca abierta, mientras un dentista exploraba el interior.

Salí a la calle y estuve paseando entre tiendas de curiosidades y expendedurías de licores, anuncios de audífonos con un 50 por ciento de descuento y una farmacia con una pizarra que anunciaba Viagra y pastillas para adelgazar a precios rebajados. En el escaparate de una tienda, podía verse una pareja de técnicos dentales sentados frente a una mesa de trabajo; uno llevaba mascarilla y estaba cortando con una pequeña sierra de arco un molde de yeso de una dentadura. Turistas canosos, sentados en los patios descubiertos, comían tacos de camarones, bebían margaritas y algunos bailaban al son de la música en vivo. Un guitarrista cantaba «*Desesperado*». Al doblar la esquina, me llegaron desde un bar los acordes de «*Hotel California*». Luego leí en un blog una nota de un nómada que había visitado Los Algodones después del Rendezvous y allí le habían regalado los oídos con la grabación de «*Take It to the Limit* y *Lyin' Eyes*» en estéreo mientras le limpiaban y radiografiaban los dientes. Parecía imposible recorrer más de una manzana sin oír la música de los Eagles. [166]

Esperamos a que pasara la hora punta, desde las doce hasta las tres de la tarde —cuando se puede llegar a hacer hasta una hora de cola para cruzar la frontera—, y entonces regresamos a Arizona.

Linda estaba disfrutando de su primera estancia en el Rubber Tramp Rendezvous cuando me crucé con ella por primera vez, a la salida del seminario sobre control de gastos. Le pregunté qué le parecía el encuentro.

—Oh, es increíble —me dijo—. El otro día, por primera vez en muchos años, me sentí dichosa. ¡Dichosa!, que es mejor aún que ser feliz —me explicó con una mirada pícara, mientras recordaba una excursión hasta el pueblo que había hecho con Sylvianne.

—Mientras recorríamos la calle en su minibús buscando un lugar donde tirar la basura, de pronto me dije: «Así vivimos nosotras. Es fantástico vivir así».

Pasados unos días, Linda seguía en la cresta de la ola de ese bienestar. Me contó que antes de descubrir el sitio de Bob en Internet estaba conectada en modo supervivencia.

—Ahora no me limito a sobrevivir, ¡ahora estoy viva! —exclamó entusiasmada—. Esa es la idea, ¿sabes? En la vejez queremos estar vivas y no solo sobrevivir un día tras otro.

Tras varios meses corriendo arriba y abajo en el almacén, por fin empezaba a relajarse. Cosas que habitualmente la irritaban ahora le parecían graciosas, como el cobrador que no paraba de llamar una y otra vez intentando comunicarse con una anterior titular de su número de teléfono. En otro tiempo, Linda le habría explicado pacientemente la confusión. Ahora decía: «Un momento, voy a avisarla» y dejaba el teléfono descolgado durante veinte minutos. Se desternillaba de risa cada vez que lo contaba.

Jen y Ash se reunieron con Linda en el Rubber Tramp Rendezvous a mediados de enero. Una vez finalizado el trabajo en Amazon, habían visitado a unos familiares en Colorado, habían recorrido a pie la cresta sur del cañón del Colorado y habían visitado «las naves terrestres» de Nuevo México. Una vez localizada, aparcaron su *Manatí* detrás de la autocaravana de Linda.

No les sorprendió que, durante el tiempo que habían tardado en llegar hasta allí, hubiera hecho un montón de amistades que quería presentarles.

Una de ellas era Lois Middleton, de sesenta y un años, que estaba acampada no muy lejos en una caravana Aloha de 1965 de tres metros de largo que había bautizado como *Hogar, Dulce*

Hogar o, para abreviar, *Mi Casita* . Al igual que Linda, Lois también había trabajado como inspectora de edificios, pero después de veinte años en la misma empresa en Vancouver, en el estado de Washington, en 2010 la habían despedido en un momento de crisis de empleo. Al poco tiempo, empezaron a sucederse otras dificultades. Su padre falleció. Le embargaron el coche. Perdió su casa tras la ejecución de la hipoteca. Se declaró en quiebra. Pensaba irse a vivir con su hijo, pero él también perdió la casa porque tampoco pudo pagar la hipoteca. Lois se puso en marcha en su *Casita* sin saber cuál sería el siguiente paso. Como ella misma me dijo:

—El plan es no tener ningún plan.

Linda aún no lo sabía, pero también acababa de conocer a la mujer que acabaría siendo su mejor amiga. (Más adelante, comenzaron a referirse la una a la otra como MMA. Al principio era una imitación burlona de la jerga milenial, pero, con el tiempo, el tono jocoso desapareció para dejar solo un reconocimiento sincero). LaVonne Ellis era una escritora de setenta y siete años que vivía sobre ruedas desde el mes de octubre. Su carrera de periodista radiofónica, incluido un periodo como corresponsal de radio para la American Broadcasting Corporation (ABC), había acabado conduciéndola hasta una emisora de Mineápolis. Cuando llegó un nuevo jefe y suprimió la redacción de noticias, la ascendieron a un puesto directivo, pero no se sintió a gusto y se marchó sin que intentaran retenerla. Convencida de que no tardaría en encontrar un nuevo empleo, acabó descubriendo, a los cincuenta años, el fuerte deterioro del mercado de trabajo.

—En cierto modo, la edad me expulsó —comentaba.

Se fue a vivir con su hermana mientras buscaba un empleo y finalmente le ofrecieron un pequeño curro: leer cuñas de 30 segundos sobre el estado del tráfico por 10 dólares la hora. Lo cogió y estuvo trabajando en Los Ángeles y luego en San Diego. Iba corta de dinero —sobre todo porque era madre sola y todavía tenía a su hijo menor en casa—, pero iba tirando, hasta que empezó a sufrir ataques de migraña. Con el tiempo fue desarrollando una creciente sensibilidad a los productos químicos y los olores. En casa consiguió adaptarse recurriendo al uso de productos de limpieza inodoros, pero después de varias horas en la oficina sentía la cabeza a punto de estallar. Por fin, dejó el trabajo y recurrió a las prestaciones sociales y el subsidio de invalidez. Aunque conseguía algunos encargos *online* , no ganaba gran cosa. Al final había acabado durmiendo en un diván en la sala de estar del apartamento de un dormitorio que compartía con su hijo y la esposa de este. Aunque la incomodaba muchísimo invadir su espacio, no tenía alternativa; pero el apaño no funcionaba. Hasta que un buen día leyó un libro sobre la experiencia de personas que residían de manera permanente en una caravana y eso le dio una idea.

El verano de 2013, LaVonne alquiló un coche y pidió prestada una tienda de campaña para acudir a una versión más reducida del Rubber Tramp Rendezvous que se celebraba cerca de Flagstaff (Arizona). En su blog *The Complete Flake* («la inconstante total») lo describió como una experiencia transformadora:

Encontré a mi gente: un conjunto variopinto de seres inadaptados que me rodearon de cariño y aceptación. Cuando digo inadaptados no quiero decir perdedores ni desertores. Eran todas y todos ellos ciudadanos estadounidenses capaces, compasivos, trabajadores, a quienes se les había caído la venda de los ojos. Tras una vida dedicada a perseguir «el sueño americano», habían llegado a la conclusión de que todo eso solo era una gran estafa. ^[167]

Le gustó tanto que se compró una furgoneta, una GMC Safari del 2003 de color marrón con 207.000 kilómetros en el marcador. La consiguió por 4.995 dólares en un depósito de vehículos de segunda mano en El Cajón y la bautizó *LaVanne* ^[168] . El asiento posterior se convirtió en su sofá y su cama e instaló una cocina en la parte trasera. Su propósito era saldar las deudas, pagar

la furgoneta y ahorrar un fondo de emergencia mientras vivía con lo que recibía del seguro social e intentaba escribir sus memorias. Se instaló en *LaVanne* y se fue a ver a Bob, dos meses antes de conocer a Linda. El cambio fue duro al principio y pasó frío muchas noches. Bob le prestó un saco de dormir abrigado e insistió para que se lo quedara. «A mí no me gusta», le dijo.

LaVonne estaba disfrutando ahora de su primer Rubber Tramp Rendezvous como «furgorresidente» en toda regla. Dos nuevos amigos la habían ayudado a instalar una placa solar en el techo de *LaVanne*. Se había ofrecido como voluntaria para dirigir las caminatas diarias en grupo que salían desde la zona de la hoguera a las 8:30 de la mañana. Un día invitó a cuantos quisieran apuntarse a un desayuno de huevos revueltos y patatas en su zona de acampada. Cuando me presenté con unos cuantos huevos y zumo de naranja, LaVonne me miró con desconfianza. A la gente no acababa de gustarle tener a una periodista rondando cerca, me dijo. Temían que los presentara como «un hatajo de vagabundos sintechos». Le dije que esa no era mi idea y me retiré a un rincón para charlar con otros comensales.

Más o menos por esas fechas, LaVonne y muchos otros en el campamento aguardaban expectantes el inicio de un acontecimiento que se solapa con el Rendezvous y atrae a miles de nómadas cada año: el Sports, Vacation & RV Show de Quartzsite, la feria dedicada a los caravanistas, que todo el mundo conoce como la Gran Carpa, para abreviar un nombre demasiado largo. Con más de 200 expositores, parecía una gigantesca teletienda. Charlatanes con auriculares mostraban cómo se usaban las batidoras Vitamix y las fregonas de caucho. Había casetas que ofrecían curas para todo un alfabeto de dolencias, desde la ansiedad y la artritis hasta el lumbago y los juanetes, desde la gota y los espolones hasta el dolor muscular y la ciática. Un vendedor prometía apoyo a los propietarios de autocaravanas en apuros con letreros que anunciaban: «Somos la solución que le ayudará a liberarse del pago de su vehículo». Había mesas de la Asociación Americana de Nudismo Recreativo, de la aseguradora de vehículos recreativos Twin Peaks y de America's Mailbox, una empresa que ofrecía «servicios de reenvío de correspondencia y domiciliación» para itinerantes que necesitasen disponer con urgencia de una dirección fija en Dakota del Sur. Otros tenderetes ofrecían rodillos de pintor, superpegamento, tarjetas de identificación para mascotas, cursos de adiestramiento en el uso de armas de fuego y almohadas de masaje.

También había mesas donde reclutaban trabajadoras y trabajadores itinerantes. Amazon había enviado una representación que anotaba los nombres de las personas interesadas y ofrecía tacos de notas adhesivas de recuerdo con el logotipo sonriente de su equipo de campistas. Las empresas concesionarias del Servicio Forestal también estaban allí e instaban a los paseantes a solicitar un empleo como anfitriones o anfitrionas de sus campamentos. Algunas entrevistaban allí mismo a las o los aspirantes y les asignaban en el acto una zona de acampada. El representante de una de ellas tenía uniformes para el nuevo personal recién contratado. Una empresa de trabajo temporal llamada Express Employment Professionals buscaba peones para la recolección anual de la remolacha azucarera.

—Si rellena la solicitud, puede quedar contratada ya para la próxima temporada —me explicó el reclutador—. La contrataríamos hoy mismo.

Uno de los mostradores más llamativos tenía un rótulo luminoso que decía: *Adventureland* («tierra de aventuras»). Debajo había tres paneles con fotos de personal canoso del parque de atracciones con polo azul y chapa de identificación de plástico con su nombre. Se veían trabajadores y trabajadoras sonrientes sentados en el primer vagón del Tornado —una montaña rusa—, montados en una locomotora antigua, junto al Chicken Shack —un puesto de comida rápida— y exhibiendo vistosos premios de carnaval. Intercaladas entre las fotografías, habían

reproducido personajes de dibujos animados —sonrientes emoticones amarillos, un perrito con la lengua fuera— y consignas impresas:

¡Vuelva a disfrutar como un niño!

Campistas, ¡ha llegado el momento de pasarlo bien!

Acampar + trabajar + sonreír = ¡¡¡Diversión!!!

Adventureland, situado en Altoona (Iowa), había enviado un equipo encargado de reclutar a unos 300 campistas para atender sus atracciones, juegos y concesiones por un salario de entre 7,25 y 7,50 dólares la hora. El parque de atracciones también es propietario de una zona de acampada para autocaravanas colindante e insta al personal a acampar allí. Entre junio y septiembre, la tarifa es de 160 dólares mensuales y el personal que permanece la temporada completa no tiene que pagar los meses de agosto y septiembre.

La empresa venía contratando trabajadores y trabajadoras itinerantes ya mayores desde hacía casi veinte años y valoraba su actitud optimista. «Tienen el don de la palabra y creo que algunos serían capaces de mantener una conversación con un poste telefónico —declaraba entusiasmado el director de recursos humanos del parque, Gary Pardekooper, en una videoentrevista grabada en 2012 para *Workamper News*—. Nos gusta que sean así y a nuestros clientes también».

Hasta entonces solo había conocido a una persona que hubiera trabajado en Adventureland; cuando hablé con ella, estaba trabajando para Amazon en Fernley. La experiencia no le había entusiasmado.

—La dirección era horrible; el público, francamente desagradable; y el clima, brutal. Además, estábamos en Iowa y hacía calor —se sinceró la mujer de sesenta y dos años, y añadió que muchas y muchos compañeros de trabajo lo habían dejado porque se sentían maltratados—. Un tipo se enfadó tanto que se subió a su autocaravana y se largó, a pesar de que todavía tenía el toldo extendido y clavado en el suelo —dijo, partiéndose de risa mientras describía cómo aleteaba la lona agitada por el viento.

Entonces todavía no lo sabía, pero el año siguiente tendría ocasión de hacer una parada en Adventureland a mediados de julio en el curso de un viaje a través del país. Aquella tarde la humedad era alta, con temperaturas en torno a los 35° y una atmósfera centelleante a causa del calor. El parque temático parecía un espejismo coloreado como un caramelo entre unos campos de maíz verdes y Prairie Meadows («las praderas»), unas instalaciones vecinas que incluían un hipódromo y un casino. En el terreno de acampada destinado al personal habían plantado fresnos. Muchas de las autocaravanas lucían banderas estadounidenses y llevaban matrícula de los estados del interior del país: Iowa, Nebraska, Minnesota y Dakota del Sur. En la parte del fondo había un par de tiendas de campaña. Entre los nómadas parecía haber algunos antiguos residentes, como indicaban las hierbas que habían crecido junto a sus neumáticos y las tomateras bien desarrolladas en bidones de 20 litros.

En el interior del parque, el personal parecía estar compuesto a partes iguales por alumnado del instituto local y personas ya mayores. Había muchas tiendas de recuerdos. En una de ellas vendían camisetas que decían: «Dios es más grande que cualquier fracaso, deuda, ejército o montaña que pueda interponerse en tu camino». En otra, una dependienta de sesenta y tantos años me habló entusiasmada de un reciente aumento de sueldo que había sido una sorpresa para todos. Ahora cobraban 8,50 dólares la hora. Ella y sus compañeras lo atribuían a una posible presión externa, habida cuenta de que en Walmart habían empezado a pagar a 9 dólares la hora. Y añadió que, aunque en principio iba a trabajar a jornada parcial, la empresa andaba escasa de personal y ahora estaba a jornada completa. (Eso explicaba por qué, mediada ya la temporada,

alrededor del parque todavía había carteles que anunciaban: «¡Hay vacantes! Disfruta con uno de nuestros empleos de verano. ¡Trabaja en compañía de todos tus amigos!»). Cambiando de tema, le pregunté por su atracción favorita.

—Mi favorita es un viaje de regreso a casa en un carrito de golf —respondió con sorna.

Otra dependienta, de setenta y siete años, me dijo que había trabajado reclutando personal para el parque. Comentó con orgullo que los años y los achaques asociados a la edad no parecían amilanar a sus compañeras de trabajo y añadió que en ese momento una de las más cercanas tenía ochenta años.

—En una ocasión tuve una persona de ochenta y seis años en mi sección—me dijo—. Y tuvimos empleado a un hombre en silla de ruedas que estuvo destinado en el parque acuático porque sabía usar el contador. Y un hombre con un solo brazo estuvo encargado de supervisar todas las atracciones.

Un poco más allá, el encargado del Tornado —la montaña rusa— llevaba unas gafas bifocales con montura metálica y un sombrero de paja de ala ancha. Me dijo que tenía ochenta y un años.

Pero ni siquiera con la actitud más animosa era posible evitar alguna tragedia. Menos de un año antes de mi visita a Adventureland, un campista había muerto en un accidente laboral. Steve Booher, pastor protestante y cartero jubilado de cincuenta y seis años, estaba ayudando a unos pasajeros a desembarcar en la atracción llamada Raging River («río tumultuoso») y la cinta transportadora sobre la que se desplazaban las balsas se puso en marcha antes de tiempo. El hombre, que todavía tenía un pie sobre la balsa cuando esta arrancó, cayó de la plataforma de cemento y se golpeó con la cinta transportadora, fracturándose el cráneo. [169]

Adventureland reabrió la atracción en cuestión el día siguiente. Hubo una investigación y al cabo de dos meses la inspección laboral del estado envió una notificación al parque donde le imponía una multa de 4.500 dólares y le exigía una mejora de las medidas de seguridad.

El ritmo de vida en el Rubber Tramp Rendezvous cambió tras la inauguración de la Gran Carpa. Los días, que hasta entonces habían transcurrido lánguidamente, empezaron a pasar deprisa. Un número creciente de personas comenzaron a dejar el campamento para pasar el día en el pueblo. Y cuando estaban allí, empezaban a hacerse preguntas. «¿Adónde piensas ir ahora?», «¿Cuándo volveremos a vernos?», «¿Has encontrado trabajo?». Pronto habrían transcurrido ya 14 días, el periodo máximo durante el cual se podía acampar gratis, y ese año no habría manera de alargarlo. Un guarda forestal se había presentado el primer día del encuentro para extender las autorizaciones y tomar nota de todas las matrículas. Dentro de pocos días tendrían que trasladarse por lo menos a 40 kilómetros de distancia.

La diáspora estaba a punto de iniciarse. Algunos se marcharían solos. Otros formaban pequeños grupos para viajar juntos. Algunos años, las playas de Baja California eran el destino favorito para quienes tenían la fortuna de tener pasaporte y dinero para gasolina. A menudo, una delegación visitaba Slab City, un campamento de okupas, artistas inconformistas y jubilados en busca de un clima cálido situado en los terrenos de una antigua base militar junto al lago Salton, que se presenta como «el último reducto de libertad». (El destacamento del Rubber Tramp Rendezvous recibía el apodo de «los amigos de Bob»). Otros se trasladarían a la zona de Yuma. Un lugar de acampada popular allí era la laguna Fortuna, un espacio tranquilo durante el día, pero que parecía un paisaje de *The Twilight Zone* cuando caía la noche y los campos relucían teñidos de verde bajo la intensa luz de los focos de las avionetas encargadas de fumigar los cultivos, que zumbaban ruidosamente toda la noche.

Cuando el Rendezvous llegó a su fin, Bob retiró el letrero indicador oficial. Silvianna empaquetó los objetos que quedaban en la pila de donativos —incluido el gran sombrero de paja,

que nadie se había querido llevar— para dárselos a una tienda de segunda mano local. Linda hizo café y tomé una taza con ella. Me mostró un solenoide nuevo que un amigo le había ayudado a instalar, con el que podría disponer de energía para uso doméstico gracias al excedente generado por la batería del motor de su autocaravana mientras conducía. Pronto corrió la noticia de que Bob ya había partido rumbo a su próximo lugar de acampada en Ehrenberg. Había invitado a quienes quisieran acompañarle a reunirse con él allí. Linda se apresuró a recogerlo todo para partir. Se despidió de Jen y Ash con un abrazo. Las chicas tenían previsto recorrer el suroeste hasta que les tocara empezar su nuevo trabajo en el Rocking 7 Ranch, en las montañas situadas inmediatamente al este del valle de Salinas, en «el territorio de Steinbeck», como lo llamaba Ash. El rancho formaba parte de la red internacional WWOOF, World Wide Opportunities on Organic Farms («oportunidades mundiales en explotaciones orgánicas»), cuyos miembros ofrecen comida, alojamiento y formación a cambio de trabajo a colaboradoras y colaboradores voluntarios, que reciben el nombre de *WWOOFers*. Luego se desplazarían hacia el interior hasta el lugar de su siguiente trabajo remunerado como anfitrionas de un campamento situado en el Bosque Nacional de Secuoyas.

Linda enfiló la carretera interestatal 10 rumbo al oeste, en dirección al río Colorado, y la dejó justo antes de llegar a la frontera del estado de California, cerca de un área de descanso para camiones de la cadena Flying J. Se adentró por la vía de servicio y dejó atrás una señal de «sin salida» en medio de un paisaje desnudo que resonaba como un espacio vacío. La vegetación era escasa; los desiertos que rodeaban Quartzsite eran un jardín del edén comparados con aquel erial. Allí, apartadas del camino de acceso sin pavimentar, había varias furgonetas antiguas castigadas por la intemperie. Sus ruedas desinfladas y su deterioro general parecían indicar que habían llegado años atrás y ya no se habían movido, pues sus moradores se habían instalado a vivir allí de manera permanente durante todo el año. Técnicamente, la Agencia de Gestión de Tierras permitía acampar hasta un máximo de 14 días. Pero tanto los visitantes como las patrullas de control solían prestar poca atención a esa norma —y a la zona en general—, probablemente debido a su evidente falta de atractivos. Pocos campistas consideraban deseable aquel lugar, de lo cual se beneficiaban los pocos amantes de la soledad que lo veían con otros ojos. Las docenas de veces que lo visité, nunca vi a ningún guarda forestal ni tuve noticia de que se hubiera obligado a nadie a abandonarlo.

Los vehículos estaban aparcados a mayor distancia unos de otros que en el Rendezvous. Las personas introvertidas se estaban recuperando de sus dos semanas de intensa relación social. Algunos todavía se reunían para compartir el café matutino. Después de uno de esos encuentros, me crucé con Silvianna, que estaba sentada en su vehículo con la gata *Layla* leyendo un libro titulado *El tormento de Hamlet. Un ensayo que investiga los orígenes del conocimiento humano y su transmisión a través de los mitos*.

—¿Cuántas personas calculas que hay aquí? —le pregunté.

—¡Nadie lo sabe! —me respondió sonriente—. Esa es la gracia. Aquí estamos fuera del alcance del radar.

Aunque los campistas estaban dispersos en una zona muy amplia e iban y venían periódicamente, su número parecía situarse en torno a la quincena. También me topé con LaVonne. Estuvo más amable y relajada que en el Rendezvous. Se rio quitándole importancia a su anterior insinuación de que una extraña podría describir su grupo como «un hatajo de vagabundos sintechos».

—No sé por qué la idea de no tener casa despierta una reacción tan emocional —comentó pensativa—. Algunas personas podrían decir que soy una persona sintecho, pero no es cierto:

tengo un lugar donde cobijarme.

Luego me explicó que, al mismo tiempo, incluirse en una categoría diferenciada también la hacía sentirse culpable por el temor a estar reforzando el estigma social.

Entretanto, LaVonne y Linda se llevaban tan bien que habían decidido intentar trabajar juntas. Linda debía empezar a trabajar en la primavera en su nuevo empleo como anfitriona en la zona de acampada de Sherwin Creek, en Mammoth Lakes. La feria de la Gran Carpa aún continuaba y allí había una mesa de California Land Management dedicada a reclutar personal. Siguiendo el consejo de Linda, LaVonne y otra nómada en busca de empleo —Trish Hay, una mujer de cincuenta y nueve años que vivía en un Nissan Sentra— pensaban presentar allí su solicitud.

Aquella tarde me senté un rato con Linda mientras ella calentaba agua en una tetera para lavar los platos. Me explicó que debería haber tenido toda el agua caliente que quisiera, pero alguien en Nevada le había vendido una batería equivocada —de arranque en vez de una de ciclo profundo—, que no era adecuada para el generador de su autocaravana, con lo cual no disponía de energía suficiente para bombear el agua desde el depósito situado debajo del sofá-cama hasta el fregadero. Le gustaba estar en Ehrenberg, pero no quería quedarse tanto tiempo como LaVonne, que pensaba seguir a Bob junto con lo que quedaba del grupo del Rendezvous. Bob, por su parte, se mantenía fiel a su rutina habitual: se quedaría en Ehrenberg hasta que empezara a hacer calor y se despertaran las serpientes de cascabel y luego se trasladaría a las zonas más elevadas de Cottonwood y Flagstaff. Linda tenía pendientes algunas tareas importantes que quería hacer antes de empezar su nuevo trabajo, entre ellas buscar un terreno y vaciar el trastero. En consecuencia, no tardó mucho en despedirse.

Tras su partida, LaVonne colgó una fotografía suya en su blog y escribió:

Otra nueva amistad que se va para seguir su camino y vuelve a invadirme la tristeza. Una tras otra, se van marchando a otros lugares. A algunas volveré a verlas, no lo dudo, pero esta tristeza es una consecuencia inevitable de la vida nómada. La gente entra y sale de tu vida. El apego permanente no es posible.

Esta es Linda May, madre adoptiva de todos, que nos alimentaba con torrijas y nos hacía reír. No hay nadie que no la adore. Se ha marchado en busca de un terreno donde piensa construir una «nave terrestre», una casa ambiental sostenible desconectada del sistema. Le he prometido que la ayudaré a construirla (es decir, a rellenar de tierra un montón de neumáticos) solo para volver a estar una temporada con ella. [\[170\]](#)

Después de separarse de sus amigos, Linda recorrió unos 600 kilómetros en dirección sureste hasta los desiertos del condado de Cochise (Arizona), donde la normativa en materia de construcción era laxa y los terrenos, baratos. Confiaba en poder encontrar un solar para su «nave terrestre», pero después de explorar la zona durante varias horas se llevó una desilusión. Era un lugar demasiado aislado. Tras la experiencia del Rubber Tramp Rendezvous —todas esas reconfortantes sensaciones de comunidad y vinculación con otras personas—, no le atraía una vida de ermitaña. «Nadie vendrá a verme aquí —pensó—. Sería preferible buscar un terreno en un sitio donde la familia pueda visitarme, porque esa es la idea, un lugar accesible donde podamos reunirnos». Pasó una noche en un aparcamiento cerca de la frontera mexicana y luego volvió a ponerse en camino.

Su siguiente parada fue para vaciar el trastero que había estado alquilando durante cuatro años en las afueras de Phoenix. («Creo que no me importaría prenderle fuego y ya está», había pensado en algún momento). Cargó el contenido en un camión de mudanzas y se dirigió a la finca de dos hectáreas que tenía una amiga cerca de New River (Arizona). Separó unos cuantos recuerdos —un acuarela de una criatura de aspecto gatuno pintada por su nieto Julian en el jardín de infancia, una felicitación de cumpleaños de su hija menor, Valerie, con una modelo en un bikini con un estampado de cactus. «¡Todavía tienes garra!», decía—. Pero tendría que

deshacerse de todo lo demás: el viejo tocadiscos, el par de lámparas de cristal con pantallas adornadas con borlas, las pilas de utensilios de cocina. Organizó varias subastas. Una vez restado el coste de transportarlo todo hasta New River, el primer fin de semana le quedó un saldo neto de 99,75 dólares.

«No volveré a alquilar un trastero nunca más», se prometió.

Poco después, me escribió y compartió conmigo una cita que había visto en Internet y que le había parecido poética: «Luchar contra los obstáculos inevitablemente va unido al desaliento mientras vamos cortando todas las ataduras que nos impiden alcanzar la libertad».

Mientras tanto, la tribu de vagabundos sobre ruedas había emigrado desde Ehrenberg —donde el calor empezaba a resultar molesto— al Bosque Nacional de Prescott, cerca de Cottonwood, a 1.000 metros más de altitud y con unos 12° menos de temperatura. Una vez allí, el grupo se dispersó. Una parte aparcó en un espacio abierto, en lo alto de una colina desde donde se divisaba un panorama de mesetas bañadas por el sol, mientras el resto buscaba cobijo en una zona baja más recóndita, en un terreno boscoso resguardado del viento. Bob, LaVonne y Sylvianne estaban allí, junto con otras nuevas amistades de Linda. Entre ellas, Atli Pommer, de treinta y cuatro años y exconductor de autobús, que vivía en un Chevrolet Astro apodado *Donovan* en recuerdo del cantante de los años sesenta, y Sameer Ali, de sesenta y cinco años, que había perdido su granja dedicada a la cría de ovejas halal con el aumento del precio del heno a causa de la sequía y en ese momento vivía en una furgoneta con su chihuahua, *Mister Pico*. (Musulmán practicante, Sameer transportaba su religión consigo gracias a una aplicación para su iPhone que emitía las llamadas a la oración cinco veces al día. También incluía una brújula que indicaba la dirección de La Meca y que él utilizaba para aparcar de manera que su furgoneta quedara siempre correctamente orientada para la oración. «Hay una app para cada cosa», me comentó maravillado).

Ya eran finales de marzo cuando Linda dio por terminadas sus subastas y se trasladó a Cottonwood, donde llegó justo a tiempo para compartir una cena a base de pizzas de la cadena Little Caesars. Bob consiguió dar de comer a 11 personas por 28 dólares. Después, dieron un paseo bajo el cielo teñido de rosa para favorecer la digestión. El grupo estaba compuesto mayoritariamente por mujeres: 7 frente a 3 hombres y 1 chico adolescente. Una buena señal —comentaría luego Bob— en una cultura que durante largo tiempo ha sido desfavorable a la autonomía femenina.

El día siguiente, se presentó en el campamento un guarda forestal que les preguntó extrañado si eran de un club —«¡Sí, supongo que eso es lo que somos!», respondió Sameer— y cuánto tiempo llevaban allí. Bob soltó una mentira inocua: hacía solo cuatro días que habían llegado (en realidad, acababan de sobrepasar las dos semanas). El guarda tomó nota de sus matrículas y se marchó. Con ello empezaba la cuenta atrás de los 14 días de acampada gratuita y, por lo tanto, la tribu tenía que decidir adónde iba a dirigirse a continuación. Finalmente optaron por el Bosque Nacional Kaibab, cerca de Flagstaff. A más de 2.000 metros de altitud, sería un lugar mucho más fresco. El techo de la autocaravana de Linda estaba en bastante mal estado y esperaba remendarlo y sellarlo antes del traslado, dado que el impermeabilizante líquido se endurece mejor con temperaturas más altas. Otro miembro de la tribu, un pintor profesional llamado Wayne, se subió al techo del vehículo y aplicó la selladora con un rodillo de mango largo. La reparación quedó completada justo a tiempo.

En Flagstaff, aparcaron en un bosquecillo de altos pinos. Linda colgó varias fotos en Facebook para que las vieran sus amistades y familiares. «Los perros están encantados de estar aquí y yo también —escribió—. ¿Qué pagaríais por tener un jardín como este? Y es gratis». Para

agradecerle su trabajo, Linda invitó a Wayne a una cena casera: bistec Salisbury —de carne picada— y puré de patatas con salsa, servido en una vajilla de los años treinta del ferrocarril que une Kansas City (Misuri) con la frontera mexicana, adquirida en una subasta. Teniendo en cuenta que los platos habían resistido tres cuartos de siglo sin sufrir daños, calculó que serían lo suficientemente resistentes para aguantar el traqueteo de su autocaravana. También empezó a frecuentar a Lori Hicks, una madre sola con una dolencia cardíaca que vivía con su hijo de trece años, Russell, y su perro, *Kaylee*, en un Chevrolet Tahoe azul de 1995 apodado *Babe* en recuerdo del buey de Paul Bunyan. [171] Todos juntos exploraron su nuevo emplazamiento. Un día que estaban visitando la zona de acampada de Linda, Russell y *Kaylee* encontraron una enorme calavera de ciervo. Entretanto, Linda había regalado un ejemplar de *Viajes con Charley* a Lori, que lo estaba devorando. El relato de las andanzas de John Steinbeck en una camioneta camper con su caniche francés era popular entre los nómadas y ejemplares con las esquinas de las páginas dobladas circulaban de mano en mano. [172]

A los pocos días, Linda tuvo que ponerse en marcha de nuevo. Le faltaba poco para empezar a trabajar en su nuevo empleo como anfitriona de campamento en Mammoth Lakes, en la Sierra Oriental. El primer día condujo durante 10 horas y se detuvo a pasar la noche en una gasolinera Texaco en Tonopah (Nevada). Allí sacó a los perros a pasear un rato y, cuando regresaron a la autocaravana, *Coco* de pronto tuvo una convulsión. Su cuerpo se tensó y la perrita gimió, luego se quedó flácida y dejó de respirar. Desesperada, Linda pegó la boca a las mandíbulas de la perra y expiró profundamente. Al cabo de poco, *Coco* volvía a estar consciente, todavía rígida, pero respiraba. Linda le aplicó una bolsa de verduras congeladas sobre el lomo —había oído decir que una bolsa de hielo podía aliviar las convulsiones caninas— y telefoneó a su hija, Audra, que había estudiado el uso de aceites esenciales, le recomendó el extracto de boswellia. Linda untó un poco sobre las patas de *Coco*. Los músculos de la perra se relajaron y al cabo de poco tiempo ya roncaba. Linda la estuvo observando durante horas, pendiente del suave subir y bajar de su tórax. La mañana siguiente, parecía recuperada. Linda, todavía alterada, se puso en marcha para recorrer los últimos 240 kilómetros hasta Mammoth Lakes.

A mediados de abril, cuando llegó, el terreno de acampada de Sherwin Creek estaba tranquilo. Los únicos visitantes eran los gamos, aparte de un camión que transportaba perros de trineo para el rodaje de una película. Pasada una semana, el tiempo se volvió invernal. Carámbanos de 30 centímetros colgaban de la cabina de su autocaravana y una densa capa de nieve se acumuló sobre el techo, más de la que había visto nunca estando en su vehículo. Pero el interior estaba caliente y seco; el techo recién reparado no tenía filtraciones. *Coco* parecía estar sana. «A fin de cuentas, la vida es bella», se dijo Linda. El 28 de abril celebró el aniversario de su compromiso con Alcohólicos Anónimos: 24 años de sobriedad. «Lágrimas de gratitud inundan mis ojos mientras escribo —decía el mensaje que colgó en Facebook—. Mi nieto mayor tiene veintiún años y siempre ha disfrutado del milagro de una abuela sobria y cariñosa. Mis plegarias obtuvieron respuesta (...), soy feliz, dichosa y libre».

Linda me había comentado con sorna una vez que felicitar a un alcohólico por no beber era como elogiar a un vaquero con hemorroides por no montar su caballo. Aun así, su página se llenó de comentarios afectuosos de familiares, amigas y amigos que se congratulaban por el nuevo hito. «Gracias por plantar cara a la adicción e iluminar y tomar conciencia de una dolencia que ha castigado a nuestra familia durante generaciones. Te quiero mucho», escribió Audra.

Se le estaba acabando el dinero, pero nada podía ensombrecer su optimismo. Alargó sus reservas menguantes de alimentos transformando las tortillas ya rancias en platos de chilaquiles y el pan duro en torrijas. Prácticamente se le habían agotado las existencias de productos no

perecerdes. En la nevera le quedaban solo cuatro huevos, unos dos litros de leche y algunos condimentos —kétchup, mayonesa, mostaza y mermelada— que ella describía bromeando como «comida para acompañar la comida». Luego cobró su primer sueldo y volvió a llenar la despensa.

Hablamos por teléfono a finales de mayo.

—¡Hace un día precioso! Mi campamento está lleno —me dijo alegremente.

Le pregunté cómo iba su búsqueda de un terreno. Me explicó que su última exploración había sido un fracaso. Ahora había desplazado el foco de atención a los alrededores de Julian, a una hora de distancia de San Diego en dirección este.

—Está en plena montaña, es una antigua población minera y un lugar hermoso —me comentó—. Y si la cosa se pone fea, como piensan todos esos «supervivencialistas», hay agua cerca. Si nos aguarda un futuro de sequías extremas, es posible llevar agua hasta allí. Con nuestro clima, nunca se sabe.

También esperaba poder disponer pronto de más dinero para su proyecto; estaría trabajando como anfitriona en el campamento hasta principios de otoño y luego se reincorporaría al equipo de campistas de Amazon. Aún no se le había curado la lesión en la muñeca sufrida durante su último periodo de trabajo allí, pero, como todavía faltaban varios meses, era optimista. Un par de semanas antes, había contribuido a animar a una caravanista amiga a quien, aunque quería trabajar para Amazon, le preocupaba no resistir un trabajo tan fatigoso. «No te preocupes, nos sostendremos mutuamente», la había tranquilizado Linda. Mientras tanto, todo le iba de maravilla, según me dijo. «Toda mi vida ha estado llena de altibajos —me explicó— y mis periodos más felices han sido cuando he tenido muy poca cosa».

Hablamos de sus perros y de que quería renovar su autocaravana. Pero pronto tuvo que excusarse («¡Parece que hay un campista que me busca!») para seguir trabajando.

[159] John Steinbeck (1939): *The Grapes of Wrath*, Nueva York, Viking.

[160] Término coloquial derivado del nombre «Oklahoma» con el que se designa a las personas oriundas de este estado. En los años treinta del siglo pasado, se comenzó a usar para referirse despectivamente a los emigrantes pobres de la región de las grandes llanuras. Estos, expulsados de sus tierras por la sequía y la Gran Depresión, llegaban a California en gran número buscando trabajo. (N. de la T.)

[161] <http://web.archive.org/web/20140112194330/http://www.cheaprvliving.com/gatherings>.

[162] <http://www.cheaprvliving.com/tribe/report-winter-rtr-january-2014/#comment-10786>.

[163] <http://rollingsteeltent.blogspot.com/2014/01/someone-asked-my-story-fool.html>

[164] *How to Live in a Car, Van or RV... and Get Out of Debt, Travel & Find True Freedom*, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2014, p. 43.

[165] Charlene Swankie, post en Facebook, 13 de agosto de 2015.

[166] http://tosimplifyold.blogspot.com/2014_01_01_archive.htm.

[167] <http://completeflake.com/looking-back>.

[168] De van, «furgoneta». (N. de la T.)

[169] Iowa Occupational Safety and Health Administration, citación y notificación de sanción (16 de agosto de 2016), como resultado de la Inspección número 1154435; Kevin Hardy (2016): «Worker Who Dies Was Just Six Days on His Job», en *The Des Moines Register*, 14 de junio, p. A4.

[170] <http://completeflake.com/the-down-side-of-vandwelling-is-saying-goodbye>

[171] Paul Bunyan es un leñador legendario gigantesco que aparece en algunos relatos tradicionales del folclore estadounidense. En el estado de Minnesota hay una gran escultura de este personaje y su buey azul, *Babe*, que

desde 1988 figura en el Registro Nacional de Lugares Históricos y fue proclamada por Kodak como la segunda más fotografiada en todo el país, solo por detrás de Mount Rushmore. (*N. de la T.*)

[172] Un tipo con quien coincidí junto a la hoguera del Rubber Tramp Rendezvous se quedó horrorizado al saber que yo todavía no lo había leído y al día siguiente se presentó en mi furgoneta con un ejemplar de tapa blanda para prestármelo. El canon literario de esta subcultura también incluía, entre otros títulos, *Carreteras azules*, de William Least Heat-Moon; *El solitario del desierto*, de Edward Abbey; *Hacia rutas salvajes*, de Jon Krakauer; *Walden*, de Henry David Thoreau, y *Salvaje*, de Cheryl Strayed.

Halen

Cuando Linda empezó a trabajar en el campamento de Sherwin Creek, yo llevaba unos seis meses entrevistando a «furgorresidentes» que combinaban la vida itinerante con empleos de temporada. Durante ese tiempo también había explorado los medios de comunicación — electrónicos, en papel impreso, radio y televisión— en busca de cualquier información relativa a esa subcultura. Buena parte de lo que había encontrado presentaba ese estilo de vida como una opción placentera o a veces incluso como una afición extravagante, y no como una estrategia de supervivencia en una época en que el aumento de su precio está expulsando de las viviendas tradicionales a un segmento de la población estadounidense que a la vez tiene dificultades para ganar un salario digno.

Un segmento del programa *All Things Considered*, de la cadena de radios públicas NPR, comenzaba con una conexión con un corresponsal que decía: «Santa Claus, obviamente, necesita contar con la ayuda de gnomos para poder entregar sus regalos a tiempo. ¡Y Amazon.com necesita un equipo de campistas!». A continuación, el reportero presentaba a un miembro de ese equipo que en aquel momento residía en el parque de caravanas Big Chief, en Coffeyville (Kansas). Luego ambos se pasaban la mayor parte de los tres minutos que duraba la conexión comentando las maravillas de poder viajar por todo el país y entablar nuevas amistades. Alegres risotadas interrumpían en cuatro momentos distintos la conversación. [173]

Otros reportajes eran menos eufóricos, pero también hacían hincapié en el atractivo de la vida en la carretera y la camaradería, pasando de puntillas sobre las dificultades que habían inducido a tanta gente a dar un giro radical a su vida. Por un lado, no podía reprochar a los informadores que hubieran aceptado una versión que yo también había recibido en mis primeras entrevistas. Una periodista que se deja caer una tarde para escribir un reportaje raras veces logra la proximidad suficiente para obtener declaraciones que se aproximen mínimamente a la realidad. En mis primeros contactos con trabajadoras y trabajadores itinerantes, obtuve joviales respuestas tópicas y también alguna advertencia. Un miembro del equipo de campistas de Amazon que vivía en una autocaravana accedió a entrevistarse conmigo, pero me advirtió que no quería que les presentara, ni a sus compañeros ni a él, como estadounidenses en crisis. «Hay muchísimos quejicas indolentes, holgazanes y vagos deseosos de quejarse de casi cualquier cosa y no es difícil encontrarlos. Yo no soy uno de ellos», me escribió muy dignamente.

Encontré una actitud análoga de rechazo a los «quejicas» en *Workamper News*, una publicación bimensual dirigida a los trabajadores nómadas. «¿Necesitas revisar tu actitud?», preguntaba el titular de una columna que instaba a los campistas insatisfechos con problemas en el empleo a buscar soluciones a través de la introspección. «Repetirte las siguientes frases puede servirte de consuelo y te ayudará a cambiar de actitud y no desistir —sugería el autor del texto—: “Esto no es para siempre. Es un medio para conseguir un fin”, “Tendremos la oportunidad de viajar, pasar una temporada explorando esta zona (o visitando a familiares) y hacer realidad

nuestro sueño”». [174]

Pese a su carácter ilusorio, esas frases motivadoras no parecían totalmente fuera de lugar. Pensar positivamente es, a fin de cuentas, un recurso muy estadounidense para afrontar las dificultades y casi un pasatiempo nacional. James Rorty lo constató durante la Gran Depresión, cuando estuvo viajando por el país entrevistando a personas que se habían visto obligadas a desplazarse de un lugar a otro en busca de trabajo. En su libro *Where Life Is Better* («donde la vida es mejor»), publicado en 1936, expresó su consternación al ver que tantas de las personas entrevistadas se mostraban tan incólumemente animosas. «Esa adicción estadounidense a la simulación y el disimulo fue lo que más me molestó y desconcertó en mi periplo de más de 24.000 kilómetros», escribió. [175]

Por mi parte, no les juzgo con tanto cinismo. Forma parte de la naturaleza humana afrontar los momentos turbulentos poniendo buena cara —y exhibir esa cara ante las personas desconocidas—, pero además entre las y los nómadas intervenía otro factor. Lo cierto, a mi entender, es que la gente puede debatirse contra las dificultades y mantener al mismo tiempo el optimismo, incluso frente a las más duras pruebas. Eso no significa que nieguen la realidad, sino más bien demuestra la extraordinaria capacidad de adaptación del ser humano, sus dotes para buscar un sentido y forjar alianzas cuando se enfrenta a la adversidad. Como señala Rebecca Solnit en su libro *A Paradise Built in Hell: The Extraordinary Communities That Arise in Disaster* («Un paraíso construido en el infierno. Comunidades extraordinarias surgidas en medio del desastre»), en momentos de crisis la gente no solo se esfuerza por salir adelante, sino que lo hace con «asombrosa e intensa alegría». [176] En medio de penurias que hacen tambalearse nuestra voluntad de resistencia, es posible gozar también de las vivencias compartidas, como pasar una velada en torno a una hoguera con otras y otros trabajadores nómadas bajo un amplio cielo estrellado.

En otras palabras, las y los nómadas a quienes había estado entrevistando durante meses no eran víctimas impotentes ni tampoco despreocupados aventureros o aventureras. La realidad tenía muchos más matices, pero ¿cómo podría descubrirlos? En aquel momento, ya había dejado de ser una visitante esporádica y había pasado muchas semanas en estrecho contacto con los trabajadores nómadas, había recorrido cinco estados documentando sus historias y había acampado en una tienda de campaña en Quartzsite, donde la temperatura nocturna rondaba los 0° durante sus encuentros invernales. Sin embargo, aún no había logrado captar la situación con el grado de profundidad deseado; no había conseguido una proximidad suficiente para comprender de verdad cómo era su vida. Para ello se requeriría una inmersión más completa, pasar meses seguidos en su compañía, día tras día, convertirme en visitante habitual de sus campamentos.

Con mi tienda de campaña, había podido vivir en el desierto desconectada de la red eléctrica, pero no en las zonas distantes donde acampaban por libre la mayoría de las personas sobre quienes estaba escribiendo. Solo estaba permitido acampar en tiendas en lugares donde hubiera letrinas cerca. Como resultado, había acabado durmiendo a 6,5 kilómetros de la zona de acampada del Rubber Tramp Rendezvous y desplazándome allí durante el día como visitante. Para unirme realmente al grupo de nómadas necesitaría un refugio portátil más sólido, donde pudiera dormir, cocinar y escribir, con una instalación sanitaria rudimentaria como mínimo. En su jerga, mi cobijo tendría que ser «autosuficiente».

Escudriñé los anuncios de Craigslist durante meses en busca de una vieja furgoneta. La mayoría parecían fantásticas de entrada, pero luego resultaba que la carrocería estaba oxidada o se caía a pedazos; entre ellas, una antigua RoadTrek, que el vendedor había apodado *Porta Party* («fiesta portátil»), en la cual me dijo que había pasado años de jolgorio. Por fin, me llamó la

atención el anuncio de una furgoneta GMC Vandura blanca de 1995 con una vistosa franja verde azulada. (Una amiga me hizo notar luego que era el mismo modelo que conducía Mister T en la serie *El equipo A*, o sea que es posible que también me influyera la nostalgia). Para ser tan antigua, estaba en muy buen estado, con solo 103.000 kilómetros en el marcador. No había sufrido inviernos inclementes, dado que había permanecido la mayor parte del tiempo aparcada en la costa de California, y tenía el interior adaptado para la acampada.

La primera vez que subí al vehículo, me dio la impresión de que era más amplio de lo que parecía indicar su aspecto exterior, como si estuviera exento de las normas de la física, a semejanza de la nave *Tardis* de *Doctor Who*. Las paredes estaban forradas de velur azul celeste. En la parte trasera tenía una pequeña mesita que se plegaba para formar una cama. La cabina contaba con una mininevera de 12 voltios, un pequeño hornillo de propano y un inodoro químico portátil, elementos útiles para la acampada libre. Tenía un techo elevable que, cuando solté los cerrojos y lo levanté, me permitió estar de pie, pero cualquier ilusión de pasar inadvertida se desvaneció: visto desde fuera, parecía una tienda de safari montada sobre la furgoneta.

Tenía que darle un nombre. En mis encuentros con «furgorresidentes» ya había conocido una *Vansion*, una *Van Go*, una *DonoVan*, una *Vantucket* y una *Vanna White*; [177] era una subcultura amante de los guiños. Una amiga me sugirió *Beethoven*, en una alusión al conjunto Camper Van Beethoven. Pero ese nombre me recordaba la canción *Roll Over Beethoven* («Date la vuelta, Beethoven»), un augurio desastroso para una conductora, y decidí llamarla *Halen*, dado que yo había nacido a finales de los años setenta, cuando triunfaron los primeros álbumes del grupo de rock Van Halen. E intenté decorarla con algunos talismanes apropiados, incluido un retrato de Ernest Hemingway sobre terciopelo negro obtenido en una sesión de trueque en Quartzsite y una calavera de ardilla que Linda había encontrado mientras trabajaba como anfitriona en un campamento. Colgué del retrovisor un collar de cuentas de cristal azul contra el «mal de ojo» que alguien me había regalado, la mejor aproximación a una alarma antirrobo que llegaría a tener.

Halen procedía de un vendedor de California. Mi mejor amigo, el periodista Dale Maharidge, se reunió allí conmigo para acompañarme a recoger la furgoneta y los dos juntos nos dirigimos a la finca de su tío, en los cañones del norte del condado de San Diego. Yo iba al volante de *Halen*, mientras me esforzaba por adaptarme a ese mastodonte de casi 6 metros y 2 toneladas de peso. Se escoraba como un barco y era preciso corregir continuamente el rumbo. (Mantenerla rodando en línea recta me generaba tal tensión que las primeras veces que la conduje se me quedaron doloridos los hombros durante horas).

Cuando llegamos, aparcamos la furgoneta junto a una plantación de limoneros y nos pusimos manos a la obra. La parte más sencilla fue limpiarla: eliminar toda la miel de arce endurecida que se había derramado en un armario y quitar las pequeñas manchas superficiales de orín con ayuda de un cepillo metálico. Lo más difícil fue instalar una placa solar de 100 vatios. Muchos nómadas instalan portaequipajes sobre el techo de sus vehículos para montar las placas solares encima. Eso no era viable con el techo móvil de *Halen*, de modo que tuvimos que hacer algo que me daba escalofríos: taladrar dos orificios en la parte posterior inmaculada del techo. Estos eran necesarios para poder instalar un soporte de aluminio sobre el cual iría montada la placa solar, de modo que se pudiera inclinar para captar mejor la luz del sol cuando la furgoneta estuviera aparcada. Una vez ajustados los tornillos, cubrí la zona que habíamos perforado con una capa de un compuesto impermeabilizante resistente y recé para que no se produjeran filtraciones. A continuación, Dale y yo montamos un regulador de carga en el interior del vehículo. Conectamos la placa solar al regulador y, a través de este, a un par de baterías de carro

de golf de 6 voltios que habíamos instalado debajo de la mesita y que me proporcionarían energía cuando hiciera camping salvaje. Por último instalamos, también debajo de la mesita, un transformador que me permitiría obtener la corriente de 110 voltios necesaria para recargar mi ordenador portátil y mi cámara fotográfica.

Durante un breve tiempo, temí que tanta preparación acabara resultando innecesaria, pero no fue así, porque durante los dos años siguientes empecé a vivir por temporadas en mi furgoneta realizando viajes de hasta dos meses y reuniendo material para mis reportajes. Un periplo que abarcó más de 24.000 kilómetros, de una frontera a otra —*Halen* llegó hasta la frontera de México y también a la de Canadá— y de costa a costa.

Lo primero que descubrí en la carretera fue que, pese a haber entrevistado a varias docenas de nómadas, no tenía ni idea de lo que suponía vivir en una furgoneta. El proceso de aprendizaje avanzó siguiendo una curva empinada y nunca cesó por completo, debido a las circunstancias siempre cambiantes. *Halen* se quedó atascada dos veces mientras cruzaba el desierto y las ruedas estuvieron girando inútilmente sobre la blanda arenisca hasta que un buen samaritano que pasaba por ahí en un jeep la remolcó. En lo alto de las montañas, el motor se caló en medio de una tormenta y el agua del inodoro y del depósito se congelaron por completo. Una noche, muy tarde, en una carretera desierta de Kansas, se fundió el alternador. Las luces del panel indicador se fueron apagando mientras *Halen* iba perdiendo fuerza hasta que se detuvo por completo frente a un área de descanso.



La furgoneta Halen en el desierto, cerca de Ehrenberg.

Un día, cerca de Fort Worth (Texas), acababa de aparcar para tomarme un café cuando el cielo se volvió verdoso y empezaron a sonar las sirenas de alarma anunciando un tornado. El camarero me aconsejó: «Si ves un tornado, refúgiate en el sótano». Le señalé a *Halen*, aparcada al otro

lado del escaparate —no tenía sótano—, y los dos nos echamos a reír. Más tarde, ese mismo día, me refugié en la furgoneta en medio de una lluvia torrencial y contemplé horrorizada cómo el agua penetraba en cascada por la junta superior de la puerta trasera, inundaba mi cama e inutilizaba parte de la instalación eléctrica que había montado. En otra ocasión, después de pasar una temporada en casa, al regresar al aparcamiento para largas estancias donde había dejado a *Halen*, la encontré saqueada. Alguien había roto el cristal del lado del conductor con una piedra del tamaño de una patata grande y había dejado la cabina sembrada de cristales rotos. Por suerte, no había nada que robar salvo el retrato de Ernest Hemingway pintado sobre terciopelo negro y una botella de salsa picante francamente buena. Ambas cosas seguían allí.

Por mi parte, sometí a *Halen* a muchas indignidades: choqué contra una roca al dar marcha atrás, salí de un lugar de acampada con el techo móvil todavía levantado y en una ocasión recorrí un par de manzanas sin advertir que un gran cono señalizador había quedado atrapado debajo del chasis y lo estaba arrastrando sobre la calzada. Una vez, mientras estaba aparcada cerca de una cafetería Starbucks para usar la wifi, intenté instalar una alarma contra incendios combinada con un detector de monóxido de carbono. (Norma de seguridad nómada 101: cualquier vehículo utilizado como residencia debería contar con un extintor de incendios y una alarma detectora de monóxido de carbono). Pero cada vez que intentaba instalarla sobre la pared una voz robótica femenina gritaba: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Evacúen! ¡Evacúen!». Quedé al descubierto; varias personas desconocidas con sus *caffè latte* se acercaron a curiosear.

Durante un largo viaje de trabajo, tuve que renovar una receta. Mi médico telefoneó a una farmacia. Luego me explicó que, cuando el farmacéutico le había pedido mi dirección, como no sabía qué responder, le había revelado que vivía en una furgoneta. El farmacéutico lo pasó por alto, pero el incidente me dio que pensar. *En Estados Unidos, si no tienes una dirección, no existes*.

Cuando estaba en la furgoneta, mi dirección era cualquier lugar. Dormí en áreas de descanso para camiones de la cadena Flying J, en hipermercados Walmart, en un casino llamado Whiskey Pete's y en una gasolinera abandonada; en desiertos despoblados, montañas boscosas y calles de las afueras. Lo peor eran las zonas residenciales, donde la curiosidad de los vecinos podía ser fuente de problemas. Después de pasar una noche acampada furtivamente en Mission Viejo, me despertó el zumbido de una podadora de setos eléctrica. Un jardinero estaba trabajando a menos de 1 metro de distancia. Me quedé muy quieta y callada dentro de la furgoneta, sin salir del saco de dormir, hasta que acabó de podar. Linda y LaVonne se burlaron luego de mi paranoia.

Experiencias como estas eran la música de fondo de mi labor periodística para la redacción de este libro. De no haber estado viviendo en mi furgoneta, no creo que me hubiese sido posible establecer una relación lo suficientemente estrecha con la gente como para ser capaz de prestar verdadero oído a sus relatos. Justo es reconocer, no obstante, que al principio preveía muy poco de lo que ocurriría luego. No tenía ni idea de en qué me estaba metiendo, aunque tuve el buen tino de sentirme un poco intimidada de entrada.

Dale y yo estuvimos forcejeando un par de días con el sistema de generación de energía solar de la furgoneta hasta que por fin conseguimos que funcionara. Cuando todo estuvo a punto, llegó la hora de ponerme en marcha. Ya era de noche cuando Dale me dio un abrazo de despedida. Me instalé en el asiento del conductor y salí lentamente de la finca de su tío, dejando atrás las siluetas borrosas de la plantación de cítricos. El camino de salida tenía mucha pendiente. De pronto, me sentí abrumada por las dos toneladas de peso de la camioneta, me aferré al volante y pisé el pedal del freno a fondo. Cuando llegué al final de la cuesta, un par de lágrimas inesperadas me nublaron la vista; las restregué con la manga mientras me preguntaba si algún día

llegaría a sentirme cómoda conduciendo a *Halen* y, más aún, viviendo dentro.

«Ahora lo único que tienes que hacer es concentrarte en la carretera —me dije—. Tienes un termo lleno de café, el GPS de tu móvil y un destino que has estado aguardando expectante desde hace meses». Y con este ánimo, la furgoneta fue avanzando lentamente por los cañones mientras me dirigía a visitar a Linda.

Justo antes de la Navidad de 2014, Linda estaba pasando unos días en un pequeño apartamento que su hija y su yerno habían alquilado en San Clemente y que compartían con sus hijas y su hijo adolescentes. La ventana trasera daba a Camp Pendleton, la base del Cuerpo de Marines. Al atardecer se escuchaban los acordes de *Taps* [178] y a veces hacían ejercicios de artillería con munición real que duraban toda la noche. (La familia todavía no se había trasladado a la siguiente vivienda de alquiler en Mission Viejo, donde estaba hospedada Linda cuando compró la *Posada Hazte Sitio* y se instaló a vivir en ella).

La autocaravana de Linda estaba aparcada en la calle, donde iba acumulando multas. Los mapaches habían roído el tubo de combustible. Lo descubrió al llenar el depósito, cuando de pronto, al bajar la vista, observó asombrada cómo se iba formando un charco cada vez más grande en torno a sus pies. Tenía previsto volver a trabajar esa temporada en el almacén de Amazon en Fernley, pero todavía tenía destrozada la muñeca a causa del esfuerzo del año anterior y había tenido que renunciar al empleo. Volvía a estar escasa de dinero.

El día que llegué, sin hacer caso de mis protestas, me invitó a cenar en un restaurante mexicano junto con su familia. Al salir, nos cruzamos con una artista callejera que tocaba el éxito pop «*Royals*», de Lorde. Tenía el estuche del violín abierto sobre la acera y Linda dio un dólar a cada una de sus nietas para que lo depositaran allí. Cuando regresamos al apartamento, la familia se ofreció a acogerme. Sin embargo, Linda ya dormía en el sofá y una de sus nietas ocupaba un cuarto-ropero. De modo que, como si lo hubiera hecho miles de veces antes, dije que dormiría en la furgoneta, que estaba aparcada en un terreno baldío al lado de su edificio. Linda ató con la correa a sus dos perros y al chihuahua de la familia, *Gizmo*, para el paseo nocturno y juntas nos dirigimos hasta el aparcamiento. A medida que nos aproximábamos a la furgoneta, empecé a angustiarme. Hasta ese momento solo había dormido una noche allí —en la finca del condado de San Diego—, sin gente desconocida ni tráfico a mi alrededor. Sería la primera noche que pasaría aparcada en un lugar público. ¿Y si los vecinos llamaban a la policía? ¿Y si alguien intentaba colarse dentro mientras dormía?

Un intenso dolor me arrancó de esas cábalas. *Gizmo* me había hincado los dientes en la pantorrilla derecha. Intenté tomármelo a broma. Audra se había referido antes a él como un «enano muerdetobillos», [179] pero yo lo había interpretado como un término cariñoso y no como una advertencia. El mordisco me escocía. Procuré quitarle importancia, pero por dentro mi angustia fue trocándose en pánico. ¿Estaría el perro al día de sus vacunas? No quería ofender a nadie preguntándolo.

Me despedí con un buenas noches, me cobijé en la furgoneta y bajé las cortinas antes de empezar a hurgar en el botiquín que me había dado una amiga de Los Ángeles. Debajo de una pequeña banderita estadounidense y una pastilla de jabón Irish Spring, había tiritas y un tubo medio usado de Neosporin (neomicina). Me despojé de los tejanos esperando encontrar una incisión sangrante, pero la piel estaba intacta y solo tenía un feo hematoma. Eso debería haberme tranquilizado, pero no fue así. Me cepillé los dientes y me arrebujé en mi saco de dormir, mientras recordaba un comentario que había escrito Bob Wells en su libro. «Para la mayoría de la gente, la primera noche que pasa en una furgoneta es una experiencia tan alejada de su zona de confort que puede ser una prueba muy difícil —explicaba—. El miedo amplifica cualquier

sonido (y se oyen muchísimos) y es posible que prácticamente no consigas pegar ojo. Cuando te despiertes por la mañana, te sentirás desorientado y te preguntará dónde estás». [180]

No se me había ocurrido que esas palabras pudieran ser aplicables en mi caso. Al fin y al cabo, yo solo era una escritora con una cámara digital, una grabadora y un cuaderno de notas, no alguien que hubiera cambiado de manera radical su estilo de vida. Tenía previsto vivir en mi furgoneta unos meses, no durante años.

Los coches cruzaban veloces el aparcamiento y barrían la furgoneta con la luz de sus faros. El espacio se teñía de blanco luminoso cada vez que se aproximaba uno y luego viraba al rojo cuando el vehículo se alejaba. Las sombras ondulaban en círculo dentro del vehículo. ¿Estaba frenando ese coche? ¿Y ese otro no estaría aparcando demasiado cerca? Cerré los ojos e intenté relajarme, pero pasaron varias horas antes de que pudiera conciliar el sueño.

Me desperté con un sobresalto al oír un golpecito en la ventanilla. Ya era de día. Una voz conocida me saludó:

—¡Holaaa!

Linda había sacado a los perros de paseo de nuevo. Tenía la cafetera puesta arriba. Adormilada, me puse algo de ropa y la seguí hasta el apartamento. Allí me indicó dónde estaba la ducha y me ofreció una toalla con un estampado rosa.

—Toma, recién salida de la secadora —me dijo—. Y con lunares, porque los lunares dan alegría.

Salimos a dar una vuelta en la furgoneta. Linda aceptó que comprara burritos para desayunar en su puesto favorito de comida preparada. Nos los llevamos a la playa y los comimos allí mientras charlábamos y contemplábamos a los surfistas, que se balanceaban sobre las olas. Cuando volvimos a la furgoneta, Linda me dio una breve lección sobre cómo maniobrar para aparcar. Si bien para ella conducir una furgoneta de carga de casi seis metros era una operación elemental gracias a sus seis meses de experiencia como conductora profesional de camión, había notado que a mí todavía me apabullaba. A continuación me indicó el camino hasta una tienda de artículos de segunda mano donde podría equipar a *Halen* con utensilios de cocina. Mientras yo hurgaba en un contenedor lleno de piezas de vajilla desparejadas, ella localizó una cacerola de hierro y una cafetera eléctrica a muy buen precio. Ya entrada la tarde, nos despedimos.

Mi siguiente destino era Quartzsite, donde tenía previsto acampar por libre en el desierto durante un par de meses, que incluirían la quincena del Rubber Tramp Rendezvous. No obstante, todavía faltaban varias semanas para que comenzara el encuentro y no tenía ni idea de dónde podría aparcar hasta que llegara el momento.

Entonces recibí a través de Facebook una invitación para una cena compartida. Era de Charlene Swankie, la gurú del caravanismo de setenta años, más conocida como Swankie Wheels. Habíamos coincidido brevemente el año anterior y yo había leído el relato de sus aventuras en la web de Bob Wells. La idea me encantó. El campamento de Swankie sería un buen lugar para aterrizar. Además, ella era una experta en camping salvaje, alguien de quien podría aprender.

«Secuestra a Linda y tráela contigo», me decía bromeando Swankie. Le expliqué que no era posible: Linda estaba sin blanca, sin un vehículo que funcionara y había rehusado cortésmente mi ofrecimiento de llevarla allí. En vista de lo cual, Swankie me pidió que, como alternativa, llevara unas salchichas.

Cuando llegué a su campamento, pude constatar que iniciar a «furgorresidentes» novatos no era una experiencia desconocida para Swankie. Aquella temporada ya había adoptado a un protegido, un joven de veintisiete años llamado Vincent Mosemann que no tardó en contarme su historia.

Hasta hacía dos meses, Vincent vivía con su madre en Billings (Montana). Deseaba vivir por su cuenta, pero alquilar un apartamento no le parecía una opción realista. Debía más de 25.000 dólares de un crédito que había pedido para pagar unos estudios universitarios que no había completado, a pesar de haber compaginado las clases con dos empleos —como monitor de laboratorio y como camarero— para ir tirando y de haberse alimentado durante dos días con un sándwich de Subway cuando escaseaba el dinero. Cuando estaba en el tercer curso, sus padres se divorciaron. Al ir a renovar la beca, le pidieron la firma de su padre, a quien no pudo localizar, de modo que dejó los estudios. Regresó a su casa y entró a trabajar en una residencia compartida para personas adultas con autismo, pero ganaba muy poco. Llegó a la conclusión de que solo había una manera de poder independizarse y decidió comprarle a su madre su minifurgoneta Plymouth Grand Voyager LE de 1995. Vacío el interior, le puso un suelo de linóleo, cortinas, estantes y una litera para dormir. La bautizó *Tillie*, en recuerdo del trencito de *La pequeña locomotora que sí pudo*, que dice: «Creo que podré, creo que podré». Después emprendió un viaje.

—Me lancé a la carretera para aprender a sostenerme solo —me explicó.

Su destino era Quartzsite. Allí tenía previsto reunirse con Swankie, con quien había trabado amistad a través de un grupo de Facebook para nómadas. Ella le había invitado a acampar *cerca* —pero *no con ella* —, en la zona de acampada para largas estancias de La Posa, en el desierto que se extiende al sur de Quartzsite, donde más adelante me reuniría con ellos.

Después de hacerle este ofrecimiento, Swankie fue presa de inquietud y remordimientos. Valoraba mucho su soledad, tanto que se había comprado una bandera con una calavera y unas tibias cruzadas que hacía ondear cuando no quería recibir visitas. Vincent, en cambio, era hipersocial. Él mismo decía que tenía el síndrome del cachorro perdido.

Vincent llegó la vigilia de Halloween y aparcó junto a un arroyo, justo enfrente del campamento de Swankie, que parecía una sala de estar al aire libre, con una alfombra impermeable, sillas, un remolque y un toldo. Al lado estaba aparcada su furgoneta, equipada con una cama, una mesita con un ordenador, una nevera y un microondas que, gracias a un inversor de corriente, podía hacer funcionar con el motor de la furgoneta en marcha. Sobre el techo tenía un kayak y una placa solar. En la puerta trasera había una pegatina de Planet Fitness, la cadena de gimnasios de la que se había hecho socia para tener acceso a las duchas.

Swankie le dio a Vincent una tienda de campaña que no utilizaba para guardar sus provisiones y otros suministros. Él la ayudó a instalar en su remolque un armario que podría usar como despensa. Ella le fue guiando durante el proceso de instalación de una placa solar. Para atornillarla al techo de su minifurgoneta, en vez de arandelas, Vincent usó monedas de un centavo perforadas, que eran más baratas. Swankie también le permitió usar el apartado de correos que tenía contratado. Un gesto muy significativo. Swankie me explicó que, en su caso, su familia se negaba a seguir recibiendo su correspondencia. Para Vincent, que es un hombre trans, era esencial disponer de una dirección postal. Tenía que administrarse cada dos semanas una inyección intramuscular de testosterona que recibía por correo. Al apartado de correos llegaron también otras cosas buenas, entre ellas un paquete de Navidad de su madre con una hornada de galletas caseras y una minúscula reproducción de una chimenea de ladrillo roja realizada con una caja de galletas saladas, con un abeto a la medida de una casa de muñecas encima.

Swankie y Vincent formaban una curiosa pareja. La vibrante «furgorresidente» era al menos una cabeza más alta que su joven aprendiz barbudo, que lucía una molécula de testosterona tatuada en la muñeca y una sonrisa pícaro con un hueco en la parte superior derecha. Vincent me explicó que le había costado 250 dólares arrancarse ese diente, mientras que una funda le habría

costado 1.000. Para muchos nómadas que conocí, la ausencia de algún diente era una indicación de pobreza, de la cual la mayoría se avergonzaban. Algunos procuraban no sonreír cuando sacaba la cámara de fotos o me pedían que no compartiera ninguna que revelara un hueco en su dentadura. (Es triste —aunque no es de extrañar— que los dientes se hayan convertido en un símbolo de estatus en un país donde más de una tercera parte de la población carece de un seguro odontológico, que no está incluido en los seguros médicos estándar). [181] Vincent, en cambio, describía el hueco como su soporte para pajitas y lo exhibía con orgullo.

—Cualquier persona que lo mire con desagrado es alguien con quien de todos modos no tengo ningún interés en relacionarme —me explicó.

Vincent y Swankie compartían un rasgo distintivo: ambos detestaban a la gente esnob. Swankie recordaba una velada en el desierto durante la cual había compartido una agradable conversación con un grupo de personas que vivían en lujosas autocaravanas, hasta que le preguntaron por su vehículo y ella respondió que era una furgoneta. Los comentarios amables se interrumpieron en seco.

—Se levantaron y abandonaron su propia hoguera —dijo Swankie con un gesto de incredulidad.

En otra ocasión, Swankie, que se había asociado a la red de personas nómadas Wandering Individuals Network, [182] se llevó un chasco cuando el grupo se negó a incluir su blog en el listado *online* de sitios web de las personas asociadas. ¿El motivo? Su blog incluía un tutorial detallado sobre el uso de un cubo de 20 litros como inodoro. De modo que se dio de baja.



Vincent y Swankie disfrutan de una velada junto a la hoguera, en Quartzsite.

Igual que a Vincent, a Swankie tampoco le interesaban esa clase de amistades. Mientras tanto, su campamento se iba ampliando. Esa primera noche, después de cenar, acabé instalándome allí

con mi furgoneta. Y otro tanto hicieron Kat y Mike Valentino, ambos de cuarenta y siete años, que vivían en un Ford Econoline azul de 1991 llamado *Katvandu* con Alex, su hijo de ocho años, y un hurón domesticado llamado *Ronnie*. Unos meses antes vivían en Washington hasta que un día Kat, que es veterana del ejército, tuvo que ser evacuada de urgencia en una ambulancia de su lugar de trabajo en la cadena de alimentación Albertson's, donde ocupaba un puesto de encargada, aquejada de lo que fue diagnosticado como un brote de esclerosis múltiple. Todavía estaba intentando obtener una pensión de invalidez, un proceso que al final acabó durando tres años. Por su parte, Mike estaba trabajando en una planta transformadora de verduras congeladas con un sueldo de 9,40 dólares la hora, pero su contrato estaba a punto de finalizar. Estaban preocupados por el futuro.

Kat llevaba mucho tiempo informándose sobre el caravanismo y las personas que residían de manera permanente en furgonetas adaptadas y había escrito en Facebook: «No sé si interpretar como un hecho lamentable o esperanzador que *tantísimas* personas con las que mantengo contacto en mis diversos grupos de caravanistas hayan decidido convertirlo en su modo de residencia permanente debido a las dificultades económicas. Supongo que es una experiencia agridulce. La libertad recién estrenada (...), poder vivir y reinventarse al mismo tiempo. Gracias a dios, existen tantas tribus comprometidas y variadas ahí fuera que ofrecen tan abundantes orientaciones, consejos, materiales y oídos dispuestos a escuchar. ¿Estamos ante una evolución de la antigua clase media? ¿Estamos asistiendo a la aparición de una moderna clase de cazadores-recolectores?».

Los Valentino acabaron hospedándose en un par de sucios moteles que alquilaban habitaciones para cortas estancias. Algunos de sus vecinos vendían drogas y se prostituían. No era un lugar adecuado para una familia. De modo que compraron la furgoneta y se pusieron en marcha un par de semanas antes de que Vincent iniciara su propia odisea. Hasta el momento, parecía que les iba bien. Kat me explicó que Alex estaba recibiendo lecciones «en la carretera», el equivalente nómada de recibir lecciones en casa. Era un crío muy inteligente e inquisitivo, con un precoz sentido del humor, pero con dificultades sociales asociadas al síndrome de Asperger y había sufrido acoso en la escuela pública. Ahora le decía a todo el mundo que quería fundar su propia nación democrática. La capital se llamaría Vandweller City, la ciudad de los «furgorresidentes».

Uno de los momentos más duros que vivimos en Quartzsite fue el día en que las temperaturas descendieron por debajo de los -6° bajo cero de la noche a la mañana. Kat y Mike se quedaron sin gasolina de tanto encender el motor para calentarse; el indicador de nivel estaba estropeado y no tenían manera de saber a qué velocidad la estaban consumiendo. En aquel momento estaban acampados junto a Swankie y Vincent, que habían estado haciendo lo mismo. Yo también imité su estrategia: ponía en marcha el motor de *Halen* durante un rato con la calefacción a tope, luego me metía en mi saco de dormir, dormía un par de horas, me despertaba muerta de frío y repetía el proceso. Durante toda la noche, estuve escuchando el coro de motores que arrancaban intermitentemente y luego volvían a callar.

Más adelante, acabé comprándome una estufa de propano —una opción popular entre los «furgorresidentes»—, pero no era útil por las noches, porque es peligroso dejar encendida una estufa de gas mientras duermes. En espacios reducidos, la combustión incompleta de una estufa o un hornillo —combinada con una ventilación escasa— puede dar lugar a una acumulación letal de monóxido de carbono inodoro. Esto puede ocurrir con desesperante rapidez en una furgoneta. Una vez, cuando acababa de apagar mi estufa y ya empezaba a dormirme, un agudo pitido rompió el silencio nocturno. Era la alarma detectora de monóxido de carbono. No había ventilado suficientemente la estufa. Me apresuré a abrir todas las puertas y ventanas y me quedé

fuera, tiritando con mi pijama en medio del desierto, hasta que pensé que el vehículo ya se habría ventilado bien y sería seguro volver a entrar.

La mañana siguiente, después de que los Valentino consumieran toda la gasolina intentando calentarse, Vincent los llevó al pueblo para que pudieran llenar un bidón y volvieron con más de lo que tenían previsto: restos del banco de alimentos de Quartzsite, entre ellos manzanas, salchichas y una bolsa de ensalada variada del tamaño de una almohada.

Alex cumplió diez años dos días después de Navidad y Swankie organizó una merienda con helados para celebrarlo. Casi simultáneamente, Vincent consiguió un empleo a tiempo parcial en una tienda de la cadena Dollar General a nueve dólares la hora. Como complemento, ya había estado vendiendo delantales y bolsas de la compra reutilizables que confeccionaba con su máquina de coser, que había adaptado para que funcionara a pedal en vez de con electricidad. Como regalo de cumpleaños, le dio a Alex uno de los delantales junto con un ejemplar de *El señor de los anillos*. Alex se quedó extasiado. De pronto, Vincent empezó a tener un aire menos aniñado.

Kat escribió luego una nota de agradecimiento a todo el mundo por «unos regalos bien pensados y muchas risas de unas personas a quienes hasta hace un par de meses no conocía. Me siento conmovida, anonadada y abrumada. Así se comporta una familia...».

En sus palabras resonaba un eco de un comentario anterior de Swankie. «Cuando has pasado más de 12 horas en el campamento de Swankie —me había dicho—, ya formas parte de una familia».

Swankie tenía la capacidad de conseguir que los recién llegados se sintieran integrados. Un día nos condujo en grupo, en nuestras respectivas furgonetas, a visitar unos petroglifos grabados en una pared de roca cercana. Había algo estimulante en esa expedición en la que nuestros vehículos avanzaban en formación de abanico tras el suyo. Al volante de *Halen*, contemplando el polvo que levantaban los neumáticos del vehículo que tenía delante, me sentí como si formara parte de una patrulla montada que cabalgaba a través del desierto abierto. Más tarde, ese mismo día, cuando un integrante de nuestra expedición se quedó atascado en una zanja, Swankie rescató el vehículo remolcándolo con su furgoneta con ayuda de una tira de malla de nailon.

Cuando llegó el momento del Rubber Tramp Rendezvous, todos nos trasladamos a la zona situada detrás de Scaddan Wash. Era la segunda vez que asistía al encuentro y constaté que empezaba a observar detalles que no me habían llamado la atención el año anterior; especialmente lo que describí irónicamente como «la insoportable blancura del caravanismo».

Swankie había comentado bromeando antes que el Rendezvous parecía una «convención de furgonetas blancas» y, en un sentido literal, era cierto. La mayoría de los vehículos estaban pintados de blanco y relucían bajo la intensa luz cegadora del desierto. Puesto que las flotillas comerciales suelen usar furgonetas blancas, la presencia de esos vehículos es habitual. Resulta fácil adquirirlos de segunda mano y pasan inadvertidos casi en cualquier sitio, lo que los convierte en una opción popular entre los caravanistas. No obstante, vivir en una furgoneta blanca también tiene sus inconvenientes particulares, lo que un participante en el Rendezvous definió como «el factor inquietante», el estereotipo cultural que los asocia a pederastas y otros abusadores nocivos. Un contratista de obras de cincuenta y tres años de Salem (Oregón) me contó que cuando su negocio se fue a pique y se instaló en un Ford E150 blanco, sus amigos le apodaron «el violador de la furgoneta» y empezaron a pedirle caramelos. Era una broma bienintencionada, pero le dolió.

También es habitual que los caravanistas —cualquiera que sea el color de su vehículo— sufran el acoso de algún viandante que da por sentado que sus intenciones no deben de ser buenas. En el

momento de escribir estas líneas, un chico acaba de contar en un foro de Internet que a medianoche lo despertaron los insultos de unos desconocidos que no tenían motivo alguno para actuar así. Habían empezado a zarandear su furgoneta mientras gritaban: «¡Sal de ahí, maldito perverso!» y «¡Vamos a darte una paliza que no olvidarás!».

Pero yo no estaba pensando solo en el color blanco de las furgonetas. También había observado otra cosa, sobre la cual seguí reflexionando mucho después del Rendezvous, y también salió a colación cuando le mostré mis fotos del encuentro a un amigo fotógrafo afrodescendiente cuyo trabajo gira en torno al tema racial y el colonialismo. «Casi todas las personas que salen en esas fotos son blancas», me hizo notar y se preguntó por el motivo.

Yo también me preguntaba lo mismo. En aquel momento ya había entrevistado a centenares de personas que vivían de ese modo de una costa a otra: campistas que realizaban trabajos temporales, vagabundos sobre ruedas y «furgorresidentes». Aunque había unas pocas personas de color, estas constituían claramente una microminoría dentro de esa subcultura. Entonces, ¿por qué era tan blanco ese colectivo? Algunos miembros de la comunidad nómada también se lo han preguntado. Las fotos de trabajadores que figuran en la página oficial de Facebook del equipo de campistas de Amazon son en su mayoría caras blancas, hecho que incitó a un caravanista negro a colgar el siguiente comentario: «Tengo la certeza de que también ha habido afrodescendientes aspirantes a ocupar esos puestos de trabajo. En las fotos del personal de Amazon no veo a ninguno». [183]

¿La falta de diversidad racial podría estar relacionada en parte, tal vez, con el hecho de que la acampada atrae a un público desproporcionadamente blanco, una tendencia que corroboran los estudios del Servicio Forestal de Estados Unidos? ¿Es preciso, quizás, ocupar una posición de cierto privilegio para considerar como unas vacaciones una vida al aire libre «sin comodidades»? La web satírica *Stuff White People Like* («cosas que le gustan a la gente blanca») lo resume así:

Si una persona se encuentra atrapada en medio de un bosque sin electricidad ni agua corriente, ni siquiera un coche, seguramente describirá esa situación como una «pesadilla» o el «peor guion imaginable, como el escenario posterior a un accidente aéreo o algo por el estilo». La gente blanca lo llama «acampar». [184]

¿O podría ser que el problema fuera el racismo? Pregunté a algunos nómadas si habían observado actitudes racistas en su comunidad. La mayoría respondieron que no habían observado nada explícito. Una caravanista recordó, sin embargo, que en una ocasión un visitante habitual del Rendezvous había insultado a una amiga suya negra llamándola «morena». Otros nómadas intervinieron para reconvenirle, pero el daño ya estaba hecho y la mujer se marchó del campamento. La preocupación que suscitó ese episodio duró un tiempo y dejó un trasfondo de malestar. Una norma cardinal en el foro del sitio de Bob Wells era «No atacar, menospreciar ni denigrar jamás a nadie». ¿Cabía, sin embargo, la posibilidad de que los nómadas no fueran capaces de cumplir esa norma en la comunidad transitoria que habían creado conjuntamente fuera de la red, en el mundo real?

Ash, la amiga de Linda de Amazon, reflexionó en Facebook que «una inmensa mayoría de caravanistas somos blancos. Los motivos abarcan desde lo más evidente hasta lo más nimio, pero también existe esto» y a continuación incluía un enlace a un artículo sobre la experiencia de «viajar siendo negro». Eso me llevó a reflexionar que Estados Unidos ya hace bastante difícil la vida a quienes llevan una existencia nómada, independientemente de cuál sea su raza. Acampar furtivamente en zonas residenciales es, sobre todo, algo muy alejado de las convenciones. A menudo supone incumplir ordenanzas locales que prohíben dormir en un vehículo. Evitar problemas —conflictos con la policía o con viandantes suspicaces— puede ser difícil incluso con el salvoconducto del privilegio blanco que permite evitar la cárcel. Y en una época en que la

policía dispara contra afroamericanos desarmados en los controles de tráfico, vivir en un vehículo parece una apuesta especialmente arriesgada para cualquiera que pueda ser objeto de discriminación racial.

Todo lo cual me hizo recordar algunas situaciones en las que podría haber tenido problemas y no los tuve. Una noche, la policía me paró en Dakota del Norte, donde estaba trabajando en un reportaje. Me preguntaron de dónde venía y me recomendaron algunas atracciones turísticas locales antes de dejarme seguir camino con una advertencia. En general, no tuve problemas con la gente cuando conducía a *Halen*. Ojalá pudiera atribuirlo a mi buen karma o algún tipo de benevolencia cósmica, pero lo cierto es que soy blanca y el privilegio, sin duda, debió de tener un peso.

Después del Rubber Tramp Rendezvous, seguí a la tribu hasta Ehrenberg. Una noche, mientras compartía una cena en la furgoneta de una vecina, advertí que teníamos apoyada la bandeja con la comida encima del cubo que le servía de retrete, que estaba tapado y sellado. En mi ciudad, semejante mesa improvisada me habría incomodado. Allí era un detalle que formaba parte del entorno. Estábamos en un espacio limitado y usábamos lo que teníamos a mano.

Al cabo de un par de semanas, después de completar los trámites para dejar a *Halen* en un aparcamiento para estancias prolongadas, volé de regreso a Nueva York. Al volver a ocupar mi apartamento de Brooklyn, me sentí rara. Cuando vives en un espacio tan reducido como el de una furgoneta, la claustrofobia acaba dando paso a una sensación de recogimiento, como si estuvieras en una madriguera. Las paredes están cerca, las ventanas casi siempre tapadas, tienes al alcance de la mano casi todo lo que necesitas. Es como un útero. Al despertar por la mañana te sientes segura, aunque en un primer momento no recuerdes dónde aparcaste la noche anterior.

Todo ello hizo que el regreso a casa me resultase más desconcertante de lo que esperaba. Los primeros días me despertaba en mi cama profundamente desorientada. El colchón de tamaño estándar me parecía demasiado ancho. Las paredes, demasiado distantes y el techo, demasiado alto. Todo ese espacio vacío me angustiaba, me hacía sentirme vulnerable. La luz del sol que entraba en mi habitación me parecía excesivamente deslumbrante. Un día, todavía medio dormida, confundí mi ventana con la ventanilla trasera de mi furgoneta.

Pasada la primera semana, el desconcierto se desvaneció. Pero entonces algo distinto ocupó su lugar: empecé a añorar a *Halen* y los nómadas. Quería volver a estar en la carretera.

[173] Lynn Neary (2011): «Amazon's Seasonal "Workampers" Fill Holiday Orders», en *All Things Considered*, National Public Radio, 22 de diciembre.

[174] Jaimie Hall Bruzenak (2013): «Great Expectations — Do You Need an Attitude Adjustment?», en *Workamper News*, septiembre/octubre, p. 7.

[175] James Rorty (1936): *Where Life Is Better: An Unsentimental American Journey*, Nueva York, Reynal & Hitchcock, p. 13.

[176] Rebecca Solnit (2009): *A Paradise Built in Hell: The Extraordinary Communities That Arise in Disaster*, Nueva York, Viking. (Próxima ed. en Capitán Swing)

[177] Todos estos nombres juegan con la palabra *van*, «furgoneta o camioneta» en inglés. (*N. de la T.*)

[178] Pieza musical de carácter solemne que se interpreta al anochecer, en los funerales y en ceremonias donde esté presente la bandera de Estados Unidos. (*N. de la T.*)

[179] En inglés *ankle-biter*, literalmente «muerde-tobillos». Término de uso coloquial para referirse a una criatura pequeña. (*N. de la T.*)

[180] Bob Wells (2014): *How to Live in a Car, Van or RV: And Get Out of Debt, Travel, & Find True Freedom*,

CreateSpace Independent Publishing Platform, p. 88.

[181] National Association of Dental Plans: «Who Has Dental Benefits» (http://www.nadp.org/Dental_Benefits_Basics/Dental_BB_1.aspx#_ftn1); para ampliar la información, el ensayo definitivo de Sarah Smarsh sobre la pobreza, la estigmatización y una dentadura en mal estado es extraordinario: «Poor Teeth», en *Aeon* , 23 de octubre de 2014 (<https://aeon.co/essays/there-is-no-shame-worse-than-poor-teeth-in-a-rich-world>).

[182] <http://rvsingles.org>.

[183] Actualmente, las personas empleadas o que han estado empleadas en el equipo de campistas de Amazon, así como aquellas interesadas en formar parte del mismo, disponen de un grupo privado de Facebook independiente de la empresa (<https://www.facebook.com/groups/866946020029455/>) accesible solo para sus miembros. La página inicial es, no obstante, de acceso público y en la foto que figura allí no aparece ninguna persona afrodescendiente. (*N. de la T.*)

[184] Christian Lander (2009): «#128 Camping», en *Stuff White People Like* , 14 de agosto (<https://stuffwhitepeoplelike.com/2009/08/14/128-camping>).

Experiencias imbatibles

A campar en zonas despobladas fue solo el inicio. Pronto la furgoneta me abriría la posibilidad de explorar otros territorios. Durante mi última estancia en el desierto, había vuelto a visitar la Gran Carpa, la exposición de vehículos de acampada donde las empresas reclutaban a campistas para realizar trabajos temporales en todo el país. Allí, una mujer sonriente me dio una octavilla que decía: «¡Participa en una experiencia imbatible!». [185]

La cosecha anual de remolacha azucarera me tenía intrigada desde hacía tiempo. Parecía un trabajo pesado para unos cuerpos ancianos, no casaba con el público de nómadas de pelo gris o canoso que frecuentaba esa exposición. Examiné con mayor detenimiento la octavilla. Incluía una cita de un trabajador anónimo que describía el trabajo como «un poco cansado, pero no extenuante». Eso no me aclaró gran cosa. La mayor parte de la información que tenía sobre ese trabajo procedía de lo que me había contado la gente que frecuentaba Quartzsite.

—Hacía frío. Nevaba. Todo estaba húmedo —me dijo Gretchen Erb un día que estábamos charlando en su autocaravana Fleetwood Bounder de 1999.

En Minnesota, le había tocado permanecer al aire libre con temperaturas bajo cero durante el turno de noche para recoger los albaranes que entregaban los camioneros y «obtener muestras», es decir, llenar sacos reforzados con vinilo con unos 13 kilos de remolachas y acarrearlos hasta un punto de recogida, desde donde serían transportados a un laboratorio para analizar su contenido en azúcar. Otro trabajador, Brian Gore, de sesenta y dos años, me habló de la cosecha de remolacha en Montana, donde conducía una pala cargadora con una cabina a la que le faltaba una puerta. A través de la abertura recibía el impacto de las remolachas —incluida una vez una del tamaño de un pomelo— que salían despedidas de una cinta transportadora con fallos mecánicos.



Reclutadores en la Gran Carpa en busca de personal nómada para la cosecha de remolacha azucarera.

—¡Recibía una lluvia de golpes de todas esas remolachas! —exclamó.

Lo comparó con recibir una ráfaga de un «cañón de patatas automático», como los que se usan en algunos espectáculos deportivos. Aun así, añadió que seguramente repetiría, porque necesitaba el dinero.

—Resulta tolerable porque dura poco tiempo —añadió—. Si pensaras en un futuro distante y te vieras todavía a paladas de remolachas, te volverías loco.

De modo que rellené la solicitud que me ofreció la reclutadora. ¿Por qué no?, me dije. Me había pasado un número incontable de horas charlando con las y los nómadas sobre sus empleos de temporada, pero todavía no había visto directamente ninguno de los lugares de trabajo. No me hacía ilusiones. Los reclutadores acuden a la Gran Carpa en busca de campistas dispuestos a trabajar en la cosecha anual de remolacha. Experimentar brevemente en qué consistía ese tipo de trabajo no iba a convertirme en una trabajadora nómada. Pero, por lo menos, la inmersión podría ayudarme a comprender mejor esas vidas de las que tanto me habían contado.

Pasados unos meses, Express Employment Professionals, la agencia de trabajo temporal que contrata personal por encargo de American Crystal Sugar, aceptó mi solicitud. Visto lo cual, empecé a documentarme sobre ese sector. Estados Unidos es uno de los mayores productores mundiales de azúcar refinado y la remolacha azucarera es la fuente del 55 por ciento de esa producción. (El resto procede de la caña de azúcar). Más de la mitad de los cultivos de remolacha azucarera —unas 275 hectáreas— se encuentra en el valle del río Rojo, que abarca la zona

occidental de Minnesota y el este de Dakota del Norte. Allí tiene su sede American Crystal Sugar, la mayor empresa productora de azúcar de remolacha del país. La región constituye una anomalía nacional, con un nivel de ocupación próximo al pleno empleo, que dificulta mucho la contratación de personal. (La dificultad era aún mayor cuando los yacimientos petrolíferos de Bakken se encontraban en pleno apogeo). Por eso, American Crystal busca personal nómada que pueda trasladarse allí desde lugares distantes —con su casa a cuestas— para la cosecha de otoño.

La última semana de septiembre, equipada con esta información y dos pares de guantes de trabajo resistentes, llegué a Drayton Yard, un enorme centro de almacenamiento y transformación de remolacha azucarera situado en Dakota del Norte, cerca de la frontera canadiense. Para los productores de remolacha de todo el valle del río Rojo, las dos primeras semanas de octubre representan una carrera contra el mal tiempo, que ellos designan como «campana» utilizando un término de la jerga militar. La batalla se inicia la medianoche del 1 de octubre. Los agricultores se apresuran a arrancar las remolachas antes de que el suelo se hiele, con la esperanza de que la temperatura se mantenga lo suficientemente baja para evitar que se pudran. Semirremolques cargados con varias toneladas cada uno recorren veloces las carreteras locales hasta los centros de almacenamiento 24 horas del día. Van cargados hasta los topes y los arcenes quedan cubiertos de remolachas caídas a lo largo de varios kilómetros en ambas direcciones. Camioneros ojerosos fuman sin parar para mantenerse despiertos. El tráfico ruge. Se producen accidentes. Algunos residentes locales atribuyen los choques a las normas del estado que permiten que peones agrícolas inexpertos transporten cargamentos de varias toneladas de producto sin disponer del permiso de conducir profesional que se exige a la mayoría de transportistas. En el momento de máxima actividad, llegan a diario a las más de tres docenas de estaciones receptoras de American Crystal unos 50.000 camiones cargados. [186]

Me destinaron al equipo de tierra de la Apiladora Número Uno, donde trabajaría en turnos de 12 horas. Nuestra zona de trabajo estaba situada dentro del galpón, una inmensa planta refrigeradora que parecía un hangar abierto por ambos extremos con el suelo de cemento. Una gran pila de remolachas ya se elevaba hacia el techo; nuestra formadora calculaba que debía contener unas 20.000 toneladas, procedentes de un cultivo temprano más reducido, previo a la cosecha principal. Añadió que esa temporada las remolachas que estaban llegando eran más grandes que las del año anterior; habían visto algunas del tamaño de una pelota de baloncesto.

Muchas otras estaciones receptoras estaban situadas al aire libre. Nos dijeron que estábamos de suerte, porque estaríamos protegidos de la lluvia y la nieve, pero con una contrapartida: el ruido y la contaminación del aire eran más molestos. El olor empalagoso de las remolachas fangosas se mezclaba con el polvo y las emanaciones de los motores diésel.

Cuando llegaban a Drayton Yard, los camiones pasaban por «la báscula», una casucha donde los pesaban, y luego hacían cola frente a nuestra estación receptora. Los hacíamos pasar de uno en uno hasta la apiladora, un gigantesco artilugio chirriante que parecía una pequeña fábrica montada sobre orugas de tanque. Una enorme tolva se situaba detrás de cada camión para recibir su cargamento de remolachas. Desde allí, las remolachas pasaban a una cinta transportadora que las llevaba hasta un volteador que las sacudía para eliminar el exceso de barro y luego las depositaba nuevamente en el camión. A continuación, otra cinta transportadora las trasladaba cuesta arriba por una larga plataforma que recordaba el brazo de una grúa de construcción, al final de la cual las remolachas salían despedidas para caer sobre una montaña de tubérculos que alcanzaba una altura de tres pisos y que se iría alargando a medida que avanzaba la cosecha. Para hacerle sitio, la apiladora retrocedía de vez en cuando sobre sus orugas. Al final de la cosecha, la pila de remolachas ocuparía la longitud de dos Boeing 747 aparcados en fila, con una anchura

aproximadamente equivalente a su envergadura. Un sistema de ventilación mecánica ayudaba a mantener la pila a una temperatura próxima a cero, mientras las remolachas aguardaban el traslado a la refinera.

Todo el proceso era estrepitosamente ruidoso, acelerado y sucísimo. Limpiar continuamente el lugar formaba parte de nuestro trabajo: teníamos que recoger los montones de remolachas caídas —algunas del tamaño de un pavo congelado— y cargarlas de nuevo sobre la cinta transportadora con la ayuda de horquillas y palas. (Quedarse de manos cruzadas no estaba bien visto: «¡Si puedes recostarte, puedes limpiar!» [187] era la consigna preferida de un encargado). Cuando la tarea se volvía demasiado pesada, dejábamos las palas y recogíamos cantidades más pequeñas con las manos. Si no avanzábamos a un ritmo suficientemente rápido, nuestra supervisora —que llevaba botas vaqueras de color rosa y la cara perfectamente maquillada para acudir al trabajo— hacía sonar desde su cabina de control elevada una bocina que tronaba como la de un submarino de la Segunda Guerra Mundial que se estuviera preparando para lanzar torpedos, y luego gesticulaba frenéticamente en nuestra dirección a través de la ventana, moviendo los brazos como si manejara una pala. Mientras tanto, las cintas transportadoras se agitaban sobre nuestra cabeza lanzando trozos de remolacha y terrones de barro contra todo lo que tenían a su alcance, cubriendo de manchas nuestros chalecos reflectantes amarillos y los cascos verdes. Un día, acababa de levantar la mano izquierda para indicarle a un compañero que se acercaba un camión —aunque gritáramos, era difícil hacerse oír por encima del estrépito de la máquina— cuando una remolacha del tamaño de una manzana me golpeó con fuerza la muñeca. Otra parte de nuestro trabajo consistía en limpiar el suelo de barro con unas palas para la nieve que continuamente se quedaban atascadas en aquella masa densa y viscosa, y era preciso empujar con todo el cuerpo para manejarlas. También teníamos que recoger muestras, la tarea de la que me había hablado Gretchen. Lo que no me había dicho era que el procedimiento implicaba sostener el saco de vinilo abierto bajo un tubo vertical conectado con la apiladora por el que se precipitaban las remolachas a toda velocidad y costaba mucho esfuerzo mantener el saco en su sitio sin perder el equilibrio. Era como recoger bolos al vuelo con una funda de almohada.

La tarea más pesada era limpiar la apiladora. Nuestra supervisora reducía la marcha para que pudiéramos subirnos sobre el gigantesco artilugio y limpiar el conducto principal con las palas. El barro se resistía y, cuando por fin conseguíamos retirarlo, se desprendía en forma de tiras correosas, del grosor de las estrías de un neumático. Nuestra supervisora nos exigía a gritos que hiciéramos «un esfuerzo» y nos recordaba que solo disponíamos de quince minutos. El tiempo que la máquina permanecía parada salía caro.

Tras dos días de iniciación, comencé a trabajar un turno de 12 horas. Al acabar, cuando regresaba al aparcamiento en mi furgoneta, ya de noche, pasé frente a un letrero destinado a reclutar personal que anunciaba «una experiencia imbatible». Me dolía todo el cuerpo, sobre todo la espalda y los hombros; antiguas lesiones olvidadas se habían reactivado. Eso me sorprendió, pues tenía treinta y siete años y estaba en relativa buena forma física, cuando en algunas de las estaciones trabajaba gente en edad de jubilarse. Esperaba poder darme una ducha caliente —nos habían prometido que tendríamos acceso a un servicio de duchas—, pero esa parte del campamento todavía estaba en obras. Me preparé la cena en la furgoneta y caí dormida, todavía vestida, con un terrible dolor de cabeza. Al día siguiente me desperté al amanecer para iniciar un turno de trabajo que resultaría aún más azaroso. Una barra de metal de más de dos metros de una cosechadora averiada llegó oculta en medio de un montón de remolachas. La apiladora la succionó y cuando nuestra supervisora, finalmente, activó una parada de emergencia, ya había recorrido parte del trayecto de la primera cinta transportadora y estaba a punto de llegar

al volteador gigante que sacude la tierra que llevan adherida las remolachas. Si hubiera caído dentro, habría podido causar graves daños a la máquina y muy probablemente también a los que estábamos de pie en el suelo en las proximidades. Más tarde, ese mismo día, un compañero se cayó después de dar un traspies en el suelo resbaladizo y tuvo que presentar un parte de accidente, porque se le hinchó la rodilla.

Entre mis vecinos del aparcamiento, estaba Dan, un hombre de sesenta y nueve años que en 2006 había dejado de trabajar como conductor de camiones en Walmart por problemas médicos. Me explicó que había tenido que suplicarle al capataz que lo retirara del turno de noche, porque estaba perdiendo la visión del ojo derecho y necesitaba luz diurna para conducir en condiciones. Su esposa, Alice, también vivía en la autocaravana, pero en enero le habían diagnosticado una esclerosis lateral amiotrófica y no podía trabajar. En el campamento había más personas mayores, pero también cincuentonas, de mi edad y más jóvenes. Justo a la derecha de mi furgoneta, había una pareja de *crust punkies* de veintitantos años en una camioneta negra mate con matrícula de Nueva Jersey que comían tazones de fideos ramen y dormían en la cabina. También conocí a un trabajador con barba de perilla que se paseaba en bicicleta por el campamento y se apodaba Overdrive («a toda marcha»). Me explicó un poco su filosofía de la vida.

—Si una mañana llueve, puedes despertarte y decir que hace un día horrible o puedes declarar que hace un día espléndido —me explicó—. Yo prefiero afirmar que es un día espléndido.

Tensa, dolorida y cubierta de barro, una parte de mí se sentía en deuda con las personas que había conocido allí y quería resistir hasta el final de la campaña. Pero, aunque me quedara más tiempo, la experiencia no me incluiría en las filas de los verdaderos trabajadores nómadas; al final acabaría regresando a mi casa a escribir. A esas alturas ya había visto —y sobre todo sentido en mi propia carne— lo suficiente para saber que los trabajadores y trabajadoras con quienes había hablado no habían exagerado sus experiencias. En consecuencia, una noche, al terminar mi turno, le dije a la encargada que no volvería. No pareció extrañarse; eran muchos los que se arrepentían. Unos días más tarde, supe que la mayoría de mis compañeras y compañeros de la estación apiladora también lo habían dejado. Además supe que en otra estación una mujer se había fracturado la muñeca. Con cierto sentimiento de culpa, respiré aliviada porque no me hubiera ocurrido a mí.

Salí de Drayton Yard en la oscuridad y fui dejando atrás un flujo continuo de semirremolques que avanzaban en dirección contraria. En el retrovisor podía ver el letrero luminoso de la refinería, que, resplandeciente en medio del vapor que exudaba la fábrica, proclamaba en letras rojas: «American Crystal Sugar». Esa noche me pagué un hotel en Grand Forks, donde me regalé una ducha caliente, me fumé un porro y me quedé dormida mientras intentaba ver una película. Una de esas tres cosas resultó ser un error.

Había solicitado un empleo en el equipo de campistas de Amazon coincidiendo más o menos con mi solicitud para la cosecha de remolacha azucarera. Para acceder al empleo de Amazon era preciso superar una prueba previa de detección de drogas, una práctica que siempre me ha parecido invasiva y degradante. Todo el procedimiento me parecía aún más absurdo cuando visualizaba campistas dispersos por todo el país presentando sus fluidos o tejidos corporales para que otros los analizaran y determinaran si podrían acceder a un trabajo temporal precario y mal pagado.

Ya me había informado en Internet sobre la política de Amazon al respecto y había encontrado comentarios de trabajadores que hablaban de un «frotis bucal». En este tipo de cribado, la mayoría de las drogas, incluida la marihuana, solo se detectan durante unos días. Supuse que no

tendría problemas, pues había comunicado a la empresa que podría empezar a trabajar a principios de noviembre.

Ya de regreso en casa, recibí un mensaje electrónico del equipo de campistas donde me comunicaban que comenzaría a trabajar el 4 de noviembre en el almacén de Amazon en Haslet (Texas), cerca de Fort Worth. Al cabo de un par de días, una vez superada la verificación de mis antecedentes penales, recibí otro mensaje en el que me daban un plazo de 72 horas para realizar una prueba de detección de drogas en un laboratorio de Atlantic Avenue, próximo a mi apartamento. Ningún problema, me dije. Pero el mensaje también contenía una sorpresa desagradable: la prueba consistía en un análisis de orina.

Pueden detectarse rastros de marihuana en la orina más de un mes después de haberla fumado, porque los metabolitos se depositan en los tejidos grasos. La prueba estaba programada para una semana y media después de haberme fumado ese porro en Dakota del Norte. En caso de un frotis bucal, no habría tenido problemas. En el caso de un análisis de orina, ya era más dudoso. Encargué en Amazon un paquete de 10 tiras para la detección de THC en orina y realicé una prueba. Apareció la raya que indica un resultado negativo, pero era descorazonadoramente tenue. Las instrucciones aclaraban que bastaba con que apareciera una raya —de la tonalidad que fuera— para superar la prueba. Pero la mía era apenas visible y no quería correr el riesgo.

Solo había una manera infalible de superar la prueba: introducir subrepticamente una muestra de orina limpia. Por suerte, todavía me quedaban nueve tiras sin utilizar. Las distribuí entre mis amistades y personas queridas. No tardé en encontrar un donante que me proporcionó una muestra sin tacha. La guardé en un minifrasco de champú para viajes y el día de la prueba me lo introduje debajo de las bragas y me puse unos tejanos ajustados para que no se moviera de sitio. Una vez completado el procedimiento, el técnico me dijo que recibiría los resultados en 48 horas.

No volví a tener noticias del laboratorio, pero al cabo de unos días recibí un mensaje electrónico del equipo de campistas: había superado las pruebas y podía empezar a trabajar. Poco después, volvía a estar al volante de mi furgoneta camino de Haslet (Texas).

La sesión de orientación comenzó un miércoles por la mañana, con todo el grupo de 31 personas reunido en un aula del almacén de Amazon.

—Aquí realizaréis un intenso trabajo físico —nos advirtió nuestra instructora—. Probablemente haréis mil sentadillas al día y no exagero. Posaderas de acero, ¡aquí os quiero! ¿Entendido?

Algunas personas del grupo se rieron entre dientes. Estábamos sentados en torno a largas mesas por orden alfabético, como colegiales. La mayoría pasaba de los sesenta años. Yo era la única menor de cincuenta y estaba entre las tres que no teníamos canas. Los directivos del almacén de Haslet habían solicitado 800 personas para el equipo de campistas y habían recibido más de 900 solicitudes, según nos dijeron. Pero los aparcamientos para caravanas más próximos no tenían plazas suficientes para acoger al ejército de nómadas. Otra posibilidad —alquilar un prado local— había quedado descartada sin discusión. (¿Se imaginan ese prado helado durante una de las famosas tormentas glaciales de los inviernos texanos, con centenares de trabajadores ancianos sin electricidad, agua ni conexiones para el vertido de aguas residuales? ¡Una pesadilla para cualquier responsable de relaciones públicas!).

Finalmente, la dirección había conseguido un número limitado de plazas de aparcamiento en una docena de zonas de estacionamiento en un radio de 64 kilómetros. Habían contratado 251 trabajadores para el equipo de campistas, el máximo que podían acomodar. Algunos recién llegados tenían que dedicar 90 minutos diarios a los desplazamientos, que se sumaban a unos turnos de 10 horas. Una mujer que vivía en una furgoneta Ford blanca me confesó que pensaba

acampar furtivamente en el aparcamiento de Amazon dos días a la semana; así economizaría gasolina y perdería menos tiempo.

Nuestra formadora —que también vivía en una caravana y era veterana del equipo de campistas— se excusó por las dificultades y nos dijo que a Amazon le encantaba darnos la bienvenida.

—Los campistas somos famosos por nuestra integridad, bajo absentismo y la calidad de nuestro trabajo —nos explicó—. Sabemos lo que significa una jornada de trabajo duro. Amazon cuenta con ello. ¡Han contratado a este grupo experimentado para que dé el callo!

Nuestra cohorte —añadió— se caracterizaba por generar el «efecto campista»: una ética laboral del «yo sí puedo», propia de la era Eisenhower, que se contagiaba al personal más joven e inexperto. Nuestro equipo pareció ejercer, no obstante, escasa influencia sobre nuestros desmotivados compañeros milenials durante las jornadas siguientes. Al igual que los veinteañeros, principalmente transmitíamos mensajes de cansancio y aburrimiento.

Por lo menos, sí que aportamos una amplia diversidad de experiencias. Keith, que estaba sentado a mi izquierda, era un pastor protestante sesentón, padre de 10 hijos (cinco ya eran adultos y los otros vivían en la autocaravana). Charlie, de setenta y siete años, me dijo que tenía las rodillas destrozadas tras muchos años trabajando como mecánico para una compañía minera de cobre. Ed y Patricia, que llevaban más de cuarenta años casados, se habían jubilado a finales de los noventa de sus empleos como policía motorizado y cartera.

Todos juntos recibimos formación para trabajar en el departamento que llamaban Control de Inventarios-Garantía de Calidad (en inglés, *Inventory Control Quality Assurance, ICQA*). La tarea parecía tranquila: escanear el código de barras de las mercancías para cotejarlo con los datos registrados en el inventario digital. Pero no tardamos en descubrir que nuestro almacén — el más grande de la red de Amazon, según nuestra formadora, cuyo tamaño equivalía a más de 19 campos de fútbol— era un laberinto plagado de peligros. Más de 30 kilómetros de cintas transportadoras trasladaban cajas de un lado a otro del almacén. Eran ruidosas como un tren de mercancías y se atascaban con facilidad. Nos recomendaron que llevásemos el pelo recogido y que evitásemos anudarnos las sudaderas a la cintura, por el riesgo de que quedasen atrapadas entre los rodillos. Las chapas identificadoras que llevábamos colgadas al cuello estaban sujetas con un cordón que se rompía fácilmente para evitar estrangulamientos. En medio del estrépito, sonaba repetidamente una bocina. Cuando pregunté qué significaba ese sonido, un compañero me explicó que avisaba de que se volvía a poner en marcha una cinta transportadora que acababan de reparar.

Barb y Chuck Stout, a quienes había visto por última vez en Quartzsite cuando estaban quemando la documentación de su suspensión de pagos, también estaban trabajando en Haslet. Chuck estaba ocupado cerca de una cinta transportadora cuando una caja salió despedida y lo derribó. Su cabeza fue a dar contra el suelo de cemento. El personal sanitario de AmCare, el servicio médico interno de la empresa, no tardó en acudir. Dijeron que no tenía ninguna contusión y, por lo tanto, podía continuar trabajando en el departamento de recepción de mercancías, donde recorría unos 25 kilómetros diarios. (Más tarde, volví a reunirme con Chuck y Barb en un local de Buffalo Wild Wings en una pausa entre turnos. Me contaron que antes de mi llegada algunos sindicalistas habían estado haciendo campaña en el aparcamiento del almacén. Durante dos semanas, la dirección arengó a los trabajadores dos veces al día para advertirles que no se acercaran a ellos y, sobre todo, que no firmaran nada. Según Chuck, la dirección también les había alertado de que los datos de los trabajadores que se relacionasen con los activistas acabarían en la base de datos del sindicato, que los utilizaría para «seguirles la pista» y entrar en

contacto con ellos).

Durante la sesión de orientación, también supimos que nuestras instalaciones eran uno de los 10 centros de distribución de Amazon que utilizaban robots «sherpas». Estos artilugios de color naranja pesan más de 100 kilos y parecen aspiradores gigantes. Técnicamente son unidades propulsoras, pero la mayoría del personal los llama kivas, por el nombre del fabricante que llevan estampado en los costados. Se mueven dentro de un espacio cerrado en penumbra —al fin y al cabo, los robots no necesitan disponer de luz para orientarse— sobre una superficie llamada pista de los kivas. Su tarea consiste en impulsar columnas con estantes (abiertas por los lados y cargadas de mercancías) hasta las terminales operadas por humanos, situadas en torno al perímetro de la pista. Nadie, salvo los integrantes de una unidad llamada Amnistía, estaba autorizado a pisar la pista de los kivas, ni siquiera si un producto se caía de los estantes. El personal corriente solo podía recuperar esos objetos desde el exterior del recinto con ayuda de un «instrumento de recuperación y amnistía». (A pesar de su nombre rimbombante, solo se trataba de un rodillo de pintor acoplado a un palo de 1,5 metros de largo. Cada terminal disponía de uno). Cuando manifesté mi interés por intentar usarlo, me dijeron que tendría que esperar: el manejo del instrumento de recuperación y amnistía requería una formación especial.

Había oído hablar de los kivas con mucho bombo. Los robots se presentaban o bien como el sueño húmedo de un experto en eficiencia, una innovación que liberaría a la humanidad de las tareas mecánicas, o bien como los heraldos de una distopía de desempleo donde el trabajo manual quedaría obsoleto mientras la brecha entre ricos y pobres se convertía en un muro.

La realidad era menos polémica, más bufonesca, como una versión actualizada de la película *Tiempos modernos* de Charlie Chaplin. Nuestros formadores nos entretuvieron con anécdotas sobre robots díscolos: kivas que habían escapado sin permiso a través de un hueco en la verja o que habían intentado retirar una escalera de una terminal con un trabajador todavía subido a ella. Muy de vez en cuando, dos kivas —cada uno cargado con hasta 350 kilos de mercancías— chocaban como hinchas de fútbol borrachos. A veces los kivas dejaban caer algún objeto y otras los arrollaban. En abril, se había desprendido del cargamento de un robot un espray antiosos (básicamente, un aerosol de gas pimienta de tamaño industrial) y otro kiva lo aplastó. Hubo que evacuar el almacén y el personal paramédico atendió a siete trabajadores en el exterior. Otro tuvo que ser trasladado de urgencia al hospital con problemas respiratorios.

Además de recomendarnos no bajar la guardia frente a los robots descontrolados, también nos advirtieron de los riesgos del sobreesfuerzo. «¡Prepárate para sufrir agujetas!», advertía un cartel. Una de nuestras formadoras nos dijo que podríamos considerarlo un buen día si no habíamos tenido que tomar «más de dos pastillas de Tylenol la noche anterior». Dispensadores de medicamentos colgados en la pared, identificados como «botiquines», ofrecían analgésicos genéricos gratuitos. Quien quisiera un producto de marca —o un frasco de bebida energética, por ejemplo— podía adquirirlos en la sala de descanso.

Recorrimos el edificio en una visita guiada. Las paredes estaban decoradas con murales de la mascota del almacén de Amazon —una figura animada de color naranja en forma de gota llamada Pecu, apócope de *peculiar guy* («un tipo raro»)— y lemas orwellianos, como «Los problemas son tesoros» y «El enemigo es la variación, la clave es mantener el *takt time*». (*Takt time* es un término de la jerga profesional. Definido como «el tiempo deseable para la producción de una unidad de producto», se emplea para regular el ritmo de trabajo). [188] Un calendario de gran tamaño revelaba que, hasta ese momento, en el mes de noviembre se había registrado al menos un «incidente» diario en materia de seguridad. Nuestra guía nos mostró un «muro de la vergüenza» con perfiles anónimos de personal caído en desgracia. Cada uno estaba ilustrado con

una imagen prediseñada: la silueta de una cabeza en negro con letras de molde rojas superpuestas que decían: «Detención» o «Despido». Un trabajador había robado iPhones, que sacaba escondidos en sus botas con puntera de acero. Otro había sido descubierto comiendo productos en vez de depositarlos en los estantes (exactamente, productos alimentarios por un valor de 17,46 dólares, revelaba puntualmente la descripción). La reglamentación era la norma. Nos indicaron que debíamos caminar por las rutas marcadas en el suelo con cinta adhesiva verde; cuando uno tomó un atajo en una esquina, nuestra guía le reconvino. Cuando me detuve para ir al baño, en el interior de la cabina había un cuadro con una paleta de colores que iban desde el amarillo pálido hasta un morado aterrador. El texto me recomendaba comprobar cuál era el color más semejante al de mi orina y sugería que debería beber más agua.

Pasé una semana en el almacén. La disonancia cognitiva era intensa. Al inicio de cada turno, una encargada veinteañera rubia con cola de caballo saludaba con voz cantarina: «¡Hoooolaaa, campistas!» a nuestra cohorte de trabajadores, en su mayoría ya mayores, mientras empezábamos a hacer estiramientos guiados por su ayudante. Después comenzaba a escanear los códigos de barras de toda clase de objetos, desde consoladores —Fabricante: Cloud 9. Modelo: *Delightful Dong* («delicioso apéndice»)— hasta fundas para pistolas Smith & Wesson (disponibles en textura granulada y engomada) y tarjetas regalo del canal de televisión AMC por valor de 25 dólares (había 146 y tuve que escanearlas una a una).



Yo misma retirando el contenido de una estantería transportada por un robot para escanear los códigos de barras.

En una ocasión, un robot kiva que transportaba una columna de estantes avanzó en dirección a mi terminal. Me llegó el olor de un perfume nauseabundo y luego una vaharada del mismo, cada vez más penetrante a medida que el robot se aproximaba. Por algún motivo, ese olor me recordaba... ¿a la universidad? Cuando los estantes se detuvieron frente a mí, descubrí 18 cajas

de incienso de pachulí que había que escanear. El olor impregnaba mis manos y me daban arcadas. Acabé la tarea y pulsé un botón para ordenar al robot que se alejara. A su derecha vi otros tres que esperaban en fila, cual pacientes perros labradores. El estante maloliente se alejó y otro nuevo, con un perfume mucho más agradable, ocupó su lugar. Pero al cabo de cinco minutos volvió el robot cargado de pachulí. Volví a escanearlo todo y se alejó de nuevo. A los cinco minutos, ya había vuelto de nuevo. No sabía qué pensar: ¿me encontraba ante una prueba de que los humanos son más listos que los robots? ¿O ese robot estaba subestimando mis capacidades y poniéndome a prueba con la repetición del proceso y quizás acabara seleccionando los mejores dos resultados? Mi turno concluyó después de despedirlo por tercera vez. A la salida, me reuní con mis compañeros, que olieron el incienso.

—¡Fiebre del sábado noche! —dictaminó Keith, el pastor protestante.

La noche siguiente trabajé mi último turno. Estuve de nuevo unas horas con los kivas, procurando sumirme en un estado meditativo. Otra trabajadora nómada, una septuagenaria de pelo blanco, me había confesado antes que estaba a punto de dejarlo porque los robots la sacaban de quicio. Insistían en llevarle una y otra vez la misma estantería para que la escaneara. Una situación muy parecida a mi problema con el pachulí. Después de acudir tres veces a ella, el robot empezó a hacer lo mismo con su marido, que estaba trabajando en otra terminal, a unos ocho metros de la suya. Se le presentó seis veces en total. Me lo contó a la salida de la sala de descanso, justo cuando pasábamos frente a una mujer del equipo de limpieza que estaba quitando el polvo a las taquillas con expresión muy satisfecha. Dejando de lado el tema, mi compañera se quedó mirándola mientras preguntaba:

—¿Cómo habrá conseguido ese trabajo? ¡Preferiría mil veces hacer eso! ¡Preferiría limpiar los lavabos!

Hacia el final de la noche, una encargada me pidió que escaneara los productos depositados en «la zona de los objetos dañados», donde quedan desterradas todas las mercancías en mal estado. Sin embargo, la pantalla de mi escáner indicaba que debería estar conduciendo un toro. (Yo no sé conducir esas máquinas). La encargada no sabía qué hacer. Reprogramamos el aparato varias veces y por fin conseguí llegar a la zona de los objetos dañados. Tras varias horas dedicadas a contabilizar latas melladas, cajas rotas y un regalo original descrito como «toalla cara/culo», mi turno tocó a su fin.

Pasé frente a otros tres miembros del equipo de campistas que habían desistido de intentar responder a las erráticas instrucciones de sus escáneres y se habían dejado caer sin fuerzas, con la espalda recostada contra la pared, frente a las hileras de estanterías. Había llegado el momento de despedirme, pero todavía no había decidido cómo hacerlo. De repente sentí un impulso perverso. Según nos habían dicho, había una cosa que era causa de despido inmediato. ¿Y si me adentraba corriendo, imprudentemente y sin encomendarme a nadie, en la pista de los kivas? Ya había fantaseado antes con esa idea a lo largo de esa semana. ¿Cómo me sentiría corriendo por esos pasillos en penumbra, esquivando a atareados kivas como si me estuviera ejercitando en una pista de obstáculos proletaria? ¿Cuánto tardaría en atraparme el equipo de Amnistía? ¿Qué ocurriría entonces? (Cosas más curiosas ya habían sucedido. Más adelante, supe que dos trabajadores enamorados habían sido despedidos después de empezar a darse el lote en la pista de los kivas).

Pero mi objetivo era recopilar experiencias, no representar una escena de *Braveheart*. Y no quería perder mis notas, que había ido reuniendo meticulosamente en un pequeño bloc que llevaba en el bolsillo trasero. También había dictado mis observaciones, en voz baja, en una grabadora disimulada dentro de una estilográfica y había filmado con una cámara de vídeo que

parecía un llavero de control remoto. Llevaba ambos artilugios colgados de la cinta junto con mi chapa identificativa.

Me dirigí a la cabina de control situada en la puerta de salida del almacén. Deposité la cinta — con su cargamento— en una cestita del estilo de las aprobadas por la Administración de Seguridad en el Transporte, destinada a las llaves y las monedas sueltas, y la empujé por la rampa hasta la vigilante antes de cruzar el detector de metales. Me detuve nerviosa, paseando la mirada de la vigilante a la cestita, pero ella casi no prestó atención a lo que había dentro. En cambio, se quedó mirándome y arqueó las cejas como preguntándome: «¿A qué esperas?». Así que le dije: «Buenas noches» y me marché.

[185] En inglés, *unbeatable experience*, deformación de la palabra *unbeatable* («imbatible»), con la sustitución de *beat* («derrotar, batir») por *beet* («remolacha»), que se pronuncia igual. (*N. de la T.*)

[186] Sarah Volpenhein (2015): «Amid Sugar Beet Truck Accidents, Some Question Minnesota, North Dakota Regulations for Ag Drivers» (<https://www.inforum.com/news/3856298-amid-sugar-beet-truck-accidents-some-question-minnesota-north-dakota-regulations-ag>).

[187] En inglés, *If you can lean, you can clean!*, un pareado que rima. (*N. de la T.*)

[188] https://ocw.mit.edu/courses/engineering-systems-division/esd-60-lean-six-sigma-processes-summer-2004/lecture-notes/8_1assembly_op.pdf.

PARTE III

La palabra maldita

Una semana después de que Linda se instalara en la *Posada Hazte Sitio*, LaVonne estaba aparcada en San Diego sin compañía. Había estado allí acampando de tapadillo y tenía el ánimo por los suelos después de pasar unos meses difíciles. Su anterior hogar —la autocaravana GMC Safari marrón de 2003, llamada *LaVanne*— se había averiado después del último Rubber Tramp Rendezvous y la había dejado tirada en Ehrenberg, sin dinero para pagar la reparación. Para empeorar las cosas, todavía debía unos cuantos miles de dólares de los plazos del vehículo ahora inservible, que ya se había quedado varado varias veces antes. Decidió tomárselo con calma y esperar a que llegaran los cheques de su pensión. Lori, la mujer que vivía con su hijo en un Chevrolet Tahoe, la acompañaba a comprar provisiones. También se consoló adoptando un nuevo compañero de viaje, un cachorrito revoltoso llamado *Scout*, de una camada que acababa de parir la perra de Lori.

Acabó viviendo en la autocaravana averiada durante casi un mes y medio, mientras la temperatura iba subiendo y la tribu iba menguando a su alrededor. Por fin, pudo pagar la grúa hasta el taller, donde le presentaron un presupuesto de 3.000 dólares por la reparación del motor; más de lo que podía pagar. Paseando con *Scout* por los alrededores, descubrió una furgoneta Chevrolet Express de 12 plazas casi nueva en un depósito de coches usados. Un vendedor salió de las oficinas y le dijo que podría ayudarla a conseguir un préstamo aunque su historial crediticio no fuera bueno. Lo cual no es raro, pues últimamente han empezado a comercializarse créditos de alto riesgo para la adquisición de vehículos.

LaVonne tenía dudas sobre las condiciones, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Si no la compraba, me quedaría sin un lugar donde vivir —me explicó luego.

Bautizó el nuevo vehículo como *LaVanne Dos*.

Esa experiencia la había puesto desagradablemente en contacto con la palabra maldita: «sintecho». La mayoría de nómadas evitan ese calificativo como la peste. Afirman que, a fin de cuentas, son personas sin casa. Los sintechos o sin hogar son otra cosa.

Pero incluso después de que lograra escapar de Ehrenberg y ya de regreso en el territorio familiar de San Diego, esa expresión seguía inquietando a LaVonne, que escribió en su blog, *The Complete Flake*:

Quando vives en una caravana en la ciudad, la gente piensa que no tienes un hogar.

Quando la gente te ve como una persona sin hogar, tú también empiezas a sentirte así.

Y comienzas a esconderte y a disimular (...) y a hacer todo lo posible para parecer «normal»...

Por lo tanto, cuando el viejo visiblemente sintecho al que has visto refugiarse tras los arbustos cerca de tu caravana con la bolsa de basura donde lleva sus pertenencias te sonrío cada mañana y te saluda como si te conociera, la situación te descoloca, como mínimo.

Porque comprendes que has pasado a formar parte del club cada vez más numeroso de la gente que vive en la calle y, a fin de cuentas, no hay demasiada diferencia entre él y tú.

Al cabo de unos días, LaVonne completó el comentario con una confesión cargada de sentimientos de culpa. En un nuevo texto explicaba que había sobrevivido a base de créditos a corto plazo por un importe de 255 dólares cada uno, que vencían esa semana con unos intereses de 45 dólares en cada caso. Estaba apesadumbrada y avergonzada. Sameer, su amigo del Rubber Tramp Rendezvous que viajaba con el chihuahua *Mister Pico*, se apresuró a escribirle:

Quisiera estar cerca para poder abrazarte, hermana. Quiero que sepas que no eres la única que se ha encontrado en esta situación. Recuerdo una vez que yo mismo estuve varado en el bosque con *Mister Pico* en Dolores (Colorado), con ocho días por delante hasta que llegara mi cheque y el marcador del depósito de gasolina casi a cero, comida para cinco días y agua para solo dos (...).

Aceptar la pobreza y que los demás probablemente te consideren pobre es duro. Nos han descrito este estilo de vida como una experiencia emocionante e innovadora, y lo es. Pero lo cierto es que la mayoría vivimos así a causa de nuestra situación económica (...). Permíteme que te dé algunos consejos desde el punto de vista de tu hermano Sameer (...). Aléjate de California y las calles de San Diego, donde te consideran una persona «sin hogar». Recuerda que en el desierto o en el bosque eres una campista (...). Ven al desierto o al bosque y vive aquí con tu gente, que te quiere y te valora.

Tu hermano,

SAMEER

Sameer y LaVonne no son ingenuos. Saben que, en términos jurídicos, son personas sin hogar. Pero ¿quién puede vivir bajo el peso de esa definición? La expresión «sin hogar» se ha expandido haciendo metástasis más allá de su definición literal hasta convertirse en una terrible amenaza que susurra: *exiliados, caídos, los otros/las otras, personas que ya no tienen nada*. «Las y los intocables de nuestra sociedad», sugería LaVonne en su blog.

—Al principio me preocupaba lo que la gente pudiera pensar de mí por el hecho de estar viviendo en una caravana —me explicó una vez Sameer en una entrevista—. No quería que me definieran como una persona sintecho, sin hogar.

Esa expresión era fuente de problemas. Una vez que había ido a visitar a su hermana en la furgoneta con motivo del Ramadán, ella acabó echándole de su casa, tachándole de vagabundo sintecho que no era un buen ejemplo para sus sobrinas y sobrinos.

—Pensaba que mi familia sería más comprensiva. —Calló un instante y luego continuó—: Cómo nos definimos es realmente muy importante. Si viajas por la carretera pensando que eres una persona sin hogar o aplicándote cualquier otra etiqueta negativa, tienes un problema. Paul Bowles escribió un libro titulado *El cielo protector*, donde describe la diferencia entre turistas y viajeros. —Dicho esto, hizo una pausa—. Yo soy un viajero.



Sameer, en su furgoneta con Míster Pico.

Bob Wells establece en su libro una clara división entre «furgorresidentes» y personas sin hogar y sugiere que quienes viven en vehículos de acampada son objetores de conciencia frente a un orden social corrupto en descomposición. Hayan elegido o no su estilo de vida, lo han adoptado como propio. En cambio, según explica, «una persona sin hogar puede vivir en una furgoneta, pero no se encuentra ahí porque deteste las normas de esta sociedad. No, su único objetivo es volver a vivir bajo la tiranía de esas normas, con las que se siente cómoda y segura».

El concepto de poder elegir el propio destino era muy importante, según pude constatar. Lo oí repetidas veces: por escasas que sean las alternativas entre las cuales escoger, la posibilidad de elegir era fundamental. Ghost Dancer, que gestionaba un grupo de «furgorresidentes» en Yahoo, lo expresó como sigue en una entrevista:

—La economía no está mejorando. Tenemos una alternativa: podemos ser libres o convertirnos en sintechos, sin hogar.

El estigma social es solo un aspecto de la cuestión. Las personas que llevan una vida nómada pueden sufrir percances, cosas peores que ser atacadas con palos y piedras. En los últimos años, en Estados Unidos se está sometiendo a una presión sin precedentes a quienes no residen en viviendas tradicionales. En 2016, *The New York Times* publicaba la siguiente noticia:

Una batería de leyes que criminalizan en la práctica el hecho de no tener una vivienda comienza a extenderse por todo el país y han sido adoptadas en lugares como Orlando (Florida), Santa Cruz (California) y Manchester (New Hampshire). Según los resultados de un estudio sobre 187 grandes ciudades de Estados Unidos realizado por el National Law Center on Homelessness and Poverty («centro jurídico nacional sobre sinhogarismo y pobreza»), a finales de 2014, 100 ciudades habían penalizado el hecho de permanecer sentado en una acera, un 43 por ciento más que en 2011. El número de ciudades que prohíben dormir en un vehículo se incrementó espectacularmente de 37 a 81 durante el mismo periodo. Esta penalización tiene

lugar mientras avanza el proceso de gentrificación que está transformando ciudades como Nueva York, San Francisco, Los Ángeles, Washington y Honolulu, a la vez que contribuye al incremento del coste de la vivienda y a ampliar el número de personas sin hogar.

Esas leyes priorizan la propiedad frente a las personas. Les dicen a los nómadas: «Tu vehículo puede estar aquí, pero tú no». La posibilidad de que esto responda a un cambio negativo en materia de valores cívicos es un aspecto que, por lo general, no se ha debatido en las comunidades de todo el país.

Y el fenómeno no se limita a las ciudades. El trato diferenciado según el «perfil económico» también se está practicando en los terrenos públicos. En el Bosque Nacional Coconino (Arizona), los guardas forestales han estado interrogando a los campistas instalados en furgonetas y autocaravanas para averiguar su domicilio. Cualquiera que parezca nómada permanente —una pegatina que indique que el vehículo ha acampado por libre en Quartzsite se considera un indicio delator— puede ser multado y expulsado por hacer «uso residencial» del bosque. En paralelo, el *Statesman Journal* publicó hace poco la noticia de que el Servicio Forestal está desarrollando una aplicación para móvil mediante la cual la ciudadanía podrá denunciar la localización de campamentos sospechosos.

Las actitudes negativas hacia los nómadas sobre ruedas no son nada nuevo. Durante la segunda mitad de los años treinta, cuando se hicieron muy populares las casas-remolque, los medios de comunicación se cebaron con sus moradores y los presentaban como una amenaza creciente para la moralidad de la clase media. Eran una amenaza móvil. Gorriones. Chupópteros. Propagadores de enfermedades contagiosas. Desarraigados. Vagabundos. Zánganos. Parásitos. Gandules.

«El gitano motorizado paga menos por los servicios sociales que cualquier otro ciudadano en este país plagado de impuestos», se quejaba el consejo editorial de *The New York Times* en 1937.

«¿Quién debe asumir la responsabilidad de los huéspedes itinerantes, que viven una corta temporada aquí y otra allá ocupando terrenos ilegalmente, sin raíces, como plantas aéreas, sin pagar impuestos, mientras propagan un nuevo tipo de chabolismo motorizado?», se preguntaba la revista *Fortune* ese mismo año.

Un fabricante, Caravan Trailer, parodió esa percepción bautizando irónicamente con el nombre de Tax Dodger («evasor de impuestos») su modelo económico de 3,5 metros y 425 dólares.

Pero la moda de las caravanas de los años treinta fue pasajera y la mayoría de sus seguidores volvieron a aposentarse cuando se revitalizó la economía. En cambio, muchos de los nómadas modernos a quienes entrevisté declaran que nunca volverán a vivir como antes. No piensan dejarse reabsorber por el modelo residencial tradicional. Y eso significa que muchos tendrán que vivir clandestinamente, ocultándose a ratos, hasta que mueran.

LaVonne recibió la «llamada a la puerta» una vez esa primavera mientras estaba acampada furtivamente en San Diego. El desenlace podría haber sido peor. El agente Núñez fue amable. Quería comprobar que estaba viva, le dijo. Tenía que averiguar que no tuviera montado un laboratorio de metanfetamina. LaVonne sabía que había tenido suerte. Su caravana se veía nueva y limpia. Su perro era adorable. Y ella era blanca. El agente Núñez no le puso denuncia. Sin embargo, tomó nota de su nombre, número de matrícula y la marca y el modelo de *LaVanne Dos*. Eso significaba que ya no podría pasar inadvertida y tendría que marcharse pronto a otro sitio.

Regreso a casa

El día de Acción de Gracias, dos semanas después de despedirme del equipo de campistas en Texas, telefoneé a Linda para saber cómo estaba y desearle felices fiestas.

No me dio buenas noticias. Su familia iba a ser desahuciada de la casa que tenían alquilada en Mission Viejo. Su yerno había dejado de cobrar la prestación por invalidez temporal que le habían concedido cuando el vértigo y las migrañas le habían obligado a dejar su trabajo un año antes. No podían pagar el alquiler, en vistas de lo cual Linda les había cedido su antigua autocaravana, que estaba guardada en un aparcamiento. (Había estado a punto de venderla ese verano, pero al final el trato no se había concretado). Se alegraba de que pudieran aprovechar su El Dorado de 8,5 metros, pero le preocupaba que tan poco espacio tuviera que albergar a 2 personas adultas, 3 adolescentes y 4 perros. Habían previsto que su hija Audra y su yerno Collin ocuparían el dormitorio, su nieto Julian dormiría en el altillo, encima de la cabina, las nietas, Gabbi y Jordan, sobre la mesita desplegable y los perros donde pudieran.

La familia se había organizado para vender sus cosas y vaciar la casa de 185 metros cuadrados y el garaje adyacente.

—Parecía esa gente con síndrome de Diógenes que se ve en la tele, ya sabes —me comentó Linda.

Audra les dio a las chicas un contenedor de plástico a cada una. Todo lo que quisieran conservar tenía que caber ahí. Linda les ayudó a organizar un gran mercadillo en el jardín. Había varias cajas de ropa y de libros, tabletas electrónicas y bases de cama. Los vestidos estaban colgados ordenadamente sobre un muro que bordeaba el césped. Julian, un músico dotado, se desprendió de la mayor parte de sus instrumentos, incluido un acordeón muy querido. Jordan, que aspiraba a destacar como maquilladora, renunció a gran parte de su vasto guardarropa. («No le entusiasma la idea», comentó fríamente Linda). En dos fines de semana, obtuvieron 1.000 dólares con las ventas. Algunos compradores vieron la *Posada Hazte Sitio* aparcada en el garaje y preguntaron el precio. Su interés halagó a Linda, pero les respondió que no estaba en venta.

Aunque intentaba tomárselo bien, la crisis la había fatigado.

—Empezaba a estar agotada —me dijo—. Les sigo ayudando, pero me he retirado un poco.

Mientras tanto, se disponían a celebrar a pesar de todo la cena de Acción de Gracias en la casa ya vacía. En los supermercados ya no quedaban pavos, me explicó, pero la familia se conformaría con un plato de jamón.

Volvimos a hablar por teléfono a finales de diciembre. Linda me contó que LaVonne la había visitado en Mission Viejo y la había ayudado a dejar instalada a la familia en la autocaravana. Tras lo cual, Linda se dispuso a emprender la marcha. Todos lamentaron que no se quedara para pasar la Navidad. Audra lloró.

Linda y LaVonne salieron de Mission Viejo rumbo a Slab City, el vasto campamento de okupas junto al lago Salton. Hacía años que oían hablar de él y querían visitarlo. Cuando

llegaron, estaba demasiado oscuro para echar un vistazo, de modo que aparcaron y se acostaron. Por la mañana vieron desperdicios por todas partes y cogieron la furgoneta de LaVonne para buscar un lugar más agradable donde acampar. LaVonne tenía una amiga que había conocido a través de Facebook que estaba pasando una temporada allí. Cuando la localizaron, les contó, sin darle mayor importancia, que habían dormido en la zona «donde se reúnen los adictos a las anfetaminas». Linda se angustió. La *Posada Hazte Sitio* y su jeep seguían allí. ¿Y si alguien forzaba la puerta? Regresaron a toda prisa para comprobarlo. La casita de Linda estaba intacta, pero seguían sintiéndose inseguras y se marcharon de inmediato para volver a reunirse con la tribu del Rubber Tramp en Ehrenberg.

Tras varias semanas de tensión, fue agradable reencontrarse con personas amigas y ponerse al día. Linda y LaVonne tenían previsto quedarse un tiempo en esa zona y alquilaron un apartado de correos juntas. (Linda me explicó que habían pagado a medias con sus respectivas tarjetas de crédito y añadió que era imposible aceptar un préstamo de LaVonne, porque luego se negaba a que se lo devolvieran, pero en cambio siempre estaba dispuesta a compartir lo que tenía: «Cuando recibe el cheque mensual, si alguien necesita 50 dólares, se los da»). Tras una sincera conversación sobre el estigma de tener que vivir con escasos ingresos, ambas colgaron en Facebook un pasaje de la novela de Kurt Vonnegut *Matadero cinco*:

Estados Unidos es el país más rico de la tierra, pero sus habitantes son mayoritariamente pobres y a los estadounidenses pobres se les insta a menospreciarse (...). Todos los demás países cuentan con relatos populares tradicionales sobre hombres muy pobres, pero sumamente sabios y virtuosos y, por lo tanto, más estimables que cualquiera que poseyera oro y poder. Los estadounidenses pobres no cuentan relatos parecidos. Se burlan de sí mismos y ensalzan a los más afortunados que ellos. [189]

Una noche, LaVonne extravió su bolso en la furgoneta. Resulta sorprendentemente fácil perder las cosas en un espacio reducido —algunos de sus amigos habían bautizado ese fenómeno como «el agujero negro de los furgorresidentes»—, así que no le dio importancia y se fue a ver a Linda, que le ofreció un chocolate. («Adoro a Linda. Es la amiga que he deseado tener toda mi vida: sin críticas, sin segundas intenciones, solo pura amistad, cariño y apoyo. Además, me da de comer», escribió luego LaVonne en su blog). [190] Después, repentinamente inquieta, regresó a su furgoneta y, como temía, se la encontró cerrada. Se había dejado la llave puesta y su perro, *Scout*, todavía estaba dentro. Ella y Linda intentaron forzar la puerta sin resultado. Acudieron a Bob, pero no se le ocurrió ningún consejo. Llamaron a la AAA (Asociación Americana del Automóvil), pero la operadora se negó a enviar a nadie a una zona despoblada con caminos sin asfaltar. Puesto que *Scout* tenía agua y comida, decidieron esperar a que se hiciera de día para resolver el problema. LaVonne cayó dormida en el estrecho colchón de la *Posada Hazte Sitio* al lado de Linda, que grabó sus ronquidos. Por la mañana, después de que los bomberos rescataran a *Scout* de la furgoneta, le hizo escuchar la grabación: «¡Suenan como un ronroneo!». El pobre perro había defecado por todas partes y LaVonne se pasó la mayor parte del día en la lavandería.

La Nochebuena, un par de docenas de personas acudieron para compartir una cena colectiva. Linda conoció entonces personalmente a Swankie Wheels. Kyndal, que ofrecía cortes de pelo gratis en el Rendezvous, hizo reír a sus amigos con una instalación artística: Rocky, el muñeco de nieve, un montón de piedras apiladas con una zanahoria por nariz. LaVonne y otras amistades hicieron planes para viajar a Los Algodones. (Linda quería ir, pero necesitaba pasaporte y para conseguirlo tendría que renovar antes su carnet de conducir, que había caducado en junio, utilizando su nueva dirección del apartado de correos de Ehrenberg).

La mañana de Navidad, Kyndal y su marido repartieron regalos —paquetes de servilletas decorados con lazos festivos y caramelos—, mientras Linda preparaba un desayuno especial para

LaVonne: panqueques de calabaza con salsa de arándanos, una combinación que les había sugerido Swankie.

Linda me puso al día de muchas novedades en esa llamada telefónica de diciembre. Había pagado 30 dólares por un detector de monóxido de carbono, pero lo había dejado caer en el cubo que usaba como orinal. Había acabado de leer hacía poco las memorias epónimas de Cyndi Lauper. En la zona de acampada para largas estancias de Quartzsite, un caravanista y sus dos gatos se habían salvado por los pelos de un incendio provocado por un cortocircuito eléctrico que había reducido a cenizas su vivienda y todas sus pertenencias.

Linda quería saber si yo iría al Rubber Tramp Rendezvous de 2016, que comenzaría en un par de semanas. Ella iría y sería la primera vez que regresaría después de su experiencia inaugural en 2014, cuando nos conocimos. Le aseguré que estaría allí sin falta.

Conduciendo en la oscuridad por Mitchell Mine Road, divisé a lo lejos un par de luces estroboscópicas rojas. Linda había instalado unas luces intermitentes de emergencia para ayudarme a localizar el campamento por la noche. Ya eran las diez cuando llegué en mi furgoneta, pero ella salió a saludarme y a recoger las luces. Entramos en la *Posada Hazte Sitio* y me ofreció un vaso de agua. La luz cegadora de uno de los focos intermitentes se negaba a apagarse.

—Mételo en la nevera —sugerí en broma y así lo hizo.



LaVonne cocinando panqueques en su furgoneta.

El Rendezvous ya iba por la mitad cuando llegué a mediados de enero. El encuentro había tardado en arrancar a causa de la lluvia, que dificultaba las relaciones sociales y obligaba a los nómadas a refugiarse en sus vehículos. Pero luego el tiempo mejoró y, al cabo de poco, la

asistencia se había cuádruplicado en relación con la que había durante la última visita de Linda, dos años antes; Bob calculó después que habían acudido unas 250 personas. Algunos habituales de antaño e introvertidos recalcitrantes habían decidido no asistir, porque les parecía que había crecido demasiado. En un intento de sacar partido de la mayor asistencia, un nómada había iniciado una colecta para jugar en un próximo sorteo de Powerball. El bote de 1.500 millones de dólares era el más grande jamás repartido en la historia de dicha lotería. [191]

Se repitieron muchos de los antiguos seminarios, pero también se celebraron nuevas actividades, incluida una sesión sobre la vida en vehículos pequeños como una alternativa más barata y discreta que el caravanismo. Uno de los presentadores fue David Swanson, de sesenta y seis años, un antiguo alfarero profesional aquejado de artritis severa en las manos que sobrevivía gracias a la pensión de invalidez de la Seguridad Social. Hacía 18 meses que se había instalado en un Prius de 2006 que ya estaba destrozado antes de que lo adquiriera por 6.000 dólares.

—Cocinar y dormir son las dos cosas más importantes para mí y lo que me hace sentir que estoy viviendo una aventura tras mi jubilación —explicó a quienes le escuchaban—. ¡Estoy viendo el mundo! ¡Lo estoy pasando de fábula! Mientras tenga una buena cama y pueda cocinar, no siento que no tenga un hogar, aunque en otros aspectos es cierto que no lo tengo.

David demostró ante el público cómo había reemplazado el asiento del acompañante por un sólido mostrador: una tabla de teca de cinco centímetros de grosor procedente de su antigua mesa de trabajo, donde había producido cientos de miles de vasijas. Ahora la usaba para preparar sus comidas con una placa de inducción conectada a un inversor de corriente que funcionaba con la batería del coche. Por la noche el mostrador se convertía en una plataforma para su colchón inflable y su saco de dormir. Para tener intimidad e impedir que entrara la luz se había confeccionado una cortina oscura con ojales a lo largo del borde, que colgaba de unos ganchos instalados sobre las ventanas. Para disponer de más espacio, disponía de una tienda de campaña confeccionada a medida que se unía a la parte posterior del vehículo cuando la puerta trasera estaba levantada.

También describió la ventaja más significativa que ofrece el Prius como vivienda: el coche es básicamente un astuto generador sobre ruedas. Incluso mientras duerme, puede hacer funcionar el sistema de calefacción o de aire acondicionado del vehículo mediante la batería que lleva incorporada; el motor se pone en marcha automáticamente un par de veces cada hora para cargarla.

Aseguró que, una vez que se hubo habituado, vivir en el Prius le permitía disfrutar de muchas comodidades.

—Cuando aparco frente a un Starbucks por la mañana para usar su wifi, puedo tener listo el café más deprisa que si tuviera que entrar y hacer cola para pedirlo —explicó riendo entre dientes. Y añadió que por las noches, para pasar el rato—: Me instalo en el asiento del conductor con mi tableta, que acoplo con velcro a la visera, reclino el asiento y disfruto de una noche de cine.

Pocos días después del seminario sobre los vehículos pequeños, el Rendezvous se dispuso a celebrar otro acontecimiento inédito: un concurso comunitario de talentos. Linda introdujo unas velas en bolsas de papel lastradas con gravilla y las dispuso en torno al escenario improvisado para crear una orla de candilejas caseras que parpadeaban cálidamente una vez encendidas. El espectáculo comenzó al caer el sol. Hubo música: una nómada tamborileó con su yembé, otro hizo sonar un conjunto de cuencos tibetanos y un guitarrista entonó una canción de los Bottle Rockets' que decía así: «Un coche de 1.000 dólares no vale nada. Más te valdría coger tus 1.000 dólares y prenderles fuego». Hubo teatro: desde un monólogo sobre un pulpo que intentaba

hacerle el amor a una gaita hasta un recital de frases ingeniosas, entre ellas «Acampar es una forma costosa de simular que no tienes casa». Un contorsionista con el torso desnudo enlazó las manos detrás de la espalda y luego se dislocó los hombros para deslizar los brazos por encima de la cabeza hasta situarlos frente al pecho. Un experto karateka partió en dos un tablón de madera con la mano desnuda. Un borracho ruidoso no paraba de interrumpir mientras gritaba: «¡Julio! ¡Julio!» a un perro que no cejaba en su intento de restregarse contra la pierna de una bailarina. Algunas personas del público le lanzaron miradas indignadas sin resultado, hasta que por fin consiguieron hacerlo callar y sacar al perro del escenario.

El ambiente era animado, pero con una corriente subterránea más sombría que yo no había notado anteriormente. En un seminario, Bob habló del programa REAL ID, destinado a establecer normas de seguridad más rigurosas para la obtención del permiso de conducir. Durante años, los nómadas habían utilizado las direcciones de los servicios de reenvío de correspondencia locales como domicilio. Muchos funcionarios del Departamento de Vehículos de Motor habían empezado a comprobar todas las direcciones a través de Internet. Si alguna correspondía a un negocio, reclamaban la dirección de una vivienda real. La norma, pensada para erradicar el terrorismo, también estaba dificultando la vida a los nómadas, obligándoles a dar información falsa y decir que vivían en casa de familiares o amigos o usar la dirección de cualquier propiedad en venta elegida al azar.

—El gobierno quiere que la gente viva en una casa —les advirtió Bob—. Saben lo que estamos haciendo y cada vez nos ponen más trabas.

Más o menos por aquel entonces, empecé a preguntarme qué sería de toda esa gente. En particular, me preguntaba si Linda continuaría aún tan entusiasmada con su proyecto de construirse una «nave terrestre». Unos meses antes, me había comentado que había vuelto a trasladar la búsqueda de un terreno a otra zona —esta vez a Vidal, en California, cerca del río Colorado—, pero en el Rendezvous casi no lo había mencionado. Cuando se lo pregunté, su reacción fue un poco tibia y me confesó que se había deshecho de algunos de sus libros sobre casas ambientales durante la purga de Mission Viejo.

A lo largo de los años, había oído hablar a algunos nómadas de la posibilidad de instalarse juntos en algún terreno comunal, pero esos planes nunca parecían llegar a materializarse. Conocía a un par de personas que habían dejado la vida nómada con la ayuda de sus hijas o hijos adultos, que les habían acogido en su casa o bien habían alquilado un apartamento para ellos. Pero no todo el mundo tenía descendencia. Y la generación siguiente tenía sus propias angustias económicas. Algunos hijos adultos apenas eran capaces de sostenerse, así que mucho menos podrían hacerse cargo de sus progenitores.

Había tenido noticia de una residencia asistida de Texas que acoge a los caravanistas que ya no pueden conducir. Se llama Escapees CARE y funciona como un anexo de Rainbow's End, un parque de caravanas más amplio situado en la ciudad de Livingston. («¿Es cierto que CARE es un lugar donde se viene a morir?» es el lúgubre interrogante que alguien se plantea en el apartado de «Preguntas frecuentes» del centro). Los residentes siguen viviendo en sus autocaravanas. Pero alquilar una plaza de aparcamiento allí cuesta más de 850 dólares mensuales; los servicios adicionales del centro de día suman otros 200 dólares semanales. Muy lejos de las posibilidades de la mayoría de las personas que yo había conocido.

Algunos de los casos de los que me hablaron eran muy angustiados. Iris, la nómada que vivía con un loro parlanchín, me contó que un conocido suyo, llamado Ron, se emborrachó hasta morir mientras estaba aparcado clandestinamente junto a un Walmart a unos 60 kilómetros de Quartzsite. Pasó un mes sin que nadie descubriera su cuerpo, dijo Iris. Becky Hill, una voluntaria

del proyecto Isaiah 58, me habló de un anciano de ochenta años que había estado albergado en su iglesia durante tres meses y apareció muerto en su autocaravana en medio del desierto, cerca de Ehrenberg.

—No tenía a nadie que pudiera ayudarle —se lamentó Becky.

Una trabajadora del equipo de campistas a quien había entrevistado cuatro años antes acababa de morir ese mes de febrero. Cuando la conocí, Patti DiPino tenía cincuenta y siete años y trabajaba en el turno de noche almacenando mercancías en unas instalaciones de Amazon en Coffeyville (Kansas). Me invitó a charlar en su autocaravana Ford Montera de 1993.

Allí me contó que había estado trabajando durante 15 años como contable en una empresa constructora de Denver y al cerrar esta, en 2009, la habían despedido. Casi simultáneamente había perdido su casa en un divorcio complicado, tras lo cual se había instalado en su autocaravana y había intentado reincorporarse a la fuerza de trabajo con un empleo a jornada completa. Sus treinta años de experiencia como administrativa deberían sin duda contar para algo. Envió miles de currículos a través de Internet durante un par de años, sin ningún resultado.

Luego me sirvió una taza de café solo y me habló de *Sammy*, su adorado chihuahua de poco más de dos kilos, de su plan de pasar una temporada en Quartzsite y solicitar luego un empleo en Adventureland. «Las contables nunca mueren, solo dejan de cuadrarles las cuentas», bromeó. Me dijo que una de sus aficiones era tejer pequeñas mantas para los soldados que habían perdido alguna extremidad en Afganistán y estaban obligados a permanecer en silla de ruedas. (Una de sus hijas, veterana de la Marina, se había ofrecido para repartirlas en una base naval de California).

Patti estaba contenta con los 10,50 dólares por hora que ganaba en Amazon, pero no quería gastárselos allí.

—Le digo a la gente: «No vayas al Walmart, no compres en Amazon. Sal a la calle y compra en la tienda de la esquina y que sufran un poco los bolsillos de los peces gordos». Es que los ricos se están haciendo cada vez más ricos, mientras nosotros nos vamos empobreciendo sin hacer nada para evitarlo —me dijo.

Patti no quería vivir como nómada hasta el fin de sus días. Su sueño era formar parte de una comunidad estable.

—Lo que me gustaría es encontrar una escuela o algo así y conseguir que el condado nos la cediera a los ciudadanos ya mayores, un sitio donde pudiéramos cultivar nuestro huerto y producir metano directamente, producir nuestro propio combustible y cosas así —me explicó—. Y qué diantres, tengo una cocina, así que podríamos cocinar. La gente no sabe de lo que somos capaces. Si tuviéramos el huerto, podríamos hacer conservas, porque algunas de nosotras sabemos prepararlas. Lo aprendimos hace muchos años.

Patti tenía sesenta años cuando murió. Por lo que me contaron, deduje que había estado recibiendo radioterapia para tratarse un cáncer. En su página de Facebook, una de sus amigas colgó un texto en su memoria que me conmovió casi hasta las lágrimas.

¡Por fin puedes vivir libre de deudas en tu hogar permanente! ¡Ya no tendrás que pasar frío en el desierto ni en Kansas! Ya no tendrás que vivir en espacios reducidos. Como siempre te digo antes de colgar: Te quiero, Patti. Te echaré muchísimo de menos.

En cierta ocasión, le había preguntado a Silvianna, la adivina que leía el tarot, por sus planes a largo plazo.

—Para mis adentros, pienso que viviré siempre así —me dijo—. No me importa si llego a una situación como la de *Thelma & Louise* y lo único que puedo hacer es tirarme por un precipicio con mi vehículo.

También se lo había preguntado a Iris.

—Que me encuentren en el desierto —fue su respuesta—. Que me cubran con unas piedras y me dejen partir.

Bob tenía un plan más práctico para sus últimos años:

—Voy a cavar una gran fosa alargada y me compraré un autobús escolar barato y taparé con tierra uno de los lados y el techo, con las ventanas mirando hacia el sur. Es posible comprar como chatarra un autobús escolar que ya no funcione por 500 dólares. Son muy resistentes y duran eternamente.

Pero cuando ya no pudiera seguir así, su plan era adentrarse en el bosque y pegarse un tiro.

—Mi plan sanitario a largo plazo es un esqueleto blanqueado en el desierto —me dijo.

Ese desolado final también tenía un significado más amplio: Bob no era optimista con respecto al futuro de la civilización. Creía que catástrofes ambientales y económicas inminentes acabarían destruyendo la sociedad humana. Preveía un declive económico junto al cual «la Gran Depresión parecerá un paseo por el parque». [192]

Mientras Bob cavilaba sobre el destino de un planeta sobrepoblado, a algunos lectores de su web les preocupaba la excesiva popularidad del caravanismo. Querían que Bob y otros predicadores del nomadismo dejaran de hablar de ese estilo de vida, porque temían que, si era objeto de más atención, cada vez sería más difícil pasar inadvertidos e incluso podrían provocar la represión policial.

Una tarde me acerqué hasta una taquería de Quartzsite, propiedad de un tipo que se hacía llamar Grumpy Gringo («el gringo gruñón»). Llevaba más de un año intentando vender el negocio y, a pesar de que había bajado varias veces el precio, nadie quería comprarlo. Pedí un burrito y me explicó que quería escribir un guion para una película sobre la gente mayor que estaba yendo a Quartzsite para morir. Al ver mi expresión de asombro, me dijo que el año anterior había habido cinco o seis suicidios.

—Aquí no hay nada —concluyó sombríamente.

Cogí mi burrito y me marché.

Al regresar al Rendezvous, me encontré con Peter Fox, de sesenta y seis años, a quien había conocido el año anterior. Entonces era un caravanista novato y estaba instalado en una furgoneta camper Westfalia prestada. Después de trabajar durante 28 años en el sector del taxi en San Francisco como conductor, controlador, titular de una licencia y gerente, Uber había arruinado su negocio.

—Ha llegado la economía colaborativa, la patada en el trasero de la economía de la gente modesta —anunció pesaroso—. Había llegado a un punto en que no podía pagar el alquiler y además comer.

Había intentado vender su licencia, que creía que le reportaría unos 140.000 dólares una vez deducidos los impuestos, para jubilarse con lo obtenido. Pero el ayuntamiento gestionaba las ventas y la demanda era escasa. Todavía estaba en lista de espera. Los últimos seis meses se había trasladado a vivir a una furgoneta Ford E350 blanca para doce pasajeros que había bautizado con el nombre de *Pelícano*. («Porque vuelan bajo y despacio», me explicó). Dentro tenía una estatuilla de Ganesh, el removedor de obstáculos.

Peter esperaba encontrar un empleo como trabajador nómada y, con ese fin, nos dirigimos juntos a la Gran Carpa. Le acompañé hasta que entró en contacto con un reclutador —«Tuve que jubilarme, pero necesito ganar algo»— y luego le dejé que continuara solo las entrevistas. Tras una cena rápida en el pueblo, emprendimos el regreso al campamento.

—Cada noche, cuando llega esta hora, caigo en la cuenta de que no estoy de vacaciones ni de

viaje —me comentó—. Esto es lo que hay.

Un par de días después, nos sentamos a charlar sobre una lona junto a su furgoneta.

—Todavía me siento a caballo entre el miedo y la satisfacción —me dijo. Luego hablamos sobre el futuro—. ¿Adónde va la gente cuando ya es demasiado vieja para acampar o vivir en una caravana? —se preguntó pensativo.



Peter preparando café en la cocina al aire libre que ha instalado junto a su furgoneta.

Me contó que agradecía mucho a una enfermera titulada que estaba en el Rendezvous que le hubiera hecho una punción en un dedo que se le había infectado. Opinaba que sería bueno que hubiera equipos médicos itinerantes o pequeños dispensarios que atendieran a los nómadas, sobre todo en los parques nacionales y otros lugares de acampada gratuitos a los que acudía la gente. También creía que sería una idea estupenda poner en marcha una organización sin ánimo de lucro dedicada a los caravanistas ancianos. ¿Quizás alguien estaría dispuesto a financiar una iniciativa de ese tipo? La fundación se llamaría Hello in There («Hola, quién está ahí»), por el título de la canción de John Prine. Yo no la había oído nunca, de modo que sacó una guitarra y unas partituras y empezó a tocar. Su voz subió de tono al llegar al coro: un alegato a favor del afecto y la vinculación interpersonales para mitigar la soledad de la vejez.

Le pregunté cuál era su plan para el futuro.

—No morir. No envejecer —respondió—. No lo sé.

Si la situación llegara a ser desesperada —añadió—, una sobrina y un sobrino se habían ofrecido a acogerle en su casa.

Al acabar el Rendezvous, los nómadas confeccionaron una pequeña furgoneta con una caja de cartón de embalaje de Amazon. Todos la firmaron y esa noche la quemaron en la hoguera.

Bautizaron el nuevo ritual como La Furgoneta en Llamas y lo celebraron cantando una canción que habían escrito, basada en la melodía de *Little Boxes* («cajitas»), la oda satírica al conformismo de los barrios residenciales compuesta por Malvina Reynolds en 1962.

*Pequeñas furgonetas en el desierto,
todas ellas de pacotilla.
Pequeñas furgonetas en el desierto,
pequeñas furgonetas y ninguna es igual.*

*Hay una blanca y otra blanca
y una blanca y una floreada.
Y todas son de pacotilla
y no hay dos que sean exactamente iguales.*

*Y las conducen vagabundos sobre ruedas,
las personas más simpáticas que hay.
Y no quieren dejarse meter en cajitas
y se niegan a ser todas iguales.*

*Somos amables,
somos una familia.
Nos encanta reunirnos
en el desierto, en el desierto,
donde el terreno es siempre igual...*

*Y no tenemos una gran carpa
ni baños, ni un escenario central,
pero tenemos una hoguera
y a su alrededor se tejen amistades.
Todos somos de pacotilla
y ninguno piensa igual.*

Los nómadas disfrutaron con la ceremonia y se comprometieron a convertirla en una tradición anual. Quizás el año próximo —sugirió uno— podrían hacer la furgoneta de madera contrachapada para que ardiera más rato.

Linda recibió información de su familia. Sus nietos dormían ahora en una tienda de campaña instalada junto a la autocaravana. Durante una fuerte tormenta, el viento había levantado el doble techo impermeable y se habían empapado. También se había filtrado agua por el suelo de la tienda. Una de sus nietas había pasado la aspiradora para limpiarlo sin darse cuenta de que estaba succionando granitos de arena a través del tejido del suelo y creando minúsculos orificios. La habían remendado con cinta aislante. Intentaban salir del paso lo mejor que podían, me contó Linda.

Mientras tanto, ella también tenía nuevas preocupaciones. Me dijo que había empezado a ver una mancha negra en el centro de su campo visual cuando conducía de noche. El cuadro de instrumentos del jeep no funcionaba; lo había advertido cuando regresábamos por Scaddan Wash después de una visita al pueblo.

—Sin cuentakilómetros, estoy jodida. ¡Mierda! —exclamó—. Siempre pasa algo.

Ella y LaVonne habían estado intentando encontrar trabajo para la primavera. Linda creía haber conseguido otro empleo con California Land Management como anfitriona en un campamento, pero cuando yo ya me disponía a dejar el Rendezvous, recibió una llamada. Ese puesto de trabajo había quedado suprimido, le dijeron.

Así es como creía que acabaría mi relato: con Linda en el Rubber Tramp Rendezvous a punto de reanudar el ciclo estacional que regía su vida de migrante, rodeada de su tribu, que se había convertido casi en una familia. Sus nuevas relaciones se volvieron aún más sólidas durante las semanas siguientes, cuando estuvo acampada en Ehrenberg con algunos de los nómadas. Allí cayó enferma con una fuerte bronquitis. Mientras permanecía tumbada en la *Posada Hazte Sitio*, demasiado débil para cocinar, sus vecinos desconectados del sistema le llevaron comida: huevos duros, tomates, salchichas. Yo había sido testigo de un gesto similar el año anterior, cuando una nómada llamada Beth se cayó al bajar de su furgoneta (alias *La Bestia*) y se fracturó el brazo izquierdo. Dos miembros de su *vamily*, su familia de «furgorresidentes», establecieron lo que denominaron un «campamento de recuperación» y la ayudaron a hacer muchas de las cosas que resultan imposibles con una sola mano, desde atarse los zapatos hasta abrocharse el sostén, hasta que se hubo recuperado lo suficiente para poder seguir viaje.

Un par de meses después de su enfermedad, hablando por teléfono con Linda para ponernos al día, de pronto dijo algo que me sorprendió. Había encontrado un terreno para su «nave terrestre».

Había visto en Craigslist un anuncio por palabras de una parcela de dos hectáreas cerca de la ciudad fronteriza de Douglas (Arizona), en el extremo occidental del desierto de Chihuahua y 15 kilómetros al norte de la frontera mexicana. Ya había explorado antes esa zona después de su primera estancia en el Rubber Tramp Rendezvous. Entonces había quedado convencida de que la región era demasiado remota, estaba demasiado aislada. Ahora su percepción era distinta.

—El reloj sigue avanzando —me dijo—. ¿Durante cuánto tiempo seguiré teniendo la salud y las fuerzas suficientes para completar la tarea? Sería una lástima no poder llegar a vivir nunca en una casa construida por mí.

Le pregunté si no le preocupaba sentirse sola.

—Muchas de mis amistades pasan por esa carretera y se acercarán a visitarme —me respondió pensando en su tribu nómada—. No estaré completamente sola.

La parcela estaba en un distrito rural. Allí, las viviendas situadas en terrenos de más de 1,5 hectáreas estaban exentas de las normas arquitectónicas del condado. Es decir, que era una de las zonas que Michael Reynolds, el inventor de las casas ambientales, denominaba «enclaves de libertad», lugares sin trabas burocráticas donde podía florecer la arquitectura experimental. También estaba en una zona elevada, casi a 1.300 metros de altitud, de manera que cabía esperar que los veranos no fuesen demasiado abrasadores. Y si el calor se volvía excesivo, había oportunidades de empleo como anfitriona de campamento en las montañas de los alrededores.



Un camino de acceso a la parcela de Linda se pierde entre los matorrales del desierto.

«Parcela de tierra vacante con buen acceso legal y sin electricidad, tampoco dispone de pozo ni fosa séptica», decía el anuncio de Craigslist, que incluía fotos de una extensión infinita de desierto árido sin ninguna vivienda a la vista. El anuncio también reconocía algunos inconvenientes. Los caminos que circundaban la propiedad estaban cubiertos de mezquite. Uno discurría por un barranco seco, donde solían producirse avenidas en caso de tormenta.

Finalmente, el precio la convenció. El vendedor pedía 2.500 quinientos dólares por el terreno, pagaderos en pequeños plazos: una entrada de 200 dólares y 200 dólares cada mes, sin intereses, hasta cubrir el montante total. Un año antes, mientras trabajaba como anfitriona en un campamento en la sierra de San Bernardino, Linda había estado estudiando un libro de autoayuda escrito por un promotor de empresas emergentes, titulado *Materializar las ideas. Salvar los obstáculos que se interponen entre la visión y la realidad*. Cuando le pregunté por qué leía ese libro, me respondió que lo había comprado como regalo para su yerno, pero al parecer no le había interesado y había acabado hincándole el diente ella misma.

—Tengo un proyecto que no avanza: mi «nave terrestre». ¿Cuál es mi *obstáculo*? El dinero — me aclaró, yendo al grano—. Pero ¿realmente es un *obstáculo*? —Hizo una pausa e inhaló pensativa el humo de su cigarrillo. Luego añadió que podría anunciar su proyecto en el Rubber Tramp Rendezvous. A lo mejor había gente que quisiera ayudarla—. «¿Alguien quiere acampar en mi terreno? ¡La tarifa diaria es una cámara de neumático rellena de tierra!» —dijo riendo y añadió—: Claro, después, cuando estuvieran allí, les haría rellenar unos cuantos más.

Cuando descubrió el anuncio de Craigslist, Linda estaba trabajando como anfitriona en un campamento del Bosque Nacional de Secuoyas, a más de 12 horas de viaje por carretera. (California Land Management había vuelto a contratarla; después de que el puesto de trabajo que

le habían prometido quedara eliminado, había surgido una vacante en otro lugar). Puesto que no podía ir a ver el terreno personalmente, consultó la página web de asesoramiento fiscal para el condado de Cochise. Introduciendo el número de la parcela, pudo obtener las coordenadas de latitud y longitud, que a continuación introdujo en el localizador MapQuest. En la imagen a través de satélite que obtuvo, la parcela aparecía como un terreno color pelo de camello salpicado de matorrales. Lo surcaban varios arroyos, como las líneas de la palma de una mano.

Linda pagó la entrada y a continuación anunció en Facebook que había comprado el terreno.

«¡¡¡BIEN!!! Empiezas a hacerlo realidad —escribió Ash, una de sus amigas nómadas del equipo de caravanistas de Amazon—. ¡Avísanos cuando necesites peones de construcción!».

«¡Estupendo! ¡Genial! ¡Genial! ¡Qué envidia! ¡Nos encantará hacerte una visita y ayudar en la construcción en algún momento!», terció Wendy, otra nómada que vivía con su novio y sus perros en una «minúscula casita sobre ruedas»; un antiguo autobús escolar equipado con un inodoro seco ecológico y una cocina de leña.

Linda tenía previsto visitar su terreno cuando acabara de trabajar como anfitriona de campamento y antes de incorporarse a su siguiente bolo en Amazon. Su compañero de trabajo en el campamento, un caravanista llamado Gary que había conocido en el Rubber Tramp con quien había entablado una estrecha amistad, también quería ver el lugar. Él también tenía previsto trabajar en Amazon. Gary parecía estar prendado de Linda, aunque ella vacilaba y no acababa de decidir si quería establecer una relación romántica o no.

Le pregunté si podría ir a visitar el terreno con ellos. Linda aceptó y reservé un billete de avión para Phoenix, pero justo antes de emprender el viaje, a mediados de julio, me comunicaron que habían cambiado de planes. Gary había sufrido un pequeño ictus y él y Linda se habían refugiado en Flagstaff, junto a la tribu del Rubber Tramp, para que pudiera recuperarse. Habían decidido aplazar la visita. Aparte de la salud de Gary, a Linda también le preocupaba que ahí abajo hiciera demasiado calor. Esperaba temperaturas en torno a los 26 o 27°, pero el parte meteorológico indicaba 39° y el sistema de aire acondicionado del jeep se había estropeado. Para colmo, Amazon les había comunicado que debían incorporarse muy pronto al trabajo y el 1 de agosto tenían que presentarse en un almacén de Campbellsville (Kentucky), donde se unirían a un contingente de campistas que acabaría integrando a más de 500 personas. Pensaban atravesar lentamente el país y no conducir en las horas más calurosas del día.

—Me revienta no poder acercarme allí —me dijo Linda. Parecía agotada.

Decidí hacer el viaje de todos modos. Ya tenía reservado el billete de avión y las dos hectáreas de Linda eran un terreno abierto, no estaba vallado, así que era accesible para cualquiera que quisiera visitarlo. Además, pensé que un peregrinaje hasta el lugar tal vez me permitiría responder algunas preguntas que me inquietaban. ¿El futuro que Linda ya se había construido mentalmente se podría materializar en esa franja de desierto desnudo? ¿O era un sueño imposible?

Mi vuelo aterrizó en Phoenix un atardecer de mediados de julio durante la temporada de monzones en Arizona. Cuando desembarcamos, un coro de teléfonos móviles —incluido el mío — comenzaron a emitir señales de alarma. Sobre las pantallas centelleaban los avisos del Servicio Meteorológico Nacional, que alertaban de una inminente tormenta de polvo. Estas tormentas también reciben el nombre de *haboob*, para desagrado de algunos ciudadanos de Arizona, que estos últimos años se han quejado por el uso de un término meteorológico de origen árabe. «Me indigna que los locutores de una televisión local se refieran a este tipo de tormenta como un *haboob* —escribió alguien de Gilbert (Arizona) en una carta al *Arizona Republic* —. ¿Cómo creen que deben sentirse nuestros soldados cuando regresan a Arizona y escuchan aquí

una expresión del Oriente Medio para designar lo que es claramente un fenómeno autóctono?».

[193]

Al salir de la terminal, el ambiente era sofocante y el aire caliente parecía salir de un secador de pelo. La atmósfera estaba llena de finas partículas de arena que oscurecían el cielo y difuminaban la luz blanca de los faros sobre el asfalto, rodeándolos de un halo lechoso.

Ajusté los retrovisores de un Toyota Corolla alquilado. (*Halen* estaba aparcado en el este, en casa de unos parientes). Linda empezó a enviarme mensajes de texto. Acababan de detenerse para pasar la noche después de llegar hasta El Reno, un suburbio de la ciudad de Oklahoma, 560 kilómetros al este de su anterior parada en Tucumcari (Nuevo México). Quería concretar cómo y cuándo nos comunicaríamos al día siguiente.

Seguía deseando ver su parcela, pero, dado que no podría viajar hasta allí hasta el mes de enero, cuando finalizara su trabajo en Amazon, habíamos ideado otro plan. Yo pasaría la noche en Douglas y después me adentraría en el traspáis desértico e intentaría acercarme lo más posible a sus dos hectáreas de terreno. Una vez allí, seguiría a pie con un ordenador portátil y un teléfono móvil, y usaría el GPS para localizar los postes indicadores situados en las esquinas. Si la conexión era buena, grabaría mi recorrido en vídeo y lo transmitiría directamente al móvil de Linda. Ella podría observarme y darme instrucciones, indicándome cualquier zona del terreno que quisiera explorar, como el control remoto de una versión *low-tech* y con tracción humana del *Mars rover*, el explorador de Marte.

Después de aclarar la diferencia horaria —Arizona no aplica el horario de verano—, acordamos comenzar al mediodía siguiente a la una de mi reloj, las tres del suyo. Linda ya parecía expectante ante la perspectiva de la excursión a distancia.

«Procura ir a ver el hotel Gadsden cuando estés en Douglas —me insistió—. Tiene columnas de mármol y vidrieras policromadas de Tiffany de la época en que la explotación de las minas de cobre estaba en su apogeo en la zona». A continuación escribió: «¿Estás conduciendo ahora mismo?».

Le respondí que no. Que tenía el coche aparcado; no estaba tecleando mientras conducía.

«Muy bien—continuó escribiendo ella—. En Douglas hay un súper Walmart, llévate una buena reserva de agua».

Agua, crema protectora solar y un sombrero, le aseguré.

«Si te quedas atascada (...), podría localizar al tipo que me vendió el terreno —escribió; luego lo pensó mejor—: No te quedes atascada».

Le dije que, si los caminos de tierra eran demasiado blandos, aparcaría en la carretera asfaltada y seguiría a pie. Eso pareció tranquilizarla.

«De acuerdo, en marcha, ya hablaremos mañana —escribió—. ¡Qué loca estás! ¡Me parece increíble que estés haciendo esto! —Para acabar, añadió—: Buenas noches».

A las nueve de la noche el aire estaba despejado y en calma. Salí de Phoenix en dirección sureste por la carretera interestatal 10 y llegué a Douglas pasada la medianoche. La mañana siguiente entré en la página web de la asesoría tributaria del condado de Cochise y me descargué una panorámica por satélite de la parcela rectangular de Linda. Localicé la misma zona en Google Maps y señalé cada esquina del terreno con un alfiler virtual. Una vez trasladados al mapa, esos iconos se transformaron en pequeñas estrellitas doradas. Una constelación rectangular se materializó sobre el desierto, 13,5 kilómetros al noreste de mi presente ubicación en el GPS, que aparecía indicada en la pantalla con un punto azul.

Destapé una botella de agua y me adentré en el calor de media mañana. Hice mi primera parada en la calle principal de Douglas, G Avenue, sede del magnífico hotel histórico del que me había

hablado Linda. A su alrededor se alzaba, no obstante, un conjunto de edificios vacíos, con la pintura desconchada, fachadas deterioradas y ventanas tapadas con tablas de madera contrachapada. Las aceras estaban desiertas. Parecía increíble que esa hubiera sido en otro tiempo la ciudad más grande de Arizona. [194] Fundada en 1901 como central de fundición para procesar el mineral de cobre extraído en las minas de alrededor, Douglas floreció durante décadas. Pero su prosperidad no sería permanente. Durante la segunda mitad del siglo pasado, la población estadounidense comenzó a ser consciente de los riesgos para la salud y el medio ambiente asociados a la contaminación del aire. En 1955, las cámaras legislativas aprobaron la financiación de un estudio sobre el problema, como resultado del cual se promulgó la Ley del Aire Limpio de 1963, con sus posteriores ampliaciones. [195] La fundición local Douglas Reduction Works, propiedad de Phelps Dodge Corporation, consiguió eludir, no obstante, las nuevas normas federales hasta la década de los ochenta. Entretanto se había convertido en el mayor emisor de dióxido de azufre de toda la industria estadounidense y expulsaba unas 950 toneladas diarias de ese gas contaminante que da lugar a la lluvia ácida. El humo era tan denso que un médico dejó de recomendar a sus pacientes que hicieran ejercicio, preocupado por los efectos de inhalar profundamente en esta ciudad. «En los peores momentos, sientes como si tuvieras algo viscoso en los pulmones», declaró a la agencia de noticias Associated Press el propietario de una cafetería en la vecina población de Bisbee que se disponía a abandonar la zona con su familia. [196]

La Agencia de Protección del Medio Ambiente exigió a Phelps Dodge que instalara controladores de emisiones, con un coste de 500 millones de dólares. La empresa prefirió cerrar la fundición. A mediados de enero de 1987, cuatro trabajadores descargaron la última partida de cobre. Las altas chimeneas dejaron de escupir nubes de humo. La neblina que flotaba sobre el valle se disipó. Nadie echó de menos el aire denso, pero también hubo otras pérdidas: se perdieron 347 puestos de trabajo con una nómina salarial de 10 millones de dólares, una cuarta parte de la actividad económica local según las estimaciones. [197] Eso indignó a los ciudadanos de Douglas, aunque aún tuvieran trabajo. «Yo mandaré a Rusia y a Canadá a todos los desgraciados que hayan tenido algo que ver con el cierre de la fundición —declaró al *Boston Globe* un distribuidor de cerveza Coors—. En mi opinión, fue una idea de inspiración comunista». [198]

Las futuras perspectivas de Douglas continúan en declive. El único hospital cerró sus puertas el verano de 2015, con la consiguiente desaparición de otros 70 puestos de trabajo. [199] La zona metropolitana, que incluye Douglas y Sierra Vista, sede de otra fundición, ocupó hace poco el cuarto lugar entre las ciudades que están perdiendo población con mayor rapidez en Estados Unidos. Entre 2010 y 2015, Douglas registró pérdidas de población mayores que dos capitales del Rust Belt, el cinturón industrial del noreste del país: Flint, en el estado de Michigan, y la zona metropolitana de Youngstown, en Ohio. [200]

Mientras caminaba por G Avenue, la brecha que separaba los tiempos de esplendor de la época presente de la ciudad era bien visible por todas partes. Frente al hotel Gadsden, se alzaba el edificio Brophy, un antiguo centro comercial construido un siglo atrás cuya elegancia neoclásica con escudos ornamentales, molduras con ovas y flechas y una cornisa denticulada confería ahora una extraña solemnidad a las tiendas cerradas con tableros. Una manzana más al norte, una marquesina del Gran Teatro largo tiempo desocupado decía: «En ca[r]tel». Cuando el teatro se inauguró en 1919, los propagandistas describían la sala de 1.600 localidades como «el mejor teatro construido entre San Antonio y Los Ángeles», que ofrecía servicios complementarios como un órgano para acompañar las películas mudas, un salón de té y una confitería. Aparte de

proyectar películas, el Gran Teatro acogió espectáculos artísticos, desde actuaciones de Ginger Rogers hasta la de John Philip Sousa. Pero la creciente popularidad de la televisión a mediados del siglo xx marcó el fin de los cines opulentos y el Gran Teatro cerró en 1958. Más adelante se hundió el techo y crecieron árboles entre las ruinas. A principios de los años ochenta, algunos conservacionistas lo adquirieron por un dólar, pero la rehabilitación habría costado 9,5 millones, así que aún continúa inactivo. En la primera década de este siglo, el teatro en ruinas encontró por fin una función: casa encantada para la celebración del Halloween. Con objeto de recaudar fondos para el edificio, un grupo de voluntarios instituyeron la tradición anual de recrear escenas terroríficas en su interior, incluida la reproducción de un laboratorio de embalsamamiento construido por una funeraria auténtica y una escena de terror de la película *Cementerio de animales* representada por alumnos de secundaria. [201]

Aunque a Lidia la atraía el pasado histórico de Douglas, la decadencia de la ciudad no era una tragedia para ella. Permitía que los costes fueran asequibles para una persona que proyectaba construir una vivienda experimental con un presupuesto limitado. El bajo precio de los inmuebles ya estaba atrayendo un pequeño flujo de empresarios y artistas, desde Robert Uribe, trasplantado desde Manhattan, que había inaugurado una cafetería en la ciudad y había sido elegido alcalde cuatro años antes, hasta Harrod Blank, un cineasta de Berkeley que estaba construyendo el Art Car World, un museo dedicado a los vehículos modificados creativamente. La flotilla incluía el Carthedral, un coche mortuorio con ventanas de cristal policromado y capiteles góticos, y el Coltmobile, decorado con 1.045 caballos de plástico. Este último era la creación de un veterano de Vietnam alcohólico que, durante su proceso de recuperación, adhería un caballo al coche cada vez que sentía el deseo de tomarse un trago. [202]

Pero la ciudad también tenía algunos riesgos. Linda había descubierto un dato de mal agüero mientras hacía indagaciones sobre su nuevo lugar de residencia. «Ha habido un problema bastante importante de tráfico de drogas, porque Douglas está pegado a la frontera mexicana», me había comentado poco después de pagar la entrada de su terreno. Y añadió que había encontrado esa información en algunos libros sobre la ciudad, pero no sabía de qué años eran. Así que, a lo mejor, entretanto habría mejorado la situación.

Leyendo sobre el problema del tráfico de drogas, había tenido noticia de la redada más famosa. Esta se remontaba a 1990, cuando los agentes descubrieron un túnel de 90 metros que discurría bajo la línea fronteriza. El pasadizo reforzado con cemento, utilizado por el cártel de Sinaloa para meter cocaína clandestinamente, estaba excavado a tres pisos de profundidad y partía de una casa de Agua Prieta, donde la entrada estaba astutamente camuflada. Un grifo de agua activaba al abrirlo un elevador hidráulico que levantaba una mesa de billar —y la losa sobre la cual descansaba— para dejar al descubierto una escalera que conducía hasta el fondo. El túnel tenía una altura en su interior de 1,5 metros y estaba climatizado, se iluminaba con luces eléctricas y una bomba de sumidero evitaba que se inundara. Una vagoneta sobre rieles de metal se desplazaba de un extremo a otro y finalizaba su recorrido en Douglas bajo un almacén de 185 metros cuadrados disimulado bajo la apariencia de un túnel de lavado de camiones. Allí un sistema de plataformas elevadoras con poleas izaba los fardos de cocaína hasta la superficie, donde unos peones los cargaban en los camiones articulados que ya estaban esperando. Los agentes comentaron admirados que el túnel, denominado «pasaje de la cocaína», parecía «salido de una película de James Bond». El cerebro del cartel de Sinaloa, Joaquín *el Chapo* Guzmán, aún más efusivo, alardeaba de que sus operarios habían construido «un túnel de puta madre». [203]

Todo ello tenía intrigada a Linda, pero no la desanimó de su propósito de instalarse en la zona. —Un antiguo guardia de frontera escribió que había habido muertos por dar información a la

policía. Confidentes —me dijo, sin alterarse—. Sí, el cartel de la droga mata a los confidentes. Y yo me digo: «Bueno, yo no pienso relacionarme con ninguna de esas personas».

Después de colgar, me pregunté si Linda no estaría intentando tranquilizarse. O tranquilizarme a mí. O ambas cosas. En cualquier caso, no exageraba al decir que Douglas estaba pegada a la frontera. Doce manzanas al sur del Gran Teatro, la población —y el país— se acaba frente a dos verjas paralelas que flanquean un canal forrado de cemento que parece el foso seco de un castillo. (Su nombre oficial, que figura en los documentos de los contratistas federales, es Zanja Internacional de Douglas). La primera valla en el lado estadounidense del foso está hecha con una gruesa malla metálica pintada de un discreto color beis desierto. La segunda valla, que mira hacia México y constituye la barrera fronteriza oficial, parece salida de una película carcelaria, con una sólida estructura de barras verticales de acero de 5,5 metros de altura que se pierde de la vista en la distancia y también se prolonga bajo tierra, donde desciende hasta entre 2 y 2,5 metros de profundidad para disuadir a los zapadores. Las barras, negras y manchadas de orín, están separadas unos 10 centímetros, a través de los cuales se divisan pequeños fragmentos de la población mexicana hermana de Agua Prieta, una vasta metrópolis industrial casi cinco veces más grande que Douglas. Muchos de sus habitantes trabajan en las maquiladoras —fábricas de propiedad extranjera dedicadas al montaje de productos para la exportación—, que fabrican de todo, desde piezas de automóvil hasta suministros médicos, persianas, productos electrónicos y prendas de vestir.

Los libros de Linda también tenían razón en lo que respecta al contrabando. Los porteadores de droga pueden ganar más en una sola noche que los trabajadores de las maquiladoras en un mes. Por lo tanto, no es de extrañar que los agentes de la policía fronteriza destacados en el puesto de acceso a Douglas a menudo encuentren paquetes de marihuana escondidos en las paredes del maletero o en las ruedas de recambio de los coches que se disponen a entrar en el país. (Más raramente, contienen metanfetamina, heroína o cocaína). En una redada reciente cogieron a un chico mexicano de dieciséis años que se descolgaba desde lo alto de la valla hasta Douglas con ayuda de un cinturón de seguridad. Su tarea era recoger los sacos de arpillera con unos 40 kilos de hierba que alguien ya había lanzado por encima de la verja desde Agua Prieta y trasladarlos hasta un coche que estaba aparcado cerca, listo para emprender la huida. Habían prometido pagarle 400 dólares por ese trabajo. En su país, fabricaba correas de transmisión para coches en una maquiladora por un sueldo de 42 dólares semanales, con el que mantenía a su madre y nueve hermanos. [204]

Los guardias fronterizos han denunciado hazañas más curiosas, incluidos unos traficantes que montaron una tirolina casera para trasladar paquetes de droga a gran altura de un lado al otro de la frontera a modo de minúsculos teleféricos. [205] Otro contrabandista creativo intentó llegar hasta Douglas vadeando a través de las alcantarillas con 25 kilos de marihuana en la espalda. Los agentes lo descubrieron al levantar una tapa de alcantarilla; iba equipado con una bombona de oxígeno y una máscara de submarinista y vestía un traje de neopreno negro y morado. Dejó caer el equipo de submarinismo y la hierba y regresó corriendo a Agua Prieta. [206] De otros puntos fronterizos llegan relatos de casos en los que la marihuana ha cruzado la valla fronteriza volando, transportada por aeroplanos ultraligeros a control remoto. (Uno de esos drones dejó caer accidentalmente un paquete de 10 kilos sobre la marquesina de un garaje en Nogales, Arizona). [207]

Ya eran más de las doce del mediodía cuando me puse en marcha para ir a ver el terreno de Linda y me adentré por el valle de Sulphur Springs. Esta árida extensión linda con los desiertos de Sonora y de Chihuahua y se extiende a lo largo de unos 160 kilómetros por el sureste de

Arizona para adentrarse luego en el norte de México. La mitad inferior está circundada por media docena de sierras montañosas: la sierra de la Peñascosa y la de las Mulas hacia el oeste, y las de Chiricahua, Swisshelm, Pedregosa y Porrillas hacia el este. La propiedad de Linda se encontraba al pie de la sierra de Porrillas. Ella me había dicho que era posible encontrar empleo como anfitriona de campamento en la sierra de Chiricahua, que forma parte del Bosque Nacional de Coronado.

Atravesé lo que parecía un erial infinito poblado de matorrales, en su mayor parte deshabitado. Frente a mí, el asfalto resplandecía como una alberca; un espejismo que se desvanecía al acercarme. Un cartel hecho trizas proclamaba a un lado del camino: «Política de libre comercio: entran drogas y salen miles de millones de \$\$\$». De vez en cuando aparecía la construcción baja de un rancho en medio del chaparral. Algunos parecían abandonados desde hacía tiempo: cavidades abiertas boqueaban donde antes hubo puertas y ventanas y un esqueleto de vigas asomaba por los boquetes de la techumbre deformada. A la izquierda del camino apareció una capillita blanca llena de flores de seda y luego, más adelante, a lo lejos, en lontananza, en medio de un paisaje desolado, una autocaravana solitaria de un modelo reciente, como un plano de situación de *Breaking Bad*.

Después de tomar un par de desvíos equivocados, encontré un camino accidentado que se dirigía hacia el este y aparecía citado en el anuncio de Craigslist de la parcela de Linda. Como ya era la una, le envié un mensaje de texto para decirle que llevaba 10 minutos de retraso. Enseguida me respondió: «Preparada para recibir tu llamada».

El camino era estrecho e irregular, pero con el suelo de tierra rojiza duro y compacto. Una suerte, teniendo en cuenta la lluvia que suele caer a mediados de verano. Estaba nerviosa y excitada, y probablemente iba un poco demasiado acelerada. ¿Y si me encontraba una sorpresa desagradable? ¿Y si a Linda no le gustaba lo que viera? El coche avanzaba dando sacudidas y ahuyentando a los pájaros de los matorrales que se apiñaban a ambos lados. Una liebre con la cola negra y largas orejas caricaturescas cruzó rauda el camino. Poco después llegué a un cruce con un par de rótulos oficiales, los primeros que veía ahí en las afueras, curiosamente formales en medio del descampado de caminos sin asfaltar. Giré por otro camino de tierra y recorrí unos 800 metros. A mi izquierda apareció el trazado fantasmagórico de un camino cubierto de mezquite. Un trozo desteñido de cinta señalizadora rosa colgaba de un arbusto.

Consulté el mapa de mi móvil. El punto azul del GPS aparecía situado junto a la constelación que delimitaba la parcela de Linda. La conexión era buena, así que decidí usar el teléfono como *hotspot* para acceder a la red con mi portátil y a continuación llamé a Linda por teleconferencia. Mi primera tentativa no obtuvo respuesta, pero al segundo intento cogió la llamada. Sonreía con un abanico de arruguitas en el ángulo de los ojos debajo de sus gafas bifocales de color rosa. Aguardé hasta que me llegó su saludo habitual.

—¡Hoooolaaa! —exclamó. El vídeo tartajeó mientras iba mostrando una serie de imágenes fijas, como las páginas de un folioscopio—. Se está cortando —dijo Linda.

Pero el sonido llegaba bien y la conexión no se cortó, así que decidimos intentarlo. Me adentré por el sendero en dirección oeste con el portátil enfocado frente a mí.

—¡Veo unas nubes! —exclamó Linda.

La cámara apuntaba demasiado alto y estaba transmitiendo una panorámica circular del cielo que se alzaba sobre mi cabeza. Intenté rectificar la inclinación y le ofrecí a Linda una perspectiva de mis fosas nasales vistas desde abajo. Finalmente conseguí el enfoque adecuado.

—¡Oh, mira! ¿Ese es el camino? —preguntó incrédula.

Sus dos hectáreas deberían estar señalizadas con tubos de PVC a modo de estacas, añadió.

¿Los veía?

—Todavía no —respondí.

Lo que veía era una extensión de tierra rojiza reseca y la silueta de la sierra de las Mulas en el flanco más distante del valle.

—Es una vista preciosa, ¿verdad? —comentó ella admirada. Después gritó a un personaje invisible—: Gary, ¡ven, siéntate aquí y mira esto!

—No puedo sentarme —contestó una voz más apagada.

—Pues apóyate en un árbol —replicó Linda.

En la imagen apareció un hombre ya mayor con gafas con montura de plástico negra. Asomó la cara por encima del hombro de Linda mientras observaba la pantalla con el ceño fruncido. Su pelo gris raleaba en la parte superior de la cabeza y su expresión denotaba una benévola curiosidad.

—Un día nublado veo —comentó y a continuación añadió—: ¡Mira cuánta hierba! —Linda le rio la broma y Gary esbozó una sonrisa—. Necesitarás una segadora —sentenció muy serio.

A lo lejos apareció un poste blanco, que asomaba como una astilla sobre el terreno.

—¿Ves el tubo de PVC? —pregunté.

—¡No! —respondió Linda. Se inclinó y entornó los ojos mientras yo seguía avanzando. Me recordó que tuviera cuidado.

—Mira dónde pisas —me advirtió—. Asegúúúrate de que no hay ninguna serpiente.

En los campamentos en los que habían trabajado ella y Gary era frecuente ver serpientes de cascabel y sabía que también vivían en esa zona.

Por fin pude acercarme. El tubo de PVC de 1,5 metros estaba clavado junto a un montículo de piedras y una estaca metálica reforzada.

—¡Oh! Ya lo veo —exclamó excitada Linda—. ¿Cómo ves esa posición en tu GPS?

El punto azul —mi ubicación en el desierto— aparecía situado justo encima de la estrella que señalaba el ángulo noreste de la parcela.

—¡Coincide! —anuncié. Linda soltó un vítor—. ¿Hacia dónde quieres que me dirija? —le pregunté—. Podemos ir en la dirección que quieras.

Dijo que quería ver el arroyo. Un cauce seco atravesaba la esquina noroccidental de su parcela. Otros potenciales compradores se habían echado atrás después de contemplar ese barranco, le había dicho el vendedor. Pero Linda consideró que podía ser una ventaja, un recurso para recoger agua durante las tormentas que caían sobre el desierto. «Me dije: más agua, ya sabes», me explicaría luego.

Mientras caminaba en dirección oeste con el portátil por delante, como la varita de un zahorí, estuvimos bromeando.

—Si ves una serpiente antes que yo, ¡avísame! —le rogué.

Linda, que ya me había hecho notar los fallos de la transmisión, reaccionó con displicencia.

—Sí, claro, con el retraso y tal... —dijo sin acabar la frase.

Luego hablamos del tiempo que hacía donde ellos estaban, justo al oeste de Joplin, en Misuri, todavía camino de Kentucky. El termómetro marcaba casi 34°, igual que donde estaba yo, pero hacía un día soleado y húmedo.

—¡Oh, estoy empapada de sudor! —dijo Linda.

Antes de nuestra conexión, había tenido que acelerar para encontrar una zona de descanso en la carretera interestatal 44 con muchos árboles que dieran sombra, donde pudieran estar cómodos bajo el pegajoso calor estival del Medio Oeste. (Con la *Posada Hazte Sitio*, «acelerar» significaba avanzar a unos 100 kilómetros por hora, me explicaría luego. El traqueteo era

excesivo si intentaba ir más rápido).

Rodeé el montículo de un hormiguero muy activo con la cámara del portátil enfocada hacia abajo para mostrárselo a Linda.

—¡Oooh, bonitas hormigas! —comentó.

Su visión les indujo a preguntar por la consistencia del terreno. Gary quiso saber si había muchas piedras.

—No es demasiado pedregoso, pero hay algunas —respondí.

Linda se preguntaba si el terreno sería arenoso y granuloso o de tierra fina y polvoriento. Quería instalar tuberías refrigerantes bajo tierra —un sistema de climatización natural con una red de tuberías enterradas entre 1,5 y 2,5 metros de profundidad, donde la temperatura desciende hasta unos 13°— y usarlas para hacer circular el aire a través de la vivienda y también de un invernadero. Habría que cavar mucho para instalarlas.

—Se desmenuza con bastante facilidad—dije mientras cogía un puñado de tierra seca y granulada que luego dejé caer separando los dedos—. ¿Veis cómo cae entre mis dedos?

—Parece que no costará removerla —observó Gary.

—Es una gran ventaja —asintió Linda—. Parece que puede ser sencillo cavar las zanjas para los tubos de refrigeración. ¡Oh, qué bien! ¡Qué maravilla!

Seguí caminando hacia el arroyo mientras Linda admiraba la vegetación. Las plantas del desierto se veían llenas de vida, casi exuberantes, tras las lluvias estivales. Delicados capullos amarillos asomaban entre las hojas cerosas de las gobernadoras. Las acacias espinosas aparecían festoneadas de minúsculos globos salpicados de polen. Las yucas acababan de completar su ciclo de floración. Un tallo marchito afloraba de cada mata de hojas afiladas con un capitel de capullos secos en la punta. Pasamos junto a un cactus desconocido con largos brazos ondulantes cual tentáculos espinosos. Estaba cubierto de frutos rojos como pomos redondeados que me recordaron los higos chumbos. Pero Linda estaba mejor informada.

—Las chumberas tienen las hojas planas. Es otro tipo de cactus —explicó y a continuación añadió—: Pero debe de ser comestible, supongo.

(Más adelante me enteré de que era un *cereus* que florece por la noche —también llamado a veces reina de la noche—, cuyos capullos nocturnos se abren solo una vez al año).

Después de desandar un giro equivocado, divisé el cauce seco del arroyo frente a mí.

—¿Es un verdadero arroyo o solo una zanja? —preguntó Linda—. ¿Qué profundidad tiene?

Dejé el portátil en el suelo junto al borde con la cámara enfocada hacia el arroyo y descendí hasta el lecho para que pudiera comprobarlo ella misma. En algunos puntos, el borde quedaba a la altura de mis caderas; en otros, me llegaba a los hombros. Calculé que debía tener entre 90 y 120 centímetros.

—¿Tiene la misma profundidad en todo su recorrido a lo largo de la parcela? —quiso saber ella.

Le respondí que no y le expliqué que solo atravesaba un triángulo de terreno no demasiado grande, en el extremo noroeste. Como el resto de las esquinas, esta también estaba señalizada con un tubo y, cuando salí del arroyo, intenté localizarlo. Esta vez Linda lo divisó enseguida.

—¡Oh, ahí está, mira! —exclamó—. ¡Vivaaa!

Desde ahí regresé hasta el primer indicador.

—Bueno, ¿qué te parece? —le pregunté a Linda.

—Es mejor de lo que pensaba —me dijo y alabó las vistas panorámicas de las montañas que se divisaban desde el terreno y la calidad del suelo—. Temía acabar con una parcela llena de piedras como en Ehrenberg, pero no es nada parecido —añadió, recordando las terrazas de grava

donde había acampado después del Rubber Tramp Rendezvous.

Ese lugar parecía un paisaje lunar, con poquísima vegetación. También le había encantado ver que el terreno estaba correctamente señalado y cartografiado.

—¡Es una gran cosa en un lugar como ese! —me dijo—. Sobre todo teniendo en cuenta el precio, ¡dios mío!

Durante tres años y medio —desde que la había conocido—, Linda me había estado mostrando fotos de su «nave terrestre» preferida, un modelo llamado *Nautilus*, con una planta basada en una serie de Fibonacci. Me la imaginé sobre esa parcela, con paredes de adobe inclinadas como un reflejo de los contornos de las montañas circundantes.

—Estoy intentando imaginarme la «nave terrestre» en este sitio —le dije.

—Sí, quedará muy bien justamente ahí, ¿no crees? —respondió feliz. Tenía previsto trasladarse allí y acampar en la parcela cuando acabara su trabajo en Amazon y hubiera refrescado un poco. Calculaba que, cuando pudiera ver personalmente el terreno, tendría claro dónde construiría la casa—. Solo tendré que sentarme a contemplarlo un rato y el lugar exacto aparecerá —afirmó.

Durante la última media hora, había estado caminando y hablando bajo un cielo cubierto que permitía sentirse a gusto, aunque la temperatura rondaba los 32°. Ahora acababa de asomar el sol y había convertido el desierto en un asador. En mi portátil se encendió una lucecita que avisaba del exceso de temperatura; el ordenador no podía funcionar con tanto calor. La imagen se quedó congelada y luego se cortó la conexión. La visita guiada había concluido.

Había estado pensando mucho en lo que significaba ese terreno para Linda. Desde luego, constituía un paso tangible hacia la realización del sueño de construir algo que nadie pudiera quitarle, algo que fuera totalmente suyo, sin condiciones y que pudiera sobrevivirla. Sin embargo, verla en la pantalla al lado de Gary había añadido una nueva dimensión a ese cuadro. Pese a todo su carisma, Linda siempre me había parecido una loba solitaria. Desde luego, tenía familia y amistades que apreciaba, pero mantenía la intimidad sin dejar de ser rabiosamente independiente. De pronto empecé a preguntarme cómo sería su futuro si nuevas personas se incorporaban al panorama. ¿Gary acabaría viviendo con ella? ¿LaVonne y otros nómadas la visitarían con sus casas transportables? ¿Y quiénes eran exactamente sus vecinos? ¿Había alguien en esa zona despoblada con quien pudiera contar?

Yo no había visto ni un alma. Con esa idea, bebí una buena cantidad de agua y volví a poner en marcha el coche para ir en busca de indicios de alguna residencia humana.

La primera pista fueron unos caballos. A 1,5 kilómetros hacia el suroeste de la parcela de Linda, vi tres caballos tras una puerta pintada de verde; observaron suspicaces el coche que se aproximaba y luego se alejaron lentamente. En la puerta había un letrero que decía: «Propiedad privada. No pasar. Los infractores serán perseguidos». Estaba perforado con nueve orificios de bala aherrumbrados y un disparo de escopeta reciente, cuyos bordes no se habían oxidado aún. Un cartucho amarillo de calibre 20 ya usado yacía aplastado en el suelo, no muy lejos.

Se levantó una brisa que hizo susurrar las ramas del chaparral, acompañada de otro sonido, mitad rasguido mitad chirrido. Parecía proceder de una barraca dilapidada con paredes inclinadas que se alzaba unos 90 metros más al oeste. Una plancha suelta de la chapa ondulada del techo se balanceaba y crujía. Por primera vez, se me ocurrió pensar que a lo mejor había gente que no quería ser encontrada. Sorprender a alguien en ese lugar remoto podría ser un grave error. Por lo tanto, me acerqué despacito mientras gritaba «¡Holaaa!», como una turista extraviada. No hubo respuesta.

La barraca era un *collage* de madera contrachapada, reja de malla y hojalata. Una lona azul hecha jirones colgaba sobre un hueco en la pared. En su interior no había nada, excepto un banco

pequeño sobre el suelo de tierra. El desierto circundante estaba cubierto de pilas de basura que sugerían vidas interrumpidas. Había un par de ositos de peluche, una olla con dos asas, un zapato de tacón, varias perchas, latas vacías, tazones de cerámica y un casete del grupo Chicago. Me pregunté quiénes serían los propietarios de esos objetos y si habrían tenido que abandonar el lugar a toda prisa. (Más adelante leería artículos sobre los objetos que se acumulan en los desiertos fronterizos, muchas veces abandonados por migrantes. En algunos casos, quienes entran en el país a pie tienen que reducir su equipaje antes de subir a los vehículos atestados que se los llevarán rápidamente de allí).

Volví a coger el coche y, mientras continuaba mi recorrido, descubrí más indicios de presencia humana. Desde un camino de tierra situado unos 800 metros al norte de la barraca, alcancé a divisar una parcela de terreno con unos cuantos galpones de techo plano, un corral construido con palés recuperados, dos invernaderos con soportes circulares —¿hortalizas, tal vez?— y un viejo sedán con el capó abierto, todo ello tras una alambrada de púas. Di media vuelta y al regresar hacia el este descubrí una propiedad que me había pasado inadvertida antes, situada a aproximadamente un kilómetro al suroeste de la parcela de Linda. Un burro que estaba pastando en un prado rebuznó ruidosamente cuando me detuve. También había una casa rodante desteñida por el sol, con un inodoro portátil acoplado en un lateral. De nuevo, voceé. Sin respuesta.

En los mapas por satélite aparecía un rancho un poco más al sur. ¿Habría allí alguien? Siguiendo el mapa, pasé junto a unas vacas negras que holgazaneaban bajo unos raquíticos arbustos de mezquite. Poco después apareció una valla y, al otro lado, a lo lejos, una casa. Pero el camino se puso difícil. Tras una breve subida, descendió hasta una hondonada donde varios charcos de agua reflejaban el cielo. Intenté bordearlos. El suelo estaba blando. Muy pronto la parte delantera del Corolla quedó atrapada en el barro con las ruedas hundidas hasta los cubos. Cuando intenté dar marcha atrás, solo conseguí que giraran en el vacío, mientras el barro salpicaba la carrocería blanca del coche de alquiler.

Recordé la advertencia de Linda: «No te quedes atascada».

Dentro del coche tenía poca cobertura, así que salí vadeando las charcas y me subí a un terraplén. Tras cinco llamadas fallidas, un encargado de la Asociación Americana del Automóvil me explicó que no daban servicio en caminos de tierra. A continuación, intenté probar suerte con una empresa familiar, Nalley's Pit Stop, gestionada por un padre y su hijo. Lonnie, el dueño, había salido para atender un servicio. Si podía esperar, ya me llamarían. Esperaría, claro. Por el oeste empezaban a acumularse densos nubarrones. Acercarme andando hasta el rancho me pareció de pronto una buena idea. Cuando estuve cerca, una cacofonía de ladridos —un aldabonazo canino— rompió el silencio. Una docena de perros guardaban el lugar, algunos sueltos y otros en jaulas. El más pequeño, un cachorrito blanco y negro, se situó a mi lado como un embajador espontáneo. En el patio delantero había un equipo de soldador, una desbrozadora y una taza de inodoro llena de grandes piedras. Me acerqué a la puerta y grité: «¡Hola!». Silencio.

Cuando regresaba al coche sonó mi móvil. Lonnie me dijo que estaba cerca y al poco rato apareció un camión grúa en el lugar donde había visto las vacas. Subí al terraplén y comencé a agitar los brazos como una náufraga.

Lonnie y su hijo, Lonnie Jr., se habían apresurado a venir al ver las nubes. Parte del rancho estaba en una zona inundable. Un camión del servicio de mensajería UPS se había quedado encallado ahí una vez durante la estación lluviosa. Lonnie recordaba que cuando el conductor le llamó para pedir ayuda, el agua ya corría entre las ruedas del camión. Fue imposible hacer nada hasta que se secó el terreno.

Lonnie Jr. enganchó el Corolla por debajo del parachoques trasero, lo puso en punto muerto y

levantó el pulgar. Cuando el coche ya empezaba a salir del barro marcha atrás, al otro lado de la zanja apareció una camioneta todoterreno color burdeos. De ella bajó un hombre con una gorra negra de béisbol desteñida y unos tejanos Wrangler que se quedó mirándonos con las manos en las caderas. Avergonzada, lo saludé tímidamente con la mano desde el asiento del conductor.

—Es un paso traicionero —comentó el hombre. Tenía una barba rojiza, la piel rosácea, como un *roast beef* poco hecho, y pecas. Una vez rescatado el coche, pagué el servicio a Lonnie y Lonnie Jr. —80 dólares más 20 de propina— y les di varias veces las gracias. El hombre de la camioneta se presentó como el encargado del rancho.

—¿Ha venido aquí sola? —me preguntó.

La pregunta me incomodó, pero no se me ocurrió ninguna respuesta plausible, salvo decirle sinceramente la verdad. Así que le hablé de Linda y le pregunté qué tal se vivía allí. Él me dijo que tenía a su cargo un rebaño de 50 cabezas de vacuno Brangus —híbridos de Brahman y Angus, adaptados al calor y la sequía— y que llevaba 26 años viviendo en esa zona. El lugar era habitualmente tranquilo —dijo—, pero a veces pasaban «mulas», contrabandistas de droga cargados con pesadas mochilas. Era preferible evitar cruzarse con ellos. A él le habían disparado dos veces. Ahora tenía un rifle AR-15 en su camioneta.

Me puse en marcha en el coche de alquiler cómicamente manchado, con un par de centímetros de barro bajo los pies; mis zapatillas de deporte escupían agua cada vez que pisaba los pedales. Cuando apareció un arcoíris sobre la zona que acababa de dejar atrás, me pareció una cursilada —¿un sarcasmo de la naturaleza?—, pero de todos modos me detuve para sacarle una foto.

De regreso en el centro de Douglas, aparqué frente al hotel Gadsden y me adentré en el vestíbulo. El espacio cavernoso, de color ambarino, era tan opulento como me lo había descrito Linda, con columnas de estilo italianizante, una amplia escalera de mármol y sofás de cuero. («Sentada en uno de ellos, una se siente como una invitada en la guarida de un pirata con una formación clásica», escribió una reportera de *Los Angeles Times*). [208] La vidriera de Tiffany de la que me había hablado era un mural de 13 metros de altura situado en el entresuelo. Sus paneles iluminados por detrás representaban un paisaje desértico vívidamente coloreado: suelo amarronado, cielo azul, montañas moradas en el horizonte, yucas verdes en flor. Podría haber sido una imagen del terreno de Linda reproducido con piedras preciosas. Entré en Casa Segovia, el restaurante casi vacío del hotel, y pedí un plato de enchiladas que costaba siete dólares y una michelada. El paisaje de Tiffany seguía ocupando mi cerebro como el rastro que queda grabado en la retina después de recibir un destello de luz. Anhelaba ver a Linda en medio de esa naturaleza engalanada: un edén del suroeste. Pero me había pasado la tarde apartando las preocupaciones de mi pensamiento y ahora, ahí sentada, a solas con mis cavilaciones, comenzaron a aflorar.

Después de conducir otros dos días, Linda y Gary habrían llegado a Campbellsville, en Kentucky. Allí pasarían los cinco meses siguientes trabajando 10 horas diarias en el turno de noche en un almacén de Amazon. Para Linda, la única finalidad de ese trabajo era ganar dinero para comenzar a construir su casa. Era su gran anhelo. Pero recordando lo aislado que estaba ese lugar —junto con el calor abrumador en verano, los contrabandistas de droga armados, las riadas sorpresivas y las serpientes de cascabel—, me pregunté si ese plan no sería una locura. En los tres años que llevaba dándole vueltas al sueño de Linda, ya había tenido dudas otras veces. Pero en general compartía el mantra que se repite Fox Mulder en *Expediente X*: yo también quería tener fe.

Más tarde, le envié a Linda algunas notas con lo que había averiguado sobre la zona, lo bueno y lo malo, sin ocultar mis inquietudes. También le hice llegar por correo electrónico un mapa con

fotos de su parcela y la zona circundante. No respondió a mi primer mensaje, pero más adelante me escribió desde Amazon para decirme cuánto le habían gustado las fotos. «Las miro a menudo y sueño que estoy allí —me decía—. Detesto este maldito trabajo y eso me ayuda a soportarlo. Otras 15 semanas más y seré libre».

Mientras tanto, comenzaban a angustiarme otras preocupaciones. ¿El cuerpo de Linda resistiría el esfuerzo de la tarea de construcción? Recordé su primera experiencia en Amazon en Fernley (Nevada) y los mareos que la habían llevado a la sala de urgencias a causa de la lesión provocada por el movimiento repetitivo que tenía que realizar con el escáner manual. Su muñeca había tardado tres años en recuperarse. ¿Y si volvía a lesionarse? Amazon había introducido entretanto unos escáneres más ligeros; ¿quizás eso aliviaría la tarea? También me preocupaba que el trabajo fuera demasiado fatigoso. Aunque inicialmente le habían asignado la tarea de almacenar las mercancías, posteriormente me comunicó que la dirección se estaba planteando la posibilidad de transferirla, junto con otros miembros del equipo de campistas, a la tarea más pesada de preparadora de pedidos. Me contó que el año anterior una preparadora había llevado una pulsera de actividad Fitbit al trabajo y en un solo día había contabilizado 29 kilómetros recorridos y 44 tramos de escaleras.

Y aunque superara sin problemas su temporada de trabajo en Amazon, ¿conseguiría ahorrar lo suficiente para empezar a construir su «nave terrestre»? La última vez que había trabajado con el equipo de campistas, Linda cobraba un salario base de 11,50 dólares la hora, más los suplementos por el trabajo nocturno y las horas extra. Ahora cobraba 10,75 dólares. (La primera vez estaba empleada en las instalaciones de Fernley, que ofrecían salarios más altos que en otros lugares que también empleaban equipos de campistas, pero ese almacén había cerrado en 2015).

También me preocupaba su estado de ánimo. Durante su primer periodo empleada en Amazon, le había asqueado constatar de primera mano el enorme volumen de porquerías que compran los y las estadounidenses. Esa experiencia había sembrado el germen de un desencanto que había seguido creciendo después de dejar el almacén. Cuando cambió su autocaravana de gran tamaño por un minúsculo remolque, también había estado leyendo sobre el minimalismo y el movimiento que aboga por la reducción del tamaño de las viviendas. Había reflexionado mucho sobre el consumismo y sobre la cantidad de basura que la gente llega a acumular a lo largo de su corta vida. Me preguntaba a qué conclusión la acabarían llevando esas reflexiones.

Linda seguía dándoles vueltas. Unas semanas más tarde, cuando ya había empezado a trabajar en Kentucky, colgó en Facebook el siguiente mensaje, que también me envió directamente:

¿Alguien se ha preguntado por qué quiero tener una casa propia? Para ser independiente, abandonar la carrera competitiva, apoyar los negocios locales, comprar solo productos del país. Dejar de comprar cosas que no necesito para impresionar a unas personas que no me gustan. Ahora mismo estoy trabajando en un gran almacén para un importante distribuidor *online*. Lo que venden son porquerías fabricadas en otros lugares del mundo donde no tienen leyes contra el trabajo infantil, donde la gente trabaja entre 14 y 16 horas diarias sin pausas para comer o para ir al baño. En este almacén hay 93.000 metros cuadrados llenos hasta los topes de cosas que no durarán ni un mes. Todo irá a parar a un vertedero. Esta empresa tiene centenares de almacenes. Nuestra economía se sostiene sobre la espalda de gente esclava que mantenemos retenida en otros países, como China, India, México, cualquier país del tercer mundo con una fuerza de trabajo barata, donde no tengamos que verla mientras podemos disfrutar, en cambio, del producto de su trabajo. Esta empresa estadounidense es probablemente la mayor propietaria de esclavos del mundo.

Después de enviar este mensaje, añadió:

Radical, lo sé, pero es lo que me viene a la cabeza cuando estoy en el trabajo. En ese almacén no hay nada que valga la pena. Esclaviza a los compradores que usan sus tarjetas de crédito para comprar esas porquerías.

Los obliga a trabajar en empleos que detestan para pagar sus deudas. Es francamente deprimente estar aquí.

También decía que estaba intentando superar «el problema ético. ¿Cómo tratar con respeto el dinero que estoy ganando para completar mi proyecto? Ya sé que el dinero no sabe de dónde procede. Y en este momento ¿tengo alguna otra posibilidad de conseguir los fondos que necesito dentro del plazo en el que los necesitaré? Mi tiempo sobre esta tierra es breve».

Y condensaba sus sentimientos en una frase final: «Es como un atracador de bancos que comete su último robo para poder jubilarse».

Pero en aquel momento, en Douglas, Linda aún no me había dicho nada de todo eso. Comí con desgana mi plato de enchiladas mientras me preguntaba qué ocurriría a continuación. Cuando salí a la carretera se estaba poniendo el sol. Me dirigí hacia el norte por la carretera interestatal 191. La lluvia, que había estado amenazando todo el día, no había llegado a caer, pero las nubes se habían desplazado hacia el oeste y ahora estaban sobre la sierra de las Mulas. Entre ellas y las cimas se veía una estrecha franja de cielo. Los últimos rayos del sol se proyectaron a través de esa rendija, pintándolo de colores tornasolados —todas las tonalidades de rosa y mandarina— antes de fundirse en un rojo intenso. Después de recorrer unos 30 kilómetros, doblé a la izquierda y continué por el extremo superior de la sierra. Ya había oscurecido y puntas de relámpagos centelleaban hacia el norte, sobre la sierra de la Peñascosa.

Pasé por Tombstone —«la ciudad demasiado tenaz para morir»— e hice una parada en la gasolinera Texaco de Benson. Sobre los surtidores de gasolina, una marquesina iluminada proyectaba un resplandor intenso como si estuviéramos a plena luz del día y las polillas y escarabajos volaban describiendo espirales embriagadas, como en una discoteca para insectos. Mi teléfono pitó anunciando un mensaje de texto de Linda: «¿Conseguiste regresar al pueblo?», me preguntaba. «Sí», le respondí. Me dijo que después de que se cortara la comunicación en el desierto, ella y Gary habían avanzado otros 112 kilómetros en su viaje a través del país camino de Kentucky y se habían detenido a pasar la noche en Springfield (Misuri). «Hemos estado haciendo unos 500 kilómetros diarios —añadió—. Gary está muy cansado y el calor me tiene frita».

«¡Me alegra que ya estéis cerca!», contesté. Después renuncié a seguir tecleando y la llamé. Nuestra conversación volvió a girar en torno a su parcela.

—Ha sido estupendo —me dijo Linda—. Cuando cogiste el puñado de tierra me dije: «¡Diantres, es una buena tierra!».

Después me habló un poco más de Gary.

—Me aprecia de verdad —me dijo—. ¡Y ha trabajado en tantas cosas distintas como yo! —Gary había dirigido un departamento de radiología, había llevado una tienda de alimentación y había trabajado en la construcción, me explicó—. Y es muy inteligente y tiene muy buena memoria. Y una letra preciosa. Y es muy bueno para los números, resuelve mentalmente toda clase de cálculos matemáticos.

¿Querría colaborar en la construcción de una «nave terrestre»?

—No sé si quiere echar raíces —comentó pensativa—, pero dice que mi proyecto es verdaderamente un buen plan, que no son imaginaciones mías. No es solo una fantasía. Es algo factible.

Y añadió que, ocurriera lo que ocurriera entre ellos, pensaba conservar la propiedad del desierto exclusivamente a su nombre. Tener su propia casa era, a fin de cuentas, *su sueño*.

Lo importante por el momento era llegar a Kentucky y resistir hasta Navidad. Ya visualizaba lo que vendría después de Amazon: libre, con dinero en la mano y un plan para hacer uso de él, se trasladaría a Arizona en su jeep y acamparía sobre su propio terreno. Palparía la tierra con sus

dedos y planificaría un futuro. Esa imagen la ayudaba a resistir los kilómetros al volante. Y le permitiría superar las noches en Amazon, si había algo capaz de lograrlo. La movía la fuerza gravitatoria de su propia parcela del territorio nacional. Había pasado tantos años haciendo planes... Y ahora ya estaba lista para liberar todas esas reflexiones acumuladas y transformarlas en acción.

—Me siento feliz, feliz, feliz —me dijo—. No veo el momento de estar ya allí y hacerlo realidad.

Después de esas palabras, colgamos. Se me estaba haciendo tarde y a Linda la esperaba otra larga jornada al volante.

[189] Kurt Vonnegut (1991): *Slaughterhouse-Five*, Nueva York, Dell Publishing, pp. 128-129.

[190] <http://completeflake.com/why-i-spent-the-day-at-the-laundromat-or-shit-happens>.

[191] Charles Riley, Sara Sidner y Tina Burnside (2016): «We Have Powerball Winners!», en *CNNMoney*, 14 de enero (<http://money.cnn.com/2016/01/13/news/powerball-winner-lottery>).

[192] <http://www.cheaprvliving.com/budget/poverty-prepping-food-pantry>.

[193] Marc Lacey (2011): «Haboobs Stir Critics in Arizona», en *The New York Times*, 22 de julio, p. A11; Don Yonts (2011): «Don't Call Our Dust Storm Haboobs», en *The Arizona Republic*, 16 de julio, p. B4.

[194] Thomas Palmer (1987): «A Town in Search of a Future», en *The Boston Globe*, 8 de febrero, p. 73.

[195] <https://www.epa.gov/clean-air-act-overview/evolution-clean-air-act>.

[196] Iver Peterson (1985): «Acid Rain Starting to Affect Environment and Politics in West», en *The New York Times*, 30 de marzo, p. 6; Scott McCartney (1986): «Country Town's Air Goes up in Smoke of Copper Smelters», en *Los Angeles Times*, 27 de julio, p. 2.

[197] «Last Copper Is Poured at a Polluting Smelter», en *The New York Times*, 15 de enero de 1987, p. A14.

[198] Thomas Palmer (1987): «A Town in Search of a Future», en *The Boston Globe*, 8 de febrero, p. 73.

[199] Anthony Brino (2015): «Cochise Regional Hospital in Arizona to Close after Medicare Stops Reimbursements over Safety», en *Healthcare Finance News*, 29 de julio (<http://www.healthcarefinancenews.com/news/cochise-regional-hospital-arizona-closeafter-medicare-stops-reimbursements-over-safety>).

[200] Thomas C. Frohlich (2016): «Going, Going, Gone: America's Fastest-Shrinking Cities», en *USA Today*, 8 de abril (<http://www.usatoday.com/story/money/2016/04/08/24-7-wallstamerica-shrinking-cities-population-migration/82740600>).

[201] Bonnie Henry (2008): «Keeping Their Dream Alive», en *The Arizona Daily Star*, 19 de junio, p. E1; Cindy Hayostek (2002): «Haunted Theatre a Success», en *The Douglas Dispatch*, 5 de noviembre (http://www.douglasdispatch.com/news/haunted-theatre-asuccess/article_674369bc-6037-529a-8325-64394a4a8d6a.html); National Registry of Historic Places («registro nacional de lugares históricos»), solicitud de inscripción presentada el 30 de julio de 1976 (<https://npgallery.nps.gov/nrhp/GetAsset?assetID=684cabb7-8870-4872-bffc-b0492928ffb6>).

[202] Perla Trevizo y Luis F. Carrasco (2015): «Artists Try to Help Paint New Future for Douglas», en *The Arizona Daily Star*, 19 de diciembre, p. A1.

[203] «Agents Find Drug Tunnel to U. S.», Associated Press, en *The New York Times*, 19 de mayo de 1990, p. 7; Monte Reel (2015): «Underworld», en *The New Yorker*, 3 de agosto, p. 22; Adam Higginbotham (2012): «The Narco Tunnels of Nogales», en *Bloomberg Businessweek*, 6-12 de agosto, p. 56.

[204] Nigel Duara (2016): «Teen Drug Mules Are in for a Shock in Arizona; County Charges Them as Adults Instead of Freeing Them», en *Los Angeles Times*, 3 de mayo, p. A1.

[205] Perla Trevizo (2016): «Beyond the Wall: Shifting Challenges on Rugged Arizona Line», en *The Arizona Daily Star*, 10 de julio, p. F9.

[206] Devlin Houser (2010): «Man in Sewer System Drops 55 Lbs. of Weed», en *The Arizona Daily Star* , 27 de febrero, p. A9; Brenna Goth (2011): «Creative Pot Smugglers Try “a Little Bit of Everything”», en *The Arizona Daily Star* , 28 de septiembre, p. A1.

[207] Elahe Izadi (2015): «What a Marijuana Bundle Dropped from the Sky Can Do to a Doghouse», en *The Washington Post* , 28 de septiembre (<https://www.washingtonpost.com/news/post-nation/wp/2015/09/28/what-a-marijuana-bundle-dropped-from-the-sky-can-do-to-a-dog-house>).

[208] Lawrence W. Cheek (1992): «Heritage Hotels: Time Stands Still at Four Historic Arizona Hotels Rife with Amusing Quirks and Characters of the Old West», en *Los Angeles Times* , 5 de enero, p. L1.

CONCLUSIÓN

Un pulpo dentro de una cáscara de coco

El invierno comienza a llegar a Estados Unidos. Las tormentas de nieve cabalغان sobre la corriente de aire polar en altura y trazan una amplia pincelada blanca de oeste a este, a través del continente. En las cumbres de la sierra de San Bernardino, en California, la nieve se abre paso entre los pinos Jeffrey y cubre las zonas de acampada abandonadas de Hanna Flat. Cae sobre el silencio de la fábrica de placas de yeso laminadas y las casas desocupadas de Empire, en Nevada. En Dakota del Norte, cubre con un manto los campos de remolacha azucarera dormidos. Revolotea en torno al almacén de Amazon en Campbellsville (Kentucky) y los parques de caravanas próximos, donde viven las trabajadoras y trabajadores del equipo de campistas.

Pero en una pequeña población del desierto de Sonora luce el sol y las temperaturas suben por encima de los 21° por las tardes. La migración anual a Quartzsite ha comenzado y decenas de miles de nómadas afluyen hacia allí desde todo el país. Por las noches se reúnen en torno a las hogueras, intercambian relatos sobre lo ocurrido el año que ya se acaba y hacen planes para el que está a punto de comenzar.

Swankie Wheels está de vuelta en Quartzsite después de trabajar como anfitriona de campamento hasta mediados de otoño en las Montañas Rocosas de Colorado, donde celebró su septuagésimo segundo cumpleaños y se fracturó tres costillas en un accidente laboral. Después de luchar contra el frío nocturno en su furgoneta sin calefacción, ha instalado una pequeña carpa bajo el techo elevable del vehículo que resguarda su cama mientras duerme. Con la mirada puesta en el futuro, se prepara para abordar un nuevo reto: recorrer a pie los 1.300 kilómetros del Sendero de Arizona.

Silvianne Delmars está acampada cerca de Swankie. Durante el día trabaja como cajera en Gem World, una tienda del pueblo que vende cristales y materiales para confeccionar piezas de bisutería. Una noche, en una cena colaborativa con karaoke, consigue armarse de valor y cantar *Reina de la carretera* ante un par de docenas de personas entre vítores y aplausos. Y se está preparando para su primera cita romántica en muchos años: una cena con un atractivo campista a quien conoció en la caseta de los guardas forestales.

LaVonne Ellis ha regresado a Ehrenberg después de una estancia de dos semanas en Standing Rock, donde se sumó a las manifestaciones contra el oleoducto de acceso a los yacimientos petrolíferos de Dakota del Norte. En medio de la quietud del desierto, se afana sobre un bloc para acabar de escribir unas breves memorias infantiles, *The Red-Feather Christmas Tree* («el árbol de Navidad de pluma roja»), que publicará en Amazon. («Linda May nunca dudó que pudiera hacerlo», dice en los agradecimientos). Después visitará Los Algodones para comprarse unas gafas baratas. Para el futuro, acaricia un nuevo sueño: comprarse un terreno cerca de Taos, en Nuevo México, donde poder estacionar de manera permanente un viejo autobús escolar y establecer una residencia base en la que viviría entre un viaje y otro con su furgoneta.

Bob Wells también está en Ehrenberg, donde se prepara para actuar como anfitrión del mayor Rubber Tramp Rendezvous que jamás se ha celebrado. Ante la previsión de que asistan centenares de personas, establece nuevas normas para las dos semanas del encuentro y prohíbe la música demasiado ruidosa y los perros sueltos. También suprime de la programación las tradicionales comidas colaborativas, demasiado difícil organizarlas para tantas bocas. (Aun así, no imagina lo que le espera: más de 500 habitáculos móviles acudirán este año al encuentro, muchos de ellos atraídos por los vídeos que él mismo ha estado colgando en YouTube).

Pronto llegarán otros nómadas. Entre ellos, David Swanson, el antiguo alfarero profesional que vive en un Prius rehabilitado. David está entusiasmado con la idea de regresar al Rendezvous, donde el año pasado presentó los detalles de su vehículo al público. De momento, está aparcado en la isla del Padre, en la costa de Texas. En un mensaje que me envía a través de Facebook, la describe como «un paraíso para nómadas», donde es legal acampar en tiendas o vehículos en las playas. Luego me pregunta: «¿Irás al Rendezvous 2017?».

Tecleo mi respuesta compungida: «He estado en los tres últimos encuentros y me está matando pensar que esta vez no podré ir». Le explico que estoy terminando el libro que he estado escribiendo.

«¡Suerte con las palabras! —me responde jovialmente—. ¡No desistas!».

Pero la pregunta de David me hace sentir un peso en el corazón. Después de pasarme tres años documentando la vida de los nómadas, me siento en falta por no ir al Rendezvous esta vez. Me repito una norma cardinal para quienes escribimos no ficción: *El relato continúa desarrollándose en el futuro, pero llega un momento en que tenemos que retirarnos y ya no formamos parte de él*.

Pero la segunda parte no se cumple, porque el relato me ha seguido hasta donde yo vivo. La presencia de pequeñas viviendas sobre ruedas es ubicua en Brooklyn. No puedo dejar de verlas sin parar.

En una calle lateral sin parquímetro, próxima a mi apartamento de Boerum Hill, hay una furgoneta camper Ford plateada de techo alto con un *nazar* (un medallón contra el mal de ojo) colgado en el espejo retrovisor. Las ventanas tienen cristales tintados, casi negros, con cortinas corridas detrás.

A poca distancia del edificio donde vive mi hermana, en Bed-Stuy, hay una vieja autocaravana aparcada frente a un aparcamiento de vehículos comerciales. Una cortinilla cubre la ventana trasera del habitáculo. El cristal del altillo está tapado con un protector aislante de aluminio. Junto a la rueda de recambio que lleva acoplada detrás, bolsas de basura y cinta aislante tapan una abertura que en otro tiempo ocupó una ventana.

Más furgonetas camper y alguna autocaravana se encuentran estacionadas en torno a Prospect Park, agrupadas cerca de los edificios bajos que albergan almacenes en Gowanus y Crown Heights, donde no hay vecinos que puedan quejarse. Esos refugios móviles están por todas partes: una ciudad invisible, oculta a plena vista.

La noche después de la primera nevada de la temporada, visité Red Hook, uno de los últimos tramos de muelles industriales que quedan en Brooklyn. Las calles paralelas al muelle, mal iluminadas y flanqueadas por una muestra variopinta de vehículos comerciales —camionetas de construcción, furgonetas de reparto, camiones de transporte de alimentos, camionetas con remolque de los servicios de mantenimiento—, ofrecen un buen camuflaje para los campistas urbanos. No tardo en localizar algunos: una antigua caravana-remolque con la forma de una lata de jamón. Una furgoneta Chevrolet Astro con la cortinilla delatora y las ventanas de la cabina tapadas con tela de plástico y banderas americanas. Un minibús lanzadera adaptado con vistosos

tapacubos de cristal rojos y una caldera de propano soldada sobre el parachoques trasero como fuente de calor cuando el motor no está en marcha. Muchas furgonetas camper de modelos recientes con las cortinas corridas.

El habitáculo más espectacular de todos es un autobús escolar amarillo no muy largo. Las ventanas cubiertas con papel metálico impiden por completo la visibilidad. Por el reborde del techo asoman, apenas visibles desde el suelo, las monturas de aluminio de cuatro placas solares perfectamente alineadas. Detrás del parabrisas, que tiene gotas de condensación por la parte de dentro —otro indicio delator— han colgado una cortina. Está aparcado de cara al East River, donde nada obstruye la vista de la Estatua de la Libertad.

La periodista que llevo dentro querría llamar a la puerta. Pero entonces me vuelven a la memoria los recuerdos de las veces que aparqué furtivamente, cómo te sientes ahí escondida detrás de unas ventanas tapadas, cómo se acelera el corazón al oír acercarse unas pisadas desconocidas.

Sigo mi camino.

Encontrar a tantos nómadas en la zona de Brooklyn es una revelación. Aunque no es la primera vez que algún aspecto del proyecto me toca personalmente. Hacia la mitad del trabajo de recogida de información, me enteré de que el hijo menor de Swankie, un ingeniero informático de Seattle, era un joven que había conocido unos años antes en el Burning Man. Más adelante, descubrimos con LaVonne que una de sus mejores amigas está casada con un periodista que había sido compañero mío en Berkeley. En ambas ocasiones me pregunté: «¿Cuál será la probabilidad de que esto ocurra?».

Quizás no tan pocas. Al fin y al cabo, millones de estadounidenses se debaten contra la imposibilidad de llevar una vida tradicional de clase media. Las facturas sin pagar se acumulan en las mesas de la cocina de muchos hogares de todo el país. Las luces permanecen encendidas hasta entrada la noche. Se repiten y se repasan una y otra vez los cálculos, hasta el agotamiento y, a veces, las lágrimas. Los sueldos menos el coste de los alimentos. Menos los honorarios médicos. Menos la deuda acumulada en la tarjeta de crédito. Menos el consumo de agua, gas y electricidad. Menos los plazos del crédito suscrito para pagar los estudios y los plazos del coche. Menos el gasto más importante de todos: el alquiler.

En la brecha cada vez más ancha que separa el debe del haber se perfila una pregunta: *¿A qué partes de nuestra vida estamos dispuestos a renunciar para poder seguir viviendo?*

La mayoría de quienes se enfrentan a este dilema no acabará viviendo en un vehículo. Quienes lo hacen cumplen un papel parecido a lo que en biología se denomina una «especie indicadora», organismos sensibles con la capacidad de indicar la presencia de cambios de mucho mayor calado en el ecosistema.

Como los nómadas, muchas y muchos estadounidenses se ven obligados a cambiar su modo de vida, aunque las transformaciones sean aparentemente menos radicales. Hay muchas maneras de afrontar por partes el reto de la supervivencia. *Este mes, ¿te saltarás alguna comida? ¿Irás a urgencias en vez de a tu médico? ¿Aplazarás el pago de la deuda acumulada en tu tarjeta de crédito con la esperanza de que no la pasen a cobro ejecutivo? ¿Dejarás de pagar las facturas del gas y la electricidad, cruzando los dedos para que no te corten la luz y no quedarte sin calefacción? ¿Dejarás que se acumulen los intereses de tu crédito estudiantil y sobre los plazos del coche con la esperanza de encontrar más adelante la manera de ponerte al día?*

Estas indignidades ponen de relieve una pregunta más significativa: *¿A partir de qué momento unas alternativas imposibles comienzan a destruir a las personas y a una sociedad?*

Ya está ocurriendo. La causa de las matemáticas domésticas insolubles que mantienen a la

gente en vela no es ningún secreto. Si se comparan los ingresos medios, actualmente el 1 por ciento mejor situado gana 83 veces más que el 50 por ciento peor remunerado. Los ingresos de las y los estadounidenses adultos situados en la mitad inferior de la escala de ingresos —unos 117 millones de personas— no han variado desde la década de los setenta.

Esto no es una brecha salarial; es un abismo. Y todo el mundo paga el coste de esta creciente separación.

«En cierto sentido, me interesan menos el peso y las circunvoluciones del cerebro de Einstein que la práctica certeza de que personas de igual talento vivieron y murieron en los campos de algodón y las fábricas clandestinas», reflexiona el difunto escritor Stephen Jay Gould. Una división de clases cada vez más profunda imposibilita prácticamente la movilidad social. El resultado es un sistema de castas *de facto* que no solo es moralmente condenable, sino que también supone un enorme despilfarro. Negar acceso a cualquier oportunidad a grandes segmentos de la población significa desperdiciar enormes reservas de talento y capacidad intelectual. También se ha demostrado que frena el crecimiento económico.

La medida más ampliamente aceptada para calibrar la desigualdad de ingresos es una fórmula desarrollada hace un siglo, conocida como el coeficiente de Gini. Es una regla de oro para los economistas del mundo entero, así como para el Banco Mundial, la CIA y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, que tiene su sede en París. Dicho indicador revela algo sorprendente: actualmente, la sociedad estadounidense es la más desigual de todos los países desarrollados. El nivel de desigualdad que existe es comparable al de Rusia, China, Argentina o la República Democrática del Congo, desgarrada por la guerra.

Y aun siendo mala, es probable que la situación todavía empeore. Lo cual me lleva a preguntarme: *¿Qué nuevas distorsiones del orden social —o incluso mutaciones— veremos en los próximos años? ¿A cuántas personas acabará hundiendo el sistema? ¿Cuántas encontrarán la manera de escapar de sus garras?*

Pocos días después de nuestro primer encuentro, a Linda le llamó la atención un anillo en forma de pulpo que yo llevaba en la mano derecha.

—¿Has visto alguna vez un pulpo en un laboratorio, lo listos que son? —comentó con admiración—. ¡Son artistas de la evasión!

Luego me describió un vídeo que había visto en Internet.

—Hay un estanque con comida y un gran pulpo que está solo en otro estanque. El pulpo se introduce por un tubo y consigue llegar al primer estanque. —Siguieron otras pruebas—. Cada vez se lo ponían más y más difícil. Por ejemplo, tenía que abrir una compuerta y luego deslizarse por un tubo.

Hicieran lo que hicieran, el pulpo siempre conseguía escapar.

—A veces hay personas que también son capaces de actuar así —apunté.

—Sí, si intentan encerrarnos en una caja —replicó ella y se rio.

Recordé esa conversación mucho después, cuando Linda colgó un enlace con otro vídeo en su página de Facebook. La filmación muestra un pulpo que avanza por el fondo del mar. Se arrastra torpemente y un subtítulo indica la razón: el pulpo transporta las dos mitades de una cáscara de coco vacía. De pronto se mete dentro y continúa avanzando con las dos mitades pegadas al cuerpo, rodando como un bolo con tentáculos.

El pulpo se había construido un medio de transporte y de protección, una especie de casa rodante fabricada con un coco. Un buceador había captado esa escena en un vídeo en Indonesia. Linda añadió un comentario donde lo describía como «el pulpo más simpático y más listo que jamás hayan visto».

Linda está en marcha otra vez. Una vez liberada de su trabajo de temporada en el almacén de Amazon de Campbellsville, en Kentucky, ha iniciado su viaje hacia el oeste. Gary se ha quedado para trabajar un tiempo más y esta vez viaja sola, con la *Posada Hazte Sitio* a remolque de su jeep, durante las breves jornadas invernales y las largas noches oscuras.

Su primer destino es Taos, en Nuevo México, donde tiene previsto visitar su «nave terrestre» preferida, el *Nautilus*, y consultar a un arquitecto sobre las posibilidades de adaptar el diseño a sus necesidades. Después continuará camino del Rubber Tramp Rendezvous y, finalmente, conducirá hasta el desierto en las afueras de Douglas (Arizona) para ver con sus propios ojos el terreno donde está su futuro.

Pero antes de llegar a Taos, en el panel de instrumentos aparece la señal indicadora de un fallo en el motor. También oye anunciar que se aproximan tormentas de nieve a la zona. Con la esperanza de evitar una avería con mal tiempo mientras cruza las montañas, decide modificar su itinerario e ir directamente a Douglas.

Llega sin incidentes y la primera noche acampa en el aparcamiento de un supermercado Safeway abandonado, mientras las temperaturas descienden bajo cero en las horas previas al amanecer. El día siguiente, encuentra un parque de caravanas a bajo precio en los terrenos de la feria de atracciones situada al norte de la población. Una pareja de Montana ocupa la plaza contigua a la suya. Viven en una caravana Airstream baqueteadada de cinco metros que ha conocido mejores tiempos. Linda les habla de su casa ambiental y les muestra la carpeta de tres anillas repleta de planos.

Un día más tarde, charlamos por teléfono para ponernos al día. Me dice que, aparte de haber renunciado a su plan de visitar Taos, el viaje desde Kentucky transcurrió sin problemas.

—Hizo un tiempo perfecto —me comenta—. Solo cayeron cuatro gotas de lluvia en todo el trayecto.

Tardó apenas tres días y todavía está en el parque de caravanas, que le cuesta solo 15 dólares diarios. Hoy ha podido ducharse, durante el viaje fue tirando a base de toallitas húmedas para bebés.

—He estado sentada en mi caravana descansando —añade con un suspiro de satisfacción.

Y ha visitado sus dos hectáreas de terreno. El trozo de desierto que vio por primera vez la primavera pasada en unas fotos en Craigslist —y luego en un vídeo en la pantalla de su móvil este verano— ha adquirido tres dimensiones. Es un terreno real, tangible, un lugar a través del cual ha caminado. Jura que hasta ha visto una serpiente cascabel allí.

—Es hermoso —me dice.

Ahora el futuro le parece urgentemente próximo.

—Tengo sesenta y seis años —señala en tono realista—. Necesito que las cosas avancen deprisa aquí. Quiero poder relajarme y disfrutarlo algún día.

Me enumera un torrente de detalles. Acaba de comprar un generador portátil de 4.000 vatios por 26 dólares, con un descuento de más del 50 por ciento.

—Oh, cielos, tendré electricidad —se pavonea.

Será ruidoso como una aspiradora, pero eso no le preocupa. El pequeño flujo de energía que obtenía con su placa solar de 45 vatios es una minucia comparado con la que podrá generar ahora.

También me cuenta que ha encontrado un servicio de suministro de agua barato cerca de su terreno que podrá llenarle una gran cisterna. (Aunque las casas ambientales tienen aljibes para recoger el agua de lluvia, quizás esta sea insuficiente y Lidia necesitará disponer de agua durante el proceso de construcción). Me comenta que quiere encargar un estudio topográfico del terreno;

necesitará conocer los desniveles antes de preparar los bancales para el permacultivo. Y mañana acudirá al Departamento de Urbanismo del condado para informarse sobre la distancia del camino a la que estará autorizada a construir y otros detalles de la zonificación.

—Ya he leído en la página web que es posible desbrozar hasta 4.000 metros cuadrados sin un permiso especial para nivelar el terreno. Tampoco necesito más.

Tiene previsto empezar a construir después del Rubber Tramp Rendezvous. Gary ha aceptado regresar con ella y LaVonne también se sumará. Los tres juntos empezarán por construir un invernadero que les permitirá cultivar alimentos orgánicos y disponer de un refugio contra los elementos mientras levantan la casa.

Linda ya puede verla, como si las fotos de su carpeta hubieran cobrado vida. La «nave terrestre» que ha estado imaginando durante tantos años crecerá sobre una parcela yerma en medio del desierto. La construirá con sus propias manos decididas, con la ayuda de amigos y amigas que se han convertido en una familia. Cuando esté terminada —y lo estará—, les albergará a todos. Con sus sistemas renovables para la obtención de alimentos, agua, energía, calefacción y refrigeración, será un hogar, pero también un ente vivo, un organismo que existirá en armonía con el desierto. Y les sobrevivirá a todos ellos y todas ellas.

Ese futuro comenzará durante el nuevo año, para el que ya solo faltan unas pocas semanas. Linda ya tiene planeado el primer paso: excavar el terreno. Ha encontrado un operario que cobra 35 dólares la hora, sin costes adicionales de combustible o desplazamiento.

—Comienza a contar las horas desde el momento en que se sienta en su tractor —me anuncia satisfecha.

Ya ha hablado con él y ha reservado fecha para finales de enero. Calcula que tardará unas ocho horas, me dice. El proceso será el siguiente.

Primero, la pala excavadora limpiará el camino de acceso cubierto de maleza y abrirá el paso hasta su parcela. Luego desbrozará un espacio para aparcar la *Posada Hazte Sitio*.

Finalmente, empezará a trabajar en el terreno donde se erigirá la construcción principal. El brazo metálico se extenderá, la pala descenderá, sus dientes se clavarán en el suelo una y otra vez, mientras irá arrancando los recios matorrales del desierto. Todo lo que toque cederá, los matorrales nudosos, los cactus robustos, las rocas pesadas. Esos son los obstáculos que se interponen en el camino hacia el futuro de Linda. Uno a uno, la pala excavadora los irá apartando.

Pronto el trabajo estará concluido. Cuando se marche la excavadora, Linda pisará el espacio que la máquina habrá dejado allanado y limpio. El terreno ya estará listo para acogerla: una superficie perfecta de 4.000 metros cuadrados, una base sobre la cual poder construir.

Agradecimientos

A lo largo de tres años y 24.000 kilómetros, se conoce a muchísima gente. Este libro existe gracias a su amabilidad. Doy las gracias a todas las personas que compartieron conmigo su sabiduría, chistes malos, un espacio en torno a una hoguera y una taza de café en la carretera y a todas las que con su apoyo desde mi lugar de residencia hicieron posible el viaje.

Mi más profundo agradecimiento es para Linda May. Confiarle tu historia a otra persona para que la cuente no es ninguna minucia, sobre todo cuando la autora pasa temporadas rondando a tu lado durante tres años, duerme en una furgoneta frente a la casa de tu hija y corre detrás de tu carrito de golf en la zona de acampada donde estás trabajando, todo ello mientras va tomando notas en un cuaderno. Espero que la resiliencia de Linda —y también su sentido del humor y su gran corazón— conmueva a otras personas como me conmovieron a mí.

Un par de centenares de nómadas me brindaron su tiempo y han dejado su huella en el texto. Son demasiados para enumerarlos aquí, pero quiero expresar mi especial agradecimiento a LaVonne Ellis, Sylvianne Delmars, Bob Wells, Charlene Swankie (*Swankie Wheels*), Iris Goldberg, Peter Fox, Ghost Dancer, Barb y Chuck Stout, Lois Middleton, Phil y Robin DePeal, Gary Fallon, David Roderick, Al Christiansen, Lou Brochetti, Jen Derge, Ash Haag, Vincent Mosemann, David Swanson, Mike, Kat y Alex Valentino y, evidentemente, a Don Wheeler, el hombre misterioso.

El proyecto contó con el apoyo entusiasta de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia y, en particular, de mis colegas Ruth Padawer y David Hajdu. La Fundación Rockefeller me ofreció una estancia de un mes en el Bellagio Center, un lugar mágico gracias a los esfuerzos de Pilar Palaciá y Claudia Juech. Mis cómplices allí (alias Il Convivio) compartieron su camaradería, profundas percepciones y fiestas espontáneas acompañadas de baile. Un agradecimiento especial para el fotógrafo Todd Gray, que me hizo las preguntas adecuadas en el momento oportuno (y también me fotografió).

James Marcus, de *Harper's Magazine*, fue el primer editor que creyó en mi relato y es un modelo de rectitud humana. Para ese artículo conté también con el apoyo cómplice de Giulia Melucci, Sharon J. Riley y el talentoso fotógrafo Max Whittaker, cuyas imágenes acompañaron el texto. Lizzy Ratner y Sarah Leonard, de *The Nation*; Clara Germani, del *Christian Science Monitor*, y Alissa Quart, del Economic Hardship Reporting Project («proyecto de comunicación sobre la penuria económica») apoyaron la elaboración de diferentes partes del trabajo que ha acabado dando lugar a este libro.

Joy Harris, mi agente y tenaz cuidadora, acogió el proyecto desde el inicio con profunda empatía. Alane Mason, mi editora en Norton, le dio forma con mano firme. Adam Reed, Ashley Patrick, Kyle Radler y Laura Goldin también me ayudaron mucho.

Michael Evans, Robert y Karen Kopfstein, Jerry Hirsch, Stella Ru y Stu Levin me ofrecieron (literalmente) cobijo junto con mi furgoneta *Halen*. Ann Cusack me despidió con un botiquín con una diversidad de artículos, como Neosporin (neomicina) y jabón Irish Spring, junto con una

pequeña banderita estadounidense. Lonnie y Lonnie Jr., del Nalley's Pit Stop de Douglas (Arizona), me remolcaron y sacaron mi vehículo del barro. Aaron, Bill y el equipo de geniales mecánicos de Conklin Cars, en Hutchinson (Kansas), trabajaron fuera de su horario habitual para reparar mi alternador.

También doy las gracias a mi familia. Mi padre, Ron, condujo a *Halen* durante buena parte del viaje de regreso a la costa este. Mi madre, Susan (que muy pronto sería la doctora Bruder), me enseñó a escribir desde muy pequeña. Mi hermana, Megyn, es tenaz y fabulosa, y una de las mayores alegrías de estar de vuelta en casa. *Max*, el perro (alias, *Mutt-Mutt-Wagglebutt*), me acompañó con sus suspiros, acurrucado a mi lado, durante las largas noches dedicadas a escribir.

Soy muy afortunada de contar con mi comunidad, o «familia lógica», que incluye a Douglas Wolk, Rebecca Fitting, Chris Taylor, Jess Taylor Wolfe, Caroline Miller, Josh y Lowen Hunter, Sarah Fan, Chris Hackett, Sarah McMillan, Dorothy Trojanowski, Eleanor Lovinsky, Marlene Kryza, Julia Solis, John Law, Christos Pathiakis, Robert Kutruff, Rob Schmitt, Stacey Cowley, David Dyte, B'Anna Federico, Nate Smith, Raya Dukhan, Michael Evenson, Ellen Taylor, Clark McCasland, Martha Prakelt, Baris Ulku, Shel Kimen, Iva Skoch, James Mastrangelo, Niambi Person Jackson, Amelia Klein, Anthony Tranguch y David Carr, a quien echo terriblemente de menos. También doy gracias a mis tribus: el Madagascar Institute, las Flaming Lotus Girls, Illumination Village, 29 Hour Music People y Dark Passage.

Julia Moburg (*Surfer Julia*), co-conspiradora, me ayudó a mantener el equilibrio. Es mejor que un monito tití y más de lo que yo merezco. Este libro está dedicado a mi mejor amigo, Dale Maharidge. Durante los últimos 14 años, has sido la voz que siempre ha respondido al teléfono, a cualquier hora.

Somos lo que ahora es una familia moderna.

Índice

Portada

País nómada

Prefacio

Parte I

01. *Posada Hazte Sitio*

02. Final de trayecto

03. Un país de supervivientes

04. Plan de salvación

Parte II

05. El poblado de Amazon

06. El lugar de encuentro

07. La «cita de los vagabundos sobre ruedas»

08. *Halen*

09. Experiencias imbatibles

Parte III

10. La palabra maldita

11. Regreso a casa

Conclusión. Un pulpo dentro de una cáscara de coco

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jessica Bruder

Créditos

País nómada



Desde los campos de remolacha de Dakota del Norte hasta los campamentos de National Forest de California y el programa CamperForce de Amazon en

Texas, los empleadores han descubierto un nuevo grupo de mano de obra de bajo costo, compuesto principalmente por temporeros estadounidenses adultos. Al descubrir que el Seguro Social se queda corto y ahogados por las hipotecas, decenas de miles de estas víctimas invisibles de la Gran Recesión se han echado a la carretera en vehículos recreativos, remolques de viaje y furgonetas, formando una creciente comunidad de nómadas: migrantes trabajadores que se autodenominan workampers. En un vehículo de segunda mano que bautiza «Van Halen», Jessica Bruder sale a la carretera para conocer a estos sujetos más de cerca. Acompañando a su irreprimible protagonista Linda May y a otras personas en la limpieza de inodoros de un campamento, en el escaneo de productos en un almacén, en reuniones en el desierto y en el peligroso trabajo de la cosecha de remolacha, Bruder relata una historia convincente y reveladora sobre el oscuro vientre de la economía estadounidense, que presagia el precario futuro que puede esperarnos a muchos más. Pero, al mismo tiempo, celebra la excepcional capacidad de recuperación y creatividad de estos estadounidenses que han renunciado al arraigo ordinario para sobrevivir. Como Linda May, que sueña con encontrar tierras en las que construir su propia casa sostenible «Earthship», son personas que no han perdido la esperanza.

Jessica Bruder . Clifton (EE.UU.) Periodista estadounidense que escribe sobre subculturas y enseña escritura narrativa en la Columbia Journalism School. Para escribir *País nómada* , pasó meses viviendo en una autocaravana, documentando a los estadounidenses itinerantes que abandonaron sus viviendas tradicionales y salieron a la carretera, viajando de un trabajo a otro para hacerse un lugar en una economía precaria. El proyecto abarcó tres años y más de 15.000 millas de viaje, de costa a costa y de México a Canadá. También es autora de *Burning Book* y actualmente escribe sobre la confianza en la era de la vigilancia. Ha colaborado con destacados medios como *The New York Times*, *WIRED*, *Harper's Magazine*, *The Washington Post*, *The Associated Press*, *The International Herald Tribune*, *The New York Times Magazine* y *The Guardian* . Su trabajo fotográfico ha sido publicado por *The New York Times*, *The New York Observer* y la revista *Blender* . Bruder tiene una licenciatura en inglés y francés del Amherst College y un máster en redacción de textos para revistas de la Columbia Journalism School. Ha recibido becas del Bellagio Center y Yaddo en apoyo a sus trabajos. Pero antes de todo esto, fue camarera en Starbucks, *snowboarder*, *nerd* de la guitarra eléctrica, dependiente de una tienda de música y consejera de un campamento junior. Es miembro orgullosa del Instituto Madagascar y las Flaming Lotus Girls. Actualmente vive en Brooklyn con un perro llamado Max y muchas plantas.

Título original: *Nomadland: Surviving America in the Twenty-First Century* (2018)

© Del libro: Jessica Bruder.

© De la traducción: Mireia Bofill Abelló

Edición en ebook: septiembre de 2020

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-122324-0-0

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com

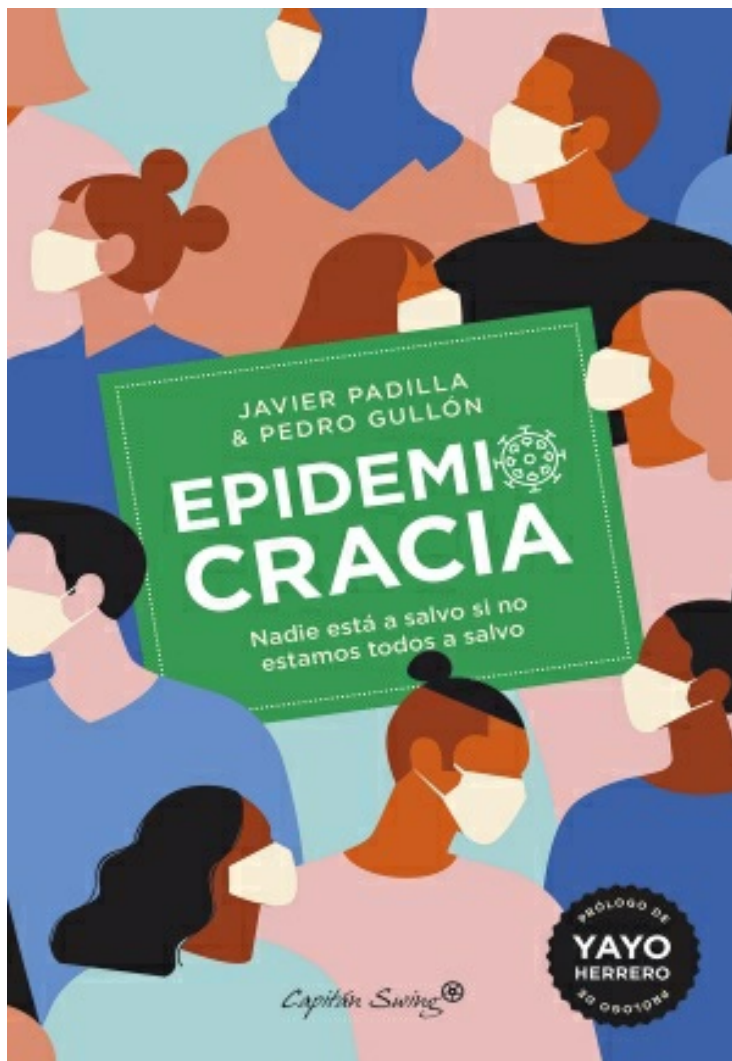
Corrección ortotipográfica: Javier Olmos Sanz

Composición digital: leerendigital.com

Fotografías: Jessica Bruder.

Fotografía: "La Posada Hazte Sitio nevada en el campamento Hanna Flat". Cedida por Linda May.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Epidemiocracia

Padilla Bernáldez, Javier
9788412226454
232 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

"Los virus no entienden de fronteras ni de clases sociales".

No hemos parado de escuchar esta frase como un mantra, como una aventura mágica en la que los virus aparecen de un espacio neutro, llegan, infectan y desaparecen. Pero es falso: las epidemias no surgen de la nada, parten de unos contextos sociales y políticos concretos; y entender este sustrato político, económico, sanitario y social es clave para analizar cómo afectan.

La peste, la tuberculosis, el sida, el ébola, la malaria y recientemente la COVID-19 surgieron de contextos determinados, impactaron de forma diferencial sobre determinados grupos sociales y transformaron las sociedades que se encontraron. Ahora toca preguntarse: ¿quién está más expuesto a enfermarse durante una epidemia?, ¿quién es más vulnerable a sus consecuencias sociales?, ¿qué respuestas políticas sanitarias (y no sanitarias) tenemos para actuar frente a una crisis epidémica?, ¿qué sanidad queremos para hacer frente a las epidemias?, ¿qué transformaciones sociales nos quedan tras una crisis epidémica?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El sonido de un caracol salvaje al comer

Tova Bailey, Elisabeth
9788412064476
152 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

Mientras una enfermedad la mantiene postrada en la cama, Elisabeth Tova Bailey observa un caracol salvaje que se ha instalado en su mesita de noche. Como resultado, descubre el consuelo y la sensación de asombro que despierta esta

misteriosa y magnífica criatura y llega a una mayor comprensión de su propio lugar en el mundo. Intrigada por la anatomía de molusco del caracol, las defensas crípticas, la clara toma de decisiones, la locomoción hidráulica y las actividades de cortejo, Bailey se convierte en una observadora astuta y divertida que ofrece una mirada sincera y cautivadora a la curiosa vida de este pequeño y subestimado animal.

El sonido de un caracol salvaje al comer es un ensayo ligero y de una belleza honesta sobre la enfermedad, la recuperación y cómo a veces son las pequeñas cosas que ocurren en nuestras vidas las que nos hacen darnos cuenta de lo que realmente importa y de quiénes somos. **Un extraordinario y profundamente conmovedor viaje de supervivencia y capacidad de recuperación**, destinado a convertirse en un clásico, que nos muestra cómo una pequeña parte del mundo natural puede iluminar nuestra propia existencia humana, a la vez que proporciona una apreciación de lo que significa estar plenamente vivo.

[Compralo y empieza a leer](#)



La gran gripe

Barry, John M.
9788412232417
688 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

El arma más fuerte contra la pandemia es la verdad. He aquí el relato definitivo de la epidemia de gripe de 1918.

Magistral en su amplitud de perspectiva y profundidad de investigación, La gran gripe nos proporciona un modelo preciso y esclarecedor ahora que nos enfrentamos a nuevas pandemias.

Como concluye Barry: "La última lección de 1918, una simple pero la más difícil de ejecutar, es que los que tienen autoridad deben conservar la confianza del público. La forma de hacerlo es no distorsionar nada, no tratar de poner la mejor cara, tratar de no manipular a nadie. Lincoln lo dijo el primero y lo dijo mejor. Un líder debe hacer concreto cualquier horror que exista. Solo entonces la gente podrá desarmarlo".

En el apogeo de la Primera Guerra Mundial, el virus de la gripe más letal de la historia estalló en un campamento del Ejército estadounidense en Kansas, se trasladó al este con las tropas, luego explotó y mató a unos cien millones de personas en todo el mundo. Mató a más personas en veinticuatro meses que lo que el sida ha asesinado en veinticuatro años, más en un año que la gente muerta por la peste negra en un siglo. Pero esto no era la Edad Media, y 1918 marcó la primera colisión de la ciencia y la enfermedad epidémica.

La gran gripe es, en última instancia, una historia de triunfo en medio de la tragedia.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Por qué dormimos

Walker, Matthew
9788412099362
416 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

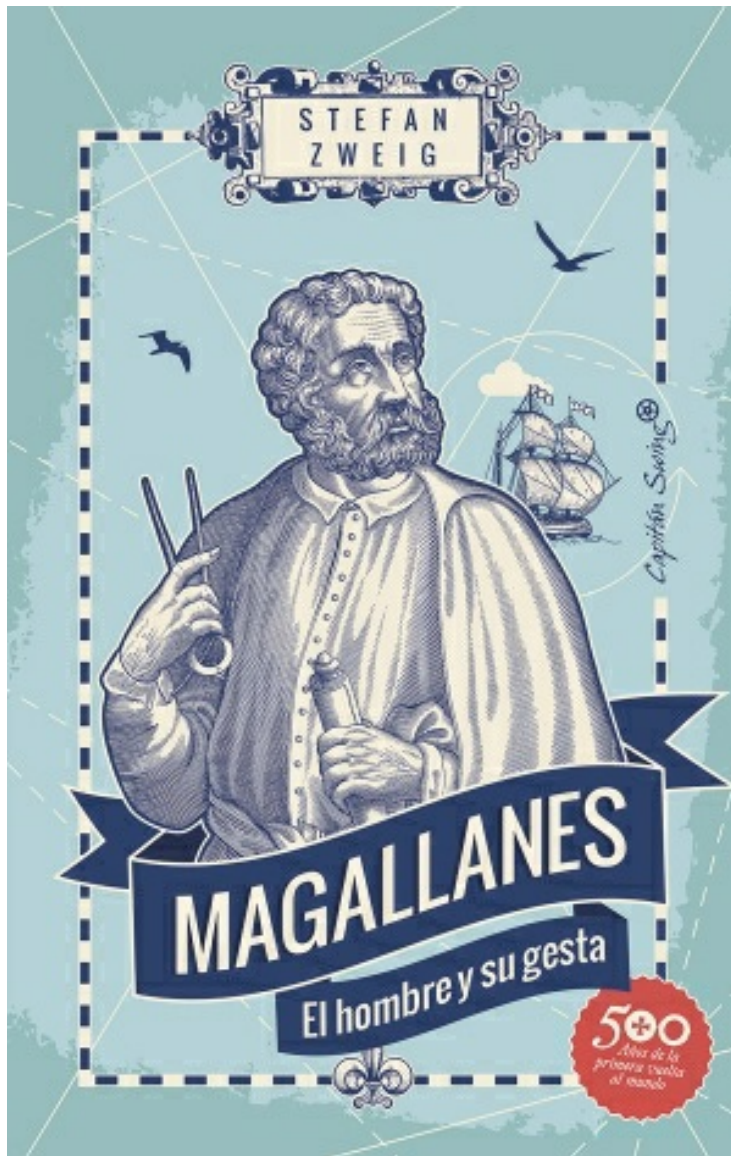
Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En

comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

[Compralo y empieza a leer](#)



Magallanes

Zweig, Stefan
9788412083064
264 Páginas

[Compralo y empieza a leer](#)

En 1518, un cuarto de siglo después de Cristóbal Colón, un exiliado portugués, Magallanes, logró convencer al rey de España, Carlos I, de que le proporcionara una flota con el fin de explorar el mar que separaba Asia de América, el continente

descubierto por Colón unos años antes.

A sus treinta y nueve años, estaba al mando de una flota de cinco barcos y 265 hombres, y comenzaba un episodio que marcaría la historia de la navegación y de la humanidad. Regresó tres años después en un barco improvisado, con solo dieciocho hombres. Un motín, frío, hambre, rivalidad, errores cartográficos..., de nada se salvará el célebre aventurero.

Con su prosa fluida y elegante, **Zweig narra la experiencia de Magallanes como una gran novela de aventuras**, en el que sigue siendo el relato más bello sobre este viaje. Cuidadosamente documentada, la reconstrucción de su hazaña es un brillante cuadro de las condiciones económicas y políticas a comienzos del siglo XVI, y rinde tributo a la hazaña de un genio apasionado, que con unos insignificantes barcos dio la vuelta al globo, demostrando por primera vez su redondez.

[Compralo y empieza a leer](#)

